



PREGÚNTAME
si te
quiesco

Helena Pinén





PREGÚNTAME

si te
quiero

Helena Pinén



Pregúntame si te quiero

Helena Pinén



PREGÚNTAME SI TE QUIERO

Helena Pinén

«Harper Blossom es odiada por todo el pueblo, incluso su vida parece correr peligro.

¿Podrá encontrar el amor en medio de semejante caos?»

Harper ha regresado al pueblo tras años de ausencia para hacerse cargo de la clínica veterinaria de su padre. Sabiendo que es odiada por todo el mundo por haber provocado una tragedia antes de su marcha, su intención es pasar lo más inadvertida posible. Sin embargo, hay alguien que sí la ha visto: Emmett Turner.

Emmett es un lobo solitario. Hastiado de la vida monótona de siempre y sin atreverse a cumplir sus sueños de ser padre, osa pedirle una cita a Harper Blossom, hermana pequeña de su mejor amigo. A raíz de una cena, ambos se embarcan en una aventura llena de pasión, ternura y muchos peligros, pues hay alguien con sed de venganza que pretende eliminar a Harper del mapa.

¿Podrá una relación así salir adelante en medio de tanta hostilidad? ¿Podrá Harper permanecer junto a Emmett cuando las amenazas vayan a más? ¿Podrá el amor nacer entre ellos en medio de un pueblo lluvioso donde solo queda odio y rencor?

ACERCA DE LA AUTORA

Helena Pinén es una graduada social con una única gran pasión: los libros. Ya de pequeña los devoraba.

Pronto, empezó a dar forma a sus propias historias y personajes, llenando libretas y apuntes del instituto con aquello que soñaba.

Cuando se adentró en el género romántico, se enamoró de él por completo y encontró el camino que había andado buscando sin saberlo.

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

31

32

Epílogo

Créditos

*P*ara Harper Blossom fue extraño regresar a casa. Cuando el coche se detuvo frente la casa donde vivían sus padres, y donde ella se había criado con una legión de hermanos, una mano le sujetó el corazón. En la ciudad había vivido lejos de recuerdos terribles y sus pulmones se habían llenado de oxígeno sin problemas. Sin embargo, ahora volvía a revivir todo lo sucedido la última vez que estuvo en el pueblo y los malos recuerdos amenazaban con romperla en mil esquirlas.

Miró el perfil de su padre, quien la había ido a buscar al aeropuerto. Estaba desabrochándose el cinturón tras parar el motor. Él estaba tranquilo, incluso feliz de tener de vuelta a su única hija. Vivía ajeno a los sentimientos encontrados que se removían en el pecho de Harper. Le preguntó si tenía ganas de ver a su madre y ella solo encontró fuerzas para asentir.

Haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que tenía, salió del coche y caminó hacia la casa. Estaba a orillas del Isabella Lake y las vistas eran tan impresionantes como la estructura de madera de dos pisos que tenía ante sí. El hecho de que los Blossom hubieran tenido cuatro hijos y hubiesen adoptado a otros dos, les había obligado a hacer ampliaciones a la casa principal a lo largo de los años.

Abrió la puerta sin necesidad de usar la llave. Casi siempre estaba abierta cuando su madre se encontraba en casa. No había motivo para desconfiar de los vecinos. El pueblo era una gran familia, una comunidad unida donde jamás ocurría nada.

Excepto cuando Harper cometió el peor error de su vida.

Había voces que provenían de la cocina. Las reconoció a todas ellas: mamá, sus hermanos, Milo y Clive, y sus respectivas mujeres, Piper y Rosemary. Cuando se adentró en la cocina, cuya puerta no existía pues había sido arrancada por Clive y Donald de adolescentes, en una pelea digna de hermanos gemelos, se llevó una mano a la boca. Dios, los había echado tanto de menos...

No oía lo que hablaban, tan solo los observó. Su madre tenía más arrugas en el rostro y se había dejado las canas para no seguir usando tintes, pero nadie diría que tenía sesenta y cinco años. Milo había cambiado mucho en esos últimos cinco años: había engordado y había empezado a perder pelo; sin duda, el primogénito iba a ser la viva imagen de su padre. Clive estaba igual; mantenía su porte fuerte, sin duda fruto de trabajar en la granja sin descanso. Incluso lucía con orgullo la cicatriz que le partía la ceja; se la hizo el mismo día que rompieron la puerta de la cocina. Sus cuñadas estaban tan bonitas como de costumbre, quizá las notaba distintas porque Piper llevaba el pelo corto tras superar un cáncer de pecho y porque Rosemary llevaba gafas. Por lo demás, la estampa que tenía ante sí no era diferente a la habitual.

Hacía cinco años que no pisaba el lugar y que no veía una escena tan acogedora como aquella. Fue directa a su corazón y, por unos momentos, se sintió derretir. Sí, había valido la pena regresar, pese todo lo malo que sabía que traería para su salud mental y sus emociones más escondidas.

Unos brazos fuertes la agarraron por la cintura y la alzaron. Harper gritó y todos la miraron, sorprendidos de tenerla allí. Escuchó a su madre lanzar una exclamación de deleite y a Rosemary sollozar.

Se vio arrastrada al salón. Una carcajada muy familiar la hizo reír también mientras giraba en brazos de su hermano. Cuando se vio en el suelo, se volvió para encarar a Luke.

—Bienvenida a casa, buhita.

—Luke...

Se lanzó a sus brazos. Luke y ella tenían una afinidad especial, quizá porque se llevaban un año o porque él había sido el primero en aceptarla cuando la adoptaron y la trajeron a casa. Habían sido mejores amigos incluso cuando él era el chico más popular del instituto y ella la más invisible de su curso.

La hizo bailar por la sala, aunque no hubiera música. Tras marcharse a la universidad, Luke había regresado expresamente para llevarla al baile de graduación del instituto. Nadie iba a pedirle una cita, era la chica más introvertida del instituto, así que Luke se había querido asegurar de que fuera y se divirtiera. Nadie cuestionó que fuese con su hermano y ella le estaría eternamente agradecida por haberle dado esa experiencia.

—¿Y ese brillo en la mirada? Texas te ha sentado bien —lo comentó con una sonrisa que le arrugó la comisura de los ojos. Era honesto. Se alegraba de tenerla de nuevo en el pueblo. Harper se vio contagiada al momento.

—Es que el clima era mejor que aquí.

—Siento decirte que Michigan es el mejor estado del país. El verde de nuestros prados es la envidia de los tejanos —le rebatió Luke.

—Eso es discutible. ¿Cómo estás? —preguntó mordiéndose los labios.

—Deseando que me toque la lotería.

—Vamos, no dejarías la granja ni con cien millones en la cuenta —le pinchó ella.

—Luke, vamos, deja a mi niña. Quiero achucharla.

Maggie Blossom hizo un lado a Luke, le puso sobre el hombro un paño de cocina y con un jadeo de felicidad absoluta, la abrazó con fuerza. Harper le devolvió el gesto, sintiéndose segura. Los brazos de su madre siempre habían sido un puerto seguro para ella.

—Cielo, te hemos echado tanto de menos. Qué bien que estés de vuelta —le cogió la cara—. Estás más delgada. No me gusta. ¿De verdad has comido bien?

—Mamá, quédate tranquila. Simplemente... estoy fuerte. Si tocas, todo es músculo —se burló. Con la familia allí, era fácil olvidar las desgracias y dejar fuera de su cabeza la culpabilidad.

—Entonces vienes preparada para asumir el mando... —bromeó Clive, su fuerte presencia apareciendo por detrás de la madre—. Ven aquí, buhita.

La llamaban así porque de pequeña se había pasado más horas leyendo que durmiendo por las noches. Durante su juventud no fue distinto: dedicaba las noches a estudiar y apenas dormía cuatro o cinco horas. No necesitaba descansar tanto como los demás. Era una persona nocturna, que disfrutaba de la quietud de la noche. Solo cuando caía el sol su cerebro se encontraba activo al cien por cien. Sus hermanos habían empezado a decir que en vidas anteriores había sido un búho y el mote pronto se quedó en Harper.

Cuando la telefoneaban, casi nunca usaban aquel apodo. Que volvieran a pronunciarlo, con sus voces y connotaciones cariñosas, le pellizcó el alma. Sus hermanos eran su mayor bendición, un regalo que a veces creía no merecer. A pesar de que en Texas lo tenía todo, siempre había tenido un vacío en el pecho. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Y esos hombres con los que había crecido?

Los adoraba. Vivir sin ellos había sido muy doloroso.

—Clive... grandullón... —Harper sabía que se echaría a llorar en cualquier momento, desbordada por tanto afecto.

Él le tocó las mejillas. Luego la estrujó para comprobar si todo era fuerza y fibra como presumía o solo era un puñado de huesos. Quería asegurarse de que iba a sobrevivir a Michigan. Pareció complacido, porque le guiñó un ojo cuando se separaron.

—No te preocupes, mamá. Harper no está mal nutrida, solo ha sabido invertir dinero en un entrenador personal.

—Mi entrenador es el mismo que el tuyo, creo. ¡Estás bien fuerte! —Le tocó los abdominales a través de la camisa antes de mirar a Milo—. Es raro verte callado. El hermano mayor de los Blossom nunca se queda sin palabras.

Su intento de quitar hierro al asunto con humor no fue bien recibido por Milo.

La miraba desde el marco de la puerta. A Harper no le gustaba que estuviera tan callado y serio, él no era así. Podía imaginar qué pasaba por su cabeza. Y eso repercutió en su corazón y en su respiración.

No la había perdonado. Habían pasado cinco años, mas seguía detestándola. No podía echárselo en cara, si bien esperaba que disimulase. La salud de sus padres era delicada y ver a sus hijos así no les sentaba bien a sus nervios. Sobre todo, a su padre. Pete observaba desde un rincón la escena y Harper estaba segura de que se había quedado rígido, como casi todos los presentes, esperando la reacción del primogénito.

Milo no dijo nada. Dio media vuelta y se adentró en la cocina decidiendo que la mejor manera de demostrarle su rabia era ignorándola.

Se hizo el silencio más espeso que Harper había vivido jamás en aquella casa. Cerró los ojos unos momentos y trató de mantenerse firme.

Sabía que algo así podía suceder. No iba a ser bien recibida por todos. Al fin y al cabo, su error había costado la vida de una persona muy cercana a su hermano. Milo tenía todo el derecho a no querer saber nada de ella. Tampoco iba a ser el único que le diera la espalda. Debería acostumbrarse a ciertas hostilidades; Sherman al completo iba a ponerle muy difícil vivir allí. Pero la indiferencia de un hermano era la más dolorosa de todas.

Piper quiso ir tras su marido, reprocharle su comportamiento en la intimidad de la cocina, pero Harper la llamó.

—Déjalo.

—Ay, Harper, lo siento mucho, pero es tan... —suspiró, entristecida. Le abrió los brazos—. Ven aquí, buhita mía.

Piper era como una hermana mayor para ella. Se llevaban doce años, así que era un referente para Harper. Se estrecharon con fuerza.

No hicieron falta palabras. Los sentimientos que cada una quería transmitir llegaron a la otra a través de aquel contacto. Fue suficiente para aplacar sus corazones y mantenerse ante la adversidad.

—Cómo me alegra verte bien. Siento no haber estado ahí para ti —le susurró al oído aún sin soltar aquel abrazo.

Piper tembló y le devolvió el murmullo.

—Con tus llamadas, me bastaba. Estuviste en mi corazón... —Se separaron entre lágrimas. Harper le pasó una mano por el pelo—. ¿Te gusta mi nuevo peinado?

—Pareces una rebelde. ¿Dónde te has dejado la Harley y la chupa de cuero con flecos? —Le

arrancó una risita.

—Aparcada junto la lancha motora. Si la policía viene a por mí, ya veré con qué huyo.

—Qué idiota eres. —Harper miró a Rosemary—. Amiga...

Rosemary era su mejor amiga. Eran inseparables desde los diez años. Que empezase a salir con uno de sus hermanos había ido un *shock* para la Harper de dieciséis, pero, tras once años juntos, ahora veía que no podía haber una mujer mejor para Clive. Ni un hombre más bueno y honorable para aquella alma tan luminosa como era Rosemary.

—Ven aquí —susurró su cuñada. Harper avanzó sin dudar hacia sus brazos—. Te he extrañado cada día de estos cinco años y tengo la sensación de haberte visto ayer. Dios, mírate. Estás preciosa, Harper.

—Creo que tienes las gafas sucias

—Pues yo no llevo gafas y creo que veo visiones. —Una voz atronadora hizo temblar toda la casa. Rosemary tuvo el tiempo justo de separarse antes de que un toro embistiera a Harper, quien tuvo que agarrarse a la cintura de Donald con las piernas—. ¡La buhita ha regresado!

Donald era uno de los dos hermanos que no se había dedicado a los animales, rompiendo así con la tradición familiar de los Blossom. De hecho, era famoso y estaba forrado. Había sido jugador de fútbol americano hasta el verano pasado cuando se retiró tras una lesión. Ahora era profesor de educación física en el colegio e instituto del condado. Se mantenía en forma, su pelo castaño despeinado se complementaba con una incipiente barba que antes no llevaba. Pese estar cubierta, su sonrisa seguía siendo tan pura como antes de irse a jugar profesionalmente. La fama y el dinero no se le habían subido a la cabeza gracias a la educación y el apoyo de sus padres, así que seguía siendo el mismo muchachote de siempre.

—Veo que aún puedes levantarme como si nada, Donald.

—¿Podré usarte como pesa un día de estos? Me ayudarás más que cualquier aparatejo de gimnasio. ¿Has visto lo qué pesas?

—Invítame a cenar y me lo pienso. Este cuerpo tengo que mantenerlo a base de alimentos de calidad. ¿Tenemos un trato?

—Cuenta con ello, buhita.

La soltó y ella observó a su familia. Parecían emocionados y encantados de verla allí, pasando de mano a mano, recibiendo el cariño de todos ellos. Milo no contaba; siempre había sido el más sensible y férreo de todos, y nadie podía controlar sus emociones y reacciones. Cuanto antes se aceptase esa realidad, más sencillo era quererle con todas sus virtudes y defectos.

Faltaba el pequeño de los hermanos.

—¿Y Connor, mamá?

—Oh, ahora viene. Ha ido a buscar a su chica para que la conozcas.

—Connor tiene novia. —Donald le dio un golpe con el hombro—. Qué te parece. Increíble, ¿verdad?

—Va a cumplir diecinueve años, Don. No es un crío. ¿O acaso tú con su edad no te fijabas en nadie?

Que Connor fuera tan joven, porque la diferencia de edad entre hermanos era tremenda, hacía que muchos de ellos lo vieran como a un hijo. Y se les hacía extraño que condujera o que tuviera pareja, incluso, un sueldo fijo cada mes.

—Vienes con ganas de guerra, ¿eh? —la provocó Donald, guiñándole un ojo.

Ella solo movió la cabeza.

Su padre y Luke quisieron subir sus cosas a su dormitorio y su madre la instó a ir a mirar el

cochinillo que acababan de asar para cenar.

Milo estaba allí, preparando la ensalada mientras Piper le lanzaba murmullos furtivos, sin duda, enfadada por el trato que le había dado a Harper. Sin embargo, ella no pensaba enojarse. Se mantuvo lo más alejada que pudo de él mientras su madre le enseñaba con entusiasmo los nuevos muebles de la cocina.

De hecho, encontraba comprensible que no quisiera saber nada de ella. Su hermano y Harper apenas hablaban desde el accidente, y ambos sabían que Milo hubiera preferido que la condenasen a ir a prisión en lugar de que un juez la considerase inocente de todos los cargos. ¿Cómo dirigirte a alguien que creías un monstruo? ¿Cómo hablar con alguien que te veía como tal?

Texas había sido mucho más sencillo. Pese a la nostalgia de echar de menos sus raíces y su numerosa familia, la cual podía ser verdaderamente arrolladora de buenas a primeras, en el otro estado nadie sabía de su pasado. Ella decidía qué mostrar al mundo. Nadie se había enterado jamás del accidente, de que había estado a punto de ser acusada de homicidio imprudente.

Le había gustado vivir allí tras lo ocurrido. Le había permitido ir a un psicólogo que no la conocía desde pequeña y que no la iba a juzgar. Ningún vecino la señalaba a sus espaldas ni cuchicheaban los domingos tras ir a la iglesia. Era otro tipo de libertad que había sido como un soplo de aire fresco tras el infierno vivido a la espera del juicio.

Ahora tendría que enfrentarse a todo lo que había dejado atrás. Iba a ser difícil. Sherman al completo la repudiaba.

Por suerte, su terapeuta le haría sesiones en línea hasta que Harper creyera no necesitarlas. Era un gran apoyo. Porque, por más que sus padres y hermanos la defendieran ante los buitres, solo Harper podía librar la batalla. Primero, para no meter en más problemas a los Blossom; luego, porque solo así demostraría su inocencia y se reafirmaría en ella.

—Mamá, Harper acaba de llegar. —Donald abrió la nevera—. No la atosigues con los cambios de la casa. Dale una cerveza y deja que se relaje.

—Tienes razón. ¿Qué quieres para beber, hija?

—Estoy bien, mami. —Le tocó el pelo y miró de reojo a Milo. Seguía sin dirigirle ni una sola mirada, pero estaba tenso—. ¿Te ayudo a poner la mesa? ¿Cenamos dentro o fuera?

—Mi vida —su padre apareció por la puerta, interrumpiéndoles. Miró a su esposa con inquietud—, empezad a cenar sin mí. Tengo que ir a asistir una urgencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie, preocupada. Los animales de sus vecinos eran como suyos.

—Un caballo se ha caído y no puede levantarse...

—Voy contigo —se ofreció Harper.

—No, pequeña. Quédate aquí y descansa. El vuelo debe haber sido agotador. —La sonrisa nerviosa de su padre no le gustó ni un pelo—. Yo vuelvo en un momento. No creo que sea nada grave...

—Papá, si voy a sustituirte cuando te jubiles, creo que debería acompañarte —insistió.

—Te he dicho que no.

Todos enmudecieron ante la voz tajante de Pete. Harper tragó saliva. Él jamás le había hablado así. Su padre era un hombre tierno y solo había sido tan duro cuando sus hijos habían hecho travesuras muy desagradables. A ella nunca la había tratado de aquel modo, ni siquiera cuando pasó lo que pasó.

—Harper, de veras... —intentó amoldar la voz—. Creo que debo encargarme yo solo de esto.

—¿Por qué?

—Porque el caballo es de los O'Malley.

Todos agacharon la cabeza. Ella se quedó sin aire y una ráfaga de recuerdos la golpearon, noqueando y saqueando su mente. Durante unos segundos, temió desvanecerse.

Movió el rostro para encarar a Milo que ahora sí la observaba de cara. Su mirada penetrante era tan oscura que Harper temió caer en un abismo profundo. Se sintió tan vulnerable.

Volvió a echar mano de su fuerza interior. Ya no era joven y débil. Ahora era madura, fuerte y poderosa de su verdad y su paz mental. Podía flaquear, pero no hundirse. Eso estaba prohibido.

No acudir a la emergencia de los O'Malley era como esconderse de ellos y no pensaba hacerlo.

No iba a dar a nadie el poder de hacerla sentir más mal de lo que ya se sentía. Solamente ella podía echarse piedras sobre su propio tejado. Nadie más.

—Tarde o temprano voy a tener que verlos. Son vecinos y clientes, papá —empezó a decir. Intentaba ser paciente y hacerse entender. La comunicación era la llave para ganarse a su padre, quien detestaba los gritos y las discusiones sin argumentos—. Cuanto antes sea, mejor.

—No sé si estás preparada para...

—¿Yo? ¿O ellos?

—No tienes vergüenza, Harper —le soltó Milo.

—Tengo más agallas que tú —le espetó de vuelta. Milo no contaba con que le devolviera la pulla—. Por lo menos yo voy de frente, no me quedo parado en un rincón esperando a que la gente sepa lo que pienso y siento.

—Ya basta, hijos —decretó su padre cuando Milo abrió la boca para replicar. Los nervios hacían mella en él, pero claudicó ante su hija—. Si quieres venir conmigo, Harper, ve a ponerte el mono de trabajo. Tienes cinco minutos, los que necesito yo para comprobar que lo tengo todo en la camioneta.

—*H*as hecho muy bien enfrentándote a tu hermano, buhita —comentó su padre cuando ya llevaban cinco minutos en el coche.

Harper lo miró, incrédula. Su padre acababa de ponerse de su parte. Tal vez lo había hecho aprovechando que estaba a solas con ella, pero, para Harper, era importante que la apoyase.

—Solo te pido que tengas paciencia con él —siguió diciendo—. Entiendo que tu posición no es fácil y que deberás defenderte cuando te ataque, pero ten presente que Milo no está pasando por una buena época.

—Papá, lo nuestro viene de hace tiempo. Lo de Aaron cambió el amor que sentía por mí por odio. Hay que aceptarlo; no pasa nada, que así sea.

No era cierto. Le provocaba un tremendo dolor verse excluida de aquel modo de la vida de Milo. Pero cuando una persona no siente por ti lo mismo que tú, cuando todo el afecto que os unía ya no es más que rencor, no puedes hacer otra cosa que aceptarlo. Respetar sus emociones, sus decisiones. Por más sufrimiento que te cause.

—No es eso, hija. Solo está resentido con el mundo. Quería tener una familia extensa como la nuestra y no ha podido. Lo probaron todo, ¿lo sabías? Se hicieron tantas pruebas, se sometieron a tantos tratamientos. Todo el esfuerzo, todas las emociones, todo el dinero, no ha servido para nada —su padre suspiró.

Harper echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo. Se cubrió los ojos durante un momento sintiéndose culpable.

Llevaba viviendo tan ajena a la vida de Milo que no sabía que habían probado todas las maneras posibles de tener un bebé. Piper era muy reservada para esos asuntos, a diferencia de Rosemary que era un torbellino de sinceridad y confianza. Tras cinco años sin hablarse, Milo era un desconocido para Harper.

—Y luego llegó la enfermedad de Piper y...

—Está nervioso. Tuvo que ser muy duro —concluyó la chica.

No podía ni imaginar el terror y el dolor que debió sentir la pareja al enterarse de la enfermedad. Algo así te trastoca el mundo por completo, las prioridades cambian.

—Pues sí. Te necesitó mucho.

—No, papá. No nos hablamos. Hablaba por teléfono con Piper una vez por semana y cuando le diagnosticaron el cáncer, charlábamos casi cada día. Pero Milo nunca quiso ponerse —le explicó. Gruñó porque notaba el lagrimal llenarse de humedad y era incómodo—. Si tanto me necesitaba, podría haberme cogido él el teléfono.

—Ha salido orgulloso, como tu abuelo.

Llegaron a la hacienda de los O'Malley tras pasar el resto del trayecto en silencio. Ambos estaban preparándose para lo que estaba por venir. Los O'Malley idolatraban a los Blossom, pero a ella no la recibirían con los brazos abiertos. Esperaba que con el tiempo pudieran llegar a

tolerarla.

Bajaron del coche. Ya llevaban los monos y las botas puestos. Era el tipo de ropa que utilizaban cuando trabajaban con caballos o vacas. En la clínica usaban batas esterilizadas.

Caminaron hacia la finca, donde los esperaba el padre de familia. Sin duda, Bern O'Malley se quedó sorprendido al verla. No la esperaba allí. Nadie había comentado jamás que Harper iba a volver de Texas. Era mejor así, el secretismo había ayudado a no alimentar chismorreos. Aunque, antes de medianoche, todos los vecinos sabrían que la hija de los Blossom había regresado de su exilio.

—Hola, Bern —su padre le estrechó la mano—. Harper va a encargarse de la clínica cuando me jubile, así que voy a estar con ella unos meses, traspasándole información.

—Eso es estupendo. —Con una sonrisa tirante. No obstante, Bern la miró y le tendió la mano—. Bienvenida de vuelta, Harper.

Ella aceptó su mano con cierta vacilación y sorpresa, pues no esperaba que la tratase con tanto respeto. Supuso que lo hacía por su padre. Habían sido amigos y entre ellos, pese el declive de su amistad por su culpa, todavía restaba una cordial relación.

—Harper, quería comentarte..., quizá Maeve no sea tan agradable contigo como lo soy yo. —Hizo una mueca—. Yo sé que no fue tu culpa, pero...

—Déjalo, Bern. Por favor —le pidió ella tocándole el brazo.

Agradecía mucho su gesto. Lo honraba. Decía mucho de cómo era. La trataba como si fuera su igual, y con eso bastaba. Pero también necesitaba que la odiase, así que aguantaría que su esposa fuera quien destilase veneno en su dirección. Era lo lógico.

—Vamos a ver ese caballo —pidió la doctora.

Los llevó hasta los establos que había a un lado de la casa. Era una edificación rústica en comparación con la hacienda, más moderna, pero era bonito encontrarse algo así nada más llegar. Transmitía vida.

Junto a las cuadras había un pedazo de hacienda vallada llena de hierba bien cuidada. Allí los caballos podían correr libres. No había animales en esos momentos, solo el que estaba tumbado. Así que Harper supuso que aquel era el ejemplar que se había caído.

—Lo he encontrado tirado en la cuadra. Lo hemos traído con la grúa del tractor pensando que, en la hierba, le sería más fácil levantarse, pero...

—Creo que se ha resbalado, eso explicaría que estuviera en el suelo —decretó su padre después de examinar las patas del caballo y de intentar levantarlo tirando de la cuerda que le habían enrollado alrededor del cuello.

—Justo acababa de barrer la paja. Iba a llevar la nueva y...—Bern se frotó la barba blanca.

—Yo le pondría cortisona y esperaré a ver si se levanta por sí solo.

Harper, que había estado de brazos cruzados mirando a su padre, levantó la cabeza de repente, como si le hubieran dado un calambre.

—¿Puedo asomarme a la cuadra?

—Claro,

—Papá, no hagas nada hasta que yo no regrese —le pidió con autoridad. Corrió hacia la caballeriza al ver que era una obra nueva. Observó el suelo. Apartó la paja con el pie y también la arenilla que había justo debajo—. Mierda.

Regresó a paso rápido. Su padre charlaba con Bern sobre que esperaba que su hija aprendiera rápido a moverse por las granjas de Michigan, pues aquello no era territorio tejanos.

—Se está desangrando —anunció.

—No hay ninguna herida ni rastro de sangre —opinó O'Malley confuso.

Su padre meneó la cabeza. No estaba convencido con su diagnóstico, lo veía en sus ojos pese a que estaba oscureciendo. Pero Harper tampoco estaba de acuerdo con el suyo. Que resolviera de aquel modo lo que le ocurría, con una simple visita al establo, era lo que hacían los veterinarios de antes. Ahora todo era distinto. Y ella pensaba demostrárselo.

Harper se agachó frente al animal y lo tranquilizó tocándole el morro. Entonces le levantó los labios.

—Papá, si le das sólo cortisona, morirá. Tiene una hemorragia. —Le hizo un ademán con la barbilla—. Mírale las encías.

Su padre se acercó y también lo hizo el dueño del animal.

—Están blancas —musitó, como si no creyera lo que estaba viendo.

—Está perdiendo sangre y si no hay herida externa... —empezó a decir ella.

Su padre la miró y la reconoció por fin como una veterinaria, no solo como su hija. Su rostro reflejó sorpresa, pero también orgullo.

—La está repartiendo por su organismo —concluyó Pete por ella parpadeando.

—Hay que intervenirle de inmediato.

—Voy a por el instrumental. —Incómodo, miró a Bern, que tenía el ceño fruncido—. Harper tiene razón. Tenemos que operarlo. Tiene una hemorragia interna y, si no hacemos nada, morirá en pocas horas.

Ella hizo que el caballo se tumbase mientras le hablaba con la misma voz que hablaría a un recién nacido. Imaginaba que el caballo tenía dolor, que estaba asustado y débil.

—Deberíais revisar las cuadras. ¿Has visto el suelo? —preguntó sin apartar la vista del caballo—. Es de cemento.

—Siempre ha sido de cemento. El del anterior establo también era de hormigón. Nunca nos pasó algo así.

—No sé cómo ni por qué, pero el cemento lo ha hecho resbalar. Los caballos necesitan tierra y hierba, está en su naturaleza —susurró Harper.

Su padre llegó con un gran maletín y pidiéndole a Bern un foco. Iban a necesitar luz para ver cuando el anochecer cayera del todo.

—Bien hecho, Harper —le comentó su padre mientras preparaba la anestesia—. De verdad. Me has sorprendido. Has buscado más información que yo para que el diagnóstico fuera...

—Me lo he imaginado porque vi un caso así en Texas —aclaró, interrumpiéndole. No quería que su padre se cuestionara si estaba siendo buen veterinario o no. No estaba allí para provocarle una crisis existencial.

—Ya, pero...

—Papá, cuando regresé de la universidad, tú fuiste mi mejor profesor. Aprendí de ti. Yo he vivido cinco años fuera y he vivido cosas que seguro que tú no has visto en más de cuarenta años de carrera —lo tranquilizó—. Ahora te toca a ti aprender un poco más. —Y le guiñó un ojo.

Se oyeron gritos en la casa principal y padre e hija se miraron. Se guardaron un suspiro e intentaron controlar las emociones para no estresar al animal y no perder de vista el objetivo de la operación.

Estaba claro que la señora O'Malley se acababa de enterar que Harper estaba allí. Y no estaba conforme.

Ahora venía el chaparrón. Bern había sido amable, la había tenido en cuenta como veterinaria. Había sido de gran ayuda para su primera vez en la finca. Maeve, en cambio, iba a ponérselo

difícil. Comprensible. Una madre era una madre. Y Harper era la causa de la muerte de su hijo.

No podía echarle en cara que la tratase como a un insecto cuando ella misma se había sentido así durante años.

—¡No la quiero aquí! ¡Bern!

Los gritos se acercaban. Harper cerró los ojos un momento y hundió la nariz en el cuello del animal, cuya crin estaba limpia y bien peinada.

—Nos va a tocar ser valientes, muchacho —musitó.

Alzó la cabeza cuando Bern llegó con un gran foco, ya conectado a la corriente. La cegó durante unos instantes.

—Aquí tenéis... —Y añadió una mirada hacia Harper para ponerla sobre aviso.

Maeve llegó hecha un basilisco. Si la hubiera encontrado en otro lugar, si ella no fuera Harper Blossom y Maeve O'Malley, quizá encontraría cómica la situación. No obstante, ver a Maeve con rulos en el pelo y un batín, en ese momento, la hizo temblar. Estaba más delgada y eso le daba a su rostro unas expresiones tan afiladas que daba pavor.

Le hizo frente con la cabeza alta porque su doctor así se lo había enseñado. No era una asesina. Debía mantenerse firme con ese pensamiento grabado a fuego en el alma.

—Si tuvieras decencia, Harper, te alejarías de mi familia —le siseó.

—Solo hago mi trabajo, Maeve —intentó mostrarse calmada, pero, diablos, le temblaba la voz—. Estoy aquí por tu caballo, no porque quiera hacerte más daño.

—Ha sido ella quien se ha dado cuenta del problema de Thor, amor —comentó su marido algo acobardado.

—No me importa. Lo prefiero muerto que a ella curándole. —Sin duda, estaba fuera de sí. Sus ojos estaban muy abiertos y enrojecidos. Tenía el rostro crispado por la furia ciega—. Lo siento por ti, Pete, pero esto es superior a mí. No puedo estar con tu hija.

—Maeve, el caballo no tiene culpa de lo que pasó hace cinco años. —Harper trataba de ser paciente. En un intento de ser útil, cogió la jeringuilla de la mano de su padre y le inyectó la anestesia. Pensó que si le hablaba de forma profesional eso ayudaría—: Será un momento. Abriremos, encontraremos la herida interna y lo coseremos todo. Un par de pinchazos más para asegurarnos que no tiene infección y...

—¡No! ¡Cállate!

—Hazlo por Thor —le pidió Harper. No se trataba de ellas, sino de la supervivencia de un animal. Ambas amaban la vida de granja y eso tenía que pesarles.

Se equivocaba. Maeve no se atenía a razones, lo cual hizo creer a Harper que su estado de delgadez y de rabia incontrolable se debía a una fuerte medicación. Sintió un doloroso pinchazo en el pecho; la Maeve que recordaba era muy distinta al espectro que se encontraba ante ella.

¿Harper la había convertido en semejante sombra?

—Fuera de mi casa, puta.

—¡Maeve! —Pete se levantó y su tono de voz fue tan grave que hasta Harper notó que la sangre le abandonaba el rostro—. No te consiento que le hables así. Óyeme bien. No te permito que te dirijas a Harper de este modo. Se trata de mi hija, ¿de acuerdo?

—¡Y Aaron era mi hijo! —lo gritó con tanto dolor que fue desgarrador—. ¡Era mi hijo y Harper lo mató!

Harper notó una explosión de sufrimiento en su mente. Se obligó a respirar, a pensar en lo que hacía. Aaron ya no estaba y no podía hacer nada por ayudarle, pero aún podía salvar la vida al caballo. No era lo mismo, pero era su misión en ese momento. Así que cogió un bisturí y empezó

a abrir la dura carne de Thor. Sabía que no le estaba haciendo daño porque el caballo se encontraba noqueado por la medicación.

Las clases en la universidad y la experiencia que había conseguido en Texas la ayudaron a que los conocimientos fluyeran hacia sus dedos. Logró separar sus sentimientos de todo lo demás. Allí era la doctora Blossom, no Harper.

—¡He dicho que te alejes de él!

—Si no le operamos, morirá en cuestión de horas —le informó. No apartó los ojos de la operación. Si hacía un mal corte...

—Pues que así sea.

—Se acabó, Maeve. —Bern la tomó del codo—. Vamos adentro. Te prepararé sopa...

—No.

—Basta. —Harper se levantó cuando hubo terminado de hacer la incisión—. No puedo cambiar el pasado. Ojalá pudiera. Créeme que daría mi vida por salvar la de Aaron, pero no soy Dios. Así que voy a centrarme en el presente y voy a salvar a tu caballo. Quieras o no. Y si no me quieres aquí, deberás llamar a la policía para que me saquen esposada.

—Llamaré ahora mismo, entonces.

—Hazlo —esa vez fue Pete quien habló. Se puso entre la dueña del caballo y la operación—. Pero eso no te devolverá a tu hijo.

Maeve le sostuvo la mirada a Pete. Estaba fuera de sí y Harper dudaba que viera en realidad a quién tenía delante.

—No os quiero más aquí. —La miró con tanto odio que Harper tuvo que arrodillarse en el suelo de nuevo, pues su cuerpo no sostenía sus rodillas temblorosas—. Acabad con Thor, coged el dinero y no volváis más. Buscaremos otro veterinario.

Se fue lo más digna que pudo. Bern mascullo una disculpa y fue tras ella. Parecía molesto por el espectáculo. Pete también. La única que se mantenía impassible era Harper.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila operando con lo que acaba de pasar? —preguntó su padre al ver que ella había vuelto al trabajo en cuestión de segundos.

Harper intentaba no desconcentrarse. Cada vez que abría un animal, se recordaba que lo que tenía entre manos era mucho más importante que lo que ocurriera a su alrededor. Por eso no le era dificultoso llevar a cabo sus tareas. Le habían enseñado a ser disciplinada y a dejar de lado las emociones. Por supuesto, la discusión que acababa de vivir le pasaría factura en cuanto terminase y se permitiera pensar en ello.

—Créeme, no estoy bien. Pero si quiero salvar a Thor, debo mantener fuera de mí el dolor.

Pete no reconocía a su hija. Era mucho más madura que antaño. Texas la había reforzado. Había endurecido su piel, y él no había estado allí para ser su mentor. Se preguntó si había sabido protegerla bien de la maldad de la comunidad. Los pueblos eran bendiciones porque la mayoría de la gente se convertía en familia, pero un error podía manchar una vida inmaculada y halagada por todos. Y su niña había sido presa de aquel odio mezquino e irracional.

—Eres toda una profesional.

—¿Y ese tono de sorpresa? —La risa que se le escapó fue entre nerviosa y divertida.

—Bueno, cuando volviste de la universidad, apenas te atrevías a castrar a un perro y mírate ahora. Eres una veterinaria hecha y derecha —lo decía de corazón.

—Soy una doctora tan buena que acabo de encontrar la rotura que nos está matando al caballo. —Se inclinó y le señaló el punto exacto—. Mira ahí, papá. ¿Lo ves?

—Joder, sí. Espera, voy a asegurarme que no suelta más sangre...

—Estupendo. —Le sonrió con calidez—. Voy preparando los antibióticos y a buscar más hilo.
Para cerrar esta operación vamos a necesitar media tonelada.
Si Thor era fuerte, sobreviviría.
Pero ¿y ella?

Los Turner siempre habían sido personas celosas de su intimidad. Por ello, los antepasados de Emmett habían construido su granja a las afueras de Sherman. La hacienda estaba en las tierras que limitaban con la comunidad Weidman. Para comunicarse con alguno de los dos pueblos, la distancia a recorrer era considerable. Su padre solía decir que vivían en mitad de dos lugares y en ninguna parte al mismo tiempo.

Lo único que Emmett envidiaba de muchos vecinos era que tuvieran el lago tan cerca. Él estaba rodeado de verde mirase por donde mirase y, a veces, aquella soledad, silenciosa e inalterable, podía llegar a ser aterradora. Cuando caía la noche, solo se oía a las terneras y a los caballos. Ahora ya se encontraba habituado a aquella calma, mas, de pequeño, le había dado miedo y casi cada noche acudía a la cama de sus padres buscando refugio.

Las mujeres Turner eran inteligentes, tanto que sus estudios eran superiores a los que cursaban los varones. No solían quedarse allí; todas se habían marchado buscando otro futuro. Los hombres llevaban la ganadería en las venas; preferían no estudiar en la universidad y aprender de la naturaleza y de los conocimientos de su familia.

Eso era lo que había pasado con Emmett. Él se había quedado con el rancho y la granja, mientras que su hermana Jocelyn se había marchado a la universidad para no regresar jamás. Emmett tenía las vacas, los caballos y una tímida siembra que le permitía tener la despensa llena. Jocelyn era interiorista y trabajaba como decoradora para una importante constructora de Nueva York.

La echaba de menos. Hacía años que Jocelyn ya no vivía allí, pero cada mañana se extrañaba al no escuchar sus risas y gritos en la cocina. Siempre andaba quejándose: que llovía a diario, que necesitaba ver algún rascacielos, que su padre no le dejaba la camioneta...

Ese día, el silencio no fue distinto. Emmett se despertó antes del amanecer y se encontró vacío, tomándose el café y un par de tostadas en la cocina.

Tras la muerte de sus padres, el lugar se le quedaba grande. No tenía esposa ni hijos que llenasen de calidez el lugar. Solo tenía como compañía dos perros que no servían ni para vigilar la puerta principal. Eran mansos como el agua. Sherry jugaba con los terneros recién nacidos y Manny solo quería dormir, ya fuera frente la chimenea encendida o bajo la sombra del sauce llorón del patio trasero.

Quería tener una familia, pero no tenía fuerzas para buscar una. El amor no entraba en sus planes, parecía inalcanzable; las mujeres del pueblo no le atraían en absoluto. Las conocía a todas y las solteras no despertaban en él el interés necesario para pedirles una cita. Suponía que terminaría solo en aquel enorme caserón. Por eso, la idea de la adopción cada vez tomaba más fuerza en su cabeza. Tenía los papeles de información en su despacho y el formulario sobre el escritorio. Los rellenaría esa misma noche.

Quería dar estabilidad a un niño que no la tuviera. Quería darle el amor y la felicidad que

guardaba dentro antes de que se pudriera en su interior a base de no poder compartirlo con nadie. Los perros eran buenos amigos, sí, pero Emmett extrañaba el contacto humano.

Se vistió con el mono y las botas y fue a hacer su ronda habitual. Tenía que sacar de los establos a los caballos, cepillarlos y cambiarles el heno. Luego dejaría a las vacas sueltas por los campos y aprovecharía para echar un ojo a las que estaban apartadas del resto porque estaban preñadas. Quería comprobar cuándo empezarían a nacer los terneros para estar atento. La granja pedía dedicación absoluta y ningunas vacaciones. En el momento en que el mal tiempo se acercase, tendría que pasarse por allí cada tres horas, incluso de madrugada. Esos animales eran su responsabilidad y no podía permitir que les pasase nada.

Oyó el motor de un coche y fue hacia allí. No sabía quién podía visitarle. Emmett no solía recibir a nadie. El cartero pasaba los viernes y era domingo.

Reconoció el automóvil al instante.

—¿Don? ¿Qué haces aquí, hermano?

—Vengo a invitarte a comer. Bueno, mi madre. —Su amigo le dio la mano como saludo—. Es su cumpleaños y mi hermana llegó ayer de Texas. Así que está invitando a algunos amigos a una fiesta a última hora. Algo privado.

Sin duda, las fiestas de los Blossom no eran privadas. Eran personas que se hacían querer y, por ello, invitación que hacían a un vecino, invitación que era aceptada al instante.

No era de extrañar. Los padres de Don eran todo lo bueno que había en el mundo. Eran generosos, bondadosos y nunca se metían en los jardines de los demás para opinar. Pasaban desapercibidos y se hacían querer.

A Emmett, prácticamente, lo habían adoptado tras la muerte de sus padres.

—Hoy estoy un poco liado... —Se frotó la nuca.

—Puedes dejar la granja sola cuatro horas, Emmett.

—De verdad, me encantaría poder ir, pero...

—Vamos. No quiero excusas. —Le señaló con el índice—. Si vienes, en la próxima timba te dejo ganar.

—Tú nunca ganas en el póquer —respondió divertido. Echó a andar hacia la granja y su amigo lo siguió.

—¡Por eso!

Don era un hombre insistente. Sabía cómo conseguir que la gente le siguiera el juego y bailase a su son. No lo había aprendido en la ciudad, siempre había sido así. Tenía labia, podría ser político y se llenaría los bolsillos con votantes sacados de debajo las piedras, sin duda. Todo lo contrario a Clive, quien era rudo y primitivo; parecía mentira que fueran gemelos.

Emmett sabía que estaba perdido y no hacía ni dos minutos que Don había aparcado frente a su puerta. Iba a aceptar ir a comer al pueblo con la familia Blossom. Aunque fuera para que su amigo lo dejase en paz, accedería.

Donald era un buen tipo. Había estado años lejos de Sherman, pero había regresado tras una fuerte lesión que le había impedido seguir viviendo del deporte profesional. Ahora enseñaba a los chavales. Más allá de sus clases de básquet, fútbol, atletismo, béisbol y rugby, Donald se los había ganado sin demasiado esfuerzo. Conocía las palabras que debía usar en cada ocasión.

Así pues, Emmett terminó cediendo y se despidió de un satisfecho Donald con un gruñido. Se sentía usado y estafado. Pero el enfado era consigo mismo por ser tan blando, no con él. Lo cierto era que Don era el único amigo que tenía. Habían estado años separados tras graduarse en el instituto y ahora volvían a ser uña y carne. Las buenas amistades no se distanciaban por más

tiempo que pasasen enterradas en un espeso silencio. Su regreso había ayudado a Emmett a sentirse menos solo, aunque la granja le seguía quedando grande.

¿Cómo iba a enamorarse y enamorar a una chica si apenas se relacionaba con nadie? Era un huraño. La gente en el pueblo apenas lo tenía en cuenta por vivir tan retirado de la civilización.

Después de asegurarse de que todo en la granja iba sobre ruedas, se dio una buena ducha y se puso unos pantalones nuevos y la única camisa que tenía planchada. Palmeó las cabezas de sus perros antes de salir por la puerta. Apenas se inmutaron al verlo marchar.

Todo el trayecto que tuvo que recorrer hasta la casa de los Blossom estuvo pensando si era correcto iniciar los trámites de adopción. Sí, tenía mucho que dar, no solo en lo material. De veras que creía que sería un buen padre. Sin embargo, del dicho al hecho, hay un trecho. ¿Podría dar tan buenos consejos como su madre? ¿Sería tan sabio con los castigos como su padre? Ahora los adolescentes tenían estímulos externos que él no había tenido de joven. ¿Podría dominar a un hijo cuando tuviera quince o dieciséis años? ¿O sería un absoluto fracaso y el crío se echaría a perder porque Emmett no tenía aptitudes para ser padre? Estaba hecho un lío.

Supuso que los Blossom podrían echarle una mano y resolver sus dudas, dado que habían adoptado a dos niños. Pero algo le decía que no era lo mismo. En primer lugar, ellos ya tenían cuatro hijos cuando adoptaron a Harper y a Connor, así que sabían qué hacer si uno se ponía enfermo o le respondía con mal humor. Y, en segundo lugar, las preguntas que se formulaban en su cabeza no eran para que las respondieran otros. Emmett tenía que aprender solo a superar sus inseguridades.

Cuando aparcó, vio varios coches ya frente la casa de madera. Se dijo que no podía permitir que sus vacilaciones amargasen el cumpleaños de la madre de Donald. Había preparado una comida con todo su amor y cariño para su familia y la comunidad, y Emmett no iba a fastidiarlo.

Entró en la casa y saludó a todo el mundo. Los hermanos ya estaban allí con sus esposas; había un par de vecinos que apenas le dirigieron una mirada. Donald se alegró de verle allí y, enseguida, le puso una cerveza en la mano.

—¿Nos vemos fuera? Hay mucho bullicio aquí dentro —le preguntó.

—Claro, hermano. —Emmett le palmeó el hombro—. Deja que felicite a tu madre y ahora voy para el lago.

La madre de Don estaba radiante de felicidad. Sonrió todavía más al verle y se abrazó a él en cuanto la felicitó.

—Ah, Emmett, qué ilusión que estés aquí. A ver, deja que te mire. —Le tocó la cara y ambos se emocionaron—. Cada día te pareces más a tu madre. Tienes sus ojos.

—Gracias, señora.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así? —lo riñó con cariño. Los Blossom habían sido muy amigos de los Turner. Quizá era el amor que compartían por los animales o porque llevaban en Michigan desde muchas generaciones. No importaba qué había ocurrido para que se tuvieran tan alta estima, pero así era. Emmett consideraba a Maggie su tía, y a su marido un segundo padre.

Clive también estaba allí y le dio la mano como saludo. Pese ser el gemelo de Don, eran tan diferentes que el carácter de Emmett nunca había encajado con el suyo. Se toleraban y se apreciaban, pero jamás había nacido entre ellos la amistad.

Salió fuera a respirar aire fresco. Donald todavía no había salido, sin duda estaba retenido por algún vecino que quería hablar de algún partido cuya jugada maestra vino de él.

Observó el lago. Sí, aquellas vistas no las tenía desde su granja. Caminó hacia la orilla; los

Blossom habían construido un embarcadero y tenían dos lanchas, una de ellas motora, ancladas en él. Recordaba que, en su adolescencia, Don y él hacían carreras para ver quien acababa antes en el agua.

Benditos tiempos aquellos. Echaba de menos lo simple que era todo. Lo fácil que era la rutina por aquel entonces. De lunes a viernes iban al instituto, se pasaban las tardes haciendo deporte y estudiando en la biblioteca. Los viernes, Emmett solía dormir en casa de los Blossom y, el sábado por la mañana, Don y él hacían ejercicio al aire libre mientras planeaban qué harían en un futuro. ¿Estudiarían? ¿A qué se dedicarían? Se permitían fantasear con futuros que no iban a vivir. Con casarse con la más inteligente del instituto, con la más guapa de la clase o con conocer una chica de bien, con dinero, en la gasolinera más cercana por azares del destino.

No tenían apenas responsabilidades, tan solo aprobar los exámenes. Su modo de vida era divertirse, ser feliz, disfrutar de la compañía de los amigos, de los caballos y de los coches.

En quince años, todo había dado un giro tremendo y Emmett ya no se reconocía en sus recuerdos. ¿En qué momento se había dejado arrastrar a aquel agujero negro en el que vivía? ¿Por qué no se sentía tan vivo como entonces? Si aquello era la madurez, no quería ser adulto. Quizá debería ir al psicólogo.

—Si te das un chapuzón, puedes coger una pulmonía, ¿lo sabes?

La voz femenina lo dejó paralizado a un paso de llegar el embarcadero. La había escuchado cientos de veces en su vida. Harper Blossom había regresado y Emmett iba a tener que encararla.

A diferencia de buena parte del condado, no la odiaba ni la consideraba culpable de lo que claramente había sido un accidente. Sin embargo, su corazón no podía evitar aletear con fuerza ante aquella voz, fruto de sus recuerdos. Cuando ella había regresado de la universidad, antes de que todo ocurriera, la había visto en un par de ocasiones y la había encontrado tan atractiva, que, si no hubiera sido porque era la hermana de Don, Emmett le hubiera pedido salir. Luego, tras la tragedia de aquella noche y su huida tras el juicio, la había olvidado por completo, aunque eso no significaba que en alguna ocasión le hubiera preguntado a su amigo qué había sido de ella.

No había visto ninguna fotografía suya desde hacía años. La última vez que la había visto había sido cinco años atrás, cuando se había ido de Michigan. Imaginaba que el paso del tiempo habría hecho mella en ella, mas no podía ser muy exagerado. No llegaba a los treinta. Cuando la miró, se quedó sin respiración. Harper era la misma que años atrás. Su piel era del color del cacao, salpicada por lunares en puntos estratégicos en su rostro, como el que tenía encima del labio superior, a la izquierda; hacía que su boca fuera tentadora. Su pelo rizado de color miel oscurecida estaba, quizá, más largo, aunque no podría decirlo porque lo llevaba a un lado, algo despeinado y sin forma.

Todo el pueblo decía que la consideraban exótica porque era la única chica de ascendencia mestiza de la comunidad. Sin embargo, a Emmett siempre le habían llamado la atención sus ojos. Eran grandes, profundos, verdes con trazos de color caramelo. Eran los ojos de un felino. Cambiaban de color según su estado de ánimo, recordaba haberla visto recién levantada, cuando era más pequeña, con una mirada tan castaña como lo era su piel. Y Donald aseguraba que se le ponían grises después de llorar.

Ella ladeó la cabeza, para nada molesta por ser observada con tanta fijeza, en silencio, durante varios segundos.

—Siempre fuiste hombre de pocas palabras, Emmett Turner.

Que supiera quien era, lo dejó atónito. Había esperado tener que acercarse para presentarse. En su cabeza, había imaginado que ella se disculpaba por tener tan mala memoria.

—¿Me recuerdas?

Harper se rio.

—Eras el único amigo de mis hermanos que me trataba como una persona normal y no como si estuviera loca por ser la única chica en medio de tanta testosterona —admitió ella.

Estaba sentada en el columpio que Pete había construido para sus nietos cuando sus hijos empezaron a casarse. Pero todavía no tenía ningún niño que lo usase. Milo y Clive eran los únicos Blossom casados y ninguno había tenido descendencia; Don no parecía interesado en ninguna mujer, igual que Luke. Harper acababa de llegar y parecía estar sola tras varios años en Texas. Connor, el hijo pequeño de la familia, todavía era muy joven para pensar en sentar la cabeza. Así que, por ahora, parecía ser usado por adultos.

Se levantó de un salto y se acercó a él. Extendió la cerveza que llevaba en la mano.

—Brindo por ti, Emmett. Porque no eras un capullo.

—No sé yo si el pueblo opina como tú. —Pese a todo hizo chocar su botellín con el de ella.

—El pueblo tiene opiniones de mierda.

—¿Lo dices por lo que comentan de ti?

Ella agachó la cabeza mientras sus labios se contraían en una mueca. Emmett cerró los ojos en cuanto aquellas palabras escaparon de sus labios. Se arrepintió al momento de haberlas dicho.

Para Harper tenía que ser muy duro y complicado regresar sabiendo que el noventa y nueve por ciento de tus vecinos no querían saber nada de ti. Él lo vivía en propias carnes y no porque hubiera hecho nada malo, y ya se sentía como un cero a la izquierda. El lugar que ocupaba Harper tenía que ser un millón de veces más doloroso que el de Emmett. Empezó a balbucear una disculpa, pero ella lo cortó, para nada alterada.

—No te preocupes, Emmett.

—Sí, sí. He metido la pata. Yo... Harper... de verdad, lo siento.

—Tranquilo. No has dicho ninguna mentira. —Le sonrió para calmarlo e, incluso, le guiñó un ojo, como si no hiciera un lustro que no se veían o hablaban. O como si fueran íntimos desde siempre—. El condado entero me odia. Creo que el estado de Michigan al completo me detesta. He regresado siendo consciente. Y me guste o no, será así durante mucho tiempo. Tal vez me muera y los nietos de quienes me insultan ahora escupan en mi tumba.

—Había olvidado que eras tan exagerada como Donald.

—Puede. Pero tengo más pelotas que él, y es mucho decir contando a qué se ha dedicado todos estos años. —Se rio de nuevo y regresó al columpio. Le dio un trago a la cerveza—. No ibas a saltar al agua, ¿verdad?

—No. Solo quería asomarme.

—Las vistas no son espectaculares. Ya sabes que, para aguas cristalinas, deberás ir al Caribe —siguió bromeando ella—. ¿Cómo has estado todos estos años?

—Bien, bien. —Caminó hacia el final del muelle y tragó saliva.

Se sentía idiota. Había fallado a su mejor amigo, a su hermana e, incluso, a la educación que sus padres le habían dado. Había sido un energúmeno que no había medido sus palabras cuando por todos era sabido que lo que dices y haces tiene un impacto superior al que parece inicialmente. Afecta a sentimientos y pensamientos, desencadenando acciones inesperadas que escapan a tu control.

¿Cómo había podido equivocarse tanto con Harper? ¿Cómo había podido ser tan bocazas?

La oyó caminar tras él y contuvo la respiración cuando se puso a su lado. Los brazos se rozaban.

—¿Cómo está tu hermana?

—Vive en Nueva York. ¿Llegaste a conocerla?

—Jocelyn era un año más pequeña, pero recuerdo que me dejó maravillada cuando en primer curso participó en el musical del instituto. —Ella le sonrió con ternura—. Me alegro de que le vaya muy bien. Quizá la clave de la felicidad está en dejar el pueblo atrás, ¿no crees?

Sin duda, Harper había sido muy feliz en Texas. Había conocido gente maravillosa con quien no tenía intención de perder el contacto. Se había enamorado varias noches en la discoteca con todo el corazón; había hecho amigos y eran máspreciados que los del instituto, pues todos le habían dado la espalda. Solo Rosemary seguía a su lado tras tanto tiempo.

—Yo no puedo irme, Harper. Me encargo de la granja.

—Oh, sí. Oí lo de tus padres, lo siento, Emmett. —Le tocó el brazo con la nariz arrugada—. Han tenido mucha suerte de que te encargues del rancho familiar.

—Tú también estás aquí —le recordó Emmett, que intentó desviar la atención. No le gustaban mucho los piropos, no sabía cómo encajarlos—. Tal vez tenga algo que ver con la consulta de tu padre. ¿Me equivoco o tú también vas a hacerte cargo de la empresa?

—Vaya, menuda pillada. —Ella se echó el pelo hacia atrás y Emmett juraría que se había sonrojado levemente—. ¿O te lo ha chivado Donald?

—No, Don suele ser muy prudente para asuntos que no le competen.

—Eso es cierto —le concedió ella.

Emmett no podía creerse que estuviera charlando tranquilamente con Harper Blossom. No miró hacia atrás por no ser descortés, pero si alguien los veía, empezaría a cuchichear y seguro que Emmett sería un desterrado en sus propias tierras. Sin embargo, en esos momentos, no le importaba que lo despreciasen un poco más. Estaba relajado en compañía de una chica inteligente, observadora y que tenía ganas de charlar con él. Era algo insólito. Emmett no solía disfrutar en compañía de la gente y tampoco tenía conversaciones muy sustanciosas.

—Hace tres meses le diagnosticaron párkinson a mi padre —susurró ella. Emmett parpadeó impactado por la noticia. No esperaba semejante noticia y se quedó helado por unos segundos—. Todavía es algo leve y puede hacer vida normal, pero es cuestión de meses que la enfermedad siga su curso y lo arrase todo. Y solo yo podía asumir el mando de la clínica. Milo y Clive estudiaron para ser veterinarios, pero trabajan con Luke en la granja del abuelo y, por más que hagan curas a sus animales, han olvidado cómo tratar perros, gatos o casos muy extremos que necesitan quirófano. No tienen la experiencia necesaria. Don está dando clases y Connor no quiere saber nada de la clínica.

Al igual que Emmett, había heredado el negocio familiar para no salpicar a sus hermanos.

Jocelyn odiaba la granja. No le gustaba estar rodeada de campo, en medio de la nada, con apenas cobertura; le costaba madrugar y ponerse el mono de trabajo. A veces, bromeaba diciendo que no era una Turner, que no llevaba el amor por las vacas y los caballos en los genes, y era cierto. Le daban miedo los terneros, solo osaba acercarse cuando acababan de nacer y empezaban a caminar por sí solos.

Todos habían dado por hecho que Emmett sería el encargado de mantener a flote la granja.

—Así que te ha tocado a ti hacerte cargo de las riendas.

—Más o menos. Asumí ese rol cuando me fui a la universidad. Todos sabíamos que, aunque Connor quisiera ser veterinario, yo me encargaría del negocio. Era cuestión de tiempo que Michigan llamase a mi puerta otra vez. —Harper se mordió el labio inferior y le echó una mirada algo furtiva, con las cejas enarcadas—. ¿Cómo has conseguido que te abra, así como así, mi

corazón en tan solo cinco minutos? Vaya, Turner, un poco más y te doy el número secreto de mi tarjeta de crédito.

—Emmett sabe escuchar. ¿A qué no lo parece?

¿Cuánto ha oído? Harper se tensó, pero con una simple respiración logró relajar cada músculo de su cuerpo. No pasaba nada, no había hecho nada malo.

—Uh, un intruso —canturreó volviéndose hacia Donald—. ¿Qué haces ahí plantado? ¿No te han dicho que es de mala educación mirar el culo de tus amigos? Pobre Emmett. No se lo tengas en cuenta —bromeó poniendo tono lastimero. Turner se tragó una carcajada.

—Si tuviera que mirar un trasero, miraría el de Benjamin Foy, buhita. O el de Gina Humberton —añadió después de mirar al cielo unos segundos.

—Es un perverso —musitó ella.

—Sí, sí que lo es. —Emmett esa vez no pudo contener la risa.

Se miraron unos segundos a los ojos. Emmett notó algo removerse en su pecho, bajo las costillas. Hacía mucho tiempo que no mantenía contacto visual prolongado con una mujer, mucho menos con Harper. Había sido fácil mantener una conversación mirando al horizonte, pero ahora se estaban encarando. Era distinto.

—Gracias por este ratito —susurró ella levantando de nuevo su cerveza para que él pudiera volver a brindar—. Me has hecho desconectar de la vida que me espera aquí.

*H*arper se quitó las gafas que utilizaba cuando estaba más de una hora trabajando con el ordenador. Acababa de introducir en la base de datos las visitas que había realizado a lo largo del día. Su padre ya lo había hecho y también Sandy, la doctora que Pete tenía contratada desde hacía quince años.

Sandy era una mujer adorable o, al menos, así la recordaba. Ahora la miraba con los labios apretados y el fuego brillando en sus pupilas. Junto con los auxiliares de veterinaria, formaba algo así como el club antiHarper. Ahora que Pete había hecho oficial que, en un mes, Harper sería la nueva jefa, su hostil comportamiento se había extremado en las últimas cuarenta y ocho horas. Si por Sandy fuera, Pete tendría que haberle traspasado el negocio en vez de dárselo a su descocada cría. Pero a Sandy se le olvidaba un pequeño detalle: aquel edificio y los pacientes llevaban siendo parte de los Blossom desde los años cincuenta, tras la Segunda Guerra Mundial.

Su abuela había montado el negocio para poder tratar los animales domésticos del pueblo y luego se había encargado de las vacas, terneros y caballos de los vecinos porque solía ayudar a su marido con los que el propio matrimonio poseía.

Y aquel pedacito de historia formaba parte de Harper. No pensaba renunciar a ello solo porque la considerasen una apestada. Eso no significaba que fuese sencillo estar ahí, soportando miradas y malos tonos cuando se dirigían a ella.

Apagó la pantalla y miró el reloj. No llegaría para cenar y no había avisado de ello. Si su padre se retrasaba, siempre llamaba a casa para explicarse. Y su esposa le esperaba encantada, sabía bien que su marido vivía por y para la clínica.

Iba a ser duro dejar de trabajar, jubilarse por obligación y no porque creía que era el momento de retirarse. Los animales eran su pasión; cuidar de ellos y cuidarlos formaba parte de su esencia.

Los hombros de Harper sostenían dos responsabilidades: por un lado, no podía dejar decaer el negocio ni perder clientes y, por otro, debía mantener los ánimos altos para que Pete no notase que estaba triste y preocupada por aquella enfermedad neurodegenerativa que lo consumiría poco a poco.

Disimular sus sentimientos era algo que Harper solía hacer, sobre todo, después del accidente, pero eso no quería decir que mentirle a su padre fuese pan comido. Al contrario, quizá, era la actuación más complicada hasta la fecha.

Fue hasta el dormitorio monitorizado donde tenían las jaulas de los animales ingresados. Había cámaras en cada esquina de techo y conectaban con cada móvil de la familia; incluso sus hermanos tenían acceso a las grabaciones en tiempo real. Conectó la escucha para poder acceder al audio en cualquier momento y fue a despedirse del único paciente que tenían en ese instante. Era un perrito al que habían esterilizado esa misma tarde. Abrió la reja y comprobó que la toalla estaba calentita, que tenía agua y comida suficiente para pasar la noche. Miró el gotero que tenía conectado en la pata y también que la campana estuviera en su sitio.

Ante su pequeño ladrido, se le derritió el corazón. Fue una llamada débil y frágil, de socorro. Le rascó la piel que tenía entre los ojos y el perro los cerró, encantado por los mimos.

—Te veo mañana, precioso —le susurró con la voz con la que hablaba con los animalillos enfermos, suave y tranquila—. ¿Vale? Estaré pendiente de ti.

Cerró la reja y se quitó el polvo de los pantalones. Cogió la chaqueta, la bufanda y el bolso. Rebuscó entre sus cosas para encontrar las llaves. Una vez las tuvo en la mano, conectó la alarma y salió de allí. Bloqueó las puertas y cuando se giró, guardando el llavero de nuevo en su bolsa, pegó un grito.

—Diablos, Turner. No te esperaba. ¡Menudo susto!

Puso la mano sobre el corazón, que latía desbocado. En Michigan no solían pasar cosas malas, al menos no en aquel pedacito del estado. En Texas la vida era más ruda y salvaje y, tras haber vivido en la gran ciudad, su instinto de supervivencia había descubierto qué era tener miedo al volver a casa sola. O a encontrarse desconocidos esperando en aparcamientos desiertos.

—Lo siento. —El amigo de Donald levantó las manos en señal de disculpa. Sus cejas se arrugaron por la culpabilidad—. No pretendía asustarte.

—Si esperas a una mujer frente a su coche cuando ya ha anochecido y no dices palabra, sueles causar ese efecto.

Ahora podía pensar con más claridad. Por supuesto, no le temía a Turner. Conocía a Emmett gracias a su hermano, le había visto crecer desde que tenía uso de memoria. Había pasado cada fin de semana de su vida en casa de los Blossom, así que Harper estaba habituada a su presencia. Lo recordaba más bajito, enclenque y con el rostro lleno de acné. También recordaba haberle visto más fuerte, más rudo y divertido cuando se graduó con Donald. Luego, al regresar de la universidad, ya era un hombre muy parecido al que tenía ante sí. Los cinco años que habían pasado desde entonces habían puesto alguna que otra cana en su pelo, habían hecho más incipientes las arrugas alrededor de sus ojos y poca cosa más. Quizá, de no haberse ido, no podría echar la vista atrás y apreciar los cambios en él.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —le preguntó ella, de repente, sin saber bien por qué—. Cuando venías a casa para estar con Don, nunca hablábamos. Creo que, incluso, nos esquivábamos. ¿No?

Él se vio descolocado. No esperaba que ella le dijera eso antes de dejarle hablar. Parecía una muchacha reflexiva que se adelantaba a los pasos del resto. Era distinta a las chicas del pueblo, no cabía duda.

—Creo que tenía algo que ver con la diferencia de edad, Harper, no con que nos cayéramos mal.

—Sí, tiene sentido. —Ella abrió su coche y dejó el bolso en el asiento del copiloto. Luego cerró la puerta y se apoyó en el chasis—. ¿Y bien? No creo que escondas ningún ternero en tu ranchera. No estás aquí por trabajo.

—No, no estoy aquí por mis animales.

—Soy toda oídos.

Emmett respiró con profundidad para llenar los pulmones de aire lo máximo posible. Le había costado tres días darse cuenta de lo que quería hacer y otras veinticuatro horas para animarse a hacerlo.

No era un cobarde, su padre no había criado a un hijo con esas características. Pero a los *cowboys*, si es que los hombres de Michigan podían considerarse a sí mismos como tal, no les gustaba mostrar sus emociones con facilidad. Su rudeza estaba por encima de eso. Emmett no

sabía si por llorar sería menos hombre, pero sabía que solo podría conseguir lo que quería si peleaba por ello.

—Me gustaría invitarte a cenar —lo susurró con voz tan bajita que ella le pidió que lo repitiera—. Digo que..., me gustaría invitarte a cenar. Quizá mañana o pasado, cuando te vaya bien. Si es que te va bien, claro.

—¿Te refieres solos?

—Sí, Harper. Tú y yo —una vez dicho lo más difícil, su voz se tornó más segura—. Podríamos ir a un restaurante o a mi casa. Como te sientas más cómoda.

Harper pestañeó y se removió. Aquello no se lo esperaba. No hacía una semana que estaba en el pueblo y ya le estaban pidiendo salir. Vaya, ni en Dallas habían sido tan directos con ella.

—¿Me estás pidiendo una cita? ¿Es eso? —necesitaba asegurarse que Emmett y ella tenían la misma idea cuando hablaban de cenar juntos.

Él asintió mientras se balanceaba sobre sus pies. Saltaba a la vista que estaba incómodo, que no era un hombre que soliese pedir salir a las mujeres. O bien eran ellas quienes lo atosigaban, llenas de curiosidad por su tosquedad, o bien no solía tener aquel tipo de encuentros sociales muy a menudo. Fuera como fuere, a Harper le resultaba adorable ver que estaba ruborizado hasta la raíz del pelo.

Se preguntó si deseaba tener aquella cita. No sabía si estaba lista para tener aquel tipo de relación con un hombre. Sobre todo, en su pueblo. Aceptar una cita no significaba únicamente atreverse a abrir el corazón a un desconocido para ver si conectaban, si se entendían en la cama y más allá de ella. También quería decir que todo el mundo hablaría de ellos.

Su madre le había dicho que Emmett no estaba bien considerado en la comunidad porque no solía mezclarse con los vecinos, su finca estaba tan lejana que le daba pereza desplazarse hasta el núcleo urbano de Sherman. Si lo veían con Harper, las habladurías serían más brutales con él.

Lo miró con más detenimiento. El pasado domingo apenas había prestado atención a su físico, tal vez había estado muy ensimismada conectando con él a niveles por debajo de la piel. Todavía se preguntaba cómo había sido capaz de hablar tanto con alguien sobre sí misma y qué hacía en Sherman nuevamente. No entendía cómo Emmett había podido tirarle de la lengua sin pretenderlo. O cómo había conseguido inspirarle tanta confianza, de forma inmediata y ciega.

Exudaba rudeza: tenía unas facciones marcadas en su rostro alargado y fuerte; su mirada era penetrante, justo lo que las mujeres apreciaban. Si bien la penumbra los abrazaba, sabía que sus ojos eran marrones como las castañas antes de asar. Sí, era guapo. Recordaba que de joven tenía el pelo más largo, ahora lo llevaba más corto y se había dejado una ligera barba de pocos días cubriéndole la mandíbula.

Y, además, tenía un fondo muy llamativo. No se había dejado llevar por las habladurías de los demás, quizá porque conocía a su familia muy bien o porque había preferido quedarse con la imagen de la jovencita simpática que había visto semanalmente durante su juventud. Tal vez era el único que aceptaba que los accidentes pasaban y no la culpaba por la muerte de Aaron como todos los demás.

Era de agradecer tener a alguien con quien estar que no se apellidase Blossom. Donald y Luke eran unos amigos estupendos; con la madurez sus lazos se habían estrechado y la intimidad entre los tres era de mejores amigos. Pero no dejaban de ser familia.

Emmett se estaba ofreciendo para escucharla y ser escuchado, de forma incondicional y sin juzgarla. Si se sumaba que le resultaba magnético físicamente...

—De acuerdo —aceptó mordiéndose la mejilla—. Me parece bien, Emmett.

—¿Seguro?

—Sí. Pero debo advertirte. —Levantó una mano mientras se acercaba a él. Le peinó el pelo. Estaba húmedo porque había llovido un poco antes de que Harper saliera de la clínica. Llevaba rato esperándola. Se derritió un poco más por su consideración—. Si te ven conmigo cenando o paseando por la orilla del lago, van a ir a por ti, Emmett. No quiero joderte la vida.

Emmett necesitó unos segundos para regresar al presente. Se había quedado absorto porque Harper le estaba peinando el pelo en un gesto inconsciente e inocente, lo cual la hacía todavía más irresistible.

—No me importa lo que hable la gente. ¿Crees que a mí me tienen en cuenta? Solo apreciaban a mis padres y a Jocelyn, que tiene el don natural de gustar a la gente. Yo les parezco huraño y con modales cuestionables —se carcajeó—. Puede que en eso tengan razón: mira dónde te estoy pidiendo que salgas conmigo a cenar. Muy romántico, ¿no te parece?

Ella miró a su alrededor y encogió un hombro sin perder aquella sonrisa que empezaba a caracterizarla: ladeada, pícaro pero natural.

—Menuda ocasión. Perdona, Harper. Llevo mucho tiempo sin hacer esto.

—No ha sido de las peores, de veras. —Se rascó la mejilla, pensativa—. En la universidad, un colega me pidió salir mientras vomitaba en el baño todo el alcohol de la fiesta y yo le sujetaba la cabeza.

Emmett se rio. Harper sabía cómo relajar el ambiente.

—Entonces, creo que no voy tan mal encaminado.

—Sigue así —lo alentó ella en un susurro furtivo. Le guiñó un ojo.

—Te espero mañana ¿en mi casa? Por si te sientes más tranquila sin ser observada o no poniendo en peligro mi reputación —añadió.

Harper desvió la mirada un momento porque su móvil empezó a sonar y estaba dentro del coche. Vio que la pantalla se iluminaba con el nombre de su madre. Luego, volvió a encararlo. Lo miraba a los ojos y sin miedo, pese a la penumbra y su espeluznante aparición. Emmett tragó saliva. ¿Se echaría atrás? Pero Harper no tenía intención de hacerlo. Solo estaba disfrutando del momento, de saber que había alguien ajeno a los Blossom que quería estar a su lado. Era algo extraño en aquel pueblo después de cinco años siendo señalada con el dedo. Había creído que tardaría semanas o años en conseguir que una sola persona se fijase en ella más allá de su fama o de algo que pasó cuando era veinteañera.

Le gustaba aquella sensación de calidez en las venas.

—Aunque quedemos en mi casa, no tienes por qué quedarte a dormir, ya me entiendes —intentó aclararlo para que la idea de acostarse en la primera cita, por más que alguno lo desease, no fuese una obligación para nadie.

Harper le resiguió el pecho con el dedo, poniéndolo tenso y haciendo que cada poro de su piel se sensibilizase.

—Ni siquiera puedes decirlo, ¿verdad? —se acercó todavía más—. Venga, Emmett. No seas tímido. Dilo: sexo.

—No soy un adolescente virgen, precisamente —intentó recalcar con voz grave. Ella lo instó con la mirada a que continuase, al fin y al cabo, lo había retado—. Está bien, Harper. Que cenemos en mi casa no significa que tengamos que acostarnos.

La imagen de sus dos cuerpos entrelazados, sudorosos y jadeantes, apareció en la mente de ambos. Fue apabullante. Emmett notó que un sudor frío le recorría la espina dorsal y se asentaba en su bragueta, pujando. Harper notó unos sofocos descender de sus pómulos a sus muslos,

haciéndola temblar, entrecortándole la respiración.

—Así mejor. —Intentó reír para que no notase que el fuego estaba raspándole las cuerdas vocales—. No me había planteado qué pasaría después de la cena.

—La verdad es que yo tampoco...

Y era cierto. Si hubiese pensado en el sexo, no podría no haber dado el paso.

—Está bien, Emmett. Ya había aceptado antes de que fueras tan caballeroso, para que lo sepas.

—Ella se alejó. Había estado jugando con él para tentarlo y Emmett quería besarla. El viernes era noche de póquer, pero por ella lo sacrificaría todo. Ojalá pudiera capturar esa boca con la de él. Estaba ansioso por hacerlo, pero no pretendía asustarla. Podría esperar un día más, solo veinticuatro horas de distancia—. Pero, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Harper.

—¿Qué pasa con mi hermano? ¿No tenéis una regla que dice que Don no puede tirarle los trastos a Jocelyn ni tú a mí? ¿O son todo invenciones de Hollywood? —preguntó.

Emmett pensó unos segundos. Jamás habían hablado con Don de aquella posibilidad, quizá porque nunca se habían sentido atraídos por la hermana del otro y no habían tenido que sacar el tema. ¿Cómo le sentaría a Don que su hermana y su mejor amigo estuvieran juntos en algún sentido?

—Puede que me castre —lo dijo más para sí mismo que para Harper, pero ella lo escuchó.

—Es una posibilidad.

—Correré el riesgo —aseguró él en un susurro, ganándose una sonrisa tierna.

Harper se despidió de él dándole una tarjeta con su número de teléfono y se metió en el coche. Observó por el retrovisor cómo Emmett miraba el pedazo de papel y se lo guardaba en el bolsillo del pantalón. Verle alejarse hacia su ranchera la hizo suspirar. Era muy ancho de espaldas. Cuando se reencontraron, no había caído en su aspecto; ahora no podía imaginar otro lugar donde enterrar las uñas y dejar su propia marca.

Quería tener esa cita y quería llegar hasta el final. Había necesitado que Emmett fuera a buscarla y se lo propusiera para darse cuenta de que estaba deseando estar con aquel hombre, conocerlo más a fondo. No sabía que Turner le gustaba. Pero siempre estaba bien redescubrir la vida, permitir que te sorprendiera. Cogió el móvil. Tenía cientos de mensajes de su padre y una llamada de su madre. Les llamó y se puso Donald.

Cerró los ojos unos momentos, sintiéndose traicionera por salir con el mejor amigo de Donald. ¿Y si su hermano estaba interesado en Emmett? Nunca había tratado nada con él. Era posible que se diera que a Emmett no le gustasen los hombres y Harper no se perdonaría jamás herir a Don.

Tenía que hablar con él antes de ir a cenar a la granja de los Turner.

Observó a aquella bruja desde el interior de su coche, a resguardo de la oscuridad que le daba el crepúsculo y la neblina del invierno que pronto se disiparía en una primavera húmeda y lluviosa. No podía creer que Harper hubiera regresado como si tal cosa, como si no hubiera hecho nada.

En vez de sentirse culpable, de estar demacrada y consumida por el asesinato que cometió, rebotaba felicidad. Allí estaba, en el estacionamiento de la clínica Blossom coqueteando con Emmett Turner, fingiendo que la vida era maravillosa. No, no lo era; cuando ella mató a Aaron, la vida de muchos se truncó.

El juez y el jurado podían considerarla inocente, pero todos sabían la verdad. Aquello no había sido un accidente. Aquella chica estaba loca. Tenía algo en la cabeza que no funcionaba bien, por eso su familia biológica la había desechado como si fuera una rata enferma. Y, tras varios años escondiendo su verdadera naturaleza, aquel día había decidido explotar y llevarse por delante a quien se presentase frente sus narices. Le había tocado a Aaron, pero podría haber sido cualquier vecino.

Maldita Harper Blossom.

La llevaba observando desde su vuelta y su comportamiento era crispante. Sonreía, se deshacía frente los animales tratándolos con reverencia. Abrazaba a sus hermanos, se reía con sus padres. Brillaba con luz propia. Parecía no recordar que Sherman la detestaba, que allí había cometido el peor error que podía cometer un humano.

Pero, tarde o temprano, Harper comprobaría qué ocurría cuando tentabas al destino burlándote del pasado.

—**P**uedo apañármelas sola, papá. ¿Lo sabes? —preguntó Harper mientras giraba en una curva. No apartaba los ojos de la carretera. Le tenía mucho respeto a la conducción. Si no podía mantener los cinco sentidos en lo que tenía ante sí, entre las manos, prefería ceder el volante.

Pete refunfuñó y, en vez de contestarle, se puso a mirar por la ventana. La lluvia golpeaba las ventanas y corría por ellas gracias a la velocidad del todoterreno.

Había insistido en acompañarla a revisar cómo estaba Thor, el caballo que habían atendido de urgencias el pasado sábado. Ella había querido ir el martes, pero Pete había hecho una consulta por la zona y se le había adelantado, avisándola una vez le había echado la ojeada al animal.

Ese viernes no iba a adelantarla. Harper no iba a permitir que su padre la protegiera siempre, que librara en su lugar sus batallas. Entendía que quisiera hacerlo; al fin y al cabo, eso es lo que hace un buen progenitor. Sin embargo, no podía meterla en una burbuja para que nadie la hiriera. Tenía que hacer frente a su pasado. Sherman era eso. No dejar atrás lo que había vivido. Y llamaría a su puerta hasta que dejase este mundo. Así que, ¿por qué esconderse bajo el abrazo protector de su padre? Lo mejor era plantar cara, demostrar que era fuerte, que era invencible. Muchos días se hundiría y en la privacidad de su cama, se preguntaría por qué había vuelto, por qué la castigaban de aquel modo si ya vivía en su infierno particular desde hacía cinco años. Luego, se repondría y seguiría peleando con uñas y dientes por su libertad.

Llegaron a la finca de los O'Malley. Aparcaron y cogieron los chubasqueros de la parte de atrás. Ya llevaban las botas de agua colocadas, así que, una vez puesta la ropa impermeable, se la abrocharon. Pete salió del coche y ella se recogió el pelo en un moño para que la capucha la cubriera mejor.

Agachó la cabeza hasta que la barbilla le tocó la clavícula. Las cervicales protestaron. Mataría por estar frente la chimenea encendida, observándola, con una copa de vino en la mano y un plato de galletas saladas con queso a su lado. Refugiada en casa de sus padres, observando nevar a través de la ventana. Como cuando era universitaria y pasaba las fiestas navideñas en Sherman y podía disfrutar de aquellos pedacitos de soledad.

Cuando salió y la lluvia empezó a golpearla, maldijo por lo bajo. Cogió el maletín del maletero y echó a andar con cuidado de no resbalar por el barro. Pronto terminaría calada hasta los huesos. El chubasquero no soportaría la tormenta.

Deseó estar en Texas. Allí todo era más fácil. Sus horarios eran menos esclavos, sus pacientes no la miraban con ojos acusadores en todo momento y Harper no estaba expectante, esperando que alguno le dijera que no quería que tratase a sus animales.

No podía fallarle a su padre. Esa mañana se le había resbalado una taza de las manos ante los temblores. Los había podido controlar y ahora eran apenas perceptibles, pero todos habían presenciado como, en un intento de beber café, la enfermedad le había arrebatado su desayuno y su dignidad. Se avecinaban tiempos duros para los Blossom. Seguir huyendo no era una opción.

Así que aquel pensamiento debía desterrarse y no volver jamás. Por más que quisiera estar a kilómetros de allí, no debía volver a recorrerlos nunca más.

Llegó a la cuadra con el corazón saliéndose por la boca. Hacía mucho que no corría bajo la lluvia. Su padre estaba ya con Thor. Bern estaba a su lado, cepillando a otro caballo de color negro, precioso. Harper se aventuraría a decir que era un frisón. Tenía un morro muy alargado, sus orejas estaban erguidas con altivez. Sus crines parecían tan suaves que podrías enterrar tus manos en ellas y perderlas, cual hombre atrapado en unas arenas movedizas.

—Ah, hola, Harper.

—Buenos días, Bern. Espero que no te importe que hayamos venido a la hora de comer —se disculpó, dejando en el suelo el maletín y bajándose la capucha.

—No, no te preocupes. No hay ningún problema.

Ella le sonrió y él le devolvió el gesto.

—Maeve está durmiendo —le informó, poniéndose nervioso.

No iba a ser hipócrita, no consigo misma. Le daba cierto respiro saber que Maeve no volvería a importunarla mientras trabajaba, al menos no aquella vez. Entendía que la mujer perdiera los papeles en su presencia, más Harper agradecía trabajar en silencio y no con insultos y gritos dirigidos hacia su persona.

El caballo negro le relinchó con suavidad.

—Parece que Pirata quiere saber quién eres —bromeó Pete, también agradecido de la tregua que los O'Malley les brindaban.

—Así que ese es tu nombre, bonito. Pirata —se acercó y le acarició el morro con reverencia. El animal era tan manso que se dejaba tocar por humanos, lo cual era increíble para las personas que amaban a los caballos—. Eres precioso. Un ejemplar maravilloso... —Miró a su dueño—. ¿Es un frisón?

—Tienes buen ojo —la alabó el hombre silbando.

—De dónde vengo, los caballos son algo así como deidades —explicó Harper, observándolo y apreciando que estaba en buena forma física y gozaba de buena salud—. Los frisonos se utilizan mucho para enseñar a montar a los que no lo han hecho nunca. Yo llevaba tanto tiempo sin subir a un caballo, que tuve que dar un par de clases. Mi frisón era un bonachón aunque, si te relajabas, intentaba dominarte.

—Debiste ser muy feliz —opinó Bern—. Solo cuando estás donde quieres estar, te brillan los ojos de aquel modo.

Harper parpadeó y miró a O'Malley con el corazón latiendo desbocadamente. ¿Tanto se le notaba que a Michigan solo le ataba su familia? ¿Acaso su padre también se había percatado de lo apagada que estaba en Sherman? Esperaba que no. Bastante culpable se sentía ya por haberle hecho renunciar a su puesto, mudarse de su apartamento y volver al lugar donde la comunidad al completo la repudiaba.

—Texas siempre será mi segundo hogar, pero mi casa está aquí —susurró antes de volver a acariciar al frisón.

Incapaz de sostenerle la mirada a su padre, Harper se acercó a Thor. Estaba de pie en su establo, relinchaba cuando Pete le daba terrones de azúcar. Parecía estar mucho mejor. Sin duda, no era el caballo que se encontró tirado en el suelo, incapaz de levantarse y cuya sangre se derramaba por su interior sin control.

Se resistió a la exploración, así que Harper tuvo claro que aquel caballo no iba a morir. Había hecho todo lo posible por ayudarlo a sobrevivir y lo había logrado. Ahora, solo era esperar

a que volviera a ser el de siempre.

Le bufó y ella notó que un mechón de pelo se le escapaba del moño. Se rio mientras levantaba las manos y se alejaba de él para acercarse a la puerta del establo.

—Está bien, amigo, tú ganas. Ya te dejo tranquilo. —Cuando cerró la puerta de madera, el animal sacó el morro por el hueco superior—. Pero creo que podemos llevarnos bien, ¿no?

—Hiciste un buen trabajo, hija. —Su padre le palmeó el hombro—. Eres muy buena. Viste más allá y le has salvado la vida a Thor.

—Gracias, papá —le sonrió y luego se dirigió a Bern, que ya había metido a Pirata en su cubículo y estaba limpiando un poco las cuadras—. Creo que no debemos volver más, al menos, por Thor. Todo está bien. Tú conoces a tus animales, así que cuando creas que puede volver a hacer sus actividades rutinarias, adelante. —Arregló el maletín en el suelo, lo cargó al hombro y se levantó. Le tendió una mano—. Gracias por dejarme venir a tratar a Thor, Bern.

—Gracias a ti por estar atenta. —Le estrechó la mano y luego miró a Pete—. ¿Crees que podría hablar con Harper en privado?

Ella tragó saliva y le entregó a su padre la maleta con el instrumental veterinario. Lo vio salir aprovechando que la lluvia ahora era escasa y muy fina. La esperaría en el coche. Harper cogió aire y miró a su cliente, que se había sentado en un banco de madera, junto a una mesa donde tenía mantones, comida y papeles.

Bern era un hombre derrotado. Siempre había tenido esa expresión, desde el último lustro. Era innegable que, pese pasar página, el dolor seguía enquistado en su corazón. Se había acostumbrado a sentirlo como si se tratase de un amigo. Aaron era inolvidable. Pero había aceptado que la muerte es lo único que no se puede solucionar por más que chilles, odies o llores.

—Tu padre tiene razón, Harper. Él es de la vieja escuela. Cuando estudió, no había tantos conocimientos y recursos como los que te dieron a ti. Como lo que has aprendido en Texas.

Por supuesto, Harper lo sabía. Pero del mismo modo que ella era buena, sus hermanos también lo eran. Alguno no había querido seguir estudiando, pero todos se habían dedicado a la veterinaria aunque no ejercieran.

—Se hubiera ido sin más y Thor habría muerto.

—Es mi trabajo —fue todo cuanto Harper dijo; no quería desprestigiar a su padre.

Ella iba a traer cambios en el negocio, por supuesto, pero él seguía siendo el punto de referencia. Para la comunidad, para los clientes, para ella. No quería que la gente pensase que estaba obsoleto y que sus servicios eran más peligrosos que útiles. No era así.

—Y el mío es cuidar de mis bestias —le explicó Bern, observando sus caballos—. No me importa lo que diga mi mujer, Harper. Ni lo que ocurriera en el pasado. Sé reconocer una buena doctora y tú lo eres. Quiero que sigas viniendo a mi granja. No voy a buscarme a otro veterinario por antiguas rencillas.

—Lo que pasó no es una simple rencilla, Bern.

—Créeme que lo sé.

Harper se miró la punta de las botas. Intentaba contener las lágrimas. No creía merecer que Bern le hablase con aquel tono tan tierno. Como si intentase consolarla, como si hubiera sido ella quien hubiera perdido un hijo.

—Pero, como te dije la otra noche, yo no te culpo. Lo que pasó, fue un terrible accidente. —Abandonó su asiento y le levantó el rostro—. Mi hijo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Fue cosa de azar. Tú no quisiste hacerle daño. No querías herir a nadie.

—Si tan solo hubiera hecho caso a los Julen...

—No te martirices más, Harper. Por favor. —Le secó las lágrimas que ella no sabía que estaba derramando—. Solo quiero que sepas que yo te apoyo. Como persona y como profesional. Puedes seguir contando con los O'Malley como clientes. Para perdernos, deberíais cerrar la clínica. Y si estás aquí, me parece, pequeña, que no va a ser así.

Harper le sonrió y asintió, solemne. Agradecía sus palabras en lo más hondo de su corazón. Su terapeuta le había hecho ver que lo que muchos consideraban un asesinato, un pecado horroroso e imperdonable, solo era un accidente con trágico final. Cientos de veces, su terapeuta le había sugerido ir a ver a los padres de Aaron para pedirles perdón si eso era lo que creía necesitar para mover página y cerrar aquel capítulo de su vida. Y saber que Bern, aunque solo fuera el padre, la exculpaba, aflojaba el nudo que tenía alrededor del cuello.

Maeve era otro asunto, igual que el resto del pueblo. La miraban con tanto desprecio que era extraño no haberse pulverizado ya.

Pero aquello era un comienzo. Bern era para ella mucho más importante que un puñado de personas que solo apreciaban a Aaron por ser vecino, que no lo amaban como familia tan directa pues no había lazos de sangre entre ellos.

Milo y Piper Blossom vivían en la granja de la familia que quedaba a unos quince minutos de la casa principal. Habían comprado el rancho del tío Bartholomew y llevaban allí desde antes de caminar hacia el altar. El viejo granero había sido reformado tras la edificación de uno más nuevo y grande; entre aquellas cuatro paredes, vivía Luke.

Clive y Rosemary habían decidido vivir con Pete y Maggie para cuidarlos, pues sabían que la edad, tarde o temprano, les pasaría factura. No habían contado con que, en el caso de su padre, fuera a ser tan pronto. El antiguo dormitorio de Clive había sido redecorado haciéndolo funcional para una pareja. Incluso habían cerrado el aseo que quedaba justo al lado para convertirlo en *suite* y ayudarles a tener intimidad.

Donald, al regresar de la ciudad, se había instalado en su antiguo dormitorio. Estaba tan triste por no vivir más del fútbol americano que todavía no sabía qué pasaría en el futuro, por eso no se ataba a una hipoteca. Parecía cómodo en su antiguo hábitat. No había tocado ni una sola fotografía de la pared.

Connor, a sus diecinueve años, todavía vivía en la casa. Dormía en la buhardilla. Así lo había querido al cumplir edad suficiente para decidir que el dormitorio asignado, al llegar a la familia, no le gustaba. Decía que prefería el techo de madera y tener una ventana sobre la cabeza para ver la luna y las estrellas cuando se estirase en la cama.

Harper, tras su marcha a la universidad y a Texas, siempre había dormido en su habitación. Era su santuario y nadie lo había traspasado durante su ausencia. Todo seguía igual. Y compartir baño con Donald le hacía creer, a veces, que aún tenía diecisiete años.

Aunque tenía en el desván todas las cajas que había traído de Texas y que el servicio de mensajería había transportado hasta Sherman, había guardado antiguas reliquias de juventud y había sacado decoración y fotografías que traía de Dallas. Así se sentía más en casa. Sabía que un puñado de paredes no hacían el hogar, sino el sentimiento que despierta en ti estar ahí dentro o las personas que te acompañan. Sin embargo, se había acostumbrado a estar sin los Blossom y, ahora, se sentía como una impostora en su propia casa. Tener aquellas cosas a su lado le hacían sentir menos presión en el corazón.

Sabía que tenía que buscar una casa o un pequeño apartamento para ella. Clive y Rosemary eran jóvenes. Quizá todavía no se habían casado, pero estaban en ese momento de pasión visceral y de querer privacidad. Que cuidasen a sus padres era un detalle, pero eso no significaba que Donald y Harper ¿y Connor? tuvieran que estar pululando por allí.

Esperaba estar más asentada en la clínica para abordar el tema. Tendría que sentar a sus padres en la cocina y tener una charla con ellos.

Ahora tenía otra conversación entre manos, por eso dejó el chubasquero y las botas de agua en el cuarto de la lavandería, y fue al sótano. Anteriormente, fue una sala de juegos, pero ahora era una mezcla de diversos conceptos. En un rincón, se encontraba la maquinaria de gimnasio; en el

rincón contrario, habían colocado un sofá y un televisor enorme donde se podía ver películas o jugar a la consola; en otra esquina, tenían un billar y una pequeña mesa de fútbolín, cortesía de sus infancias; también, había sitio para una mesa y sillas plegables para hacer una fiesta gracias a la música del *jukebox* con luces de colores que su padre conservaba con mucho mimo.

Donald estaba allí, ejercitándose. Aunque ya no podía esforzarse tanto como antes a causa de la lesión que había sufrido, aún le gustaba trabajar el cuerpo y mantenerse en forma.

Cuando la vio, soltó las pesas y se incorporó. Respiraba con dificultad. Harper le tendió la toalla con una sonrisa.

—No vienes a ejercitarte conmigo, ¿no? —preguntó cogiendo el teléfono y apagando la música que reproducía.

—Yo suelo venir por la mañana.

La clínica tenía hora de cierre, pero su padre le había enseñado algo que los profesores de universidad no habían hecho jamás: que aquel oficio implicaba no tener horarios y que, por las noches, no podía silenciar el móvil. Jamás sabía cuándo llegaría a casa. Por eso, era mejor visitar aquel pequeño gimnasio casero antes de desayunar.

—Ah, así que eres tú quien me toquetea las pesas y me quita quilos.

—Yo no puedo con esos discos. —Se sentó en el banco de abdominales—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Donald se pasó la toalla por el rostro y la nuca—. A veces echo de menos tener una rutina más marcada.

—Mamá dice que eres un gran profesor. Que tienes a todos los chavales revolucionados. —Le enseñó la lengua—. Cómo si realmente fueras un buen ejemplo a seguir.

—Buhita, no todo el mundo me tiene tanta tirria como tú. —Y tras fingir olvidar la pulla, Donald le lanzó la toalla sudada.

Ella chilló, pues no pudo esquivarla a tiempo. Se la quitó del rostro con una mueca y la dejó en el suelo como si fuera veneno. La tela estaba empapada y no olía muy bien. ¿Cómo en dos minutos Donald podía cargarse de aquel modo una toalla?

Lo observó hacer estiramientos para no dejar de hacer ejercicio de golpe y enfriar el cuerpo.

Si Donald estaba enamorado de Emmett o alguna vez había sentido algo intenso por él, Harper se mantendría al margen. No porque Emmett fuera propiedad de Donald, pues una persona jamás puede pertenecer a otra, sino porque no quería herir los sentimientos de su hermano.

Que le gustasen hombres y mujeres al mismo tiempo, al mismo nivel, le había implicado mucho dolor.

Estados Unidos era un conjunto de estados que se llenaban la boca de tolerancia y de diversidad, pero todavía estaba anclado en el pasado. Todavía se arrastraba racismo y homofobia. Más que el país de las oportunidades, Harper creía que era un sitio oscuro y frío que vivía de apariencias e hipocresías. No estaba orgullosa de su bandera. A veces la veía ondeando en el poste que había junto al porche y se preguntaba por qué la amaban tanto. Su nación despreciaba a los que eran distintos hasta el punto de permitir discursos de odio en medios de comunicación o de matar a una persona impunemente solo por tener un color de piel distinto.

Y si el conjunto de la sociedad era cerrado, el núcleo familiar no había sido distinto. Le había sido muy difícil declararse bisexual; no todos los Blossom lo había aceptado de buenas a primeras. Milo había estado seis meses enfadado con todo aquel que se cruzase en su camino porque no entendía la orientación de Donald. Su madre había tenido un serio disgusto aunque en apenas unas horas había abrazado a Don para asegurarle que, siempre y cuando respetase a su pareja, le daba igual qué genitales tuviera. Al fin y al cabo, había sido ella quien había enseñado

a sus hijos que el alma y su bondad es lo que importa en las personas, no su sexo o género.

Harper había sido educada del mismo modo, como el resto de hermanos. Sus padres siempre habían apostado por la libertad como concepto general, así que no se había sentido extraña al enterarse de la bisexualidad de Don.

—¿Cómo ha ido con los O'Malley?

—Bien. Le he dado el alta al caballo y Bern me ha dicho que cuenta conmigo como veterinaria. Parece encantado de tenerme por aquí.

—Eso está bien, ¿no? —Donald habló con vacilación. Sabía que hablar de Aaron y su familia era espinoso para su hermana, así que no solía sacar a colación lo que pasó. Ni siquiera le preguntaba cómo estaba, por más que quisiera saber cómo se encontraba Harper tras tantos años diciéndose que había matado a una persona, aunque hubiera sido un accidente.

—La verdad es que sí. Ha sido muy amable conmigo.

—Eso es bueno. Imagino lo importante que habrá sido para ti que Bern te trate con respeto. —Cogió aire porque se acababa de estirar—. Sherman es una comunidad idiota, muy cerrada de mente. Pero él parece ser decente.

—Pues sí.

—Si todo está bien, ¿a qué viene esa cara? Conozco esa arruga en tu frente: algo te preocupa. ¿Qué ocurre? —Su hermano se sentó a lo indio una vez estuvo conforme con su enfriamiento. Seguía sudando copiosamente y respiraba con dificultad—. Vamos, buhita. Conozco esa cara. Frunces el ceño mientras miras a la nada. Eso es porque tus engranajes funcionan a toda velocidad.

—Tengo una cita esta noche.

Donald abrió tanto la boca que la mandíbula por poco se cayó al suelo.

—¡Pero bueno! ¡Eso es estupendo!

—Se trata de Emmett, Donald.

Su hermano parpadeó. Saltaba a la vista que no esperaba aquella revelación, mucho menos, cuando tan solo hacía una semana de la llegada de su hermana al pueblo. Harper sabía que debía darle un espacio de tiempo para digerirlo. Si bien no poder descifrar lo que pasaba por su cabecita, estaba poniéndola nerviosa.

¿Estaba enfadado? ¿Estaba triste? ¿Se alegraba por ella?

—Emmett te ha pedido salir. ¿Es eso? —Lo formuló dando forma a cada sílaba con una lentitud que se clavaba en el corazón de Harper.

Aquello no pintaba bien.

—Sí.

—Vais a tener una cita ¿romántica?

—Eso creo, sí —susurró Harper—. Te lo comento porque si crees que no debería ir, ya sea porque no me conviene o porque Emmett te gusta...

—Eh, eh, para el carro, buhita. —Su hermano se sentó a su lado. Una mueca extraña comprimía sus labios y su entrecejo—. ¿Por eso me lo cuentas? ¿Porque te preocupa que esté enamorado de él y me duela pensar que esta noche vais a acostaros?

—Quizá no nos acostemos.

—¿Te dices eso a ti misma para no ponerte todavía más nerviosa o, realmente, crees que Emmett va a poder resistirse a tu encanto?

—Solo vamos a cenar. No sabemos qué pasará luego. —Por supuesto, si Emmett quería llevarla a la cama, Harper no se opondría. Después de imaginarse con él la tarde anterior, en el

aparcamiento, entre sábanas calientes y revueltas, no podía pensar en otra cosa. Si no fuera porque su trabajo pedía concentración absoluta y sabía alejar la vida personal de la profesional, ese día no hubiera sido muy provechoso—. Es solo que no quiero herirte. Si no lo ves bien, puedo anularlo y...

—No, no. —Le tomó la mano—. Gracias por pensar en mí, buhita. De verdad. Pero quiero que vayas, que disfrutes, que te olvides del mundo entero y que le des a tu cuerpo un buen meneo.

—¡Donald!

—¿Qué? Acaso me vas a decir que nunca te has acostado con un hombre.

Ella se sonrojó. Donald y ella tenían mucha confianza, casi tanta como con Luke, pero no hablaba de aquellos temas con él. ¡Eran hermanos, por el amor de Dios! No quería que supiera de sus aventuras sexuales. Igual que Harper no quería conocer las de él. Había cosas que era mejor no compartir en familia.

—Sí, claro. Pero...

—Oye, Emmett es mi mejor amigo. Lo quiero como un hermano. Y tú eres mi hermana. Sí que es extraño imaginaros en la cama —hizo un jadeo de asco—, pero creo que vuestra unión es la mejor. No imagino mejor mujer para él que tú y creo que su tranquilidad le ayudará a tu mente bulliciosa.

—Solo es una cita. No vamos a casarnos, lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, buhita. —Le besó el pelo tras ponerse en pie y recoger la toalla del suelo—. Anda, ve a vestirte y a ponerte despampanante. A las citas no se llega tarde. Es de mala educación.

Harper lo abrazó y Donald suspiró tremulosamente mientras la envolvía entre sus brazos. A ninguno le importaba que estuviera sudoroso y oliera a sal y suciedad. Era un momento íntimo e inquebrantable entre ambos.

Subieron juntos y de la mano hasta el segundo piso. Donald fue al baño para ducharse y Harper usó la ducha de Clive y Rosemary, quien estaba leyendo en el salón y le había sugerido que la utilizase para ir avanzando.

Su mejor amiga lo sabía todo. Estaba encantada de ver que un hombre de Sherman se había interesado en ella y no estaba dispuesto a hacer burla de lo sucedido cinco años atrás. Por eso mismo, Rosemary se encargó de secarle el pelo para dejárselo bien liso y la maquilló con esmero, pero de forma casi imperceptible. Rosemary tenía unas manos mágicas, aunque había preferido ser ama de casa y cuidar de la limpieza, la comida y la compra para aliviar las tareas a Maggie, quien podía dedicar más tiempo a su club de lectura, a su costura y a pasear al perro junto al lago. Era una opción tan válida como cualquier otra siempre que fuera una decisión propia.

Harper descartó la idea de ponerse un vestido. Hacía mucho frío cuando caía la noche. Durante el día había tan poco sol que las temperaturas apenas superaban los cero grados. Harper se preguntaba cuándo nevaría; esa semana había caído aguanieve una mañana, así que sería cuestión de tiempo que los prados se llenasen de blanco.

Con un pantalón de cuero negro, unos botines con pelo artificial y un jersey de color beige, se dio por satisfecha. El clima era lo que peor llevaba de haber vuelto en realidad. Como sabía que iba a tener que hacerle frente a la comunidad, la ansiedad de regresar se estaba disipando cada día más. Así que solo le fastidiaba no tener el calorcito de Texas. En verano allí bronceabas tu piel y buscabas la sombra para tomar un cóctel con tus amigos por las tardes; en Michigan, ni siquiera en verano podías guardar en el armario las chaquetas. Suspiró. No quería pensar en el vestido sexy que tenía en la maleta y que no podría volver a usar. Le habría encantado llevarlo

puesto esa noche.

Tomó la chaqueta con forro nórdico, el bolso y un gorro para ponerse en la cabeza.

—Adiós —susurró cuando pasó junto a su hermano.

Donald la esperaba sentado en la escalera leyendo un libro. En verdad, lo estaba fingiendo; estaba del revés, así que estaba haciendo ver que estaba entretenido.

—¿Te acompaño a la puerta?

—No te preocupes.

—Avisa cuando hayas llegado. Hay hielo en la carretera.

—Como cada noche, Donald. —Le besó la frente y le acarició el pelo—. No te preocupes. Todo estará bien.

—No te esperamos despiertos —canturreó Rosemary desde el pie de las escaleras. Si las miradas matasen, su mejor amiga estaría fulminada.

Maggie se asomó por la cocina. Oh, genial.

—¿No te quedas a cenar, querida? —aunque su tono de voz era pura sorpresa, no estaba para nada incrédula ni dolida por no haberlo sabido. Así que Harper imaginaba que Rosemary o Donald se habían ido de la lengua—. Vaya. Una lástima... pásatelo bien, hija. Dale recuerdos a Emmett de mi parte.

Menudo complot, pensó Harper, guardándose una carcajada. Aquella familia era peculiar. Dudaba que muchas familias fueran tan abiertas de mente como la suya. Supuso que sus padres estaban habituados a locuras, puesto que tenían seis hijos, a cada cual más excéntrico.

Condujo el largo trayecto que separaba la finca de los Turner de la comunidad de Sherman. Envidió a Emmett por vivir alejado de los problemas, de los cotilleos. Quizá era un incordio tener tanta distancia para ir al supermercado, al médico o, simplemente, a encontrarte con los amigos, pero Harper deseaba para ella la tranquilidad que daba estar rodeada de tanto verde.

Cuando llegó, una leve nevada caía sobre la luna de su coche. La verja estaba abierta y una vez la cruzó, se cerró automáticamente. Eso significaba que Emmett la estaba esperando. Aparcó el coche justo al lado de la ranchera de Emmett, se puso la chaqueta y cuando salió, por poco se topó con él.

Emmett estaba esperándola junto a su puerta con un paraguas abierto. No se había abrochado la chaqueta para salir a recibirla y tenía las orejas rojas. Era todo un caballero.

—Eres experto en asustarme, ¿lo sabías? —Cerró la portezuela y se resguardó bajo el gran paraguas—. Gracias.

—No hay de qué. ¿Entramos?

Lo siguió hasta el interior del rancho, una preciosa edificación de piedra de dos pisos. Cuando entraron, el calor de la chimenea encendida y el soporte de la calefacción la abrazaron como solo lo haría un amante y Harper casi gimió. Aunque solo había estado en el exterior treinta segundos, se había quedado helada. No, definitivamente, no iba a acostumbrarse al frío de Michigan.

—Dame tu chaqueta, la guardaré.

—Gracias, Emmett.

No sabía que el rancho tuviera tanta educación. No cuadraba mucho con su imagen silenciosa. En la ciudad había tenido citas y ningún hombre se había comportado de aquel modo. Definitivamente, los hombres de campo recibían otro tipo de educación, tenían otro modo de tratar a las mujeres.

Harper se acercó al fuego y se topó con dos perros frente la chimenea echándose una cabezadita. Sintió una oleada de ternura. Eran labradores, uno negro y otro del color de la arena.

Calculando su edad a simple vista, hubiese apostado a que eran ancianos. Así que se agazapó a su lado para no molestarlos y se calentó las manos.

—Espero que te gusten los perros —bromeó Emmett cuando regresó de guardar en el armario su pesado anorak.

—Les tengo algo de miedo —le siguió la burla y aceptó su mano para incorporarse. No lo soltó y Emmett tampoco hizo ademán para dejar ir sus dedos—. He hablado con Donald.

—Oh.

—Parecía estar de acuerdo con todo esto.

Emmett suspiró. Había estado conteniendo aire y no se había percatado. Le preocupaba que su mejor amigo pusiera pegasa a tener una cita con su hermana. Había querido llamarlo, pero temía a su reacción y había esquivado el teléfono móvil durante todo el día para no tener que hacerle frente. Por suerte, Harper tenía más coraje que Emmett y había ido de cara para saber su opinión. Que Don no se opusiera a aquella cita, facilitaba mucho las cosas.

—¿Quieres algo de beber?

—Por favor —aceptó ella. Se soltaron y lo siguió a la cocina—. Vaya, qué preciosidad.

Era rústica, toda de piedra. Los armarios de madera blanca eran nuevos, y la nevera era de un rojo chillón que le daba un toque de color muy curioso al lugar.

—Mi hermana la decoró la última vez que vino. Se le da bien imaginar qué poner en cada lugar, cómo combinar colores y dónde encontrar gangas de buena calidad. Así se gana la vida, de hecho.

—Pues tiene muy buen gusto. ¿A ti qué te parece? —le preguntó mientras aceptaba la copa de vino—. Al fin y al cabo, quien vive aquí eres tú, no ella.

—Para estas cosas soy un antiguo. La hubiera dejado como estaba. Puede parecer una tontería, pero estos muebles me parecen impersonales. Los otros me recordaban a mi madre. —Se apoyó en la encimera y le dio un sorbo a su propia copa de vino—. Bebe tranquila. No la he envenenado, Harper.

—Lo sé, lo sé. Solo pensaba..., tengo que conducir de vuelta —tanteó el terreno.

No habían hablado abiertamente de qué iba a suceder aquella noche, qué esperaban que surgiera después de la cena: ¿sexo esporádico? ¿sexo habitual? ¿una relación sentimental para conocerse? Tendrían que comunicarse más, pero parecía violentarles sacar el tema. Así que creyó conveniente soltar aquella pequeña pullita.

Y Emmett picó el anzuelo. No porque fuera estúpido, sino porque también le gustaba dejar las cosas claras.

—Está nevando ahí fuera, Harper. No vas a regresar a tu casa hoy. Puedes dormir conmigo o en el cuarto de invitados. Tú eliges.

Harper se mordió el labio inferior y alzó la copa a su salud. Se acercó a la ventana que había frente al fregadero, pero no se veía nada fuera. Bebió. El vino estaba muy rico. Era tinto y tenía la temperatura ideal para enfriar su lengua y calentar su garganta.

—Parece que esta noche va a caer una buena —musitó. Toda la semana esperando ver nieve para hacer un muñeco con Rosemary, como cuando eran pequeñas, para nada. Iba a nevar cuando no estaba en casa.

—Sí. Por eso cuento con que te quedas a dormir.

—Eres todo un padrazo. —Lo miró por encima del hombro.

Emmett, que estaba comprobando el horno, levantó la mirada. Parecía enfurruñado. La comparación no le había gustado un pelo, algo que divirtió a Harper. Nunca había visto al mejor

amigo de su hermano ser tan expresivo. Al menos, no con ella.

—No tengo intención alguna de ser tu padre, Harper. Si te he invitado a cenar, es porque mis intenciones contigo no son paternas en absoluto.

La tormenta que empezaba a caer iba a convertirse en una nevada fuerte que, posiblemente, causaría estragos en caminos y carreteras. Luke dio gracias de haber reformado el viejo granero de la hacienda. Si se hubiera instalado en la estructura original, aunque que hubiera instalado agua potable y desagües, se hubiera muerto de frío el primer invierno. En Michigan no solía hacer calor, ni siquiera cuando se suponía que debería.

Fue a la chimenea de gas que tenía en la pared del salón y se calentó las manos con el chorro de aire caliente que salía de la rendija que tenía debajo. No había podido poner una real, así que se había conformado con una falsa que fingía tener llamas crepitando y cuya calidez se escapaba por un calefactor. Tenía muchas carencias en aquel lugar, pero lo consideraba su hogar. Era el primer lugar que había podido hacer suyo y le tenía especial cariño. Sabía que, si quería tener una familia más adelante, no podría vivir allí. Primero, porque pese a estar en la finca familiar, la casa principal la ocupaba Milo y aquello podría llegar a ser violento. Y, en segundo lugar, porque un viejo granero no era lugar para criar a los hijos, por más cómodo que fuese.

Ah, la familia. Ah, el matrimonio.

Las noches frías eran las que más melancólico lo ponían. Tenía casi treinta años y no se había casado, ni siquiera había tenido una relación lo suficientemente seria como para pensar en ir a por un anillo de compromiso. Había estado enamorado una vez. Pero, en aquellos momentos, ambos estaban en universidades distintas y separadas por cientos de millas. Y si miraban al futuro, querían cosas distintas, y las diferencias habían sido demasiado para el sentimiento que les había unido. Muchas veces pensaba en ella y se preguntaba cómo le iría la vida. Había pensado en buscarla en redes sociales, pero siempre desistía.

En aquella ocasión, decidió que quería averiguar más. Sabía que le iba bien en su trabajo, que vivía sola porque era independiente en todos los aspectos. Pero sentía curiosidad: ¿estaría saliendo con alguien? ¿Todavía se hablaría con los compañeros de universidad? ¿Con su compañera de dormitorio en la residencia?

No fue complicado encontrarla en las redes que Luke solía usar. Ayudó mucho tener amigos en común. La miró en las fotografías. Habían pasado siete años tras la última vez que se habían visto y veía en ella la madurez del paso del tiempo. Sin ir más lejos, su rostro era algo más cuadrado y tenía alguna arruguita bajo los ojos. Lucía feliz en todas las imágenes. Sonriendo, bailando, riendo, saltando, con un mohín en los labios. Aparecía sola, acompañada de amigas, de amigos. Era joven y alegre y transmitía la jovialidad que la caracterizaba.

Recordaba que la había visto cientos de veces antes de aquella tarde. Al fin y al cabo, se podrían considerar vecinos. Él la había visto crecer y jamás le había prestado atención hasta el día en el que la tuvo a menos de medio metro de distancia.

—Hola. —Ella había aparecido por detrás. Luke la había mirado con indiferencia—. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro. —Aunque había muchos más bancos a su alrededor, la muchacha quería sentarse a su lado. Su madre le había educado para no ser grosero, así que había apartado su mochila sin mostrar su fastidio. La había encontrado guapa, por supuesto, pues con diecinueve años pensaba más con las hormonas que con las neuronas. Pero estaba repasando para un examen. O intentándolo. Tras dos años estudiando ingeniería agrónoma, se sentía vacío en las clases y no estaba aprobando.

—Qué bien que hoy haga un día tan bonito. Lleva varios días sin llover, ¿no te parece fantástico? —le había preguntado ella mientras de su bandolera sacaba un libro y un cuaderno.

Aquella voz dulce y risueña había entrado en su cerebro como un tsunami y, entonces, su cabeza le había mandado miles de señales luminosas. No tenía nada que ver con la atracción física o con el sexo. Era algo más: era una voz que no le importaría oír cada mañana, soñolienta, el resto de su vida.

La había mirado sabiendo que aquella tarde iba a cambiar su vida. Algo extraño dada su temprana edad, pero Pete siempre había asegurado que sabía que Maggie sería su esposa desde los cinco años, así que ¿quién era él para cuestionar aquel tipo de pensamientos?

—Creo... —había dicho Luke, atragantándose—. Creo que no hemos sido presentados formalmente.

—¿De veras es necesario? —había preguntado ella, enarcando una ceja—. Sherman no es precisamente una gran ciudad. Nos conocemos de toda la vida.

—Es la primera vez que hablamos.

Ella reflexionó mientras se daba unos golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Tienes razón —había susurrado, como si pensase en voz alta consigo misma.

Tras un verano de amistad, cada uno había vuelto a su universidad y Luke se había encontrado echándola de menos. Por aquel entonces, las redes sociales empezaban a ser punteras y fue fácil mantener el contacto. La había ido a ver en varias ocasiones y ella a él. Finalmente, habían admitido que estaban enamorados e intentaron salir durante unos meses hasta que la distancia pudo con ellos. Luke había decidido que no iba a seguir estudiando; sería de más utilidad en la granja familiar. Ella quería ser alguien y consideraba que tener un título la ayudaría a ser la mujer que podía llegar a ser. Las discusiones se hicieron constantes, seguidas de un espeso silencio que duraba días.

—Creo que esto no va a ninguna parte —le había dicho ella por teléfono, dos semanas antes de las vacaciones de verano. Él había estado recogiendo las cosas de su residencia para volver a casa—. Lo mejor es que nos digamos adiós, Luke. Tú quieres quedarte en Sherman con la granja y yo... yo quiero ver mundo.

—¿Por qué no esperamos a vernos en casa? —había preguntado Luke, tras entender que lo estaba dejando de verdad. Una desagradable sensación se había instalado en su pecho, ahogándolo.

—Este verano no volveré a Sherman —había confesado ella tras estar callada varios segundos—. He hablado con mi familia y creemos que lo mejor para mí es que me vaya unos meses a Europa. Estudiaré durante el verano en París y viviré allí estos tres meses. Ya tengo la escuela y me han ayudado a alquilar una habitación desde la universidad.

—¿Qué? Pero...

—Me han becado, Luke.

—¿Cuándo te vas? —Aquello lo cambiaba todo.

—Pasado mañana.

Y no la había visto aquel verano, ni durante al año siguiente. La primera vez que ella regresó a Sherman tras la ruptura, para el festivo del Cuatro de Julio, se esquivaron de forma consciente. Como habían sido discretos durante el tiempo que estuvieron juntos, nadie en el pueblo sabía que habían sido pareja mientras estaban en la universidad. Nadie había preguntado por qué no se hablaban o se dirigían siquiera una mirada. Volvieron a ser desconocidos el uno para la otra.

Ella se había marchado poco después para terminar sus estudios. Y ya no había regresado. Venía de visita, pero nunca coincidía con Luke.

Los recuerdos de aquellos meses y su ruptura le provocaron una terrible jaqueca. Fue a la cocina y se tomó un calmante con un buen trago de *bourbon*.

Regresó al salón y volvió a ponerse el ordenador sobre las rodillas. Se quedó mirando unos segundos la foto más reciente. La había colgado hacía cinco horas. Estaba en medio de las calles nevadas, con un gorro de color crema que terminaba en una bola de pelo muy graciosa. Se mantenía sobre un solo pie en el suelo lleno de nieve mientras le soplaban a la cámara un puñado de ella. Estaba arrebatadora como nunca.

Cogiendo aire, miró la manera de contactar por mensaje. Se presentó, le preguntó cómo estaba y le comentó que le gustaría hablar con ella algún día. Incluso se atrevió a dejarle su número de teléfono, por si alguna vez quería llamarlo.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de enviar, cerró la tapa del portátil y se maldijo por ser tan idiota. Hacía tantos años que no sabían el uno del otro que, de seguro, lo tomaría por un idiota al querer saber de ella. Además, era viernes por la noche. En las ciudades, la vida no era tan aburrida como en Sherman. Estaría con amigos, sentados en un *pub* calentito, comiendo pizza y patatas fritas mientras veían nevar y comentaban que deberían ir a Aspen a esquiar.

Su teléfono sonó. No podía ser ella, ¿verdad? Pero se trataba de un número desconocido; no podía ser casualidad. Con el corazón trepándole por la garganta, descolgó.

—¿Diga?

—Hola, Luke.

Casi cayó de rodillas frente la chimenea. Su voz lo trajo de nuevo a aquel banco en la universidad, cuando ella mostró su felicidad por el buen tiempo. Al momento en el que supo que esa mujer marcaría su vida.

Era ella.

*E*mmett terminó de asegurarse que todo en la mesa estaba impecable. La había preparado en el salón, junto al fuego encendido. Todavía no podía creer que estuviera teniendo una cita, mucho menos, con Harper Blossom. Años atrás se había planteado pedirle salir, pero los acontecimientos se le adelantaron. Había olvidado que había estado interesado en ella hasta que la vio tan natural y espontánea en el jardín de sus padres. Fue como ver a la verdadera Harper a su lado en el muelle y sus ganas de conocerla más allá de la coraza, de la simple etiqueta de hermana de mejor amigo, se reavivaron.

Que Donald lo viera bien, solo lo ayudaba a respirar un poco mejor. Aunque no bastaba para aliviar la presión que notaba en el pecho. Llevaba sin salir con una mujer tanto tiempo que no sabía si podría establecer una conversación normal y corriente con Harper. Los silencios incómodos lo mataban todo, incluso, antes de empezar cualquier historia por más prometedora que fuera.

¿Daría la talla? ¿Qué podía decir un hombre de campo como él? Apenas salía de casa. La granja era su vida. Podía hablar de vacas, terneros, construcciones endebles, de historias de sus abuelos y padres, incluso, de deporte y póquer. Más allá, su cerebro estaba vacío. Andaba tan agotado que no tenía tiempo de leer por las noches. Apenas veía las noticias y a su reloj le faltaban horas para permitirle ir al cine o a bailar.

Con un suspiro, se obligó a tranquilizarse. La mesa estaba bien puesta: el mantel no estaba del revés, los platos estaban impecables, los cubiertos brillaban y las servilletas de tela estaban limpias, planchadas y perfectamente dobladas. Avivó el fuego.

Sherry levantó el hocico, a diferencia de Manny que dormía a pierna suelta, agradecido de poder dormir dentro de la casa y no en el frío exterior.

—Intentemos no cagarla esta noche, ¿vale, amiga? —le susurró, mirando la puerta de la cocina.

Se sentía como si tuviera de nuevo diecisiete años y tuviera que pedirle a Gwendolyn Anderson que le permitiera ser su acompañante al baile de promoción. Lo cual era estúpido, contando que ya era un hombre adulto y seguro de sí mismo.

Pero la mujer que estaba en la cocina no era Gwendolyn Anderson. Era Harper. Una mujer hecha y derecha, con cicatrices en el corazón y una historia sobre las espaldas que no le desearía ni a su peor enemigo.

Con perspectiva, imponía mucho más la situación de ahora que la de hacía diecisiete años.

Caminó hacia la cocina diciéndose que lo primero que haría sería tomar un trago de su copa. Luego retiraría la pizza del horno.

Tragó saliva al ver a Harper con el formulario de adopción. Lo tenía en la mano izquierda, con la derecha todavía sostenía la copa. No parecía especialmente interesada en sus datos personales.

Lo que había despertado su curiosidad era el hecho que Emmett quisiera tener un hijo. No

esperaba aquello del granjero. No parecía un tipo muy accesible a ojos de Sherman, así que resultaba chocante que, alguien tan solitario, quisiera dar amor a un infante que no era de su sangre. Harper lo consideraba un acto de amor increíble, incondicional. Como niña adoptada, había agradecido toda la vida que sus padres la sacaran del centro de acogida. Cuando confirmaron que la acogida temporal se había consolidado en adopción y que era una Blossom a ojos de la legalidad del estado, Harper había decidido que nunca más recordaría lo terrible que había sido vivir en soledad.

Se sintió observada. Levantó los ojos y ahí estaba él.

Emmett tomó su copa y le dio un trago sin apartar la mirada de Harper, que tampoco la retiró. Dejó el formulario en su sitio preguntándose si disculparse por haber sido cazada leyendo cosas privadas.

—Don no lo sabe.

—¿El qué? ¿Qué quieres adoptar un niño?

—Sí. Solo lo sabes tú, ni siquiera se lo he contado a Jocelyn. —Se acercó y cogió el formulario para mirar su propia letra plasmada en él—. Esta casa está muy vacía. Le faltan risas infantiles. ¿No te parece que el silencio es un peso demasiado grande para un lugar que podría estar lleno de vida?

—Creo que el silencio puede ser un gran amante si le escuchas con atención.

¿Por eso Emmett quería adoptar un niño? ¿Creía que no formaría una familia por sí solo y quería tener un heredero? ¿Porque notaba que la casa no tenía calidez suficiente con su presencia y la de dos labradores?

Se tensó. Aquel no era un buen motivo para querer tener un hijo. La paternidad era cuestión de amor, de altruismo y generosidad.

Emmett la miró de arriba abajo unos momentos mientras dejaba el papel sobre la mesa donde estaba hasta minutos antes.

—No te confundas, Harper. He valorado mucho si es egoísta y egocéntrico tomar esta decisión. —Se acercó a ella. Era tan alto que Harper tuvo que echar ligeramente el cuello para atrás para que sus ojos siguieran en contacto—. ¿Recuerdas el otro día? En el embarcadero de tus padres cuando nos reencontramos tras cinco años...

Ella asintió sin saber a dónde quería llegar.

—Me dijiste que habías abierto tu corazón sin pensártelo. Yo sí he podido pensármelo. Creo que te debo una explicación.

Era la primera persona en enterarse que estaba dispuesto a dar aquel paso, no quería que entendiera mal sus motivos. Emmett necesitaba justificarse. No quería que Harper, por su historia, lo odiase. Desconocía por qué se sentía así respecto a ella, pero no iba a indagar en ese momento en sus emociones.

—Emmett, no tienes por qué. Cada uno tiene sus motivos para presentar estos papeles —empezó a decir, sintiéndose boba por cuestionarlo. ¿Qué más le daba a ella? No era su vida. No era asunto suyo. Era Emmett quién debería decidir aquello, no Harper.

—Mis padres eran las personas más cariñosas y generosas que he conocido jamás —le susurró sin escucharla—. Siempre he querido tener una familia para volcar el amor que dejaron en mí, que me enseñaron a mostrar. Pero las mujeres de Sherman no me atraen. No sé por qué. Y ellas me evitan. Supongo que vivo tan lejos de la civilización que los Turner no podemos considerarnos de la comunidad.

—Eso no es cierto.

Ella siempre recordaba a los Blossom alabar a los Turner. Los consideraban más que amigos; eran como hermanos para Pete y Maggie. Cuando el hijo mayor de la familia se había hecho amigo de Donald, habían respirado tranquilos: Don tendría una buena influencia al lado.

Emmett era apreciado en la familia. Ella se había perdido toda la acción porque no había estado en Michigan, pero lo sabía. Donald siempre tenía su nombre en la boca. Pete lo tenía en alta estima y era un cliente preferente en su clínica. Su madre lo consideraba como un hijo más y, seguro, que en esos momentos estaba preparando un listado para organizar una boda por todo lo alto, como si una cita significase morir juntos de viejecitos, como cuando ella aceptó la de Pete.

Pero podía comprender lo que decía sobre la comunidad. Eran gente religiosa, de un pensamiento político cerrado. Aunque era una definición que podía extender al estado, en realidad. Harper no se sentía orgullosa del comportamiento de muchos habitantes de Michigan. Aunque también había gente bondadosa, que no se creía las mentiras de los periódicos y de los políticos, y que se comportaba sin pensar que su ombligo era el centro del mundo.

Había otras maneras de pensar, amar y actuar igual de válidas que las suyas. Y todas eran igual de tolerables y respetables.

—Sí que es cierto, Harper. He asumido que va a ser imposible ser el adulto que hubiera sido de haber nacido en Detroit, por ejemplo. —Encogió un hombro—. Así que me niego a quedarme solo toda la vida. Siempre he querido tener un hijo. No solo para legarle la granja. Creo que puedo ser un buen padre. Que tengo mucho que enseñar, mucho que dar. Y si no puedo casarme y tener hijos, ¿por qué no acoger a un niño que no tiene padres?

Emmett detuvo ahí la conversación. Fue hacia el horno y sacó una pizza que lucía y olía como solo lo hacían las caseras. Era un hombre de casa. Se desenvolvía bien en ella. No le gustaban los lujos ni llamar la atención. Encajaba con el perfil de persona que quiere adoptar a un crío para darle una vida mejor, para darle todo cuanto tuviera y más. Quizá lo había juzgado mal. Se sintió fatal por ello. Llevaba una semana pensando que Emmett era distinto a todos los hombres que había conocido hasta el momento. Y que quisiera acoger a un niño no era algo que todos aquellos con los que se había topado estuvieran dispuestos a hacer. Era muy complicado olvidar que el niño que criabas no era sangre de tu sangre, era difícil superar las barreras que causaba no tener lazos sanguíneos. La mayor parte de veces, salía bien; el vínculo entre padres e hijos terminaba siendo tan poderoso como el que tenía un niño que crecía con sus padres biológicos. Sin embargo, no siempre era así. Ella conocía un par de casos de muchachos que no habían encajado bien en sus familias de acogida, impidiendo que el proceso terminase en una adopción definitiva. Gritaban, pegaban. Y al hacerse adolescentes, bebían, fumaban marihuana, desbarataban su vida y rompían relación con quienes intentaban ayudarles. Era una posibilidad que Emmett debería haber sopesado y que no le había importado lo suficiente como para echarse atrás. Eso requería de una gran fuerza de voluntad y mental. Era envidiable.

Dejó la copa a un lado y decidió hacer ver que aquella conversación no había sucedido. Quizá era lo mejor para recuperar el ambiente que había antes entre ellos.

—¿La has preparado tú? Huele de maravilla.

—No creas que se me da muy bien la cocina. —Le sonrió, aliviado de ver que no había querido marcharse tras la conversación—. Pero mi hermana me regaló un libro de recetas saludables. Espero que no seas alérgica a la coliflor.

—Por ahora no tengo ninguna intolerancia alimenticia.

—Menos mal.

—Así que hoy cenamos sano. —Observó la pizza. Tenía tomate, queso rallado, aceitunas, atún

y algún tipo de carne que no supo identificar. Supuso que eran tiras de pollo.

—Eso creo. Aunque mañana para desayunar, te pienso preparar tortitas con sirope de caramelo y chocolate.

Que fuera granjero y estuviera más pendiente de sus animales que de sí mismo, no significaba que no supiera ser un perfecto anfitrión. Su madre siempre había hecho aquello con las visitas. Preparar un grandioso desayuno para empezar el día con buen pie. Y eso haría Emmett.

—Creo que volveré rodando a casa —bromeó Harper. Le ayudó a llevar la cena y el vino a la mesa. Se sentó mientras Emmett ponía un poco de música. A Harper le hizo gracia que ninguna de sus mascotas reaccionase a la comida—. Los tienes bien adiestrados.

—Son tan viejos que su único interés es dormir —le explicó él mientras se sentaba frente a ella y cogía unas tijeras para cortar la pizza—. Por más que le pusieras un filete a un milímetro de la nariz, no serían capaces de intentar quitártelo.

Emmett soltó el aire que había estado conteniendo cuando Harper se carcajeó. Al parecer, lejos quedaba la tensión de la cocina. Y sus palabras nerviosas parecían divertirla, como si no notase que estaba inquieto porque no sabía cómo afrontar la cita.

La velada se fue sucediendo con normalidad. Hablaron de su época de instituto, contaron anécdotas de por aquel entonces para desvelar los secretos de sus respectivos cursos. Harper le preguntó por Jocelyn, por su vida en la gran ciudad y rememoró alguna de las cosas que más le sorprendió al mudarse a Texas. También comentaron cómo veían a Donald ahora que había dejado el fútbol profesional y fantasearon sobre su futura relación.

—Pues yo creo que será un chico —comentaba Harper en esos momentos tras pasarse la servilleta por la comisura de la boca.

—¿De veras? —Emmett rellenó las copas con el poco vino que quedaba en la botella—. ¿Vamos a por otra?

—Sí, claro. Hoy no tengo que conducir —le recordó ella, risueña.

Emmett se levantó y fue a por otra botella a la nevera. Al regresar, ella estaba mirando la copa que sostenía.

—Yo no tengo tan claro que Don vaya a salir con un hombre la próxima vez.

—¿Mmmm?

—Tanya Hayes le ha pedido tres veces una cita —dudó unos segundos, porque no sabía si eran tres o dos. Luego recordó bien las conversaciones con su mejor amigo y asintió—. Si intenta una cuarta, no creo que reciba una negativa.

—¿Tanya Hayes? ¿La hija del señor Hayes? —preguntó, ojiplática. El señor Hayes había sido el director de su instituto cuando ellos estudiaron allí.—. ¿No es ahora la nueva directora de...?

—Sí. Su propia jefa le va detrás. ¿Te lo puedes creer?

—Ay, no. No me cae bien. —Ella se echó hacia atrás en la silla y acudió de nuevo al vino. Le aflojaba la lengua y sonrojaba las mejillas. Emmett la encontraba adorable así. Parecía sentirse segura de hablar sin tapujos; ¿sería el vino o la confianza que sentía por él? Fuera como fuera, él también se sentía libre de decir lo que pensaba en realidad. En el pueblo debías ir con pies de plomo. Una mala palabra, un paso en falso, y podrían condenarte a la soledad eterna.

—La verdad es que es un poco prepotente.

—¿Un poco? Hace cinco años que no la veo —gruñó—, pero recuerdo que cuando acababa de volver a la universidad, trajo su perro a la clínica. No quiso que lo atendiera porque no se fiaba de mí. Según ella, yo no era más que una recién titulada que no sabía lo que hacía.

—¿Acaso ella nació aprendida?

—Al parecer, con un mes, ya sabía hablar y con seis leer y escribir cómo una catedrática — ironizó, enfadada Harper—. No creo que esté preparada para estar al frente de nuestro instituto. Solo le han permitido ser directora por ser hija de quién es. ¡Qué injusto! —bufó, enojada—. Siempre deseé que la profesora García se encargase de la dirección cuando Hayes se jubilase.

Los Hayes habían estado siempre al frente de la educación de Sherman. Del mismo modo que los Chandler se habían encargado de los automóviles de todo el pueblo desde mucho antes que hubiera coches de gasolina y fueran simples carros. La única tienda de ropa infantil de la comunidad iba a cargo de los Budler, regentada por las mujeres de la familia; los hombres viajaban de lunes a jueves en busca de nuevo material para vender.

En aquella parte de Michigan, la familia y las tradiciones eran importantísimas. No se podía luchar contra ello. La burocracia, la democracia, las nuevas eras tecnológicas no eran contrincantes suficientes para sus vecinos. No se podían romper sus normas. Había cosas que no podían cambiarse, así que era inútil intentar nadar contracorriente porque acabarías arrastrado hasta el lodo más profundo de los lagos que los rodeaban.

Emmett había aprendido a vivir con ellas. Pero Harper había visto más allá de su pequeña comunidad, ella había aprendido que había otra manera de ver la vida, de gestionarla.

Le recordó a Jocelyn. Cada vez que volvía, protestaba de lo mal que se vivía allí. Según su hermana, aceptar que el mundo evolucionaba para Sherman solo implicaba aceptar nuevos aparatos electrónicos, más nuevos y caros. Lo demás seguía arraigado en su forma de pensar, de actuar, en su rutina.

Aquel lugar se les quedaba pequeño a ambas. Estaban preparadas para algo más grande, para estar rodeadas de personas justas y que no dependieran de viejas prácticas.

—Perdona, no quería exaltarme. —Ella se echó hacia adelante y le sonrió—. No me gustaría estropear la cita.

El brazo femenino se extendió sobre la mesa y su mano, de dedos largos y uñas perfectamente cuidadas, pero sin manicura, se posó sobre la de Emmett. Sintió que una corriente eléctrica lo sacudía de pies a cabeza. De nuevo, como siempre que se rozaban.

Se le secó la garganta y se mareó. Sabía que no tenía nada que ver con que la chimenea estaba recién avivada y estaba muy cerca. La piel quemaba la ropa y no había fuego que pudiera justificarlo. Tan solo unas llamas invisibles y más penetrantes podrían explicar lo que le ocurría.

Deseaba a Harper Blossom con más intensidad que cinco horas antes, que cinco días antes y que cinco años antes.

Ahora fue él quien cogió su copa. Por poco la apuró. Pudo sonreír al volver a mirarla.

—No la has estropeado. Esto va de conocernos mejor. Y tus opiniones me ayudan a hacerme una idea de cómo eres.

—¿Y cómo soy? —lo retó, de nuevo apoyándose en el respaldo de la silla y cruzándose de brazos.

—No te gusta estar aquí. —Él se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas sobre la mesa. Harper enarcó una ceja con desafío—. Sherman no te gusta. No solo por lo que pasó, — vio un relámpago de dolor en sus ojos y se sintió miserable por recordarle el accidente—, sino porque has conocido personas que te han abierto la mente a nuevas formas de entender el mundo. Has salido de aquí y volver a entrar te ha hecho sentirte prisionera de un estilo de vida que no sabías que odiabas, hasta que te has visto obligada a regresar.

—¿Y qué más?

Emmett se sirvió más vino. Ella tomó la botella cuando la soltó y también se rellenó la copa,

que aún no estaba vacía.

—Eres familiar y generosa. Antepones la felicidad y la seguridad de los tuyos a la propia. Por eso estás dispuesta a adaptarte de nuevo, para que tu padre se retire tranquilo y el negocio de los Blossom siga siendo vuestro. Eso dice mucho de ti —le concedió. Harper se sonrojó.

—Vaya. Gracias.

—No hay de qué.

—Yo, en cambio, sé poco de ti, Emmett Turner —ella se levantó con la copa en la mano y se sentó junto a la chimenea. Dejó la copa a un lado y sonrió cuando Manny se levantó para tumbarse frente a ella. Algo inusual en su perro. El labrador no solía acercarse tanto a desconocidos. Harper le rascó la cabeza mientras hablaba—: Solo sé que te gusta la intimidad, pero no lo suficiente como para amar esta granja. La ves alejada del mundo, pero una parte de ti adora no tener que soportar la falsedad de Sherman. Eso hace que seas meticuloso y tengas pocos amigos. Soportas la comunidad porque ellos te soportan a ti. Has decidido ser padre soltero porque no quieres obligarte a querer a alguien por cumplir tus sueños.

—¿Y eso es saber poco, Harper?

—Lo que sé de ti es porque has estado en mi casa durante mi adolescencia y creo que ya no eres ese joven pecoso y enclenque de entonces. —Tomó la copa—. Y que tienes una hermana, a la que envidias porque se ha ido lejos de aquí, pero a la que admiras por ser capaz de renunciar al legado de los Turner.

Emmett se levantó. Quiso decir algo, pero apretó los labios y fue a la cocina llevándose los platos. Los dejó en el lavavajillas y sacó el pastel de chocolate que había comprado. ¿Envidiaba a Jocelyn? A veces sentía que le había robado la oportunidad de ser alguien más que un simple granjero, pero aquello había sido responsabilidad de su padre, que había cargado tal peso en sus hombros. Y era culpa suya haber aceptado aquel título, creyéndose el heredero de todo. Así que no tenía sentido envidiar a Jocelyn. Su hermana estaba haciendo su vida acorde con las decisiones de Emmett y las propias.

Regresó al salón y se encontró a Harper charlando con sus perros mientras les daba mimos. Sherry se había puesto bocarriba para que le acariciase la panza y Manny movía la cola.

¿Cuánto hacía que sus perros no meneaban la cola?

—Los labradores son perros fieles y cariñosos. Veo en sus ojos que les has dado buena vida, Emmett.

—Entonces no somos tan desconocidos.

Ella aceptó su porción de pastel y se sentó en la silla. Su cuerpo estaba relajado a causa del vino, la calidez del fuego y la compañía de Emmett. Él la imitó.

—Creo que sabemos lo suficiente el uno del otro para decidir si dormimos juntos esta noche —susurró ella, coqueta.

Emmett sonrió ladeadamente. No iba a negar que aquel tono sugerente había deshecho sus conexiones nerviosas y había prendido las mechas de sus entrañas. Harper no era comparable con ninguna mujer de las que había conocido. Era directa, graciosa, profunda. Nadie diría que tenía veintisiete años. Su aspecto le restaba años, mientras que su forma de pensar, le sumaba unos pocos más.

Le encantaría desnudar a Harper. Hacerlo con lentitud, encendiéndola.

Y por la mirada entornada que le dirigía, ella estaba pensando lo mismo que Emmett. Quería desnudarlo, acariciar su piel desprovista de ropa.

—Cuando has entrado por la puerta, me hubiera encantado hacerte el amor aquí mismo, sobre

la mesa —admitió, con voz grave. ¿De verdad estaba confesándole aquello? Tenía que dejar de beber. Harper gimió y aquel gemido fue directo a su entrepierna—. Pero...

—¿Pero? —Ella frunció el ceño, desconfiando de sus palabras.

—No vamos en condiciones, Harper. No contaba con que bebiéramos tanto. Llevamos dos botellas —negó con la cabeza.

—Oh, vamos. Hacerlo yendo un poquito bebidos también es divertido. Es distinto. —Hizo un mohín, intentando convencerlo.

—Nuestra primera vez será estando los dos lúcidos, Harper —le cogió la mano y aquel fuego les hizo tragar saliva a los dos. Iban a ignorarlo porque Emmett estaba poniendo distancia. ¿De verdad no querían dejarse llevar? El granjero se reafirmó en que no era buena idea—. No quiero sentir que me aprovecho de ti solo porque ahora digas que no pasa nada. Estamos medio borrachos.

Ella se soltó, pero la rabieta se le pasó a los pocos segundos. Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Tienes razón.

—Esto no va a desaparecer solo porque dejemos pasar esta noche —musitó Emmett, viendo cómo palpitaba la yugular de Harper.

La mujer le sonrió con ternura.

—¿De dónde has salido tú, Emmett? —preguntó más para sí misma que para él. Sin embargo, el hombre la escuchó.

Se lo tomó como un cumplido.

Cuando Harper se levantó, no reconoció el dormitorio. No era el de su apartamento ni en el de casa de sus padres. Era un lugar acogedor que olía a melocotón. Las sábanas eran de franela, suaves y ásperas al mismo tiempo. Necesito unos segundos para poner en orden todos y cada uno de sus pensamientos; terminó por esconder el rostro en la almohada al acordarse de dónde estaba y por qué.

Prácticamente, se le había ofrecido en bandeja a Emmett, y este la había rechazado con mucha elegancia. Se creía los motivos que había dado para no acostarse con ella. Era distinto a los hombres que había conocido hasta el momento. Se había tomado la molestia de cocinar para ella. Los tipos de Texas con los que había salido siempre la llevaban de restaurante. Les era más sencillo impresionarla en un sitio caro que cocinando para ella; bien, se quedaba con la idea de Emmett. Y, por si fuera poco, era un hombre que sabía escuchar. Algo que ella apreciaba por encima de todo.

Diablos, la había sabido analizar en profundidad. No sabía si odiarle por ser tan observador u odiarse a sí misma por dejar entrever que se sentía obligada a quedarse allí. La tenía calada. Y no le gustaba, la hacía sentir desprotegida, como si traicionase a su padre por desear algo más que quedarse con su negocio.

Se levantó y se abrazó a sí misma aunque no hacía frío. Supuso que la calefacción estaba encendida. Corrió las cortinas y vio la granja nevada. Era un espectáculo cegador, había blanco por todos lados. Buscó el coche con la mirada y lo vio medio sepultado. Había estado horas nevando y había cuajado.

¿Podría regresar a casa? Le daba algo de miedo. Hacía mucho que no conducía en aquellas condiciones meteorológicas. En Texas no hacía aquel tiempo. Allí ni siquiera tenía que ir tan abrigada en casa, pensó, mientras observaba el pesado pijama de Emmett.

Quería darse una ducha. Había pasado calor entre tanta ropa y tenía la sensación de estar sudada. Se tocó el pelo y odió no tener un peine. Tenía una melena entre ondulada y rizada, y a saber en qué estado estaban sus mechones en esos momentos.

Cogiendo las zapatillas que Emmett le había prestado la noche anterior, bajó al piso inferior.

El salón estaba desierto. Respiró tranquila en un suspiro largo y trémulo. Los perros no estaban allí. Le dio miedo entrar en la cocina. Olía de maravilla. Emmett había cumplido su promesa: estaba preparando tortitas. Tal vez por eso se había despertado.

¿Cómo reaccionarían al reencontrarse esa mañana? Al no acostarse, habían decidido ver una película. Ella se había quedado medio dormida contra su cuerpo caliente y fuerte y Emmett la había ayudado a subir las escaleras. Le dejó ropa, calzado y una botella de agua. Así que no sabía en qué punto estaban. Era incómodo. Las citas que no terminan en sexo no suelen terminar con la chica durmiendo en el dormitorio de invitados del chico.

¿Se hablarían cómo si nada? ¿O serían sugerentes? Al fin y al cabo, ya no estaban bajo los

efectos del alcohol. ¿La echaría sutilmente? Quizá no volvieran a verse.

Aquella idea le removió el estómago. Cenar con Emmett le había recordado a los momentos de desconexión con amigos y colegas cuando vivía sola. Se había sentido a gusto. Había podido ser ella misma, sin controlar qué decía y cómo. Se había abierto en canal ante él porque era la forma en que Harper confiaba en los demás. Creía haber ganado una especie de amigo en Sherman. No tenía muchos. Rosemary era su amiga del alma; sus hermanos eran sus mejores amigos, pero no dejaban de ser sus hermanos. Había muchas cosas que debía callarse, pues, en realidad, no dejaban de ver en ella a una hermana pequeña a la que cuidar y proteger.

Se armó de valor y se encontró a Emmett poniendo comida en los cuencos de Manny y Sherry. Los labradores esperaban, sentados con paciencia, a que terminase de servir el pienso para atacar la comida. Solo cuando él emitió un leve silbido, los animales sacaron las lenguas y, de un bote, se acercaron hasta donde estaban. Se le daban bien los animales. Seguro que ya había visitado a sus vacas pese la nevada que había caído fuera. No tenía pinta de que fuera a deshacerse el metro de nieve que se había acumulado en doce horas; el cielo estaba nublado y el aire frío mantenía aquel bloque de nieve bien compacto.

Él se percató de su presencia y su sonrisa se ensanchó hasta rozarle las comisuras de los ojos. Harper notó que el corazón le daba un vuelco. Emmett estaba contento de verla, no parecía para nada molesto por el rumbo que había tomado la cita.

—Buenos días, Harper. ¿Has dormido bien? —La sonrisa que le dedicó Emmett la hizo sentirse ridícula por cuestionarse tantas cosas.

—Hola. Sí. Muy bien. —Le sonrió de vuelta—. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—En la granja, no importa a qué hora te acuestes. El despertador suena antes de las seis. —Acarició a sus perros—. He estado quitando la nieve del medio, aunque no tan bien como quisiera. Ha caído una buena tormenta. —Se incorporó—. Me preocupan los coches.

—Sí, a mí también —admitió.

—Pero, por ahora, no pensemos en eso, ¿te parece? He preparado tortitas —le informó mientras sacaba del estante diversos botes de siropes—. Están en el horno para que se mantengan calientes. No sabía cuándo ibas a levantarte.

—Oh...

—¿Pasa algo, Harper? —Se acercó a ella y le apartó un mechón del rostro—. No tienes por qué desayunar conmigo si...

—No, no. Tranquilo, estoy bien. —Le sonrió. No se sentía incómoda por su presencia, pero tenía la sensación de estar sucia y maloliente—. Tan solo... ¿crees que puedo darme una ducha antes de desayunar? Te prometo que tardo cinco minutos. Crecí con cinco hermanos, así que soy rápida.

Emmett se rio.

—Claro, ven, te acompaño.

La llevó hasta el cuarto de baño del piso superior. Le mostró donde estaban las toallas, un peine de Jocelyn y el secador. Le encendió un calefactor que tenía colgado de la pared para que no tuviera frío al salir de la ducha.

Cuando se volvió para mirarla, Harper parpadeó. Se había quedado embobada mirando cómo los músculos se movían bajo el jersey.

—Te espero abajo —le susurró—. ¿Cómo te gusta el café?

Aquellas palabras le resultaron tremendamente eróticas y no había motivos para entenderlo de otro modo. Aún así, Harper notó que se acaloraba.

—Con leche caliente y dos cucharadas de azúcar.

—Hecho.

Cuando se quedó sola, se apoyó unos momentos contra la puerta. Le temblaban las piernas, los pulmones y el corazón. Quería acostarse con el mejor amigo de su hermano. Lo deseaba de veras. La noche anterior, el vino tan solo le había aflojado la lengua eliminando el filtro entre su raciocinio y la valentía. No le había confundido los sentidos.

Esperaba que la ducha le despejase la cabeza. Le ayudó un poco. No se lavó el pelo porque no quería hacer esperar a Emmett y su melena necesitaba secarse bien o si no, se resfriaría. Vestida con la ropa de la noche anterior, se decidió por hacerse un moño.

Se soltó un poco de mechones a la altura del flequillo para no parecer una estricta enfermera. Se palmeó las mejillas para darle color rosado a su piel. Diciéndose que no tenía por qué estar nerviosa, regresó a la cocina, donde Emmett ya había preparado la mesa con los cafés, las cremas y las tortitas. Era un hombre muy detallista.

¿Dónde estaba?

Los perros estaban frente la chimenea, que había encendido hacía poco. Crepitaba.

Lo vio entrar por la puerta principal, con la gruesa chaqueta, un gorro de lana, guantes y una pala. Tenía la nariz roja. Era tan fuerte que el frío no le hacía castañear los dientes.

—He intentado despejar el camino de entrada, pero hay demasiada nieve. He llamado a la quitanieves y me ha dicho que está desbordado. Está empezando de nuevo a caer una buena. — Se sacudió los hombros, donde se veía polvo blanco. Ella se acercó a la ventana y apartó la cortina. El cielo estaba lleno de nubes negras; se avecinaba otra precipitación—. No sabe cuándo podrá venir por aquí para despejarnos la carretera y la entrada. Deberías llamar a tu familia, Harper. No creo que puedas volver a casa hasta mañana por lo menos.

Ella lo sabía. Lo había pensado al levantarse, pero ver el jardín delantero de Emmett con tal capa de nieve, le había confirmado que ese fin de semana su padre haría las guardias de urgencias solo. Suspiró.

—¿No es molestia?

—Tengo la despensa llena de comida. Y leña aquí dentro para cobijarnos en el salón. Me haces compañía... —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Por mí, encantado de encerrarme contigo.

¿Iba con doble significado? Intentó no pensar mucho en ello; así su salud mental seguiría intacta el mayor tiempo posible.

—Llamaré después de desayunar.

—De acuerdo. Yo aprovecharé para dar otro ojo a la granja. Por suerte, lo tengo todo monitorizado. —Le guiñó un ojo—. Me he asomado esta mañana, pero hasta la noche no podré intentar llegar hasta mis vacas.

—¿Lo tienes todo en un ordenador?

—Oh, sí. En el del despacho y en mi teléfono. —Fueron juntos hasta la cocina—. Tengo cámaras y un regulador de temperatura. Así las puedo vigilar.

—Mírate, todo un gurú de los ordenadores. —Se rio.

Se sentaron en la mesa y desayunaron en silencio. Quizá no sabían qué decir. O estaban tan hambrientos que dieron buena cuenta de su desayuno sin perder el tiempo.

—Estaba todo muy rico, Emmett. Se te da bien la cocina, de verdad —le prometió. Él sonrió, mas no dijo nada porque el teléfono de Harper empezó a sonar. Echó manos al bolsillo trasero del pantalón alzándose un poco de la silla—. Perdona, es Clive.

—Buenos días, hermanita —la saludó él, cantarín, al otro lado de la línea. No parecía muy preocupado porque Harper no pudiera regresar a casa—. Imagino que has visto la que está cayendo desde anoche, ¿verdad?

—Sí. —Se terminó el café con leche—. ¿Hay mucho movimiento en la granja?

—¿Esperas que vaya allí con la que está cayendo? Este fin de semana se encargan Milo y Luke —le informó, entre risas—. Por algo viven ahí. Yo me quedo en casa con mi preciosa esposa, mis maravillosos padres y mis hermanos más pesados.

—Si vas a insultarnos, al menos, no pongas el altavoz —protestó Connor, medio molesto, medio divertido.

—¡Para pesado tú, Clive! —dijo Don.

Ella se rio.

—Sois una pandilla de exagerados.

—Cómo se nota que no estás aquí —bromeó Clive—. Te llamaba para que te olvidases del móvil. Papá se encargará de las urgencias de la clínica. Y también Sandy. Se ha ofrecido para ir a las granjas si papá no ve posible coger el coche con este temporal.

Sandy, como no. Oportunista hasta cuando había nevadas descomunales. La cuestión era hacerse notar, cómo si realmente fuera imprescindible. Aun así, Harper se mordió la lengua. Era una persona con vocación y adoraba a Pete, por eso se había ofrecido para echarle una mano. Y si podía elegir, Harper prefería que saliera ella a su padre. Con la carretera con hielo y la nieve en la luna, le daba miedo que empezase a temblar al volante.

—Mejor. Gracias.

—Entiendo que te quedas en casa de Turner hasta que amaine. —Siguió diciendo él.

—Sí. Estamos esperando la máquina quitanieves, pero pinta mal —le explicó Harper, levantándose para mirar por la ventana de la cocina. Sí, estaba nevando con fuerza.

—¡Claro! —por cómo sonó de fuerte la voz de Don, y las protestas de Clive, sin duda le había arrebatado el móvil y lo tenía en su poder—. ¿Esa es la excusa que pones? ¡Vamos! ¡Admite que la tormenta te va genial! —Se rio con picardía y ella se sonrojó. Esperaba que Emmett no lo hubiera oído. Lo miró de reojo. Si había escuchado algo, lo fingía de maravilla. Estaba pendiente de su móvil, seguramente, controlando las granjas.

Entonces fue Connor quien le quitó el teléfono.

—Eso, hermanita. ¿Tengo nuevo cuñado? ¡Que alguien me haga tío ya! —refunfuñó.

—Chicos, nos vemos en cuanto podamos —los cortó. Se apresuró en terminar la llamada. Entonces, pudo respirar tranquila—. Disculpa.

—No te preocupes.

Pusieron juntos el lavavajillas y Emmett salió un momento con los perros afuera. Harper hizo la cama y guardó el pijama bajo la almohada.

Se asomó de nuevo a la ventana. Estaba todo tan blanco que daba miedo. No recordaba aquella sensación de inseguridad en mucho tiempo, como si fuera a ser engullida por la gran inmensidad del mundo.

No, no podía conducir en aquellas condiciones.

Cerró los ojos unos momentos y recordó momentos de felicidad. Aquellos momentos, pedazos de su vida, eran su salvación siempre que se ponía nerviosa.

—Harper.

La mano de Emmett se puso sobre su espalda. Ella por poco dio un brinco. Había estado tan concentrada en sí misma que no lo había oído llamar a la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí. La verdad es que aquí me siento segura. —Sonrió—. No me atrevería a volver a casa ahora mismo.

Él entornó los ojos con comprensión y le dedicó una sonrisa para nada cargada de sensualidad.

—No te dejaría irte por más que me lo pidieras. Mi conciencia no me lo permitiría. Y mi amistad con tu hermano, tampoco. —Le tendió la mano—. He pensado que podríamos estirarnos en el sofá un rato. Anoche, al final, nos acostamos tarde y te has levantado más pronto de lo que pensé.

—Tenías el desayuno preparado, Emmett.

Intentaba no pensar en lo bien que se sentía agarrada de su mano. La calidez que le transmitía era acogedora y por unos momentos se sintió en paz consigo misma.

—Soy precavido. Lo tenía en el horno, y allí hubiera estado todo hasta que bajases. —Una vez en el sofá, se tumbaron juntos y él la tapó con una manta. Los perros se subieron al sofá para poner sus cabezas en los regazos. Manny en el de ella y Sherry en el de Emmett—. Vaya, hacía mucho que no se tumbaban conmigo.

—¿Cuánto hace que no te tomas una mañana libre y te estiras aquí, a su alcance?

—Mierda.

Ella se relajó contra su cuerpo y sintió la temperatura del cuerpo masculino. Quizá la nevada no fuera tan mala idea. Había ansiado desconectar de la realidad de Sherman tras unos días viviéndola y no había sido consciente de ello. Y estar allí, tranquila, en un sofá, en buena compañía, era justo lo que necesitaba. Solo que no se había dado cuenta.

—¿Te parece bien está película? —preguntó él cuando encontró lo que parecía ser su canal favorito.

—Está a medio empezar...

—Eso tiene solución. —Él cogió el mando. Pulsó un botón y la pantalla se quedó en negro. La película empezó desde el principio.

Ella se rio y se apoyó en su hombro. Él la abrazó y le besó la frente. Harper se preguntó si aquel tipo de beso era una forma de decirle que solo la veía como una hermana. Tal vez había cambiado de idea y la cita se había quedado en una sola oportunidad.

—Emmett.

—¿Sí? —La miró ladeando un poco la cabeza.

—¿Ha cambiado algo respecto a ayer?

Él entrecerró los ojos un momento, como si intentase descifrar a qué se refería con esas palabras. Cuando pareció entenderla, una sonrisa tironeó del borde de su boca. Le acarició la mejilla y apartó un mechón rebelde que jamás se quedaba tras la oreja.

—¿Te preocupa que mi deseo fuera por el vino? —lo preguntó en voz baja, ronca. Ella bajó las pestañas y asintió—. Buhita...

Que usase el apodo de su familia, le puso la piel de gallina. Nunca había oído que Emmett la llamase así y fue como si un mazo caliente rompiera las costillas una a una, dejando ir un torrente de lava espesa.

Emmett bajó el rostro y la besó. Fue inesperado y tierno. Harper cerró los ojos ante aquel tacto cálido y suave que se posaba contra su boca. Se separaron a los pocos segundos, ambos soltaron un suspiro trémulo y se miraron a los ojos. Había sido un beso corto, poco apasionado. Muchos lo tildarían de decepción, pero Harper sabía que dentro se encerraban intenciones y emociones que podrían ir a más si se daban la oportunidad.

Fue instintivo. No necesitaron palabras. Harper se inclinó hacia delante y Emmett también. Las manos femeninas se enredaron en su jersey, a la altura del pecho; las manos del hombre sujetaron con una firme dulzura sus mejillas. Mientras, sus bocas se buscaban y entrelazaban entre suspiros y respiraciones entrecortadas.

La noche anterior se habían contenido. Quizá, el vino les había hecho mantener los papeles. Quizá, había sido la inseguridad provocada porque Emmett no quería propasarse si no estaban sobrios. No obstante, ya no tenían motivo para no dejar correr lo que sus cuerpos sentían cuando estaban cerca el uno del otro. No había mejor forma de expresarlo.

Las manos empezaron a buscarse por encima de la ropa, sus bocas se volvieron más agresivas, sus lenguas más saqueadoras. Fue como si una explosión entre ambos lo encendiera todo y no tuvieran suficiente el uno del otro.

Ella se separó para coger aire y se quedó apoyada en su mejilla.

—¿Quieres seguir viendo la película? —jadeó él, conteniendo una tos y apartándole el pelo del cuello.

—Antes me ha dado la sensación de que es tu favorita. —Lo miró a los ojos.

Él sonrió y la besó de nuevo, haciendo que Harper se deshiciera entre sus brazos.

—La película puedo verla tantas veces como quiera. Tú, tú eres única.

Justo la respuesta que quería oír. Que la antepusiera a la televisión era justo lo que necesitaba para saber que Emmett la deseaba con la fiereza que había demostrado mientras la estrechaba entre sus brazos.

Harper se mordió el labio inferior y tomó su mano cuando se la tendió. Subieron juntos al dormitorio del granjero. El dormitorio era el más bonito que había visto nunca, con moqueta color beige, unos grandes ventanales que iban del suelo al techo justo frente la cama que ocupaba toda la pared. Se veía la nieve. Todo era blanco frente a ellos, y la luz que aquello aportaba a la cama de colcha clara y cojines de color chocolate un halo mágico.

—Vaya. —Tocó la cama—. Es...

—¿Demasiado para mí? —Él la miró apoyado en la pared, sonriendo de medio lado.

—Iba a decir que es precioso —le enseñó la lengua.

—Jocelyn me compró juegos de sábanas y colchas y enmoquetó todo esto. Solo me dejó elegir el color de las paredes.

—¿Se supone que el color crema tiene que decir algo sobre ti?

—Que soy un soso, tal vez —la provocó, acercándose y rodeando la cintura con sus manos. Ella se mordió el labio inferior—. ¿Crees que seré insulso?

Insulso no sería el adjetivo que usaría para describir a Emmett. De joven le había parecido tímido. Cuando regresó hacia cinco años apenas le había prestado atención. Ahora podía decir que era un hombre de aspecto fuerte y rudo, de modales exquisitos, pese a parecer hosco y solitario. Su mirada era penetrante y sus manos eran como fuegos candentes. Así que no, insulso no definía a aquel hombre, mucho menos, si se traspasaba la coraza de la piel y se iba más allá; allí donde se albergaban sentimientos y puntos de vista.

—Pienso que tienes más fuego en ti de lo que muestras, Emmett Turner.

—Vamos a ver quién tiene razón —susurró él lamiéndose los labios y haciendo que Harper temblase de arriba abajo, expectante.

Se besaron mientras las manos navegaban entre la ropa. Harper notaba un picor ardiente entre sus muslos cuando Emmett le acariciaba los pechos, haciendo que su calidez traspasase la tela áspera del jersey y le arañase los senos por encima del sostén. Nunca pensó que aquello pudiera

resultar erótico, pero lo cierto es que le pareció muy sensual. Su cuerpo reaccionaba sin duda a aquel toque. Ella buscaba sus hombros, su nuca, luego regresaba a los pectorales y los abdominales.

Él se apartó para quitarse el jersey. Lo dejó a un lado y se quitó la camiseta térmica que usaba en invierno. Harper lo miró de arriba abajo con una ceja enarcada y sonrió como un gato.

—Mi turno —musitó.

Se quitó el jersey mientras su piel se sonrojaba. El moño se deshizo y su cabellera cayó como un mar de ondas de chocolate fundido sobre sus hombros. Era una diosa latina. El brillo de sus ojos era hipnotizante y su boca era magnética. Emmett no podía mantenerse quieto ante semejante mujer a menos de un metro.

Emmett rompió la distancia entre ambos y Harper tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder sostenerle la mirada. A veces los ojos hablaban. En esa ocasión, lo hacían. Transmitían un fuego interno que amenazaba con consumirlos si no lo dejaban salir.

—¿Te confieso algo? —como ella ladeó la cabeza, Emmett siguió hablando—: Me vuelve loco el lunar que tienes justo sobre la boca. —Bajó el rostro y le pasó la lengua por el lunar—. Siempre me he preguntado cómo sería besarlo.

Ella le rodeó la nuca con los brazos y lo atrajo a su cuerpo mientras se besaban. El raciocinio voló por los aires por su cercanía, el oxígeno empezó a mancar en sus pulmones y sus corazones se desbordaron. Fue como un huracán asolando todo a su paso, dejando tan solo dos cuerpos fundidos.

Emmett le quitó el sujetador de encaje negro, liberando sus pechos. Cabían a la perfección en las palmas de su mano. Harper casi gimió. Había olvidado lo agradable que le resultaba notar dedos callosos y fuertes rozar sus cimas, sostener sus pechos turgentes. Era una sensación demasiado incontrolable que la convertía en arcilla.

Caminaron de espaldas hasta que las rodillas de Harper tocaron el colchón y quedó sentada sobre él. Emmett buscó la piel desnuda de la clavícula y de sus senos, arrancándole jadeos y suspiros mientras sus dedos se enredaban en su pelo rubio, ahora despeinado. Estaban desesperados. No iba a ser un encuentro delicado y lento, iba a ser puro fuego, como si les quedase poco tiempo en el mundo de los mortales y tuvieran que aprovechar al máximo cada segundo.

El hombre se arrodilló y besó el punto exacto a través de sus pantalones tejanos, dejándola temblorosa ante semejante presión. Notar la ropa contra su clítoris la inflamó todavía más aunque Emmett no se entretuviera más de cinco segundos anclado allí.

—¿Sabes que eres preciosa? —susurró mientras subía hacia su boca, recorriendo con la punta de la nariz su estómago, la separación entre sus pechos y su cuello. Ella se retorció. Notaba una mezcla de cosquillas y excitación que le recorría el sistema nervioso, lo cual la hacía temblar de pies a cabeza. Emmett la besó con pasión antes de alejarse y quitarse las botas, los pantalones y los calcetines.

—Tú tampoco estás mal —le concedió Harper, sonriendo como una gatita al verle tan solo en ropa interior.

Su cuerpo era digno de admirar. Cualquier escultor querría hacer una figura igual de imponente que él. No era tan forzado como Donald o algunos otros granjeros que parecían armarios de dos por dos. Pero su figura era simétrica, estaba bien definida, pese que la ropa engañaba, y no parecía que hubiese un torso de soldado romano bajo ella. Alargó la mano y acarició los abdominales bien cincelados bajo la piel. Trepó hasta sus pectorales. Emmett palpó

bajó su tacto y Harper se mordió la cara interna de la mejilla. Tenía un gran influjo sobre él.

Bajó la mirada a sus calzoncillos. Se adivinaba un gran bulto pujando contra la tela oscura.

—Ahora es mi turno, buhita.

Ella lanzó un gritito cuando Emmett se agachó y la agarró de la pierna. No esperaba que se lanzase sobre ella como una pantera, así que se rio mientras intentaba escapar. Él también se rio y Harper se quedó quieta en el sitio, medio tumbada en la cama, cuando el sonido penetró en su cerebro. Que dos personas se rieran cuando la ropa faltaba y el deseo les deshacía las sangre significaba que estaban cómodas, que había un nivel de intimidad superior al imaginable.

Y a ella le gustaba esa complicidad entre ellos.

Se dejó quitar las zapatillas y los pantalones. Él la observó mientras dejaba caer la ropa al pie de la cama. No se sintió expuesta. Era difícil no sentirse vulnerable ante un hombre, pero con Emmett se sentía bien consigo misma.

Harper se dejó caer hacia atrás cuando Emmett hundió la nariz en sus braguitas. Jugueteeó con ella a través de la fina tela y, solo cuando la tuvo llorosa y sin aire, se las quitó. Mas no le dio tregua. Saqueó todo su ser con la lengua y los dientes, arrancándole la vida, devolviéndosela luego para alejársela. Quería descomponerla, despedazarla. Lo logró.

Cuando Harper notó que los espasmos la dejaban coger aire, todo su interior se armó de nuevo. Todas las esquirilas brillantes que Emmett había esparcido a su alrededor volvieron a unirse.

Levantó la cabeza y lo vio hurgar en el primer cajón de la mesilla de noche. Él sacó un preservativo. Fue a rasgar el envoltorio con la boca, pero, al verse observado, se detuvo.

—No tenemos por qué continuar, Harper. Podemos detenernos en cualquier momento.

Ella se puso de rodillas en la cama, le quitó el preservativo y se encargó de rasgar el papel. Los actos a veces eclipsan las palabras, pensó él. Emmett echó la cabeza hacia atrás y respiró entre dientes cuando Harper se lo colocó. No había esperado que lo torturase de aquel modo, que le arrebatase el poco control que le quedaba en la situación.

Se miraron a los ojos.

—No quiero que nos detengamos ahora —masculló ella.

Emmett la besó mientras trepaba por su cuerpo, obligándola a echarse hacia atrás cuan larga era. Con una rodilla, le separó un poco las piernas y Harper rodeó sus caderas con ellas.

Cuando se zambulló en su interior, estrecho y húmedo pero acogedor y cálido, por poco se derrumbó sobre su menudo cuerpo. Notaba un torrente de electricidad sacudir sus cimientos y temía no poder sostenerse sobre los brazos.

—¿Te... te hago daño?

Ella se derritió. Eran pocos los amantes que se preocupaban por su placer. Que Emmett quisiera saber si estaba bien, solo lo convertía más adorable y vigoroso a sus ojos. Fue tan sensual que notó un rugido en su interior.

Como respuesta, Harper empezó a mover las caderas para tentarlo y adaptar su cuerpo totalmente al miembro de Emmett.

Aquello fue demasiado para la cordura del hombre. Fue como si el sentido común lo abandonase, dejándolo expuesto a todas las sensaciones habidas y por haber. Ya no pudo controlar nada más que el vaivén de sus cuerpos, el cual era primitivo y salvaje como la vida misma. Se dejó llevar como hacía tiempo.

Ella tampoco creía estar en su sano juicio. No podía pensar con claridad, no era consciente de donde estaban sus manos, de cuánto aire estaba recogiendo en los pulmones. Las sensaciones que Emmett despertaba en ella con cada embestida eran demasiado irrefrenables, demasiado

viscerales.

Y perderse en sus ojos oscuros solo hacía que se sintiera más mecida todavía por el deseo, que la golpeaba entre las piernas y escalaba por su cuerpo, erizándole la piel.

Quiso decirle que no iba a aguantar mucho más, que aquello estaba superando todas sus barreras. No pudo articular palabra, ni siquiera emitir un jadeo. Dejó escapar todo el aire que contenía en cada célula de su cuerpo mientras un cosquilleo la hacía estremecer de cintura para abajo. Harper creyó morir; notó cómo su alma se desprendía del cuerpo y se elevaba para luego golpearla al regresar a su lugar.

Emmett no tardó mucho en seguirla a ese abismo tan escarpado. Se lanzó sin dudar por aquel precipicio donde el dolor y el placer se convierten en uno. Fue como convertirse en un muñeco de tela, desmadejado. Se notó vacío, hueco.

Y supo que, de algún modo, Harper le iba a cambiar la vida, aunque todavía no sabía a qué se debía aquel pensamiento o hasta donde estaba dispuesto a llegar para descubrir lo que significaba.

*E*mmett tardó dos horas en arreglar el sistema de refrigeración del edificio B de la granja. Había saltado la alarma de su móvil a media tarde y había tenido que salir escopetado para allá. Había dejado sola a Harper en la casa cuidando de los labradores. Esperaba que no se hubiera aburrido mucho todo aquel tiempo.

Todavía le costaba creer que se hubieran acostado. Se sentía extraño. No incómodo. Simplemente, se le hacía raro haberse acostado con una mujer. Llevaba mucho tiempo sin sexo. Por no decir que había pensado que su próxima amante sería de Weidman, no la hermana de Donald.

Si aquello hubiera sucedido cuando eran más jóvenes, sin duda, se hubiera sentido un cabrón por traicionar así a su mejor amigo. Por suerte, parecía haber dado el visto bueno a su cita. Lo cual significaba que no le importaba tanto que Harper y Emmett compartieran algo más que una cena.

Tendrían qué hablar en qué punto les dejaba aquello. A Emmett le gustaba la conversación que Harper le daba, la confianza que le inspiraba y cómo le hacía reír. Le gustaba su cuerpo y hacer el amor con ella. Quería seguir viéndola, descubrir más, ver dónde podía llevarles aquello. Quizá, aquella había la sensación que lo había abrumado después de alcanzar el éxtasis en la cama. Saber que quería más de todo aquello. Quería conocer a Harper, saber más de ella, su pasado y su futuro; explorar cada rincón de su cuerpo hasta aprendérselo y poder recorrerlo con los ojos cerrados.

Se dijo que, si lo rechazaba, no lucharía contra ello. Los deseos de las mujeres debían respetarse, del mismo modo que él esperaba lo mismo en caso de echarse hacia atrás.

Llegó a la casa con esfuerzo. La ventisca llevaba nieve y aquello subía el grueso que se había ido arremolinando en el suelo. Cómo odiaba el invierno. Prefería los veranos lluviosos a tener la nieve molestando.

Cuando entró en la cocina, el calor de la calefacción le recibió con gusto. Se quitó la chaqueta y el gorro, los guantes y la bufanda para dejarlo a un lado. Cogió una cerveza de la nevera y fue hacia el salón esperando encontrarse a Harper durmiendo la siesta con sus perros alrededor.

Por poco se le cayó la lata al suelo.

Harper estaba sentada de espaldas a la chimenea encendida, sobre la alfombra. Se había cubierto con la manta térmica de pelo sintético que había en un rincón del sofá, cubriéndose los pechos y las piernas. La espalda desnuda quedaba regada por el baile de colores del fuego. Se había recogido el cabello en un moño para poder leer sin que ninguna hebra rebelde le molestase.

Estaba arrebatadora. La observó en silencio, embobado, mientras dejaba la cerveza en la repisa de la ventana interior que había en el muro que separaba el salón de la cocina. Ella tomó una copa de vino que había dejado en la mesita auxiliar y le dio un trago sin dejar de leer. Era el recetario. Parecía interesada en algo en concreto.

Parecía una diosa. Su piel lucía tan cremosa y libre de imperfecciones que Emmett quiso arrodillarse ante ella y recorrer cada milímetro. No con la desesperación de ese mediodía, sino con la tranquilidad necesaria para reverenciar su belleza.

Cuando se percató de su presencia, Harper cerró el libro y sonrió con amplitud. Le preguntó si todo iba bien mientras dejaba el recetario junto a la copa. Se alegraba de que no lo tratase como si fuera un extraño ahora que habían compartido sábanas y orgasmos.

—Todo en orden —explicó sentando a su lado—. ¿Me das un poco?

Ella le tendió su copa. Cuando Emmett fue a cogerla, la apartó. Ambos se rieron.

—Perdona, me gusta cuando frunces el ceño —se justificó, algo ruborizada, mientras le daba la copa—. Aunque sea solo una milésima de segundo, no puedes esconder lo que sientes. Y eso me fascina.

—No sabía que fuera una rata de laboratorio a la que observar.

—No me atrevería a probar algún fármaco contigo, créeme. Sabes morder —le tentó.

—Ah, ¿sí? —Dejando la copa a su lado, pasó sus labios muy cerca de los de Harper. Si ella hubiera movido la cabeza un par de milímetros, se habrían besado. Y antes de que pudiera reaccionar, le arrebató la manta que sujetaba contra el pecho con la rodilla doblada.

Ella chilló y quiso recuperarla, pero él no lo permitió. Se rieron. Aunque las carcajadas acabaron cuando Harper terminó sobre su cuerpo, desnuda, reclamando la manta con la risa bañándole la mirada y la pasión acariciando su boca.

Le había estado esperando para hacer el amor con él. Aquello lo inflamó incluso más que verla sin ropa. Con una ceja enarcada, esperando que Harper hiciera su siguiente movimiento, Emmett le acarició la cadera y fue más allá. Casi se desmaya cuando comprobó que sus dedos se humedecían. Cuando introdujo uno en su interior, fue Harper quien elevó una ceja mientras se le contraía la piel bajo las costillas.

—Para jugar a esto no se puede, —se contrajo cuando Emmett sumó el dedo corazón al índice—, no se puede ir vestido.

—¿Quién lo dice?

Ella fue a responder, pero un jadeo bloqueó sus cuerdas vocales. Había creído que podría dominar la partida, mas Emmett jugaba en su propio terreno. Podría ponerla en jaque en cualquier momento aunque eso significase sacrificarse a sí mismo para estar en igualdad de condiciones que Harper.

Solo un insensato o estúpido desaprovecharía la oportunidad. Una mujer atractiva y de carácter dulce e inteligente estaba desnuda en su salón, frente una chimenea encendida y deseando hacer el amor con él sobre las mantas. Él ansiaba aquello tanto como Harper. Quería hundirse de nuevo en su interior, darle placer y recibirlo.

—¿Buhita? —insistió, sabiéndose ganador de aquella ronda—. ¿Quién dice que tengo que quitarme la ropa?

Harper apenas pudo contestar. Estaba demasiado concentrada o perdida en las sensaciones que los dedos de Emmett despertaban en su interior. Sabía qué tocar, dónde y cuándo para convertirla en una pira de fuego que pronto se reduciría a cenizas.

La cazadora había sido cazada.

—Aquí hace calor. —Cerró los ojos y se mordió el labio. Con la mano libre, Emmett tironeó suavemente de la piel de la barbilla para liberar la boca de aquel mordisco—. No puedes... no... ah.

Cuando vio que empezaba a alcanzar el éxtasis absoluto, se retiró, y Harper lo miró furibunda,

casi llorosa.

—Tengo que seguir las reglas para jugar bien, ¿no? —se excusó. Le devolvió la manta y ella se cubrió, simplemente, para provocarlo. Emmett se quedó de pie frente a ella. Se quitó la ropa con lentitud—. ¿Así está bien? —preguntó cuando se encontró solo en pantalones.

—Juegas sucio.

—Nadie dijo que fuera juego limpio, buhita.

Dejó sobre el sofá toda la ropa y se cruzó de brazos. Se sintió sexy y seguro de sí mismo cuando vio cómo lo devoraba con la mirada.

—Te sobra algo. —Y abrazada a la manta, sacó una pierna bajo ella para envolver el pedazo de tela gruesa con ella, como si fuera un árbol y su extremidad una hiedra—. Lo más importante...

—¿Aún sigues queriendo que participe?

—Sola no es divertido. —Hizo un mohín—. ¿Quieres te eche una mano?

Su voz, tan lánguida y ronca, parecía la de una pantera. Quizá la cazadora iba a volver a recuperar su rango. Por Dios, Emmett quería ser apresado bajo sus fauces, como una presa indefensa que se entrega a la muerte.

—Eso puede resultar interesante —le concedió, intentando no demostrar cuánto quería que fuera Harper quien le quitase los pantalones.

Ella se rio y se levantó como solo lo haría una reina. Dejó caer la manta con la gracia de una diva y caminó hacia él los pocos pasos que los separaban con un movimiento de cadera que le secó la garganta. Harper sabía el poder que tenía sobre él. Harper sabía cómo tentarlo, cómo provocarlo y explotar aquel deseo interno que lo tenía sucumbido y a sus pies.

Sus manos se enredaron en el cinturón. Se lo quitaron de un tirón, el chasquido hizo que ambos se sintieran sacudidos por un látigo invisible justo entre las piernas. Harper lo tiró sobre el sofá y apenas le dirigió una mirada. Sus ojos eran ahora de color azul. Emmett se había dado cuenta que cuando estaba excitada su mirada se volvía de un añil eléctrico. Era la prueba irrefutable de que disfrutaba tanto como él de aquello.

Le desabrochó los pantalones mientras se acercaba para besarlo. Él avanzó el rostro, si bien, Harper alejó el suyo para besar su hombro recubierto de algunas pecas. Cuando le quitó el pantalón, Emmett pensó que no sobreviviría. Nunca pensó que una tela tan áspera pudiera provocarle escalofríos.

Se dejó quitar los pantalones. Cuando vio como Harper se relamía los labios, supo que estaba perdido. La mujer se arrodilló frente a él para quitarle mejor los calzoncillos, pero no subió para besar su torso o sus labios. Lo torturó del mismo modo que él había hecho con ella en la cama.

No supo cómo, logró mantenerse en pie mientras aquel placer lo carcomía por entero, provocándole escalofríos en la columna vertebral. Solo podía jadear. En algún momento, se sujetó al moño de Harper. Le quitó la goma que lo sujetaba. Le gustaba más con el pelo suelto; si lo llevaba recogido, parecía más inaccesible y Emmett no deseaba barreras entre ambos.

Harper estaba inflamada. Saber que Emmett no podía resistirse a ella le hacía sentirse como una pantera cercando al antílope que olía el peligro pese a no verla venir. Cuando se había desnudado y se había sentado junto al fuego, se había preguntado si Emmett era de esa clase de hombres. A algunos no les gustaba que las mujeres tomaran la iniciativa, que mostraran que deseaban hacer el amor. No lograba entender el por qué, pues el erotismo también era saber que la otra persona quería estar contigo. Sin embargo, al verlo aparecer, supo que Emmett no iba a poner objeción.

El juego se había deformado en algo más candente y erótico de lo que había pensado, lo cual le encantaba. Había momentos para ser tiernos, otros para ser más juguetones. Ahora quería disfrutar del poder. Ahora quería redescubrir el erotismo de aquel hombre, ser ella quien mandase, ser ella quien lo convirtiera en vapor cuando lo tocara.

Cuando notó que Emmett estaba al límite, se levantó y, antes de poder besarlo, él mismo rodeó su cintura con un brazo y la acercó. Se besaron mientras Emmett la hacía caminar hasta la chimenea.

—Voy a por un preservativo. —Le dio un último beso antes de correr hacia las escaleras.

Harper se tocó el pelo, mirándose las uñas de los pies. Si hace una semana le hubieran dicho que iba a acostarse con Emmett Turner, seguramente, se habría reído. Emmett siempre había sido un amigo de Donald, no suyo. Había sido una figura que había estado ahí de tanto en tanto, pero que no tenía motivos para convertirse en una persona recurrente en su presente.

Pero, del mismo modo que no había contado con que su padre se jubilase tan pronto, tampoco había contado con congeniar de aquel modo con Emmett.

Cuando él volvió, con el condón ya colocado, Harper se olvidó de las lecciones y de las sorpresas de la vida.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —preguntó Emmett, mientras le recorría la mandíbula con los nudillos.

—Déjame hacer memoria.

Fingió pensar mientras se daba golpecitos en los labios.

El hombre no tenía paciencia, al menos esos tres segundos le parecieron una eternidad. Capturó su boca mientras sus manos buscaban el punto exacto entre los muslos de Harper. Ahora que ya se habían acostado, eran menos inseguros; empezaban a saber qué gustaba al otro, empezaban a saber cómo enloquecerle.

Emmett se dejó caer y la arrastró consigo. Harper se rio; se quedó medio tumbada sobre el hombre. Así que se sentó a horcajadas para repartir besos, mordiscos y lametones por su cuerpo. Él se incorporó y le apartó el pelo del cuello para besárselo.

—Podría acostumbrarme a esto —balbuceó él mientras le mordía los hombros y los pechos. Ella se agarró a su pelo cuando le mordisqueó el pezón—. A ti, esperándome desnuda.

—¿Y si fuera al revés? —le preguntó mientras lo empujaba hacia atrás, sobre la manta. Él se dejó tumbar y esa vez fue Harper quien se colocó encima. Se mordió el labio inferior al verle tan entregado—. ¿Mmmm?

—Estaría encantado.

—Respuesta... correcta —susurró a una pulgada de su mentón. Lo mordió. Un calambre sacudió a Emmett, yendo directo a su miembro. Luego lo empujó para que volviera a quedar tumbado sobre la alfombra y la manta—. Mando yo.

Buscó su miembro con la mano. Ambos gimieron cuando él se enterró en el cuerpo femenino. Emmett le recorrió la espalda con las manos, encontrándose mechones aquí y allá. Ella se sujetó a sus hombros mientras buscaba la fuerza interior que la ayudaría a alzar el tronco.

Se movió con lentitud al principio, como si bailase. Él gimió y echó la cabeza hacia atrás, sin ser capaz de mantener los ojos abiertos. Sus manos masculinas se anclaron en sus caderas y la instaron a ir más deprisa.

—Yo mando —le recordó ella, quedándose quieta, torturándolo.

—Cierto, jefa.

Esa vez, fue Harper quien dominó. Fue ella quien impuso el ritmo. Primero lento, luego rápido,

luego con estocadas profundas. Se maravillaba con las expresiones de Emmett que era un libro abierto. Podía adivinar el momento exacto en que un ramalazo de placer lo abrasaba por dentro. Podía ver cuándo estaba al borde del orgasmo. Se lo arrebatava para después volver a mostrárselo. Le encantaba saber qué podía llevarlo a lo más alto de la cima.

—No puedo más —farfulló entre dientes Emmett.

—Entonces —le susurró al oído—, te cedo el control.

Él gruñó. Afianzó los dedos en su trasero y la embistió con energía, dejándola apenas sin aire en la boca. Harper gimió y le mordió el lóbulo de la oreja. No podría contenerse mucho más. Sabía que eso pasaría. Emmett sabía qué hacer para llevarla a lo más hondo de aquel lago profundo y oscuro, donde solo importaba confiar y gozar. Fue cuestión de minutos que el ritmo se convirtiera insoportable para sus emociones y para sus corazones acelerados. Se dejaron llevar al mismo tiempo, gritando contra sus pieles, mientras el fuego les secaba el sudor como tatuajes invisibles.

Harper se desplomó sobre el cuerpo masculino. La sostuvo en todo momento. Emmett cerró los ojos, mientras su corazón se tranquilizaba y el orgasmo terminaba de researle la garganta. Aquella experiencia había sido espectacular. Desde la expectación inicial a los fuegos artificiales del final.

—No creo que pueda moverme en varios días —le confesó en voz baja ella, que hizo un gran esfuerzo por incorporarse y apartarse el pelo de la cara. Él la ayudó para poder ver su rostro totalmente despejado.

—A mí no me importa si te quedas así siempre. La chimenea no dejará que te enfríes.

—¿Solo la chimenea? —lo pinchó Harper haciendo ver que estaba ofendida.

—Bueno, yo también me presto voluntario a calentar tu piel. —Le besó la punta de la nariz.

Ella se acurrucó a su lado después de apartarse de su cuerpo. Emmett levantó el cuerpo con pesadez y sacó de debajo de su espalda la manta. Los tapó con cuidado. Aunque ahora tenían calor, pronto la combinación de chimenea y sudor no sería buena idea. Harper ronroneó mientras escondía todavía más el rostro contra la curva de su cuello. Las manos de los dos se buscaron bajo la manta y se hallaron a la altura del abdomen de Emmett.

—¿Qué va a pasar con nosotros, buhita?

—No lo sé. —Abrió un ojo, medio dormida. Estaba adorable así, soñolienta—. Pero no quiero que este fin de semana acabe. Aquí, contigo, siento que Sherman no puede herirme.

Él le besó la frente, largamente, hasta que los labios se le pusieron blancos.

—Estaré contigo —prometió.

*E*l domingo por la noche, Harper regresó a casa. La máquina quitanieves ya había hecho su función y había tirado sal a la carretera. Ya no nevaba, pero la predicción del tiempo no apuntaba a que fuera a hacer sol en la próxima semana.

El sábado por la mañana se había sentido abrumada por tanta blancura a su alrededor, por verse rodeada por un metro de nieve. Ahora solo deseaba que la nevada durase una semana más. Qué bien había estado con Emmett esas cuarenta y ocho horas. No todo se había limitado al sexo, que había sido abundante y de gran calidad. Habían cocinado, reído, dormido sin horarios y visto varias películas en compañía de sus perros. La primera cita se había convertido en un fin de semana de desconexión que la había ayudado a olvidar quién era en realidad. En la granja de Emmett, no era Harper Blossom, la asesina. Solo era Harper. Una mujer joven que quería pasar un buen rato con un amigo.

Al verla llegar, su madre no dijo nada, pero su sonrisa fue lo suficiente pícara como para que la chica notase la piel quemar por el rubor que empezaba a cubrirla. Su padre solo le preguntó si había encontrado bien las carreteras, quizá, porque no quería saber de la vida sentimental o sexual de su única niña. Clive elevó las cejas en repetidas ocasiones en su dirección, remarcando así la cicatriz que lo diferenciaba de su gemelo, y Connor sonrió como un pillo. Estaba descubriendo el primer amor, así que tal vez creía que lo que unía a Emmett y a Harper iba por el mismo camino. Rosemary fue la única que se enteró de todo, pues se encerraron juntas en la habitación de Harper y charlaron del tema.

—Ve con cuidado —le advirtió antes de salir de su dormitorio—. Yo empecé así con Clive. Te acuestas con él, sientes que hay afinidad y luego sigues quedando. Se convierte en tu mejor amigo y amante y, cuando te das cuenta, solo quieres despertarte cada mañana con él.

Emmett y Harper habían estado hablando de qué hacer a continuación. Iba a ser imposible ignorar lo que había ocurrido entre ellos allí encerrados. Habían intimado a muchos niveles. Aunque dejasen de lado el sexo, se habían hecho amigos. Iban a seguir adelante con aquella especie de relación. Incluso habían hablado de sobre el verse con otras personas.

—Emmett, por el amor de Dios. —Ella se había reído. Se secó las lágrimas—. Soy una apestada. Si la gente pudiera, me echaba al lago con zapatos de cemento. ¡Cómo quieres que un hombre se fije en mí!

—Yo te pedí salir. En el lugar más estúpido del mundo, pero, eh: ¡lo hice!

—Eso es verdad. La excepción que confirma la regla.

—Pues lo mismo digo. —Le guiñó un ojo—. Llevo tanto tiempo sin ligar, que por un momento temí haberme quedado atrofiado y no saber cómo comportarme en la cama. Pero creo que he aprobado, ¿no?

—Con matrícula de honor.

La cita, pues, había sido un éxito. Eran compatibles en muchos sentidos y querían seguir

sabiendo más.

La idea que Rosemary le había comentado no le parecía tan mala. Al fin y al cabo, amar a alguien no era desagradable si había respeto. Y Emmett vivía lejos de Sherman, así que podría ser ella misma lejos de miradas indiscretas y rencorosas.

Pero no pensaba anticiparse porque no tenía una bola de cristal para saber qué se avecinaba. El futuro y el destino tenían sus propios planes y ella no podía entrometerse en ello. Solo le quedaba dejarse llevar con la convicción de que no estaba haciendo nada malo y de que ser feliz junto a Emmett era un regalo en medio del infierno que le suponía estar en casa.

Se acostó sin cenar. No quería enfrentarse a Donald en la cena, no creía ser capaz de estar frente a él sin ponerse de color escarlata. Emmett no dejaba de ser su mejor amigo. Habían crecido juntos, habían estudiado juntos y jugaban al póquer una vez al mes. Eran íntimos. Emmett se callaría los detalles del fin de semana, pero Donald no era idiota. Sabía perfectamente lo que había pasado entre ellos. Aunque ella lo negase, aunque Emmett lo hiciera también, sabría leerlos y no estaba preparada para tal escrutinio.

No obstante, cuando se levantó al día siguiente y bajó al sótano, no pudo esquivarlo. La pilló en el banco de pesas levantando unas de poco peso. Salir corriendo no era una opción, pues no había terminado los ejercicios y Donald la abordaría antes de que pudiera salir de allí.

—Hola, buhita. —Dejó la toalla en el suelo mientras empezaba los estiramientos.

—No te esperaba aquí tan temprano. —Dejó las pesas y se levantó. Su circuito le decía que ahora le tocaba hacer sentadillas—. ¿Qué haces aquí?

—Hoy me toca abrir a mí el colegio. Como ha nevado, la chica de recepción no llegará hasta media mañana por un problema con el tejado. Así que aprovecho y me entreno ahora.

No sabía si creerlo o si se trataba de una excusa barata. No iba a cuestionar a Donald, pero sabía que aquel encuentro no era casual. Estaba segura de que él había planeado encontrar a Harper en el gimnasio.

—Anoche no cenaste y es raro —comentó Donald—. Te encantan los tallarines con gambas que prepara mamá.

—No lo sabía —mintió.

Donald la miró unos segundos con los ojos, decidiendo si debía creerla. Por la mirada escéptica que vino después, estaba claro que no había colado.

—Me estás esquivando —adivinó. Ella cerró los ojos mientras intentaba centrarse en los tirones que sentía en el estómago y en los muslos. Subió el cuerpo y volvió a doblar las rodillas para hacer otra sentadilla—. No puedes ignorarme siempre, buhita. Estoy justo aquí.

—Lo sé —susurró mientras expulsaba aire por la boca para mantener un buen ritmo.

Cogió la toalla y se la pasó por el cuello y la clavícula. Empezó a estirar para finalizar el entrenamiento. Ese día sería menos agresivo que otras veces. Cuando terminó, se sentó en el suelo y observó a Donald empezar a entrenar con pesas más cargadas que la de ella.

—¿Fue bien? —Cuando Harper quiso hablar, él la cortó—: No me interesa saber lo más turbio, solo si congeniasteis.

—Quieres saber si lo mío con Emmett tiene futuro, vaya.

Él dejó las pesas en su sitio y se levantó para sentarse frente a ella. Apenas estaba sudado, acaba de empezar.

—Solo quiero asegurarme de que no vas a hacerle daño. A Emmett le cuesta abrirse a la gente —le informó.

Harper intentó pasar por alto que se refiriese solo a Emmett. ¿Acaso a ella no podían herirla?

¿Acaso se creía que tenía un corazón irrompible o que sus sentimientos no se dañaban con la misma facilidad? ¿Y si ese fin de semana Donald había estado recapacitando y había decidido que le gustaba su mejor amigo?

—Soy consciente de ello —su réplica fue más ácida de lo que pretendía—. Yo tampoco soy muy de confiar en el primero que pasa.

—Es distinto.

—¿Cómo dices? —Harper frunció las cejas. Quizá sí debía tomárselo cómo algo personal.

Donald suspiró mientras miraba al techo. Harper supo que estaba pensando las palabras exactas para que le no malinterpretarse, si bien, tras lo poco que llevaban hablado, dudaba que su hermano estuviera siendo incorrecto. Sabía bien lo que estaba haciendo.

—Tú decidiste cerrarte al mundo tras lo que pasó, buhita. Incluso te fuiste a más de mil millas de aquí porque no soportabas que te señalasen con el dedo. —No parecía tirárselo en cara, pero Harper se decepcionó. Creía que los Blossom la apoyaban cuando estaba en Dallas—. Si las cosas se ponen feas, tendrás mil formas de escapar de la realidad.

Creía que Donald se alegraría por su relación con Emmett porque intentasen ser felices juntos. Pero ni siquiera le había dado la oportunidad de explicar qué habían decidido hacer de ahora en adelante en cuanto a ellos dos.

En vez de interesarse por ello, se había ido por la tangente.

¿Y por ella quién se preocupaba? ¿Acaso Emmett no tenía derecho a sentir que su relación no avanzaba o que los valores de Harper no eran suficientes como para querer compartir con ella su vida? ¿Acaso no cabía la posibilidad de que ella también saliese escaldada de todo aquello?

Las relaciones eran de dos. El dolor se podía infligir de forma bidireccional. No obstante, Donald estaba poniendo sobre su espalda el peso de todas las malas acciones que pudieran suceder. No se había cuestionado que Emmett pudiera dejarla en la estacada con el corazón resquebrajado.

—Pero Emmett está atado a este pueblo —continuó diciéndole su hermano, ajeno al bullicio que había en la cabeza de Harper—. No va a poder irse para olvidarse de ti si le dejas. Y, créeme, las pocas mujeres que podrían estar interesadas en él, dejarán de estarlo cuando se enteren de que se ha acostado contigo.

Harper se levantó con lentitud. Nunca había recibido un disparo o un navajazo, pero el dolor que sentía en el costado debería ser semejante a eso. Se mantuvo impassible porque se negaba a llorar. No estaba de acuerdo con Donald y no podía permitirse llorar ante alguien que tenía tan mala imagen de ella.

—Me fui porque la gente me llamaba asesina y me escupía cada vez que me veían —le recordó, cogiendo su toalla y la botellita de agua—. Perdona por anteponer mi salud mental a lo que se supone que debía hacer entonces.

—Harper, no me refiero a...

—¿Y sabes qué? Emmett está atado a la granja de los Turner, sí. Pero yo también estoy obligada a vivir aquí. —Quiso devolverle el sufrimiento que le habían provocado sus palabras—. ¿Crees que me gusta Michigan? ¿Crees que este es mi hogar? Dejó de serlo hace años. En Dallas está mi vida. Si no fuera por la enfermedad de papá, te aseguro que no hubiera regresado nunca. La clínica me da igual. Acepto dirigirla cuando papá se jubile por él, por lo mucho que la ama y todo lo que ha significado para él.

—Emmett está solo. Si tú te vas, puede asumir el mando Clive o...

—Donald, cállate. Cada vez que abres la boca, empeoras —sentenció—. Si tienes esa imagen

tan despreciable de mí, es que no me conoces en absoluto.

Se marchó, enfadada. Se dio una ducha que no relajó para nada sus nervios. Cuando se miró en el espejo de su dormitorio, quiso golpearlo. En vez de eso, se vistió con la bata azul y se marchó sin desayunar. Fue al coche con paso rápido para que sus padres no la interceptasen a medio camino para preguntarle qué quería desayunar.

Enfrentarse a los Blossom en esos momentos, no era lo que quería. ¿Pensaban todos como Donald? ¿Que podía irse sin importarle los lazos familiares? ¿La juzgaban por haber huido a Dallas cinco años atrás? ¿Acaso no podía escoger cómo y dónde lamer sus heridas?

La indiferencia de Milo le provocaba calambres en el corazón, pero las palabras de Donald, tan llenas de resentimiento e ira contenida, habían sido como veneno para su alma.

Condujo hasta la clínica obligándose a mirar cada punto de la calzada. No podía despistarse. No podía permitir que el hervidero que tenía en la cabeza se desbordase y la descentrase. Estar al volante de un coche era cosa seria.

El aparcamiento estaba desierto. Buscó la plaza que su padre había reservado para ella y allí metió el coche con cuidado. Todavía quedaba hielo en el asfalto. Suspiró tranquila cuando apagó el motor.

Sandy no estaba en la clínica. Se suponía que ella abría los lunes, pero Harper se le había adelantado media hora. Entró, desconectó la alarma de seguridad y fue hacia las jaulas donde tenían ingresados los animales. Por suerte, no tenían ninguno allí. Ese fin de semana no había quedado ninguno internado. Mejor, porque dado el temporal, algún Blossom hubiera tenido que quedarse a dormir allí. Le resultaba muy tétrico pasar el fin de semana solo en la clínica, totalmente rodeada por la nieve.

Limpió las jaulas con energía. Se repetía que no podía llorar. Esperaba que el dolor que sentía en las rodillas y en los brazos mientras frotaba con un paño húmedo de agua y lejía superase al que tenía alojado en el pecho. Una vez estuviera más sosegada, podría trabajar como si nada.

Oyó el tintineo de la campana del piso de arriba. Supuso que Sandy ya había llegado. Faltaban diez minutos para su jornada; imaginó que quería revisar que todo estuviera en orden y por eso se había avanzado. Era una borde, pero la mujer se dedicaba en cuerpo y alma a la clínica.

Cerró la segunda jaula que había dejado impoluta, libre de pelos y gérmenes. Miró el reloj. Sandy había llegado hacía varios minutos y no la había buscado para cerciorarse de que alguien de confianza había abierto el edificio y había quitado la alarma de seguridad.

—¿Sandy? —la llamó. No obtuvo respuesta—. ¿Sandy? ¿Eres tú?

Aquello le hizo arrugar la nariz, no le gustaba ni un pelo. Tal vez la ignoraba, pero Sandy siempre saludaba y se despedía para dejar claros sus horarios.

Dejando el paño en el cubo de agua, Harper subió hacia la planta de arriba y tragó saliva al ver la puerta principal abierta de par en par.

Tuvo la certeza de que Sandy no había llegado aún. No había sido ella quién había entrado porque no sería tan descuidada como para dejarse la puerta abierta. Siempre cerraba con pestillo hasta que no era hora de apertura. A diferencia de Harper. Se maldijo por haber dejado la puerta cerrada sin echar la llave.

¿Había alguien dentro de la clínica? Echó manos a los bolsillos de la bata y solo llevaba encima su teléfono. Genial. Si había alguien peligroso, no tenía nada con lo que defenderse.

Se giró y vio la pared de la sala de espera pintada con espray. Suspiró y se frotó la nuca con nerviosismo. La persona, o grupo de personas, que había entrado en la clínica ya no estaba allí. No querían dinero ni ordenadores, ni siquiera medicinas de su reserva.

Llamó a la policía desde su móvil.

—Hola, buenos días. Soy Harper Blossom y estoy en la clínica veterinaria de Sherman —informó, como si no se conocieran de sobra—. Quisiera reportar que han entrado en el negocio de mi padre para amenazarme.

Los agentes le dijeron que estarían allí en quince minutos.

Respiró hondo y se miró los zapatos de goma. Intentó tranquilizarse. La ansiedad no podía dominarla; al fin y al cabo, se trataba de una amenaza, nada más. Eso no significaba que estuviera en peligro. Si hubieran querido herirla, la habrían buscado abajo, donde estaba a su merced. Solo querían burlarse de ella. Hacerla sentir pequeña, insegura, *persona non grata*. Nada más.

Diablos, debería haber cerrado la puerta con llave. ¿Por qué había sido tan inconsciente? Cuando era más joven, los vecinos nunca cerraban las puertas ni siquiera para irse a dormir. Pero eran otros tiempos. El siglo XXI estaba plagado de maldad y se habían multiplicado los robos, las violaciones, las muertes violentas. Había aprendido la lección: si volvía a llegar la primera, cerraría a cal y canto.

Se apoyó en la recepción y observó las letras. No sabía determinar si era caligrafía de adulto o de joven. Tampoco importaba. Su leyenda había calado también en los más pequeños, que la miraban como si fuera el hombre del saco. Los adolescentes también la conocían y se divertían insultándola cuando la veían pasar. Harper lo dejaba pasar porque quería pensar que, al crecer, al madurar, se darían cuenta de que aquel comportamiento era vergonzoso. Pero viendo que muchos adultos se comportaban todavía peor, no esperaba que la situación mejorase con el paso de los años.

Cerró los ojos. El fin de semana había sido genial, pero ahora volvía a la realidad. Esa donde todos la detestaban. Incluso Donald parecía guardarle rencor por haber desaparecido durante un lustro.

—¿Harper? —Sandy entró por la puerta.

—No toques la puerta —se lo pidió sin mirarla. No podía apartar los ojos de la pintada—. Quizá los policías quieran mirar alguna huella.

Aunque no encontrarían nada. Buscar allí sería como inculpar a todo Sherman. Todo el pueblo tenía mascota, ya fuera un perro, una rata doméstica o una iguana. Toda la comunidad había pasado por allí alguna vez y su padre solo limpiaba la puerta cada tres meses, siempre se quejaba que no tenía tiempo para más.

—¡Oh, Dios mío! —Sandy se horrorizó al ver aquel montón de letras amontadas en la pared—. ¿Quién ha...? Madre mía. ¡No sé cómo vamos a borrar eso de ahí!

Harper puso los ojos en blanco. Una parte de ella, muy nimia, esperaba que Sandy se preocupase por ella. Por si había visto algo, por si había sido agredida. O, simplemente, le preguntase cómo estaba ante esa declaración de intenciones. Y su única preocupación era qué productos iban a utilizar para eliminar la pintura.

—Intenta no tocar nada, por favor. Pero habrá que avisar a los clientes que entren por la puerta de atrás.

—No podemos hacer eso, Harper.

La miró con ojos vacíos de emociones. ¿Por qué iba a ser amable con ella? Su compañera no había mostrado ni pizca de empatía por su persona.

—La sala de espera no se puede usar en este estado, Sandy —la informó con voz lineal—. La luz del quirófano tres está rota y los del seguro todavía no se han pasado a mirarla. Apartemos la

mesa de operaciones, cerremos con llave los armarios y saquemos las sillas del almacén.

—Los clientes creerán que son de segunda. Hay que recibirlos con mimo, hacerles ver que nos importan...

Sandy iba a tener problemas cuando Pete se marchase. No iba a tolerar que Harper mandase sobre la clínica. Pero debería empezar a acostumbrarse de que ella daba las órdenes. En el pueblo podrían pisotearla, pero no en el lugar donde había visto trabajar a su padre y había decidido seguir sus pasos como veterinaria.

—Nos importan porque tratamos a sus mascotas cada vez que nos las traen. Y deberán entender que es algo excepcional —decretó.

—No estoy de acuerdo contigo.

—¿Crees que eso importa?

—Ya veremos qué opina tu padre de todo esto —le escupió Sandy antes de irse a su consulta.

Harper ni se molestó en seguirla con la mirada. Se quedó mirando la pintada que tenía frente a sus ojos.

Pete llegó antes que la policía.

—Sandy me ha llamado. ¿Qué ha...? —enmudeció al ver lo que había en la pared.

—No han sido muy creativos porque un espray rojo se puede comprar en cualquier droguería —empezó diciendo Harper—. Pero admito que el mensaje es claro y conciso: «Vete de aquí, zorra Blossom, o lo pagarás». Sería el orgullo de cualquier profesora de Lengua. ¿No crees?

—Llevaré este caso al ayuntamiento. No dejaré que se quede así. —Su padre se acercó y le tocó la cara—. ¿Tú estás bien? ¿Te han hecho algo?

—No. Yo estaba abajo. No he visto ni oído nada.

—Vale, de acuerdo. Al menos te encuentras bien, porque estás bien, ¿verdad? —Ella asintió. Ser honesta solo agravaría su enfermedad—. Hija, esto es muy... muy...

—Esto son las consecuencias de lo que pasó con Aaron O'Malley, papá —comentó, tocándole la cara. Vio a Donald entrar en la clínica y, justo detrás, las luces del coche de policía. Fue hacia allí y al pasar por su lado, se detuvo unos segundos para decirle:

—Quizá a mil millas de aquí esté más segura, después de todo.

*E*mmett abrazó a Maggie Blossom para tranquilizarla. La mujer estaba alterada. ¿Cómo no iba a estarlo tras lo sucedido esa mañana en la clínica? Le susurró que Harper estaba en el gimnasio y Emmett se dirigió hasta allí bajo la mirada de Rosemary y Clive, quienes trataban de sosegar a Maggie con una infusión.

La encontró en el sótano. Daba saltos pequeños y constantes frente al saco de arena que colgaba del techo, golpeaba y pateaba aquel montón de tela de forma brusca e intensa. Sabía pegar. Sin duda, era muy consciente de cómo usar las manos y las piernas para devolver golpes.

Y eso hacía que Emmett se preguntase cuánto había arrastrado en realidad Harper tras sus espaldas. Siempre se mostraba sonriente, risueña; con él se dejaba llevar y parecía una chica normal y corriente. Había admitido que estar allí apestaba, que le resultaba incómodo regresar a vivir a Sherman. Pero, quizá, escondía mucho más de lo que mostraba al mundo. Tal vez, vivir en otro sitio era el único modo de vivir con la certeza de que nadie iba a vengarse y a atentar contra su persona.

Miró su cuerpo. No era la rigidez que un entrenador personal esperaría de los músculos necesarios para golpear sin dañar sus tejidos internos. Era la tensión que se acumula cuando alguien te amenaza en tu propio hogar, allí donde deberías estar a salvo.

No era para menos tras lo sucedido. El pueblo entero ya conocía la noticia de que alguien le deseaba mal a la hija de Pete y Maggie Blossom. Por supuesto, muchos apoyaban al anónimo que había hecho aquella pintada; pero no eran más que cobardes con mucha lengua y pocas neuronas que no serían capaces de cumplir con las amenazas y que nunca reconocerían apoyarlas frente a algún familiar de Harper.

Emmett había sido avisado por Don. Le había llamado de inmediato para contárselo. Estaba muy alterado, temía por la vida de su hermana, pero, sobre todo, temía cómo el suceso podría desequilibrarla mentalmente. No porque fuera débil, sino porque podría dejarse llevar al precipicio de la autodestrucción.

Ahora comprendía a que se refería.

—Y hay algo más —le comentó su mejor amigo al recibirlo fuera, en el porche, hacía apenas unos minutos—. Hemos discutido esta mañana. Está muy enfadada conmigo. No la culpo, Emmett, porque le he dicho cosas terribles, pero no sé cómo llegar hasta ella. No quiero que esté sola de nuevo, por eso te he llamado.

No sabía qué había ocurrido entre los dos hermanos, pero, sin duda, podía percibir que Harper se sentía sola. Abandonada y rechazada por otro hermano más. Y aquello solo agravaba sus ganas de pegar al saco.

Cuando lo dejó quieto y se abrazó a él con la respiración alterada, Emmett se acercó. Con la rabia descargada, sería mucho más fácil acercarse a ella y poder acceder a sus pensamientos y emociones.

—Harper...

Ella no reaccionó a su nombre. Quizá fingir que no lo escuchaba llamarla era la forma que tenía de despacharlo. Estaba en todo su derecho de no querer ver a nadie, pero Emmett dudaba que fuera el modo correcto de llevar la situación.

—¿Harper? —le tocó el hombro.

La mujer se tensó todavía más y se giró en su dirección. Emmett apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado. El puño de Harper se detuvo a un par de centímetros de su pómulo. Cuando sus miradas se encontraron, ella tardó unos segundos en darse cuenta de quién era él. Se quitó los auriculares y la música llegó hasta ellos. Por eso no lo oía.

Emmett respiró tranquilo cuando vio que ella se alejaba y bajaba los puños. Por un momento, se había visto en el suelo, golpeado por Harper y con un buen cardenal en la mejilla.

—Perdona —susurró ella.

—No pasa nada. Te he asustado varias veces, es justo que me la devuelvas —musitó pasándose una mano por el pelo—. Guau, ¿tengo canas?

Harper sonrió un poco mientras se quitaba los guantes de boxear y los dejaba sobre una banqueta.

—Siento haberte asustado. No te he oído llegar y estoy algo nerviosa hoy.

—Sí, lo sé. Por eso estoy aquí. —Se sentó en el banco de las pesas y ella hizo lo mismo, a su lado. Sus muslos se rozaban—. Siento no haber venido antes. Pero vivo muy lejos y estas cosas no me llegan si nadie me llama para contármelas.

Ella se llevó las manos a la cabeza y luego se cubrió la boca unos segundos.

—Debí haberte avisado. Lo siento, no estoy acostumbrada a tener a alguien a quien contarle mis problemas. —Le cogió la mano, pero Emmett no tenía nada que perdonar.

—No tienes qué disculparte ni justificarte. No somos quinceañeros, Harper —la tranquilizó—. Cada uno gestiona las emociones a su manera.

Lo creía de veras. No estaba allí para echarle en cara que no contase con él en momentos así. Solo quería que supiera que no tenía por qué pasar aquello sin el apoyo de quienes la querían y apreciaban.

—¿Quién te contó lo que había pasado?

—Don me llamó. Está preocupado por ti.

—Ya. —Ella se levantó y se soltó el pelo mientras se acercaba al espejo que había en la pared—. Es curioso, Emmett. Aunque no he tenido jamás a quien recurrir, quiero contarte todo lo que me pasa por la cabeza.

—Ya acordamos que teníamos el poder de hacer que el otro se sincerara, ¿no? —Él también se alzó y le puso las manos sobre los hombros. Se miraron a través de sus reflejos—. Lo que has visto hoy ha tenido que ser impresionante. No deberías quedarte dentro cómo te sientes. Puedes contar conmigo, buhita.

Ella apretó la mandíbula. Vio los músculos y el hueso prensarse contra la piel de su pómulo izquierdo. Estaba acostumbrada a ser fuerte, a mantenerse erguida frente las acusaciones de una comunidad arcaica. Ahora, él le ofrecía una mano a la que agarrarse y un hombro sobre el que llorar; uno que se interesaba por su bienestar y por quién era Harper Blossom, no porque hubiera un vínculo de apellido o de sangre que lo obligase a quedarse a su lado. Dudaba si confiar en él hasta ese punto, hasta el extremo de abrirse en canal desde la garganta hasta el ombligo, y enseñarle todo lo que guardaba allí donde la gente no quería asomarse.

Cerró los ojos y empezó a temblar con levedad bajo sus palmas. No estaba llorando, no iba a

llorar, se creía más poderosa que cualquier amenaza. Sin embargo, debía ser difícil lidiar con la situación. Recibir aquel tipo de ataque debía desgastar la mente, el alma y el cuerpo.

—Hasta ahora, nunca he tenido miedo de Sherman, no un miedo real —confesó con un hilo de voz, como si la avergonzase exponerse—. No creí que su odio pudiera llegar a ser algo físico.

—Es comprensible que estés asustada. Yo lo estoy.

—¿De verdad? —preguntó con un mohín contrayéndole la boca y arrugándole el mentón.

—¿Por qué iba a engañarte? —Bajó las manos hasta que la abrazó cruzando las muñecas a la altura de su esternón. Harper apoyó la espalda en su pecho—. Si yo fuera tú, estaría acojonado. Si no fuera un Turner y tuviera la casa más cercana a Weidman de la zona, te prometo que iría a esa granja y ofrecería todo mi dinero con tal de poseerla y poder estar escondido de la gente.

—Eres un exagerado adorable. —Se rio ella, agachando la cabeza.

—Todos tenemos miedo a algo, Harper. Seamos hombres o mujeres, el terror no entiende de género ni edades —le susurró, haciendo que ella se estremeciera—. El miedo forma parte de la vida. Incluso los animales sienten pánico. Cuando te topas un zorro de noche que corre frente a tus faros, hace zigzag en la carretera porque no sabe a dónde ir. Teme ir a la derecha y que tú hagas esa misma maniobra de esquivar; teme ir a la izquierda, pero ahí tu luz no llega y quién sabe si va a convertirse en presa fácil.

—No sé si me gusta que me compares con un zorro, por más adorables que sean.

—Si te quedas encerrada en tu propia burbuja sin enfrentarte a ese loco, vas a perderte mil cosas. Eso es lo único que consigue el miedo. Paralizarte, encarcelarte y convertirte en su esclava. Le alimentas con tus negativas a ser feliz ahí fuera.

Harper se mordió el labio inferior. Emmett tenía razón. Aquel sentimiento podría autodestruirla si le daba el poder para hacerlo.

—¿Tú tienes algún miedo?

—Ahora que lo preguntas, sí. Volar me supone un suplicio.

—¿Estás comparando...?

—Pero me enfrento a ello cada vez que mi hermana me pide que vaya a verla un par de días porque no puede venir a casa por trabajo —continuó diciendo, ignorándola—. Si no lo confronto, no puedo verla, ni abrazarla. Tú puedes seguir escondiéndote aquí o puedes demostrarle a quien sea que te está amenazando que, pese al miedo, pese a sus ganas de herirte, tú vas a estar de pie.

Harper subió las manos para agarrarse a las de Emmett, que contenía el aire a la espera de que dijera cualquier cosa. Pero ella se mantuvo en silencio, observando sus dedos entrelazados. Parecía deliberar si lo que decía se podía aplicar o no a sí misma. Emmett esperaba que confiase en sus posibilidades. La veía fuerte y capaz, solo tenía que encontrar a la guerrera que llevaba dentro. Podría seguir haciendo su vida normal aunque un sexto sentido la mantuviera alerta.

—Tienes razón. Pero no sé cómo hacerlo. —Se giró entre sus brazos—. No sé si seré capaz de coger sola el coche si quiera.

—Creo que tengo una idea. —Tras rumiar unos segundos, Emmett le guiñó el ojo—. Ve a darte una ducha rápida y cámbiate de ropa. —La empujó suavemente hacia las escaleras—. Vamos a tomar algo al *pub* del pueblo. Tú con tu coche y yo con el mío. Estaré ahí todo el rato, aunque el trayecto lo harás sola.

—No... —parecía vacilar. No era lo mismo hacerse a la idea de que al día siguiente iba a tener que ir a la clínica que salir ya a la calle.

—Vamos. —Otro leve empujoncito, esta vez Harper se resistió y no pudo mover ni un centímetro sus pies—. Solo ha sido una amenaza. Quizá quien lo haya hecho, solo va de

boquilla, y tú, mientras, estás perdiéndote la vida.

—Es muy reciente.

—Mejor todavía —puso en su voz un vigor que no sentía—. Si quien lo haya hecho se entera de que estás por el pueblo haciendo como si nada, sabrá que no puede dominarte.

—O quizá se enfada y mañana mismo me pega un tiro en cuanto esté despistada.

Era increíble que la mujer que sabía pegar el saco con tanta fuerza, con tanta ira controlada y tanta coordinación, tuviera aquella balsa de inseguridad en su interior. Harper Blossom tenía dos caras: una, atrevida y lanzada y, otra, más vulnerable; y todas ellas formaban quien era.

—Harper, estaré contigo —le prometió, tocándole la mejilla—. Venga, buhita. No nos escondamos más.

Ella tragó saliva, pero asintió. Era fuerte, siempre lo había sido. Enfrentarse a sus miedos la ponía frenética, si bien, quedarse encerrada esperando a que las aguas se calmasen, también le provocaba taquicardias. Emmett le tendió la mano y Harper la miró unos segundos. Luego la tomó y se la estrechó con fuerza. Volvieron a mirarse y sonrieron. No hacía falta hablar.

Subieron con los dedos entrelazados y Emmett se sintió cohibido cuando se encontró a los Blossom esperándolos en el salón, expectantes. Su hija no dijo nada, tan solo le dio un beso en la mejilla antes de seguir su camino escaleras arriba. Por la mirada que le dirigió antes de girar el pasillo, fue clara: lo dejaba con la manada que protegía a su cría, debería apañárselas solo.

—¿Cómo la has visto? —preguntó Donald.

—¿Crees que se marchará a Texas de nuevo?

—No se irá —le prometió a la señora Blossom, acercarse y tomándole las manos—. El hogar de Harper es este. Y está bien. —Miró a Donald—. Supongo que tan asustada como estaría cualquiera de nosotros, pero Harper sabe presentar batalla. Y no va a rendirse.

—Mi pobre niña —suspiró Maggie.

—No sé si darle mañana el día libre —rumió Pete.

—Lo mejor será esperar —se atrevió a decir Emmett. No quería decir a los Blossom cómo actuar—. Nos vamos al *pub*. El pueblo tiene que darse cuenta de que no va a quedarse recluida por esto.

—Pero estando contigo, no va a sentirse insegura —comentó Rosemary, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué pasará cuando vaya a trabajar?

—Iremos cada uno en su coche para que vea que puede hacer vida normal. Si veo que se colapsa, yo me encargaré de todo. —Sonrió a la amiga de Harper—. Harper terminará superando esto, solo dadle tiempo.

Fue a por su chaqueta y Donald lo siguió. Su amigo tomó del colgador la chaqueta y la bufanda de Harper para disimular.

—¿Te ha dicho algo de mí?

Vio a su amigo desesperado. La pelea que había tenido con Harper parecía ser de las complicadas. No conocía demasiado a la mujer, pero sí al hombre que tenía ante sí. Sabía que podía ser tan feroz con las palabras como en sus placajes, tenía la sensibilidad nula. Era un tipo duro. Y también orgulloso. Odiaba ser el primero en dar el paso de acercamiento.

—La verdad es que no, Don —Emmett también habló en voz baja—. Sea lo que sea lo que os ha pasado, podéis arreglarlo. Ve y habla con ella. El abismo que crees que os separa no es tan grande como para no tenderle la mano.

Se puso la chaqueta justo mientras se volvía hacia las escaleras. Harper bajaba por ellas con un vestido de lana y unas botas que llegaban por encima de las rodillas. Se había vestido para matar

porque con aquella ropa se sentía más segura. Se abrazó a su madre, le susurró algo y le secó las lágrimas. Luego fue hacia él, sonriendo.

—¿Nos vamos? —preguntó Emmett, haciéndose a un lado.

Observó cómo se relacionaban Harper y Don. Don apenas la miraba a los ojos, mientras que ella había perdido parte del arrojo con el que había bajado las escaleras. Él le tendió la ropa de abrigo. Emmett quiso chasquear la lengua; su mejor amigo acababa de perder una oportunidad de oro para tender puentes y establecer una pequeña conversación.

—Gracias —susurró Harper mientras cogía su abrigo y se lo ponía—. ¿Listo?

Fueron hacia el exterior sin hablar. Emmett imaginaba que Harper estaba enfrentándose a sus pulsaciones aceleradas, a ese pensamiento que le pedía que diera media vuelta y se escondiera entre las sábanas. Ella dudó antes de subirse al coche. Hasta que no la vio montada, no subió el también al suyo. Esperó. Cuando vio las luces encenderse, puso la llave en el contacto y la giró para que las suyas también se encendieran.

Tenía que darle espacio, no hacerla sentir presionada haciéndolo todo antes que ella. Era la única manera de dejarle entrever que estaba siendo apoyada en todos los sentidos y que no estaba sola en aquello, por más que sí lo estuviese físicamente.

Cuando el motor del coche de Harper cobró vida, Emmett se concedió unos segundos. Que hubiera dado vida al coche no significaba que estuviera dispuesta a arrancar. Estar en un automóvil con los seguros echados no tenía por qué colapsarla. No obstante, sí podía temblar en el momento en que el motor rugiera. Porque significaba que tenía que andar.

Vio que la luz de freno desaparecía. Iba a arrancar. Emmett se puso con rapidez el cinturón de seguridad y giró del todo la llave. El coche vibró. Siguió a Harper todo el trayecto, dándose cuenta de que iba más lenta de lo que debía. No era por seguridad vial. Se estaba mentalizando.

¿Y si la estaba poniendo al límite? ¿Y si realmente necesitaba tiempo para asumir lo ocurrido y estar un par de días en casa? Tal vez, Emmett se había propasado.

Harper aparcó frente al *pub* y él se colocó a su lado. Se encontraron en la puerta del local. Ella le sonrió mientras se arreglaba mejor la bufanda.

—Gracias, creo que necesitaba que alguien me forzase a salir de mi caparazón —le susurró—. Deja que invite yo. Por las molestias.

—No voy a quejarme, buhita.

Ella le sonrió y Emmett le acarició la mejilla con cariño.

—Eres más fuerte de lo que crees, Harper. Si pudieras verte con mis ojos, te darías cuenta de que eres algo así como una superheroína.

—¿Los superhéroes arrastran muertes a sus espaldas?

—Algunos sí. Y no por eso son menos fuertes de mente o de espíritu. Quizá debamos ver alguna película de esas que están tanto de moda. A mí me encantaría tenerte dos horas en mi sofá, abrazada a mí.

Harper le dio un codazo, aunque estaba más que agradecida que la distrajera. Todavía notaba el cosquilleo de la histeria en la boca del estómago y la sensación no era agradable.

—¿Cómo te has visto? —le preguntó mientras abría la puerta.

—La verdad es que bien. Al principio, pensé que no lo conseguiría y que me echaría para atrás, pero a medio camino me dije que tenías razón. Si me quedaba en casa, ellos han ganado. Y qué injusto, ¿no?

Ahí estaba, la Harper que había conocido al regresar de Texas. Peleona, faraona. Emmett sonrió. Había tenido unos momentos de flaqueza, si bien ahora empezaba a resurgir de sus

cenizas. Era un ave fénix.

Los dos perdieron la sonrisa al darse cuenta de que había algo que no cuadraba tras cerrar la puerta a sus espaldas. Miraron el local, que estaba abarrotado. El bullicioso *pub* se quedó en silencio en cuanto entraron.

Porque Harper Blossom estaba allí.

—*N*o eres bienvenida aquí, Blossom —siseó el dueño del local tirando el paño sucio, tras tantos años en sus manos, que había estado usando para limpiar la barra. Se cruzó de brazos—. Deberías marcharte.

Harper entrecerró los ojos. Cuando Emmett le había propuesto ir al *pub*, había vacilado. ¿Iba a ser bien recibida? En alguna tienda de ropa ya la habían avisado de que no podía regresar porque se acogían al derecho de admisión. Pero se había dicho que de eso hacía cinco años, que la gente no tenía por qué continuar en esa línea.

Se equivocaba. Seguía siendo *persona non grata* en la mayor parte de la comunidad. Le dolía confirmar que seguía siendo una apestada, aunque ya sabía que no se trataba de algo puramente personal. La gente de Sherman seguía anclada en el pasado, en el odio y el rencor, y cuando alguien se enquistaba en semejante mejunje, el lodo inunda su cabeza convirtiéndolo en un ser primitivo e irracional. Su terapeuta se lo había dicho. Y había necesitado regresar y ver el comportamiento rudo y casposo de sus convecinos para darse cuenta de lo reales que eran sus palabras.

Vivir allí era como estar en el infierno. Iba a tener que retomar sus sesiones porque su salud mental iba a salir muy mal parada. Si no fuera porque Emmett le había entregado una nueva ilusión, tal vez se plantearía ser egoísta, mandarlo todo al carajo y volver a Dallas.

—Por favor, Harper. No me obligues a tener que recurrir a la fuerza.

¿A la fuerza? Maldito diablo. Por más bajito y fuerte que fuera, ella era puro músculo. Las vacas pesaban más de quinientos quilos. Por no hablar de esos terneros adultos que podían llegar a pesar el doble. Quizá ella sola no podía, pero se defendía bastante bien tratándolos. ¿De verdad la creía tan enclenque como para acobardarse ante ese comentario?

Alzó la barbilla. No era altanería, era supervivencia. Por ahora, tenía que estar en Sherman. Así que no se dejaría pisotear más.

—Creía que Estados Unidos era un país libre.

Dio gracias al cielo de que no le había temblado la voz. Si flaqueaba, irían a por ella como hienas hambrientas.

—América es sinónimo de libertad, pero mi bar es mi territorio y yo mando aquí.

El dueño del local siempre le había parecido desagradable.

Emmett le puso una mano en la espalda y ella parpadeó. Lo había hecho para impedir que se echase hacia atrás; no se había dado cuenta de que instintivamente estaba reulado. Y lo hizo también para mostrar que estaban juntos allí.

—Si la echas a ella, me echas a mí también, Douglas. —Adelantó a Harper, quien no hubiera sido tan educada.

Douglas Bondtail rechinó los dientes. Los Turner eran personas respetadas y Emmett mucho más. Quizá era un hombre que se alejaba de la sociedad, pero para él era un buen cliente.

—Si te empiezas a juntar con escoria, te conviertes en escoria, Emmett. Serás tratado como tal. El comentario dolió más de lo que Harper jamás había imaginado. Intentó esconder el escozor que le provocó escuchar semejante barbaridad.

—¿Has pensado qué ocurrirá cuando Donald Blossom sepa cómo has tratado a Harper? ¿Cómo me has tratado a mí? ¿De verdad quieres poner las timbas de póquer en riesgo por ella? —siguió preguntando, con ese tono que podría irritar a quien fuera dirigido—. O su padre. Por más bueno que sea Pete, sacaré las uñas por su hija. ¿De verdad quieres hacer dos horas de coche para poder tratar a tus perros de caza cuando enfermen?

Douglas golpeó la barra, indicándole a Emmett que no le gustaba que estuviera amenazándole y, mucho menos, frente sus clientes. Se había creído poderoso, pero estaba demostrado que en un pueblo no tiene más influencia quien tiene propiedades, sino quien tiene más peso en la comunidad.

—Por no hablar de mi hermana. Jocelyn adora este sitio. Cada vez que me visita, viene aquí e invita a una ronda a todos los clientes —le recordó con una sonrisa ladeada de alguien que se sabe vencedor—. ¿Crees que regresará si le cuento lo que está pasando?

Aunque a Harper no le gustaba recibir demasiada ayuda, pues se consideraba independiente, tenía que reconocer que las piernas le temblaban menos con Emmett apoyándola.

—Esto no va contigo, Emmett. —Douglas intentó cambiar de táctica al ver que Emmett era un rival más poderoso—. Hablo con Harper.

—Tienes razón. Te diriges a ella, pero nos tocas las narices a todos los que estamos de su lado. —La abrazó por la cintura.

Harper oyó exclamar a las pocas mujeres que se encontraban allí. Rápidamente, se escucharon susurros furiosos. Emmett estaba dejando claro que no eran solo amigos y aquello les daba rabia. Aunque no estuvieran interesadas en él, que alguien con el historial de la chica lo hubiera conquistado, era como echar alcohol a una herida abierta.

—Solo la proteges porque te la follas —estalló un cliente que estaba en la barra. A Harper le sonaba su rostro, pero el hombre estaba muy anciano a causa del consumo abusivo del alcohol y el tabaco. No recordaba de quién se trataba.

—Emmett tiene razón.

Una voz masculina y atronadora impidió que Emmett o Harper pudieran saltar para defenderse. Harper miró hacia la esquina. Reconocería esa voz aunque la oyera entre un millón. Marlon era el mejor amigo de Milo, igual que lo había sido de Aaron. Los tres habían hecho una buena piña pese las diferentes edades de cada uno. Tenían gustos y aspiraciones parecidos, así que habían encajado a la perfección desde bien jóvenes, cuando se juntaban para las ferias y estaban con ganado y caballos.

Que alguien como Marlon estuviera de su parte, teniendo en cuenta que Milo la trataba como si fuese un insecto, aceleró su corazón. Tal vez no estaba todo perdido.

Con su cerveza en la mano y el taco de billar en la otra, Marlon se acercó hasta donde estaba Harper. Le sonrió mientras le guiñaba un ojo, señal de que estaba de su parte. Cuando miró a Douglas, lo fulminó.

—¿De verdad vas a jugarte tu negocio por una opinión personal? Por cada detractor que hay de Harper, hay alguien que la apoya. Así que deberías ir con cuidado.

—No tienes prueba de eso, Marlon —dijo otro hombre alzando la voz.

—¿Quién iba a decir que cree en esta chica? ¿Seríais capaces de vender a vuestra madre si el comentario viniera de ella? —espetó una mujer desde las sombras, quizá, para no ser señalada

con el dedo. Que la defendieran le hizo temblar el corazón.

—Douglas, si le niegas estar aquí, vas a salir mal parado. —Marlon se acercó a la barra y se apoyó en ella con un codo—. ¿Quieres un consejo de buen amigo? Bájate los pantalones.

Harper casi pudo notar la bofetada que eso supuso para el dueño del *pub*. Sin duda, Marlon era menos sutil que Emmett, pero igual de efectivo. Douglas hizo un gesto y bufó por la nariz como un toro bravo antes de regresar a sus quehaceres.

—Marlon... —Ella avanzó un paso y él se acercó también, dibujando una sonrisa tierna—. Muchas gracias.

—No hay de qué, buhita. —Le acarició el mentón—. Sé lo que ha pasado hoy en la clínica. Si necesitas cualquier cosa, llámame. No mentía cuando decía que hay gente que cree que no es justo cómo se te trata por algo que pasó hace años. Lo de Aaron fue un accidente. Bastante mal tuviste que pasarlo como para seguir echándole piedras a tu tejado.

—Ojalá mi hermano pensase como tú.

—Milo tiene un carácter más hermético. —Marlon hizo una mueca—. Y en todo este tiempo ha tenido mucho que procesar. Sé que, cuando recapacite, se deshará en disculpas.

—Ya...

—Bueno, chicos. —Marlon los miró a ambos, a Emmett y a ella—. No sabía que estabais juntos. La verdad es que ha sido toda una sorpresa. ¿Sabéis que mañana lo sabrá todo Michigan?

—Nos estamos conociendo —dijo Emmett tras mirar a Harper en busca de su consentimiento para hacer aquel tipo de comentario.

—Si sois inteligentes, no os dejaréis escapar. —Sonriendo, levantó el botellín a su salud—. Enhorabuena, pareja.

Y dicho esto, se fue. Harper lo siguió con la mirada. Se sentía más liberada de saber que un amigo de Aaron tenía la misma opinión que Bern. Era de agradecer. Ojalá Milo pensase igual que su mejor amigo. Le encantaría apoyarse en el hermano mayor de los Blossom en esos momentos en que su presencia había reavivado hostilidades.

—¿Nos sentamos? —susurró Emmett.

—No tiene sentido irse después de todo, ¿no? —musitó ella.

Se sentaron lo más alejados de la puerta y de la barra que pudieron, en una mesa renacuaja que había en una esquina.

—Estás incómoda —adivinó su acompañante.

—La verdad, no esperaba causar este revuelo. Me parece que ahora todos nos miran. —Se pasó una mano por el pelo e intentó cubrirse la mejilla que mostraba al resto de clientes—. ¿De verdad crees que es buena idea quedarnos?

Estaba más preocupada por la imagen que había causado en el local que por el grafiti de la clínica. Sin duda, no había esperado que se montase semejante espectáculo por su presencia. Quizá, a alguien que le gustase ser el centro de atención hubiera disfrutado de recibir tantos ataques y aún así salir airosa. Mas ella estaba muriendo lentamente. Odiaba que la señalasen. Solo agradecía que varias personas hubieran salido en su defensa, como Emmett, Marlon o la mujer anónima.

—Te enfrentas a la amenaza de esta mañana viniendo aquí y le pateas a Douglas donde más duele. Yo creo que son buenos motivos para no irnos, ¿no crees? —Emmett le cogió la mano. Ella le acarició la suya con el pulgar. La camarera, una chica joven que mascaba chicle de forma exagerada, apareció con dos jarras de cervezas—. No hemos pedido nada.

—Douglas no quiere que os atendamos —admitió, como si no le avergonzase el

comportamiento de su jefe—. Quiere que os toméis esto y os larguéis. No hace falta ni que paguéis. Así que, —hizo una pompa con su chicle de fresa—, rapidito.

—¿Sabes que siendo más educada te hubiéramos dado propina? —soltó Harper, sorprendida de que una joven fuera tan pasota.

—¿Crees que me importan tus diez pavos? —Antes de irse, creó otra pompa de chicle para reventarla con la lengua.

—Vaya —opinó Harper, haciendo un mohín—. Sin duda, el instituto de Sherman cada día tiene chavales más difíciles de tratar.

—Díselo a tu hermano. —Emmett cogió una jarra y la miró con curiosidad—. ¿Crees que está envenenada? No me inspira mucha confianza esta cerveza. ¿Te gusta el color que tiene?

—Como mínimo, ahí hay un uno por ciento de saliva. —Se rio Harper, tapándose la cara—. Oh, Dios, qué horror. Es tan irreal que no me creo que esto esté pasando. —Se quedó bloqueada, anclada en los ojos de Emmett—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Porque, cuando te ríes, estás preciosa. Y hoy no te habías reído —comentó él.

No supo qué responder a eso. Era cierto que había pasado un día de perros, que se le estaba haciendo muy largo, aunque esos dos minutos de conversación liviana con Emmett le habían hecho olvidar la mayor parte del nerviosismo que tenía acumulado en la garganta. Sonrió. Se inclinó por encima de la mesa y le dio un suave beso en la boca.

Todo el mundo sabía ya que estaban juntos. Marlon tenía razón. El pueblo lo sabría al día siguiente, no habría nadie que no comentase que Emmett Turner y Harper Blossom habían empezado una relación. No quería pensar en cómo repercutiría en él. Quería disfrutar del momento, de él, de lo que les unía. Se dijo que Emmett sabía a qué se atenía cuando le pidió salir, que ella le había advertido. Así que no iba a preocuparse por ello.

—Mmmm. —El permaneció con los ojos cerrados unos segundos, mientras movía la cabeza en círculos, como si estuviera levitando.

—¿Mmmm? —Se rio ella.

Emmett era un hombre serio y regio, pero tenía un lado divertido que mucha más gente debería conocer. Era un ser de luz.

—Si vas a responder así siempre que te piropee, creo que me pasaré el día diciéndote cosas bonitas.

Las palabras de Emmett eran un puro ronroneo que a Harper la hicieron sonreír más. Se sentó de nuevo dejando caer el trasero.

—¿Sabes de qué me han entrado ganas? —preguntó, mientras recorría con el dedo el borde de la jarra de cerveza.

—¿De echarle la cerveza encima a esa camarera descarada y otra a Douglas?

—No, no. —Negando con la cabeza, se inclinó. Con el dedo le indicó que hiciera lo mismo. Aquello se trataba de una confidencia, de algo de ambos—. De hacerte el amor en el asiento trasero de mi coche.

—Bueno, Harper, ya sabes lo que dicen: que hacer el amor relaja.

—Pues creo que yo estoy muy estresada —balbuceó ella notando un torbellino de calor recorrerle el cuerpo.

Él enarcó una ceja, como si estuviera cuestionando sus palabras. Harper tomó el testigo. Se puso la chaqueta, la bufanda y saltó del taburete. Empezó a caminar y, cuando se giró para ver si la seguía, tuvo que taparse las manos con la boca para no reír; no quería que la gente cuchichease más todavía. Emmett se había sacado diez dólares de la cartera y los había metido dentro de la

cerveza, empapándolos, abandonándolos allí. La siguió mientras se ponía el anorak.

Cuando llegaron al coche de Harper, él la tomó del codo y la hizo acercarse para besarla. Ella se agarró a la solapa de la chaqueta del hombre, que no se había molestado en abrochar.

—¿Sabes que no tenemos diecisiete años?

—¿Acaso somos unos viejos carcamales? —le provocó Harper.

Se subieron al coche de Harper. Encendió el motor, miró por el retrovisor y salió del aparcamiento. Conocía el sitio perfecto. Allí era donde se había iniciado en el sexo y, aunque la virginidad no la había perdido en un coche, sí había usado aquella zona del bosque para encuentros como aquel. Por suerte, llevaba cadenas en las ruedas, así que podría circular por aquellos caminos del bosque hasta el pequeño descampado donde el señor Toddless había aparcado su caravana hasta su muerte. Desde hacía más de quince años, allí no había nadie. Las noches de graduación y los Cuatro de Julio, los coches se situaban unos al lado de otros y sus cuartos traseros se balanceaban.

Emmett la provocó bajándole la cremallera de la chaqueta. Ella aguantó la respiración cuando le levantó la falda del vestido y paseó los dedos sobre la costura de las braguitas, sobre las medias.

—Emmett... mientras conduzco...

—Entendido. —Él comprendió que la ponía tensa poder distraerse—. Perdona, no me he dado cuenta de que podía...

—Es que tras lo de Aaron, —respiró hondo—, intento estar pendiente de la carretera. Puede volver a pasar y...

Se quedaba sin aire solo de pensar que podía volverle a ocurrir. Era una posibilidad entre un millón, pero ahí estaba esa probabilidad, poniendo las estadísticas en su contra.

—Siento haber roto el ambiente. —Lo miró una milésima de segundo.

—No has roto nada —le prometió, poniéndole una mano en la nuca y masajeándosela—. No quiero que des media vuelta ni que dejes de sonreír como lo hacías. Marcando nuestros límites solo nos conocemos más y yo quiero conocerte, buhita.

Harper se agarró al volante mientras las palabras de Emmett se colaban en su mente. Ya sabía que Emmett no era como los demás hombres, que era distinto a los que había conocido hasta el momento, pero dudaba que todos con los que había estado hubieran reaccionado así.

—¿De dónde has salido?

—Nunca me fui, Harper —susurró él acariciándole la piel delicada del cuello y causándole un torrente de escalofríos—. Siempre estuve aquí.

*E*sa zorra se había paseado por el pueblo como si nada hubiera pasado en la clínica. Debía admitir que tenía agallas de presentarse en el *pub* después de recibir su amenaza, mas eso no ablandaba los ojos con los que la miraba.

Era una asesina. Y una cobarde.

Lo peor era saber que había gente que la apoyaba y que ya no se escondía. En el *pub* de Douglas, se había visto que tenía aliados, gente que creía que lo de Aaron había sido un accidente y no un homicidio imprudente. Esa gentuza iba a la iglesia y le sonreía a Bern O'Malley con ternura y compasión.

Emmett Turner era uno de ellos. Quizá, el peor de todos sus defensores. Se acostaba con ella. La hacía sonreír y la manoseaba. Los había visto en el bar y, con un simple vistazo, se había dado cuenta de que esos dos estaban liados. Aunque lo veía comprensible; Turner era un pobre diablo que no tenía más féminas a las que acercarse en Sherman, así que era de esperar que fuera a por carne fresca.

Seguro que Harper le había engatusado. Sabía cómo llamar la atención y dirigir el deseo en su dirección. Tenía a Emmett cogido del cuello como a un perro atado, metafóricamente hablando.

Parecían una pareja feliz y Harper no tenía que serlo. El amor, el deseo, la alegría y la libertad no podían ir atados a su nombre. No era lo correcto. Pero disfrutaba como si no le hubiera privado a Aaron de aquellas emociones al matarlo.

Merecía recibir el castigo ejemplar que la justicia no le había proporcionado un lustro atrás. Se iba a encargar de ser quien dictase sentencia, pero todavía debía esperar. Harper Blossom no tenía la simpatía de la policía, pero sus padres y sus hermanos sí. Solo por ellos estaban buscando a la persona que había dejado el grafiti en la clínica veterinaria. Si iba a por ella, se delataría.

Debería ser más paciente.

Llevaba cinco años esperando su momento. No tenía motivos para desesperarse. Tres semanas, seis u ocho no eran nada en comparación con el invierno que había atravesado tras la muerte de Aaron.

Iba a destruirla.

Pensó en su plan. Estaba perfectamente trazado desde hacía una semana. Tras varios años pensando en cómo matarla, había encontrado la fórmula perfecta para hacerlo sin que nadie le señalase con el dedo. Nadie sabría quién la había ejecutado.

Y si descubrían quién se había manchado las manos de sangre, no le importaba. Solo quería vengarse. Una vez consiguiera su objetivo, lo demás era indiferente.

*P*ara Emmett, el tercer viernes de cada mes estaba reservado para sus amigos. Era la única ocasión en que todos ellos encontraban un momento para sí mismos. Excepto Don y él, todos estaban felizmente casados y apenas tenían tiempo en sus apurados relojes. Las timbas de póquer era el único rato en que podían estar todos juntos. Desde que había hijos en sus vidas, solo hablaban de pañales, colegios, piojos y aún dejaban hueco para hablar del fútbol y del béisbol. Ya no quedaban anécdotas que recordar. El pasado se había quedado anclado en algún lugar lejano y ahora solo existían los niños y sus problemas.

Emmett había decidido entregar el formulario de adopción esa tarde, pero había sido incapaz de hacerlo. Se había quedado en el coche, mirando el camino de entrada con la carpeta en el asiento del acompañante. No había sido capaz de encender el motor y salir de la hacienda para ir al edificio oficial.

Le daba pavor ser un mal padre. Criar solo a un niño no era tarea fácil y estaba tan lejos del pueblo que recibir ayuda en su crianza, aunque fuera de manera puntual, podría suponer un problema.

Así que había decidido dejar los papeles en su escritorio y darle un par de vueltas más. Lo hablaría con Harper y se sinceraría con Jocelyn. Su hermana siempre le daba buenos consejos porque sabía escuchar y ver más allá de las palabras. Ella le diría lo que realmente pensaba y Emmett sabría hacia donde encaminarse.

Esa noche fortaleció su corazón para que aquellas conversaciones sobre infantes no le afectasen. Se centró en Don, en su puro y en sus susurros continuados en los que le decía que Harper no se abría a él.

Seguían enfadados. Ella lo esquivaba y Donald no se atrevía a llamar a su dormitorio para disculparse. Eran peor que cuando tenían quince años.

—Me resulta inalcanzable —se quejó Don cuando salieron de la casa de Rick.

Por primera vez, habían usado su sótano para hacer la timba. Tras lo ocurrido en el *pub*, Donald y Emmett habían decidido no regresar al local de Douglas y el resto de amigos habían respetado su decisión. Ninguno había dicho si opinaba igual que ellos, mas Donald no había querido saberlo. Por defender a su hermana, podría quedarse solo y ya llevaba bastante encima sobre sus hombros tras la lesión que le había retirado del juego profesional. Emmett sí habría querido preguntar, si bien había decidido que lo mejor sería imitar la filosofía de su mejor amigo.

—¿Desde cuándo fumas?

Don había sacado un cigarrillo. En las timbas y festividades, como el Cinco de Mayo, el Cuatro de Julio o Acción de Gracias, siempre sacaba su puro, igual que Emmett, si bien nunca lo había visto con tabaco en la mano.

—Bueno, uno de tanto en tanto no me importa. —Se encogió de hombros—. Ya no juego. Ya no tengo porque seguir una dieta estricta, Emmett.

—Donald, —se detuvo y le puso una mano en el pecho obligándolo a detenerse también—, tú no eres así. No estás bien, colega.

—¿Crees que se puede estar bien así? —Don se rio—. Mi hermana no me habla porque le dije cosas terribles; ya no puedo dedicarme a lo que me gusta; en este lado del estado todo el mundo va de progresista y parece que mentalmente estemos anclados en el siglo xx. ¿Sabes cuántos hombres he besado desde que estoy aquí? ¡Ninguno! —Le dio una calada profunda al cigarro—. Solo me he acostado con dos mujeres porque los hombres, si son gais, no han salido del armario y ni se me acercan.

Emmett se miró unos segundos la punta de las botas. Donald se estaba refugiando en la amargura, en el póquer y en el tabaquismo porque se sentía solo, desamparado y desubicado. Podía llegar a entenderlo.

—¿Me invitas a la última en tu casa? —preguntó Emmett. Donald asintió, medio enrabiado porque su amigo le había ignorado tras contarle todo lo que pensaba. Pero Emmett no tenía intención de dejarlo pasar. En cuanto estuvieron en casa de los Blossom, fueron al sótano tras coger licor—. ¿Puedo?

—Claro, pon lo que quieras. —El tono de Donald estaba lleno de veneno.

Emmett fue hasta la *jukebox* y puso la música bajita para no despertar a nadie. Era rock de los cincuenta. Tenía acción, movimiento y sentimiento, algo que no se conseguía ahora. Se sentó en el suelo mientras Donald se apoyaba en la pared, fumándose un segundo cigarro.

—Detroit está a una hora y media de aquí en coche, Don. Podrías ir un fin de semana —le sugirió, aunque más bien era una orden—. Allí encontrarás hombres atractivos que también te...

—¿Crees que tengo edad de irme de caza? —Se rio Don, tras darle un trago al bourbon—. Estoy mayor. Solo queda mi vieja fama. Créeme, mis últimos ligues, sean mujeres u hombres, solo se acercaron a mí para poder decir que se habían tirado a Donald Blossom, la Furia.

—Tal vez debas ir a un psicólogo. Echas de menos jugar y ser quien eras. Es comprensible.

—Tú eres un pésimo psicólogo.

—Intento ayudar.

—Lo sé, perdona. —su amigo se relajó y dejó el cigarro en un cenicero, así como la copa sobre un mueble—. Es solo que me siento enjaulado. Siento que aquí no puedo ser yo mismo. Sherman me ahoga.

Emmett se preguntó qué tenía aquel pueblo para que los habitantes que no encajaban en el molde que habían impuesto los vecinos se sintieran así.

—Este ya no es tu lugar.

—Lo sé —aceptó Don, cogiendo aire—. Pero no quiero irme. Con lo de mi padre, las cosas no van bien y siento que largarme, sin más, me convierte en mal hijo. Ya me he perdido muchas cosas por jugar.

—Tienes que hacer tu vida, Don. Tus padres han vivido la suya acorde con lo que creían que les hacía feliz, ¿por qué no hacer tú lo mismo? —preguntó.

El silencio se hizo entre los amigos, si bien la música lo llenaba todo sin ser escuchada. Cada uno estaba sumido en sus pensamientos. Emmett no podía hablar mucho sobre escoger el tipo de vida que quería llevar. También estaba atado de por vida a la granja solo porque su padre lo había querido así. Amaba la vida que llevaba, pero tampoco había tenido elección.

—Quizá tengas razón y necesite irme un fin de semana —aceptó Don.

—Bien. ¿Irás al psicólogo? —pinchó, yendo más allá.

—Me lo pensaré. Pero no prometo nada, ¿de acuerdo? No estoy loco.

Emmett puso los ojos en blanco. La gente creía todavía que ir al psicólogo significaba no tener los pies sobre la tierra. Era un error gravísimo.

—Sabes que el psicólogo es como un mecánico que, en vez de revisar y arreglar coches, lo hace con la mente, ¿no?

—¿Sabes que eres peor que un grano en el trasero?

Poco a poco, parecía que volvía a ser el Donald de siempre, picajoso, bromista y sonriente. Ya no era la sombra que había perdido dos cientos pavos en el póquer esa noche y que se había enterrado en el humo del puro, del tabaco y de su propia tristeza.

—¿Qué te pasó con Harper? Cuando le pregunté ayer me dijo que no quería hablar del tema.

Tenía algo que ver con él. Emmett estaba seguro. Esa forma de esquivar el asunto cuando ella siempre se había mostrado abierta ante él, le había hecho temer que Donald había querido adentrarse más de lo permitido en su relación.

—No te puedes cabrear —le pidió Don, confirmando así sus sospechas.

—Haré lo que pueda. Es todo cuanto puedo darte —musitó.

—Me preocupa que te rompa el corazón —Don suspiró tras mirar al techo—. Sé que es algo vuestro y que, si salís juntos, os exponéis a que uno de vosotros decida no continuar, pero ella tiene facilidad para irse sin echar la vista atrás. Tú no. Y sé que no debí haber sido tan duro con Harper, pero, por más que quiero pedir perdón, una parte de mí sabe que es impredecible. No sé cómo me contestará.

Emmett se mordió la cara interna de la mejilla mientras pensaba en lo que acababa de decir Don. Lo cierto es que no se había planteado que las cosas con Harper pudieran ir mal. Encajaban bien, dentro y fuera de la cama. Habían conectado, incluso, por debajo de la piel. No estaban enamorados, pero Emmett creía que podrían terminar estándolo si seguían así. Se veían casi a diario y hablaban cada día, cuando tenían un momento para mensajearse o llamarse por teléfono.

¿Qué pasaría si Harper decidiera que era mejor quedar como amigos? Emmett lo pasaría mal, sin duda. Volver a enfrentarse a la soledad, a las noches vacías, a la pérdida de ilusión no sería sencillo aunque no hubiera un amor entregado y absoluto entre ambos. Pero se dedicaría a la granja en cuerpo y alma, el triple de lo que ya lo hacía. Y cuando se viera con gente, como cuando jugaba al póquer, iría de farol. Fingiría que todo iba bien hasta que un día esa felicidad ya no fuera fingida.

Pero ¿y si fuera al revés? Pensó en Harper, en su odio hacia la nueva vida que estaba creando en Michigan, en lo atada que estaba a la clínica por la enfermedad de Pete.

—¿Crees que, si nos hiciéramos daño, ella tendría más sencillo superarlo solo porque hace cinco años se marchó de aquí?

—Suena ridículo, sí, pero...

—Don —lo interrumpió porque casi no había escuchado lo que había dicho su amigo—. Tu hermana ha vuelto por Pete. No va a marcharse porque la clínica es importante para vuestro padre y ella lo adora. Está dispuesta a sacrificar lo que creó en Dallas por la familia. Si yo le hiciera daño, no se iría. Estaría al pie del cañón como lo haría yo.

—Sí, ella también dijo eso. Pero la conozco, Emmett. Huyó hace cinco años —le recordó.

—Es una estupidez pensar que Harper podría marcharse de nuevo a Texas o a algún otro estado para recuperarse de una relación. —Lo miró a los ojos—. Tu hermana se fue porque el pueblo entero la despreciaba. Sé que para ti es complicado de entender porque no vivías aquí, pero, pese a ser solo un espectador del comportamiento de Sherman, vi con mis propios ojos cómo la trataban, cómo le hablaban. Lo que pasó el otro día en la clínica, te demuestra que aquí

la gente no sabe perdonar ni olvidar.

—Siempre hay un gilipollas que...

—No. ¡No! —Se levantó y le cogió el rostro con una mano, agarrándolo bien por la nuca—. Don, te prometo que tu hermana era infeliz aquí porque la gente se había propuesto echarla. Dudo mucho que hubiera aguantado la presión. Su mente no hubiera soportado tanto odio. Irse fue la forma de salvar su propia vida.

Se dio cuenta de la realidad que encerraba sus palabras. Y él lo había visto todo sin decir palabra, sin salir en su defensa. Se había dicho que no había ido con él y se había desentendido.

—No importa lo que pase entre ella y yo, te estás equivocando. Tu hermana está comprometida con la clínica. No se va a ir —balbuceó soltando a Don—. Disculpa.

Subió las escaleras de dos en dos y, cuando llegó al salón, no dudó en seguir subiéndolas. Sabía qué dormitorio ocupaba cada uno, así que fue directo hasta el de Harper. No había estado allí jamás. A oscuras no vio bien su interior cuando entró. Pronto, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y vislumbró la cama al pie de la ventana. Fue hasta allí con el corazón martilleándole las sienes.

Se sentó en el borde de la cama. Esperaba encontrarla despierta, leyendo un libro o viendo alguna serie en el móvil. Le acarició la mejilla y el pelo. Ella se removió, si bien no se despertó. Emmett se inclinó para besarle la punta de la nariz.

—Espero que puedas perdonarme por no haber salido en tu defensa hace cinco años.

Emmett la arropó mejor y Harper volvió a revolverse. Él aguantó la respiración para no desvelarla y fue hacia la puerta dispuesto a marcharse sin ser visto y con la esperanza de que ella le hubiera oído.

—No era tu guerra, Emmett.

La voz de Harper lo detuvo a medio camino. Ya tenía la mano extendida para abrir el pomo. La luz de la mesita de noche se encendió. Se volteó para mirarla y se la encontró apoyada sobre un hombro. Tenía el sueño pintando sobre su rostro. Emmett creía que cuando todavía seguía medio dormida, estaba adorable.

—Eras tú contra el pueblo entero. No podías ponerlo en tu contra por alguien a quien apenas conocías —susurró ella.

—Discrepo —también en voz baja, volvió sobre sus pasos y volvió a sentarse en el borde de la cama. Le apartó el pelo del rostro. Harper cerró los ojos unos momentos, Emmett juraría que incluso hasta ronroneó—. ¿No sabes que cuando un niño presencia acoso escolar debe hacerle frente al abusón para no dejar desprotegido a quien ataca?

—No tenemos diez años.

—Peor me lo pones todavía. —Él intentó sonreír—. Siendo adultos, debería ser menos difícil salir en defensa del vulnerable.

—Voy a fingir que no acabas de llamarme débil porque aprecio lo que dices y te lo agradezco. —Y frunció los labios para reclamar un beso que Emmett le dio con una sonrisa divertida. Harper se incorporó del todo y se peinó un poco el pelo, todavía sin poder abrir los ojos completamente—. ¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada, creo.

Ella gruñó y se dejó caer contra un costado. Emmett sabía que eso significaba que estaba agotada y que, despertarse a media noche, iba a pasarle factura. Se sintió culpable, tal vez su declaración podría haber esperado un poco más. Ya no venía de un amanecer.

—Siento haberte despertado.

—Últimamente, no dormo bien. —Removiéndose, Harper se quedó en el borde opuesto de la cama. Abrió la funda y el calor de su cuerpo se desprendió hacia él—. Venga. Ahora no vas a conducir hasta casa.

—Pero tu padre...

—Mi padre te adora —le aseguró ella escondiendo un bostezo en el hombro—. No lo dice, pero en su cabeza ya está pensando cómo se llamarán nuestros hijos. Créeme, no le va a importar qué duermas conmigo. Además, solo quiero dormir —le prometió y luego le guiñó un ojo—. Y eso no es irrespetuoso, ¿no? —lo tanteó.

Emmett miró su móvil. La alarma de la granja parecía estar en orden y tenía batería suficiente para que le avisase si pasaba algo en las instalaciones. Y Harper tenía razón, era demasiado tarde para conducir tanto rato de noche y lloviendo como lo hacía. Solo hacía falta oír cómo el agua golpeaba la ventana a causa del aire. Seguro que la carretera se había helado. Estaban a cinco grados bajo cero.

—Tú ganas, buhita.

Se quedó en calzoncillos y se metió en la cama. Las sábanas estaban frías. Pero cuando ella lo cubrió y se arrimó a su cuerpo, la calidez de Harper acarició su piel calmándolo. Ella se acurrucó contra su pecho. Emmett alzó el brazo para que estuviera más cómoda y rodeó su espalda con él.

—Creo que nunca he dormido con una mujer sin habernos acostado. —Le besó la frente y ella suspiró de gusto.

—Sí que hemos tenido sexo, Emmett.

—Me refiero a ahora, Harper —lo dijo remarcando cada palabra para que no hubiera malentendidos.

—¿Y es raro o está bien?

Lo cierto es que con Harper nada resultaba raro. Habían hecho el amor en un asiento trasero de un coche cuando ya no tenían la edad para ello. Habían bailado sin música bajo el muérdago seco del porche de los Blossom. Había cocinado para ella en la primera cita, algo impensable en Emmett. Así que no parecía nada extraño estar compartiendo la cama sin pretender hacer nada más que dormir.

—Estoy bien —admitió. Ella suspiró como si la respuesta la hubiera tranquilizado—. Sé qué te ha pasado con Don.

Ella se revolvió para tener estirada bocabajo y poder cruzar los brazos sobre el pecho de Emmett. Apoyó la barbilla en los antebrazos.

—En realidad, es una tontería. Tiene derecho a no fiarse de mí. Pero me dolió que creyera que sería yo la que podría herirte.

—Creo que deberíais de dejar de hacer el tonto, los dos —aclaró—. Lo tienes muy preocupado desde lo del grafiti y no sabe cómo pedirte perdón —cuando la vio encogerse de hombros, Emmett suspiró—. El orgullo es el gran defecto de Don. Lo sabes de sobra.

—No me molestó que creyera que iba a hacerte daño con los sacrificios que has hecho por estar conmigo.

—¿Sacrificios? —Su amigo no había contado nada de eso.

—Ya sabes, cerrarte las puertas del mercado femenino del pueblo porque habías estado con la peor de las brujas que existe en Michigan y más allá —resopló Harper. Emmett casi puso los ojos en blanco. Donald tenía cierta edad, debería aprender a diferenciar entre palabras hirientes y las que no lo eran—. Me molestó darme cuenta de que mi hermano dice quererme, pero ¿a quién quiere en realidad? No me conoce, Emmett.

—Claro que sí.

—No. Le dije que estaba comprometida con la clínica, que no iba a irme solo porque me rompieras el corazón. No me creyó. Le dije que me fui porque iba a volverme loca si me quedaba en Sherman, y tampoco me creyó. —Cerró los ojos y los escondió un momento entre sus brazos. Emmett notaba que su cuerpo había bajado de temperatura, llegando hasta él el frío que sucumbía sus entrañas.

—He hablado con él. Le he dicho justamente eso.

—¿Y a ti te hará más caso? —Harper volvió a estirarse mirando al techo y sollozó—. Me he convertido en una extraña en mi propia casa. Si no fuera por ti, creo que me pasaría el día encerrada en este dormitorio.

—Hagamos una cosa —le propuso Emmett tras varios minutos en silencio. Ella giró la cabeza. Bien, no estaba dormida—. ¿Este fin de semana está de guardia Sandy?

—Sí. —Pudo oír su sonrisa en su voz.

—Pues mañana vas y hablas con Don. No tienes por qué arreglar las cosas —aclaró, acariciándole el brazo—, solo escucha lo que tiene que decirte y dale tu opinión. Cuéntale lo que me acabas de explicar a mí. Y, por la noche, te preparo una cena que te vas a chupar los dedos.

—¿De esas caseras que tanto me gustan?

—Sí. Junto al fuego. —Sonrió al escuchar su ronroneo. Era tan espontánea como expresiva y aquello le encantaba—. Y podemos planear alguna salida al lago para cuando haga mejor tiempo.

—En Michigan siempre llueve —se quejó Harper, medio gruñendo, medio bostezando—. Parece que vivamos en Londres. Pero sin tener monarca ni el Big Ben.

—Pero tenemos campos verdes y lagos preciosos en los que navegar. Y algún día dejará de nevar —le recordó Emmett, enterrando la nariz en su pelo rizado que olía a coco—. Y las temperaturas se suavizarán. ¿Te parece bien?

—Vale. —Harper se rio y se acomodó mejor contra él.

—Venga, buhita, intenta dormir. Que de joven eras nocturna, pero ahora parece que necesitas las noches para descansar.

—Tendré que cambiarme el mote.

—Yo pienso en uno mientras me viene el sueño.

Ella asintió, no parecía darle mucha importancia al hecho de que ya no era un ave nocturna y que se asemejaba a una mortal más. En apenas unos segundos, su respiración se acompasó. Se había vuelto a dormir. Emmett la miró ladeando la cabeza, la lamparita de la mesita de noche le lanzaba luces y sombras sobre las expresiones. Estaba preciosa. Estaba relajada sin pensar en amenazas, en que llevaba días mirando con disimulo por encima de su hombro. Le besó la frente de nuevo mientras estiraba el brazo libre para apagar la luz.

—Buenas noches, buhita.

*H*arper se despertó notando un peso cálido a su alrededor. Abrió los ojos y, cuando se encontró una piel pálida pero curtida rozando su nariz, recordó que Emmett había aparecido en medio de la madrugada. Se guardó una sonrisa. Era agradable saber que estaba a su lado en muchos sentidos. No le había mentado cuando le había dicho que, de no ser por él, estaría recluida pensando en todo lo que había dejado atrás en Dallas.

Se incorporó y lo miró. Estaba guapísimo así, dormido. Tenía las facciones relajadas. Parecía estar en paz consigo mismo.

Le recorrió la ceja con un dedo y se preguntó en qué momento la fortuna había decidido poner ante ella semejante hombre. Tierno, sensible, especial, sensual y educado. Hombres como Emmett ya no quedaban. Donald se equivocaba; no lo dejaría escapar. No sabía si se enamorarían, lo que sí sabía era que estaba a gusto con Emmett, que sus silencios no le resultaban incómodos y que deseaba ser mejor persona cuando se encontraba a su lado. No existía el pasado cuando estaba entre sus brazos. Se sentía exactamente igual que en Texas. Libre: de culpa, de remordimiento, de dolores de corazón y de cabeza. Era una especie de oasis en un desierto árido y agotador.

Y aquello bastaba para quedarse a su lado, por más egoísta que pudiera parecer.

Se levantó, miró el reloj de su móvil y fue hasta la puerta. Deslizó el pestillo con cuidado de no hacer ruido. Su padre seguía levantándose a la misma hora que cuando iba a la clínica, así que en pronto estaría dando tumbos por la casa. Aunque ese fin de semana no estaban de guardia, siempre estaba ahí por si Sandy necesitaba refuerzos. A veces surgían muchas urgencias en un mismo día y se necesitaban más de dos manos para llegar a cubrirlas todas. Y el reloj de Emmett estaba programado para sonar en cuarenta minutos. Así que tenía tiempo de sobra para despertarle con mimos, hacerle el amor y prepararle el desayuno.

No obstante, si Pete se encontrase con Emmett en su cocina, desayunando, no se escandalizaría. Creía que Harper y Emmett terminarían casándose. Fantaseaba con ello. El chico le gustaba para Harper. Decía que tenía buen fondo, que era respetuoso con las mujeres y que trabajaba desde la salida del sol hasta más allá de su caída. Cumplía los tres requisitos principales para que el patriarca aprobase a su único yerno. Pete Blossom siempre se avanzaba a todo, sin duda.

De puntillas, caminó a la ventana. No se veía si fuera llovía o nevaba. Aún era noche cerrada.

Volvió a la cama y se tapó mejor con el cobertor. Empezó a repartir besos por su brazo y su torso desnudo. Emmett tenía un efecto extraño en ella. Era una especie de afrodisiaco. Solo con rozarla, la prendía. En esos momentos, incluso dormido, lograba que Harper quisiera hacer el amor.

—Mmmm...

Emmett se enredó a su alrededor haciendo que Harper casi se riera. Parecía una hiedra que se

enroscaba en su cuerpo con piernas y brazos.

—Buenos días, dormilón. —Aunque no debía haber dormido más de tres horas, el pobre. Le besó la clavícula, trepó para hacer lo mismo en el mentón y encontrar sus labios. Emmett apenas se movió—. ¿Te dejo dormir un poco más?

—No... —Él intentó levantar los brazos para abrazarla, mas no pudo—. Pero... mmm...

Harper se mordió el labio inferior.

—¿Lo dejamos para la noche?

Emmett apenas negó con la cabeza. Tampoco lograba abrir los ojos, la miraba a través de una rendija. Pese tener el miembro hinchado, algo le decía a Harper que no estaba despierto del todo y que lo mejor sería dejarle descansar.

Se deshizo de sus brazos, que pesaban como un muerto, y le besó la frente. Lo tapó mejor y ver como se abrazaba a la tela, le hizo darse cuenta de que Emmett necesitaba dormir, no acostarse con ella.

Se quitó el pijama y se puso un jersey grueso y unos pantalones de chándal. Echó un último vistazo a Emmett y esa vez no se molestó en esconder la sonrisa. Le gustaba que estuviera en su cama; notó un picor en la barriga solo con pensar que sus sábanas guardarían su olor.

A ella también le había parecido bien que estuviera ahí, sosteniéndola, simplemente, charlando y durmiendo. No todo se resumía en sexo salvaje cuando estaban juntos. Y aquello le parecía bonito.

Se quedó parada frente la puerta cerrada de Donald. Pensó en lo que había dicho Emmett sobre ellos. Tal vez sí era el momento de sentarse a hablar, no podían seguir ignorándose. Era el momento de destensar la cuerda que los separaba y hacer el intento de acercarse. Si Donald no la conocía, si de verdad creía que era una cobarde escurridiza, lo mejor sería demostrarle lo equivocado que estaba. Día a día, demostrarle quién era Harper en realidad. Y darle la oportunidad de apreciar a su hermana, la que había regresado de Dallas hecha un ave fénix, con algún momento de debilidad.

Bajó a la cocina con cuidado de no hacer crujir las escaleras. Estaba preparándole el desayuno a Emmett cuando oyó la puerta principal abrirse. Por unos momentos, sintió miedo. Se bloqueó y se quedó quieta. ¿Y si quien había escrito la amenaza en la clínica se estaba colando en casa? Pronto descartó esa idea y se obligó a no dejarse llevar por el pánico. Un acosador no podía tener llave de la casa de los Blossom. Tenía que ser uno de sus hermanos, pero ¿cuál? Con curiosidad, se asomó mientras batía la mezcla para hacer tortitas. Connor estaba entrando a hurtadillas. No se dio cuenta de que Harper estaba allí.

—Buenos días.

Su susurro furtivo por poco hizo gritar a su hermano pequeño. Este se llevó una mano a la boca y otra al corazón mientras se giraba para mirarla. Si las miradas matasen, la hubiera fulminado en el acto. La odiaba a causa del susto y por haberle descubierto llegando más tarde de lo que tenía permitido. Ella se hizo a un lado y le señaló la cocina con la cabeza. Él quiso protestar, estaba agotado porque no había pegado ojo en toda la noche. Sin embargo, Harper también sabía hablar con los ojos y fue bastante clara. Si no hacía caso, acudiría a fuerzas mayores y siempre era mejor una bronca de la hermana mayor que de Pete Blossom. Era un buen padre y sus charlas ponían de los nervios a cualquiera. Su forma de discutir era manteniendo el tono de voz, sin alzarlo, y hablando con una coherencia irrefutable. Connor era inteligente y decidió ir a la cocina. Lo oyó refunfuñar cuando pasó por su lado.

Cerró la puerta, algo que nunca se hacía en aquella estancia.

—¿Qué haces regresando a estas horas? —le preguntó mientras seguía removiendo la mezcla de harina, leche y azúcar.

—Me he entretenido con Carly.

El amor adolescente era el más intenso de todos. Connor estaba loco por los huesos de Carly, solo hacía falta ver cómo le brillaba el rostro cuando hablaba de ella.

—¿Ya usáis protección? —Por experiencia propia, sus padres no solían tener ese tipo de charlas con sus hijos. Todo lo que Harper sabía de educación sexual era gracias a Luke y a Rosemary. Su hermano había decidido tener esa misma conversación con ella y Rosemary era quien le había proporcionado sus primeros profilácticos.

—¡Harper!

—¡Connor! —imitó su tono antes de reírse—. Que te dé cosa hablar con Milo o con papá de esto, lo entiendo, pero solo soy yo.

—Eres mi hermana.

—¿Crees que yo no sé qué es hacer el amor o usar un preservativo? —le preguntó, dejando el bol en la nevera para que reposase los quince minutos de rigor.

—Prefiero no imaginarte en esa situación. —Su hermano hizo un gesto de repelús, como si acabase de chupar un limón. Ella ahogó una carcajada—. Pero si así te quedas más tranquila, sí. Nos protegemos. No quiero tener un hijo todavía.

—Ni ninguna enfermedad de transmisión sexual, cielo.

—Por supuesto. —Parecía ofendido porque le había recordado que también podía coger una ETS.

—Eso está bien.

—Pero quiero pedirle a Carly que se case conmigo —confesó poniéndose todavía más colorado.

Harper parpadeó y se cruzó de brazos, sorprendida por aquello. No esperaba que Connor quisiera sentar la cabeza. Tenía diecinueve años y apenas llevaba unos meses con aquella chica.

—¿Lo tienes claro? —Al verle asentir, soltó el aire—. El matrimonio es algo serio. Si sale mal, no es tan fácil de romper como una simple relación.

—¿Por qué eres siempre tan negativa?

—Porque tienes menos de veinte años y el amor parece fácil y precioso a esa edad, pero, a veces, sale mal.

—Papá le pidió a mamá salir a las dos semanas de su primera cita y míralos. —Su hermano se sentó en una silla tras quitarse la chaqueta—. Están juntos y son felices. Yo solo quiero ir a la joyería, comprar un anillo sencillo y arrodillarme para tener lo que ellos tienen.

—Porque a papá y a mamá le vaya bien, no significa que la gente no deje de quererse o que las cosas no funcionen. —Harper se sentó frente a él y se mesó el pelo—. Connor, si vas a comprar ese anillo de compromiso, te prometo que seré la primera en acompañarte. Sin embargo, quiero que valores pros y contras, que seas consciente de que una unidad familiar requiere de esfuerzo.

—Carly y yo estamos enamorados, queremos estar juntos y tener una familia. Está hablado. Solo falta que yo la sorprenda.

—¿Dónde viviréis?

—Pues, mientras organicemos la boda, podríamos mirar algo para alquilar. Alguna casita en las afueras.

—Están todas en ruinas, abandonadas —le recordó ella sabiendo que aquella idea era nefasta—. Por eso sus dueños se mudan a una más grande y dentro de sus tierras. Porque esas casitas

adosadas tienen tantos años que, para que sean funcionales, deberían echarlas abajo y empezar de cero.

—¿Y si viviéramos en la buhardilla? Clive y Rosemary viven aquí, ¿no?

—Un matrimonio necesita intimidad. No sé si es buena idea, pero puedes preguntarle a mamá, a papá y a Clive. Háblalo con ellos. Yo estoy buscando un sitio donde mudarme en cuanto tenga ahorros —le explicó Harper—. Como solución temporal, está bien, Connor. Pero necesitaréis una casa para vivir. ¿De dónde sacarás el dinero? Siendo camarero no ganarás mucho. Y Carly está estudiando.

—Está becada.

Harper se armó de paciencia. Connor empezaba a ponerse a la defensiva porque veía que su castillo de naipes se desmoronaba a cada palabra de su hermana. A sus diecinueve años, tenía idealizado el amor y el matrimonio, pero la realidad era que vivir sin los padres era una lucha continua de supervivencia. Las facturas, la hipoteca, el seguro médico, todo formaba un conjunto de gastos que podía llegar a arruinar a una persona en cuestión de semanas si los ingresos eran escasos o nimios. Como camarero adolescente, Connor no ganaba mucho y Harper dudaba que sus ahorros fueran pomposos. Solo de recordar su cuenta corriente a la edad de Connor, temblaba.

—Sigo viendo pocos ingresos para tanto gasto, cielo.

Connor refunfuñó.

—Sin estudios, no puedo optar a más.

—Connor, puedes trabajar en la clínica —empezó diciendo ella.

—No quiero ser veterinario, ¿de acuerdo?

—No hace falta que seas doctor. —Vaya, aquello sí captó la atención de Connor. Al parecer, sus padres no le habían expuesto todas sus oportunidades en la clínica—. Puedes estudiar para ser auxiliar y ayudar. O puedes hacer algún curso a distancia de administración y ayudar en la recepción con las agendas y el teléfono.

—A papá no le gustaría —tartamudeó, aunque el brillo de sus ojos era distinto a hacía dos minutos.

—A papá le va a dar igual si eres doctor, auxiliar o alguien que está de cara al público recibiendo las visitas. —Harper buscó su mano para darle un apretón—. Solo quiere que sigas estudiando y te unas al negocio familiar. ¿Por qué no le comentas que te deje estar en la recepción y haces algo a distancia? Tendrías un buen salario.

Connor miró al techo luchando consigo mismo. Se creía rebelde porque no quería formar parte de ningún negocio familiar, como había hecho Donald. Pero las posibilidades se le cerraban si no tenía una formación superior al instituto. Trabajar en la recepción le gustaría. Connor era un chico extrovertido, con mucho carisma. Tenía buena mano con la gente, era simpático y se desenvolvía muy bien arreglando conflictos. Si alguien podía encargarse de la clínica, era él. Solo tenía que darse cuenta de su potencial.

Emmett se asomó por la puerta con un ojo todavía cerrado por el sueño.

—Hola, Connor. —Su voz ronca demostraba que se acababa de levantar.

—¿Has dormido aquí? —Connor levantó las cejas sugerentemente.

—Venga, a la cama si no quieres que le diga a papá que te has presentado casi amaneciendo —Harper lo dijo con tono burlón, pero su hermano pequeño sabía que sería capaz de chivarse con tal de protegerse a sí misma. Connor le mostró la lengua y se fue después de sonreírle a conciencia a Emmett, creyendo que se habían acostado. Nada más lejos de la verdad—. Te iba a

preparar tortitas. Tardo cinco minutos.

Emmett se frotó la cara. Estaba adorable así, con la marca de la almohada en la mejilla.

—Me tengo que ir. La granja no se va a cuidar sola, y tu padre se levantará pronto.

—Quédate algo más. —Fue hacia él y le rodeó el cuello con los brazos—. Anda...

—Me encantaría, buhita, pero...

—Si no quieres tortitas, al menos acepta un café. No puedes irte así, mírate. —Fue hacia la cafetera y le sirvió una taza. Le añadió leche y azúcar—. Si no te tomas esto, no te dejaré irte. Si lo que quieres es evitar a mi padre... ya sabes. —Y le tendió la taza.

Emmett cerró los ojos y se tambaleó. Estaba pensando que Harper era demasiado inteligente y que sabía bien cómo acorralarlo. Aunque la culpa no era de ella, sino de él, por haberse quedado a dormir cuando debió regresar a casa por más tarde que fuese. Aceptó la taza con un ronroneo que hizo a Harper sonreír más. Se lo bebió de un trago y el sabor amargo venció al dulce, despejándolo casi de repente. Parpadeó y se desperezó mientras ella guardaba la taza en el lavavajillas.

—Me marchó.

—Vale —ella alargó las vocales y bostezó—. Me iré a la cama, pero esperaré a ver tu mensaje conforme has llegado. Si no, no me dormiré.

Que Harper se preocupase por él de aquella forma le pareció muy tierno. Le acarició la mejilla. Se sentía afortunado de tenerla en su vida, cosa curiosa, pues hasta hacía un mes apenas se acordaba de ella. No se conocían tanto, no tenían una relación tan afianzada, ni con tanta confianza ni cercanías. Reencontrarse en el cumpleaños de la señora Blossom y lanzarse a pedirle cenar juntos había sido un momento de inflexión para Emmett. Dio gracias por haber encontrado el valor para proponerle un plan disparatado y dio gracias porque ella había decidido seguir adelante con él.

Luchó contra las ganas de quedarse, de desayunar esas tortitas. Pero él no era así. Tenía unos animales que cuidar, una granja a la que mantener. Ojalá pudiera estar allí todo el tiempo del mundo, como un hombre normal y corriente. Tenía un deber con la finca.

Se consoló diciendo que esa noche Harper iría a su casa y dormiría en su cama, enroscada entre sus brazos. El pelo de su cabellera le haría cosquillas en la nariz y él protestaría por ello, pero luego sonreiría y la anclaría más y más contra su cuerpo para dormir a cobijo de su calidez.

—Muy bien, te informaré de todo, —Fue hacia la puerta. Dejó que Harper lo ayudase a ponerse la chaqueta—. Tenemos un trato, buhita. No me olvido. Habla con tu hermano y te llevaré a una cita que compensará que te pidiera salir en un triste aparcamiento.

—Yo tampoco me olvido de que tenemos un acuerdo, Emmett —lo pinchó ella poniéndose de puntillas para besarlo—. Quiero esa cena.

—¿Te valgo de postre? —susurró él, abrazándola por la cintura. Ella casi se rio, sonrojándose—. ¿Eso es un sí?

—Si no quieres ser mi postre, te devoraré igual —le prometió Harper con voz sugerente y en susurros furtivos. Emmett notó que el sueño desaparecía del todo y que su cuerpo entero empezaba a entrar en ebullición. Aquella mujer era lava y él la tierra que iba a quedar desolada por su fuerza y ardor. Carraspeando, Emmett se despidió y salió al exterior. El frío era terrible—. Ve con cuidado —le pidió ella encogiéndose sobre sí misma. No iba abrigada, pero no se apartó de la puerta hasta que no vio que arrancaba el coche y salía por el camino.

No se quedaba tranquila. Lo había visto más despierto que al bajar de su habitación. Y estaba espabilado porque habían estado flirteando, haciendo planes muy sensuales sobre esa noche. Sin

embargo, las carreteras aún no tenían gran visibilidad y podrían estar cubiertas de hielo.

Fue a la cocina a apagar las luces, pasó por el cuarto de baño de la planta baja y subió a su dormitorio. Justo cuando abría la puerta, oyó la alarma de su padre. Iba a levantarse en breve. Cerró la puerta a sus espaldas sin cuidado, total, iba a ver la masa de tortitas en la nevera. Podría decir que había sufrido insomnio. Dadas las circunstancias, su padre le creería. Llevaba varias noches sin dormir seguido. Había oído a Emmett esa noche porque tenía el sueño ligero, siempre alerta de recibir un ataque.

Cuando se giró hacia la cama, casi dio un grito. Se llevó una mano al corazón y otra a la cara. Quiso llorar. Se había asustado muchísimo porque no esperaba que Don estuviera sentado en su cama, al estilo indio, mirándola fijamente.

El deseo que la hacía sudar por lo que se avecinaba esa noche, se esfumó.

—¿Qué demonios haces ahí plantado? —lo susurró para no despertar a la casa al completo, aunque su tono denotaba enfado—. Por favor, podría haberme dado un infarto. ¡No seas tan sigiloso! ¿Por qué te cueles en mi cuarto?

—Vi a Emmett salir y supuse que no regresaría. Quiero hablar contigo.

Ella se sentó en el borde de la cama mientras le pedía a su organismo que aceptase que había sido una falsa alarma.

—Yo también. Pero, después de tanto tiempo sin hablarnos, ¿no puedes esperar un par de horas?

—Creo que no podemos seguir alargándolo más, buhita.

—¿Tú te has visto la cara? —Le puso el dedo bajo el mentón para poder mirar cada recoveco de su rostro. Estaba demacrado, dejado. Su piel lucía enferma y sus ojos hundidos. Donald tenía problemas para conciliar el sueño y para controlar sus ganas de fumar todo el día. Los nervios le estaban pasando factura—. Necesitas descansar.

—Necesito que me perdones.

Ella suspiró. Quizá, si aclaraban las cosas, su hermano podría dormir mejor y ya no estaría así, tan hecho polvo. Harper todavía seguiría más despierta que dormida cuando cayera la noche, si bien podía evitarle a Donald el desvelo.

—Está bien. Te escucho. —Se sentó a lo indio también, frente a él.

—Siento mucho lo que te dije. Tenía en mi mente un discurso y, simplemente, lo vomité. —Donald cerró unos instantes los ojos—. No te escuché, apenas te presté atención y todo lo que me contaste: tu compromiso con papá y la clínica.

—¿Te has dado cuenta de que es real?

—Sí. Me di cuenta de mi error nada más abrir la boca, pero ver la amenaza en la clínica me hizo darme cuenta de varias cosas: te fuiste porque era necesario y te estás quedando por amor a papá. Una parte de mí sigue resentida porque no fuiste valiente, pero si incluso Emmett asegura que lo que pasó tras el juicio era insostenible, es que debió serlo.

—¿Necesitas que Emmett te confirme las cosas?

—Tú no eres objetiva. Es tu vida, a fin de cuentas. Pero si todo el mundo confirma lo que yo desmerecía, será que realmente fue muy duro para ti enfrentarte a la comunidad. —Donald le tendió la mano—. Siento mucho lo que te dije. Siento haber desconfiado de ti.

—Es que yo no soy así.

—Lo sé. Me lo has demostrado. Podrías haberte ido tras el grafiti y aquí sigues. —Siguió con la mano tendida, a la espera que aceptase la paz entre ellos—. Por eso te pido perdón y te suplico que me des la oportunidad de estar a tu lado, de apoyarte y quererte de forma incondicional. No

mereces menos.

Harper apenas notó emoción por sus palabras. Todavía sentía dolor en su corazón porque las acusaciones de Donald habían sido duras, hirientes. Además, empezaba a tener sueño y Morfeo la llamaba con suavidad para que cayera en sus brazos.

Se dijo que tenía que parar un momento, desconectar de todo lo demás y llegar a fondo de su corazón para escuchar lo que tuviera que decir. Era importante deshilar cada palabra de Donald, vital para ambos desgranar los sentimientos y despojarlos de sufrimiento y rencor.

Si las cosas no se aclaraban, podría perder a otro hermano; Milo ya le negaba la palabra y apenas pisaba la casa porque estaba ella. ¿Valía la pena el orgullo? Se dio cuenta de que no. No quería que Donald también se perdiera en la bruma y se convirtiera en un desconocido para ella. Era una figura esencial en su vida. Siempre la hacía reír, siempre escuchaba sus problemas y la aconsejaba entre abrazos para que se sintiera segura al dar un paso adelante.

Para ser honesta, esos días que habían estado separados, había notado que le faltaba una parte de su ser. Pensar que su hermano quería una versión distorsionada de Harper Blossom le había robado años de vida, deseaba ser aceptada. No porque quisiera impresionar a nadie, sino porque se trataba de él. Donald era Donald y no podía vivir sin él.

Y se había disculpado porque la estaba empezando a conocer de nuevo. La imagen que tenía formada en su cabeza sobre ella estaba cambiando, modelándose, acercándose a la realidad. Se estaba dando cuenta de que la Harper de ahora era distinta a la de hacía años, porque tenía más cimientos en su cabeza, porque podría soportar mejor la presión. Y tenía más pilares que antes: contaba con la confianza de la mayor parte de su familia, tenía una obligación para con la clínica y estaba saliendo con un hombre tierno y amable que la hacía temblar sin necesidad de tocarla.

Cogió su mano y Donald respiró tranquilo.

—Solo te pido que me des una oportunidad. No quiero hacerle daño a Emmett, ¿vale? Le tengo mucho aprecio y si nunca le hiero, te prometo que no será a propósito —fue solemne y Donald asintió, creyendo a ciegas en sus palabras—. Solo espero que si es él quien rompe la relación...

—Que no lo haré —apuntilló él, guiñándole un ojo, más animado de ver que podrían retomar la relación.

—Si es el quien rompe la relación, solo espero que no me tengas vigilada por miedo a coja el primer vuelo hacia Texas o algún otro lugar.

—Me fio de ti.

—Bien. —Sintió que se quitaba de encima un gran peso.

Donald tironeó de su mano para abrazarla y ella se rio. La seguridad que le brindaban esos brazos no se la daba nadie más. Había hecho bien escuchando a su corazón, escuchándolo a él y perdonándolo. Tampoco es que hubiera cometido un gran crimen con la discusión. Las inseguridades se vencían.

—Te he echado de menos, buhita.

—Y yo a ti, Donald.

Su hermano se fue después de besarle en la frente y decirle que la quería. Harper se quedó mirando la puerta y se preguntó por qué se habían arriesgado a perderlo todo por un hombre. Supuso que Donald se había apoyado mucho en su amigo mientras ella rehacía su vida en Texas, sin preocuparse porque su hermano había perdido la vida a la que estaba acostumbrado por una lesión. En parte, había sido su culpa por desentenderse tanto de la familia. Era una extraña en su propio hogar. Así que tampoco podría protestar porque Donald estuviera más preocupado por Emmett que por ella.

Se dejó caer sobre la colcha y se enrolló con ella. Miró el móvil. No se dormiría del todo hasta que no viera ese aviso de Emmett.

No era tan distinta a Donald. No quería que nada ni nadie le hiciera daño a Emmett.

*E*mmett mandó un mensaje a Harper para decirle que acababa de aparcar frente su porche. Había niebla, así que había ido más lento de lo habitual. No había sido un trayecto sencillo; la verdad era que había conducido en tensión. Ojalá el invierno se retirase pronto. Ella le respondió casi al momento y se desconectó antes de que pudiera replicarle. Supuso que había caído rendida. Estaba muy cansada. Trabajaba muy duro en la clínica para que la gente viera su valía y la apreciase como profesional; estar pendiente de sus espaldas en todo instante, también le robaba mucha energía. Y pese a la seguridad de su casa, siempre temía que alguien se colase en ella para herirla. Ojalá pudiera pasarse parte de la mañana en la cama.

Cuando entró en la casa, Emmett se quedó sorprendido al ver la chimenea encendida. Aquello no debería estar encendido. Maldijo entre dientes no tener a mano ningún arma. Aunque tampoco tendría sentido que un ladrón encendiera el fuego. ¿Quizá alguien que quisiera ocuparle la granja? No, aquello no se estilaba por la zona.

Los perros estaban en el sofá, tranquilos. No es que fueran guardianes, pero no estarían relajados de haber un extraño en el rancho. Siguió el olor a café de la cocina. ¿Cómo no lo había percibido nada más entrar? Fuera quien fuera el que estaba allí, creía que estaba en su casa.

Dejó la chaqueta en el sofá de paso y cogió el atizador de la chimenea por si acaso el polizonte se ponía agresivo cuando intentase echarlo. Entró en la cocina mirándolo todo a un ritmo vertiginoso, buscando la persona que se había colado...

—Si pretendes asustarme, no lo has logrado. Esperaba que reaccionases así. —La voz femenina le hizo tragar saliva. No esperaba encontrársela allí, sentada en la encimera, comiéndose un rollo de canela y bebiendo café. Estaba vestida con un jersey blanco antiguo y un peto. Se había calzado unas botas de agua—. Supongo que no contabas conmigo, eh. —Le sonrió mientras Emmett parpadeaba, noqueado por la visión que tenía ante sí—. Hagamos algo, Emmett. Deja eso en su sitio, palméate las mejillas, date cuenta de que soy real y vuelve para abrazar a tu hermanita.

Emmett soltó el atizador allí mismo y corrió hasta Jocelyn. La hizo bajar de la encimera para estrecharla entre sus brazos. No la veía desde las fiestas navideñas. Hacía poco de aquello, pero tres meses era mucho tiempo para una persona tan familiar como él. La había echado de menos. Notarla cerca era como una caricia para su alma. Solo con Jocelyn tenía esa conexión, tan de hermanos, tan amorosa, tan especial.

—Dios, cómo te he extrañado. —La separó de su cuerpo—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Cómo es que no me has avisado de que venías? Habría ido a buscarte al aeropuerto.

—He venido a estar contigo unas semanas. He hecho muchas horas extras y me han dado vacaciones para compensar. —Le guiñó un ojo—. Y para no estar sola en mi apartamento, compré un vuelo a última hora para molestarte a ti y no a mi sombra.

—Bendita seas, Jocelyn Turner.

Ella se rio y lo abrazó. Lo había extrañado muchísimo. Sabía que había hecho bien visitándole, pero era en ocasiones como esta cuando se arrepentía de haberse marchado. Emmett era todo cuanto tenía, la familia que le quedaba. Era pequeña y podía estar coja, pero era todo cuanto necesitaba para ser feliz.

Sus amigos y compañeros siempre andaban con su familia y Jocelyn se encontraba sola en su gran apartamento. Cuando su jefa le había dado dos semanas de vacaciones por no pagarle las cien horas de más que había hecho tras las Navidades, no se lo había pensado dos veces. Nada más salir del despacho, había empezado a buscar billetes de avión. Había aterrizado en la ciudad de Lansing porque le había salido más barato que ir a Detroit. Sabía que el taxi iba a desangrarla. No había querido llamar a su hermano para darle una sorpresa, así que había dejado un buen fajo de billetes a ese tipo por dejarla en la finca de los Turner. Su sorpresa fue llegar y ver que Emmett no estaba. No recordaba que muchos viernes se iba a jugar al póquer con sus amigos, así que había disfrutado de la soledad de estar en la casa familiar.

Sin embargo, la alegría que había sentido al ver a Emmett le había llenado el corazón de fuegos artificiales. Contenía las ganas de llorar porque su hermano mayor se burlaría de ella.

Lo ayudó con la granja esa mañana. A Jocelyn no le gustaba aquella vida, pero estar cinco horas con Emmett, echándole una mano, le traía recuerdos de cuando era más joven. Llevar aquel peto, las dos coletas y las botas de agua que la protegían del barro y del estiércol, la hacían pensar en la juventud que había tenido. Para nada pomposa, alejada a la que habían tenido sus colegas de la oficina. Y se había quejado mucho por ello: el madrugar, el olor, el dolor de extremidades, el insomnio... Ese mundo no estaba hecho para ella. Sin embargo, no cambiaba lo vivido junto a sus padres por nada.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —le preguntó a su hermano mientras preparaba una ensalada. Se habían duchado para quitarse de encima el mal olor y el cansancio acumulado. La verdad era que el agua caliente la había rejuvenecido.

Emmett, que estaba preparando empanadillas al horno, se sonrojó levemente.

—Harper hoy cenará conmigo, aquí. Pero puedo anularlo, Jocelyn. —Hizo un mohín con la nariz—. O puedes quedarte con nosotros.

—La verdad es que iba a decirte que yo también tengo planes esta noche. He quedado para cenar. Iba a preguntarte si te molesta. —Dejando un trapo sobre su hombro, Jocelyn juntó las manos—. Es que creo que necesito darte espacio y necesito recuperar algo de mi rutina aquí.

Emmett se acercó y le besó en la mejilla.

—Claro, sin ningún problema. Sal con las chicas. Solo, ve con cuidado con el alcohol, ¿vale? —Le robó el trapo para darle un golpe con él en el brazo—. Douglas no compra licor de calidad.

Jocelyn subió a su dormitorio, donde durmió un rato y se preparó para la noche. Mientras se peinaba con un cepillo especial que alisaba los mechones del pelo, le preguntó a su reflejo por qué no le había contado a su hermano la verdad. Emmett nunca había sabido que Luke y ella habían salido juntos en la universidad. ¿Por qué no admitir que esa noche había quedado con él? ¿Por qué hacerle creer que iba a salir con sus amigas del instituto?

Tal vez, porque ni siquiera ella comprendía por qué había accedido a ir a su casa para cenar con él. Hacía años que no se veían. Ni siquiera al romper se habían visto, ella le había roto el corazón por teléfono. No se sentía orgullosa por ello. Quería disculparse esa misma noche.

Sin embargo, tenía un hormigueo en el estómago muy extraño. Como si se tratase de una cita. Pero no lo era, por supuesto. Con su pasado común, era imposible que aquella cena fuese considerada como tal.

Entonces ¿por qué estaba nerviosa? Se sentía como si tuviera de nuevo dieciocho años y hubiera quedado para ir al cine con el chico que le gustaba. ¿Luke le gustaba? Era más atractivo, aquello no podía negarse. Había visto sus fotos más recientes en redes sociales y la madurez le sentaba bien. No tenía entradas en la frente, ni papada bajo el mentón; no había engordado ni adelgazado en extremo, al contrario, había ganado fuerza muscular.

Suspiró para sus adentros. Sí, le gustaba. Todavía había brasas en su corazón respecto a ese hombre. Era peligroso ir a aquella cena y se planteó cancelarlo todo. Todo podía prenderse de nuevo con una sonrisa, una palabra o un recuerdo.

No debería haber aceptado aquella solicitud ni haber entablado conversación con él. Llevaban varios días hablando a cada rato que tenían libre y, redescubrir a su primer novio, le había removido las entrañas.

No obstante, se vistió y se pintó un poco los labios. No podía seguir huyendo, ya no tenía dieciocho años.

—Pásatelo bien, reina. —Su hermano la abrazó mientras seguía preparando la mesa junto al fuego.

—Y tú... —Guiñándole un ojo, cogió la ropa de abrigo y le mostró las llaves de su coche—. ¿Puedo?

Emmett hizo chasquear la lengua sin perder la sonrisa que lo caracterizaba.

—Como siempre, ya lo sabes.

—Mil gracias. —Se lanzó a sus brazos, le dio un sonoro beso en la mejilla y fue hacia el automóvil de Emmett. Arregló los espejos y reguló el asiento del conductor. Condujo hasta la granja de los Blossom. Milo vivía allí con su mujer, Piper. Y ahora habían arreglado el granero para que Luke pudiera instalarse en él—. Venga, Jocelyn. Tú puedes. Solo es Luke, solo —se susurraba a sí misma en voz baja al apagar el motor y bajaba del coche—. Solo es Luke.

Mientras caminaba hacia el granero, el cosquilleo de su abdomen aumentó. Resultó ser molesto. Incluso sufrió sofocos y tuvo náuseas. Llamó a la puerta; toda ella temblaba. Se suponía que lo de Luke estaba superado, que su relación ya no era nada. No tenía motivos para sentirse así, al borde del histerismo.

Cuando Luke abrió la puerta, Jocelyn tenía tanto dolor en el pecho que temió que sus acelerados latidos rasgasen sus músculos hasta lacerar su delicada dermis.

Se quedó sin palabras. Verlo en fotografía era una cosa, tenerlo a un metro, otra. Era real, un hombre de carne y hueso. Y era más arrollador al natural. En imágenes no se apreciaba el poder y la brutalidad que desprendía cada poro de su piel. Tenía fuerza, mental y física, y aquello era lo que emanaba como oleadas de calor en su dirección.

Cuando sonrió, Jocelyn recordó todos los motivos por los cuales había perdido la cabeza por él. Esa sonrisa estaba pensada para que las piernas de las mujeres se convirtieran en gelatina; los hombres lo reconocían como macho alfa y le cedían el paso.

Se repitió mentalmente que era una cena como amigos que querían reencontrarse para asegurarse que todas las cicatrices estaban bien cerradas. No era una cita ni una quedada para hablar de viejos tiempos. Así que dejarse deslumbrar por su físico no era siquiera una opción.

Hizo esfuerzos por sonreír.

—Hola.

¿Esa era su voz? Había desafinado como un gallo harto de anunciar la salida del sol.

—Hola.

Aquellas dos sílabas fueron certeras a su pecho. Oírle por teléfono no se asemejaba a la

realidad.

Él la hizo pasar haciéndose a un lado. Siempre tan caballeroso. Le cogió el bolso y la chaqueta para colgarlo y Jocelyn hizo un esfuerzo por no mirarle la espalda. Por suerte, la interiorista que llevaba dentro era una cotilla que siempre andaba curioseando. El granero reformado le llamó la atención al instante. Lo habían convertido en un hogar acogedor y funcional. Era extraordinario. Nunca había visto un sitio tan rústico a la par que elegante. Tenía la esencia de Luke y de su familia. Podía notarlo en el ambiente.

—Habéis hecho un trabajo increíble con el viejo granero —le aseguró—. Estoy impresionada. De verdad.

—Gracias. —Luke se frotó las manos—. Lo cierto es que creo que podría robarte el título.

—Lo mantendré lejos de ti, por si acaso.

Era extraño que se estuvieran sonriendo con una mezcla de diversión y ternura, como si estar allí teniendo aquel estúpido cruce de frases fuera donde tuvieran que estar.

—¿Quieres vino? Tengo tinto y blanco. También hay cerveza o limonada, si lo prefieres.

Ella cerró los ojos mientras hacía una mueca.

—Lo siento, Luke. Se me olvidó traer algo... —Se frotó la nuca—. Soy un desastre.

Él se rio. Jocelyn casi cerró las manos en puños. Sus carcajadas siempre le habían parecido relajantes. Eran música divina y, al parecer, con los años eso no había cambiado.

Un cartel luminoso de tres metros apareció en su cabeza, con una sirena estridente acompañando el parpadeo epiléptico de la luz. El mensaje era claro: Jocelyn estaba en peligro porque las brasas que quedaban en su interior se estaban avivando. Y aceptaría que cualquier fuego volviera a arder menos el de Luke. El suyo, no. Ese tenía que apagarse echando agua y ceniza por encima. Urgía, vaya.

—Eres mi invitada, no tienes que traer nada. ¿Entonces? —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Tinto, blanco, cerveza, limonada, agua...?

—¿Tienes algún refresco? —preguntó—. El vino mejor lo dejamos para la cena.

—Estupendo.

La dejó sola. Jocelyn aprovechó para pasearse por el salón y aplacar los nervios. No tenía sentido sentirse atraída por Luke y mucho menos notar aquellas mariposas en el estómago.

—Aquí tienes. —Le trajo un vaso con refresco y hielo. Él se había traído una lata de cerveza—. Te veo cambiada, Jocelyn.

—Las fotos engañan.

—Dímelo a mí. —Se sentaron en las butacas junto a un fuego falso que calentaba mediante un sistema de ventilación escondido—. Nunca me veo igual en las fotos que si miro al espejo.

Lo miró detenidamente. Era cierto que las fotos no le hacían justicia. Tenía el cabello más largo, los ojos con más patas de gallo y las mejillas algo más afiladas. No obstante, podía reconocer aquella mirada vivaracha y aquella sonrisa risueña.

—Creo que hay una explicación científica para eso.

—Siempre hay una explicación científica para todo —aclaró él riendo por lo bajo—. ¿Hay alguna que explique por qué estás aquí?

—Tú me invitaste —le recordó ella sin saber bien qué contestar—. Cuando te comenté que iba a venir al pueblo, me pediste que viniera a cenar.

—Pero aceptaste. ¿Por qué?

Buena pregunta. Había accedido de forma impulsiva y aún ahora se arrepentía de haber aceptado su propuesta.

—Supongo que quería hacer las cosas bien —admitió Jocelyn.

—No hablemos del pasado.

Sabia decisión. Estuvieron hablando de Harper y de Emmett, de lo inesperado que había resultado que salieran juntos y de lo encantados que estaban los Blossom con la idea de que fuera un familiar político si oficializaban lo suyo. A Jocelyn le gustaba Harper. Debía reconocer que había cometido un gran error con los O'Malley y que, quizá, el juez no fue del todo justo con la sentencia, pero ¿quién era ella para juzgar a nadie? Estaba segura de que Harper había arrastrado la culpabilidad mucho tiempo. Había pagado su condena de un modo distinto al habitual.

Empezaron a cenar. Luke había preparado pollo al horno; no le había quedado seco y el jugo de verduras le daba aún más sabor.

—Nunca pensé que fueras capaz de cocinar así de bien.

—Mi madre me pasó recetas y he tenido mucho tiempo para ir practicando. —Luke sonrió de medio lado—. Vivir solo ha hecho que me ponga las pilas. Ahora soy un experto en la cocina, en la limpieza y en la lavandería.

—¿Con la ropa también?

—¿Y ese tono de sorpresa? —Fingió estar ofendido.

—Eras pésimo haciendo la colada. Decenas de veces mezclaste ropa de color con la blanca. Incluso teñiste mi camisón. —Había olvidado aquella anécdota.

Luke se sonrojó y acudió al vino para disimular.

—En mi defensa —habló pausadamente dejando la copa en su sitio—, diré que te quedaba mejor el color azul pastel que el blanco. Porque era así, ¿no? Azul pastel.

—Cómo me enfadé —recordó Jocelyn, dándose un manotazo en la frente—. Y siempre andabas perdiendo calcetines.

—La lavadora de la residencia se los comía. Aquí no he desaparejado ninguno.

—Me dejás impresionada.

Él no dijo nada. Solo sonrió más. Ver aquellas arruguitas alrededor de los ojos le hizo darse cuenta de que empezaban a estar cómodos en presencia del otro. Estaban recordando momentos de su relación y lo estaban llevando con respeto y tono burlón. Jocelyn tomó algo de vino; la boca se le había quedado seca.

—Fue una bonita época, ¿no? —preguntó Luke, pasándose un dedo por los labios, con los ojos puestos en el pasado.

Lo cual era una idea terrible.

—No creo que debamos ahondar en aquellos momentos, Luke.

—Has sido tú quien ha recordado lo mal que se me daba lavar la ropa cuando me fui de casa. —Sus ojos entornados eran igual de acerados que su tono de voz. Jocelyn notó que el corazón le daba un vuelco. Tenía razón. Había sido ella la primera en abrirle la puerta a la juventud compartida—. Desde que has entrado por la puerta hemos hecho ver que, simplemente, somos amigos, Jocelyn, pero sabemos que no es así. ¿Por qué lo niegas?

—¿De qué va a servir tenerlo presente?

—Forma parte de nosotros.

Jocelyn tomó vino de nuevo. Odiaba aquel tema. Hablarlo con Luke se le atravesaba; le resacaba la garganta y le revolvía el estómago.

—Fue hace años y éramos unos críos. Íbamos de adultos, pero no era así —decretó, como quien posee la verdad absoluta—. Hay días que pienso en ello y me parece que lo soñé, que no fue real y que tú jamás has formado parte de mí de ese modo. Y me quedo con esa parte, más

bonita y etérea.

—Y más falsa. —Luke se reclinó en la silla. Se cruzó de brazos como si fuera un profesor al que acabasen de poner en duda los métodos para enseñar a sus alumnos—. ¿De verdad prefieres pensar que lo nuestro no pasó a enfrentarte a lo que hiciste?

—¿A lo que yo hice?

—Sí, Jocelyn. ¡Tú lo jodiste todo! —Luke cogió aire para calmarse y Jocelyn recurrió de nuevo a su copa, más la halló vacía. Frustrada, tragó saliva—. Lo nuestro fue un amor adolescente muy tierno en plena universidad, creímos que nos comeríamos el mundo, y tú fuiste por libre.

Se dio cuenta de que Luke tenía aquello enquistado en el corazón, desde hacía tanto tiempo, que ahora estaba sacándolo con buenas dosis de rencor. ¿Para qué la había invitado? ¿Para poder echarle en cara toda su frustración?

Era una estúpida. Debió haber pensado que no sería tan fácil ni tan bonito. Habían acabado mal. Esquivándose, fingiendo que jamás habían salido juntos. ¿Cómo podían cenar como si nada?

—¿Y qué había de malo en querer ir a Francia?

—No contaste conmigo. Me dejaste tirado como una colilla.

Sus palabras escocieron como echar sal y limón a una herida abierta. Intentó mantener la compostura. Tenía que razonar con él.

—No buscábamos lo mismo, Luke. Tú querías justo esto. —Y abrió los brazos para señalar el viejo granero—. Un lugar así para vivir cerca de tus hermanos. Yo, aquí, me asfixio.

—Hubiéramos encontrado el equilibrio.

—¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo en algo tan importante si no somos capaces de decidir si nuestra relación fue...?

—Eh, eh —la interrumpió alzando una mano—. Son cosas distintas. No puedes comparar elegir donde vivir con negar lo que nos pasó. ¿Acaso no fue importante para ti? —Ella quiso contestarle, pero apenas lograba formar una palabra. Tartamudeaba. Había sido muy importante para ella, la primera vez en todo. Con Luke había empezado a descubrir el mundo. Era alguien especial, por eso había aceptado su invitación a cenar aunque su instinto de supervivencia la había avisado de que no debía—. No, claro que no. Para ti fue tan sencillo descartarme de tu vida como decidir qué color puede o no puede ir en esta habitación.

Jocelyn apretó los labios. No era verdad. Ella no había podido pasar página en mucho tiempo. Durante años había estado echándolo de menos, arrepintiéndose de su decisión. Había necesitado cuatro años, con sus mil cuatrocientos sesenta y un días, para atreverse a tener una cita. ¿Y Luke se atrevía a decir que lo tachaba de su vida como si nada?

—Será mejor que me marche. —Se pasó la servilleta por la comisura de la boca. La dejó sobre la mesa y se levantó. Se percató del repentino frío que se había adueñado de la estancia. El ambiente era tan gélido como Luke, que parecía ser un iceberg. Supuso que ella no lucía mucho mejor. Notaba el hielo correr por sus venas, tan dolida estaba—. No debí haber venido.

Cuando hablaban por teléfono, él parecía tan dulce, parecía encantado de saber de ella. Quizá había explotado al tenerla frente a frente porque estar cara a cara siempre removía más que una simple llamada. O, quizá, lo había planeado todo para que aquella cena se volviera en contra de Jocelyn y la hiciera sentir culpable.

Ahondar en lo que había pasado no había sido buena idea. Mirar al pasado a los ojos siempre implicaba sufrimiento y salir escaldada.

—¿No debiste haber venido o no debiste salir conmigo?

—Ay, Luke, ¡por el amor de Dios! —Jocelyn ya había empezado a ir hacia la puerta. Se volvió para hacerle frente—. ¿Tienes que sacar las cosas de contexto?

—Sí, si estás diciendo que lo nuestro para ti fue insignificante.

—Odio que hagas eso. Siempre pones palabras en mi boca que yo no he dicho. —Notando que el dique de emociones empezaba a temblar y que se iba a desmoronar, fue hacia el perchero y cogió su ropa de abrigo—. No he dicho que fueras intrascendente, no te he despreciado. Solo he dicho que guardo un recuerdo muy bonito.

—No. Has dicho que a veces dudas hasta de haberlo vivido. No fue trascendental para ti, Jocelyn. —En dos zancadas, se plantó a su lado—. Yo lo hubiera dado todo por lo que teníamos mientras que tú me consideraste un juguete más.

Aquella acusación fue la peor de todas. Sintió que los párpados le quemaban por las lágrimas contenidas.

—¿Cómo te atreves...?

—Tienes razón. Fue un error lo que pasó entre tú y yo.

—¡Que yo no he dicho eso! —casi lo gritó—. Maldita sea, Luke. —Se pasó una mano por el pelo—. Mira, creo que para no seguir empañando un recuerdo muy valioso y un sentimiento muy fuerte que nos unió, lo mejor será que lo dejemos todo aquí.

—Sí, será lo mejor que olvidemos que nos conocemos.

Intentó ignorar su acidez porque temía con devolver la cena allí mismo. Tenía que hacer un gran esfuerzo porque su cuerpo no dominase el cerebro a causa de las costuras que se estaban descosiendo. ¿Cómo habían permitido que una conversación agradable y divertida se convirtiera en algo tan caótico y descontrolado?

Prefirió no replicarle. Eso solo daría pie a más insultos, a más reproches. No valía la pena. Se puso la chaqueta, la bufanda y, con el bolso colgando de la muñeca, se enfrentó al frío de Sherman. El viento fue como otra bofetada más que desestabilizó su interior. A pocos pasos del coche, vomitó la cena. Las lágrimas brotaron de sus ojos y el dolor en el pecho por flexionar el torso le hicieron darse cuenta de que estaba muy enfadada, triste y dolida. Con toda la dignidad que pudo, cogió un pañuelo del bolso y se lo pasó por la boca. No se planteó mirar el granero, no quería saber si Luke estaba asomado.

Mientras conducía de vuelta a casa, la desolación y el llanto se convirtieron en ira. Se sentía insultada, vapuleada. Había ido a cenar con buenas intenciones y, al verse pisando terreno fangoso, no había podido retroceder a tiempo. Luke había atacado con la artillería pesada.

Jocelyn murmuraba palabras inteligibles cuando aparcó el coche de Emmett frente al porche. Estaba más que enfadada. Estaba furiosa, sentía que había estado perdiendo el tiempo los últimos días. Había creído que podría reconciliarse con Luke, recuperar la amistad que había sido la base de su romance. Pero se había equivocado. Todo estaba cubierto de maleza llena de veneno y tratar de avanzar para mejorar las cosas, solo les clavaba espinas que infectaban todo a su paso. Era inútil.

No debería haber ido hasta allí. Ese había sido su desliz. Creer que podrían mantener una amistad alejada del amor que una vez habían sentido. Sin embargo, había sido una idiota. Luke no quería amistad.

¿La habría buscado para hacerle daño? Él no era así, él jamás había estado tan lleno de amargura y rencor, pero quizá había cambiado con el paso de los años. Quería creer que la situación se les había escapado de las manos. Quería creer que todo había sido culpa de creerse

superior a lo vivido. No quería pensar en que Luke podría haberse vuelto un ser despreciable, manipulador y calculador que se había acercado a ella para devolverle los golpes emociones que le debía haber infligido cuando rompió su relación.

Pero todo parecía ir en esa dirección.

Cuando entró en la casa familiar de los Turner, encontró a su hermano cenando a la luz de las velas y de la chimenea con Harper Blossom. Ella pareció notar su rabia pese la distancia porque su rostro perdió algo de color.

—¿Ha ido bien la salida de chicas? —preguntó Emmett ajeno a la realidad. Ella trató de sonreír.

—Podría haber ido mejor —fue todo cuanto dijo tras colgar su chaqueta en el recibidor y pasar por su lado. Necesitaba coger un poco de chocolate de la cocina y subir a su dormitorio para leer un buen libro.

—Pues es una pena. Creo que hacéis muy buena pareja —balbuceó Harper.

Emmett por poco escupió el vino que estaba bebiendo y Jocelyn se quedó con un pie en el primer escalón. Así que Harper había abierto la caja de Pandora y lo había destapado todo.

—¿De qué está hablando, Jocelyn?

—Yo, verás, Emmett...

—Mi hermano Luke y Jocelyn tenían una cena esta noche. No sé si era una cita, pero seguro que ha sido un capullo, ¿a qué sí? —Harper meneó la cabeza, parecía indignada con Luke—. Todos los hombres son iguales.

Jocelyn tuvo que taparse la boca para que Emmett no viera la gran sonrisa que había dibujado. Se había ofendido de veras por el comentario de Harper y la miraba cómo si tuviera dos cabezas.

—¿Qué? —Ella cogió su copa de vino mientras se encogía de hombros—. Tú eres muy dulce, Emmett. Pero tienes un lado capullo que, tarde o temprano, saldrá a flote.

—Sí, va con la genética masculina —la secundó Jocelyn, enarcando una ceja cuando Emmett abrió la boca en una *O* torcida—. Pero tranquila, Harper. Emmett apenas mete la pata.

—Gracias por romper una lanza a mi favor, hermanita.

Después de varios minutos llenos de rabia, encontrarse con Emmett era como hallar un oasis en medio del infierno. Caminó hacia él. De repente, se sentía agotada en lo más hondo de su pecho. Le dio un beso en la frente.

—Te quiero.

Le revolvió el pelo a Emmett y le guiñó un ojo a Harper. Sin duda, la chica no era como Luke. Era risueña, brillaba con luz propia y su mirada era tan transparente que Jocelyn creyó que podía confiar a ciegas en ella pese a todo.

Subió al dormitorio y se quitó la ropa. Cuando se miró al espejo de pie que tenía en un rincón, solo con la ropa interior, se preguntó qué hubiera pasado si se hubiese acostado con Luke. Tan pronto como ese pensamiento la asaltó, lo desterró con un movimiento de cabeza. No se hubiera ido a la cama con su ex. Eso era impensable; se trataba de la primera prohibición del manual que las mujeres elaboraban mentalmente cuando quedaban con un antiguo novio.

Oyó las risas juguetonas y sensuales de Emmett y Harper mientras subían las escaleras. Escuchó a Harper murmurar que debían ser más discretos, que no quería que Jocelyn se enterase. Desde entonces, ningún sonido más llegó hasta sus oídos, a excepción de cuando cerraron la puerta del dormitorio principal a sus espaldas. Cerró los ojos. Ojalá tuviera lo que Emmett había encontrado. Pero no quería amor. Jocelyn se negaba a sentir aquel tipo de sentimientos y no se permitía sentir. Tenía juguetes para su disfrute y amantes para cuando aquello le parecía

insuficiente o extrañaba el contacto humano. Sin embargo, las emociones estaban vetadas. Lo había aprendido tras estar con Luke: entregarle el corazón y el cuerpo a una persona podía destruirte hasta convertirte en pedazos. Y ella había tardado mucho en recomponerse hasta ser quién era.

Se volvió a vestir. Necesitaba alejarse de allí. Probablemente su hermano fuese silencioso sabiendo que estaban a apenas dos puertas de distancia, si bien Jocelyn no quería pensar que Emmett y Harper estaban bajo su mismo techo haciendo el amor. No dejaba de ser su hermano mayor, su protector y segundo padre. Había cosas que era mejor ignorar.

Bajó las escaleras y cogió las llaves del coche. Era temprano todavía, ya que la cena se había quedado a medias. Decidió ir al *pub*. Allí tomaría un *gintonic* malísimo, pero quizá encontraba alguna amiga con quien desahogarse y así olvidar aquella penosa noche.

*L*uke guardó la comida para los perros y gatos de la finca y llevó los platos sucios hasta el fregadero, los lavó y limpió a fondo toda la cocina. La energía que contenía no se evaporó tras frotar con ganas, así que optó por darse una ducha de agua fría. Ni siquiera aquel chorro helado, que le dejó la piel enrojecida y la mandíbula vibrando, pudo calmar su sangre en ebullición.

Jocelyn lo había encendido a demasiados niveles y ahora su llama no se apagaba. La odiaba. Y también la deseaba. ¿Por qué quería hacerle el amor cuando la detestaba con todo su ser?

Iba a volverlo loco.

Había sido un error contactar con ella. Nunca debió haberla buscado en redes y, mucho menos, entablar esa primera conversación. Debería haber dejado las cosas como estaban. Pero no, en vez de eso Luke tuvo que remover el pasado hablando a diario con ella a través de la aplicación de mensajería instantánea e, incluso, invitarla a cenar cuando supo que venía a Sherman a ver a Emmett.

Se vistió y se fue. La casa se le caería encima porque olía a ella y a la discusión que habían tenido. Se habían acalorado mucho mientras se echaban en cara todo el dolor que había supuesto enamorarse.

Maldijo a los sentimientos. Si tan solo jamás hubiera albergado tanto amor por ella.

Su problema había sido idealizarla. Tenía a Jocelyn en un pedestal pese a que le había roto el corazón y aquello no podía ser. Era su ex. Esa palabra debía grabársela a fuego y aprender su significado.

Fue hasta el *pub*. Estaba abarrotado. Los sábados por la noche, Douglas vendía la cerveza más barata para atraer clientela. Él se pidió una con un gesto de mano. Se sentó frente la barra y notó que la madera estaba pegajosa. Cogió una servilleta para usarla de posavasos. Echó una ojeada al local. Solo vio los mismos rostros de siempre: hombres que creían que su hogar era aquel antro y que desatendían a la familia; mujeres que querían algo de sexo o simplemente beber hasta caer dormidas; jóvenes que acababan de conseguir la mayoría de edad y quemaban los cartuchos que creían pendientes.

Sherman podía llegar a ser muy aburrido, igual que cruel, su hermana era la prueba. Pero era su casa.

Suspiró y se bebió el botellín. Pidió otro y una ración de alitas de pollo. No quería conducir borracho, así que tomaría la última.

—¿Qué haces aquí? —La voz de un amigo le hizo girarse hacia él.

Marlon, el mejor amigo de Milo, se había sentado a su lado. Siempre le había extrañado que, pese la diferencia de edad y de caracteres, su hermano mayor y ese tipo se llevaran bien. No se parecían en nada. Tal vez en eso residía el encanto y el motivo por el cual su amistad era tan fuerte y duradera. Lo observó. Milo estaría en su mujer, junto al fuego, leyendo un buen libro o haciendo el amor. Marlon estaba solo, con un *whisky* en la mano. Por el brillo de sus ojos y el

rubor de su nariz, ya llevaba varios. Douglas cada vez ofrecía alcohol de peor calidad y aquello se traducían en que la clientela se emborrachaba con más facilidad.

—Es sábado. He creído que lo mejor sería salir. —Como la cena con Jocelyn había sido en su casa, nadie sabía que se habían visto, si es que la gente de Sherman se había enterado de su vuelta—. ¿Y tú?

—Para un hombre soltero, la soledad de su casa es horrorosa los fines de semana —lo dijo a sabiendas que Luke estaba en su misma situación. Levantó su copa—. ¿Brindamos por las mujeres que nos han dejado pasar como si nada?

Qué oportuno. Levantó la cerveza y la hizo tintinear contra la copa. Marlon la apuró como si fuera el antídoto al veneno que lo corroía y lo hacía sentirse miserable y abandonado.

—Oye. —Luke le palmeó el hombro—. Quería darte las gracias por lo que hiciste por Harper. Ya me contó que la habías defendido cuando vino aquí y Douglas quiso echarla.

—Nada, nada. —La sonrisa de Marlon revelaba lo ebrio que estaba—. Solo hice lo correcto.

—Aun así, gracias, tío.

Marlon se rio como si la conversación no fuera con él y se marchó del mismo modo que había llegado, haciendo eses por el *pub*. Luke meneó la cabeza. Quizá Marlon tendría más éxito en el amor si no estuviera tan enamorado de beber hasta vomitar los viernes y sábados por la noche.

El ambiente cambió cuando ella entró. No solía andar por el pueblo, así que cuando Jocelyn iba al *pub* o a las tiendas la gente enmudecía. Incluso Luke notó que se le cerraba la garganta. ¿Por qué alguno de ellos no se había quedado en casa? ¿Tenían que reencontrarse después de la pelea justo allí?

Su presencia causó cuchicheos. Solía hacer fiestas con sus amigas allí cuando venía, a modo de celebración. En esa ocasión, iba sola. Aquello generó curiosidad.

Se sentó en el lado opuesto de la barra y, tras pedir un *gintonic*, volteó la silla y abrió los brazos.

—¿Alguien quiere un autógrafo? —Oyó que espetaba.

La gente rápidamente volvió a sus cosas y dejó de mirarla. Jocelyn siempre tenía una sonrisa en los labios, una palabra amable para sus antiguos vecinos. Esa noche estaba de un humor de perros y nadie quería tentar a la suerte.

Luke sabía por qué estaba enfadada: por el mismo motivo que él.

Le alegraba saber que no era el único que estaba pasándolo mal. Era egoísta pensar así, pero en esos momentos le gustaba ver que ella también estaba triste e irritada.

Se bebió la cerveza y dio buena cuenta de las alitas viendo cómo Jocelyn bebía de su copa mientras ojeaba el móvil. Por supuesto, ella le había visto. Sus ojos se habían cruzado y lo había fulminado con la mirada entornando los párpados como una gata salvaje.

Si había ido allí buscando refugio, no lo había encontrado. Luke tampoco. Solo quería olvidarla alejándose de la casa que aún olía a su perfume. No había servido de nada, la ley de Murphy les había hecho coincidir en el *pub*.

—¿Te pongo algo más? —La camarera mascaba chicle cuando le preguntó si quería otra cerveza. Luke apenas le echó un vistazo, ya que de soslayo seguía observando a Jocelyn. Se percató de que la camarera se había abierto más botones de la camisa y mostraba mucho escote—. ¿Mmmm?

Jocelyn dejó a medias su bebida y saltó del taburete. Se fue sin mirar atrás y no hacía ni diez minutos que había entrado por la puerta.

Antaño el amor había sido recíproco, y ahora lo era el odio.

Intentó no seguirla con la mirada.

Prestó atención a la joven que tenía ante sí. No era la primera vez que le tiraba los tratos y no sería la última; Luke jamás había caído en sus insinuaciones y no lo haría ahora por despecho.

—Dime qué te debo.

—Oh, vamos. —Ella hizo una pompa de chicle y sonrió como una loba al explotarla. No fue demasiado seductor—. Un ratito más no te hará daño. Quédate y verás cómo la noche se arregla.

—Cóbrame, por favor.

La camarera entendió que Luke le había vuelto a dar calabazas. Con una pompa de chicle que dejaba claro su disgusto, fue hacia la caja registradora de mala gana.

Luke no tardó más de cinco minutos en irse también. Se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. ¿Desde cuando iba el *pub* a tomarse dos cervezas para olvidar a una mujer? Ese no era su estilo. Él se mataba a trabajar para mantener ocupado el cerebro. No destrozaba sus neuronas ahogándolas en alcohol aunque se tratara de dos insignificantes cervezas.

—¿Estás esperando a la camarera? —La voz de Jocelyn le hizo detenerse en seco. Se giró hacia ella. Estaba apoyada en una farola, terminándose un cigarro—. No pensé que aún te tirases a la gente en el asiento trasero de tu coche.

—Y yo pensé que mi vida no era de tu incumbencia.

Ella se acercó y se detuvo a escasos centímetros de Luke. Le dio una calada al cigarro mientras le recorría con la vista. Soltó el humo, era mentolado. Se podía apreciar el resentimiento que Jocelyn le tenía.

—No lo es. Acuéstate con quien te dé la gana. Yo también tengo amantes —aclaró, tras tirar el cigarro y pisarlo—. Pero me sorprende que sigas siendo tan adolescente.

—No sabes cómo soy, Jocelyn. No me conoces porque me alejaste de tu vida.

Jocelyn chasqueó la lengua. Movié la mano para dejar el tema, hastiada de lo mismo otra vez, y giró sobre los talones para alejarse hacia su coche. Luke, no supo bien por qué, se mordió la mejilla y la tomó de la muñeca. La hizo volver a encararlo.

La besó. Fue un beso fiero, lleno de rudeza y tosquedad. Llevaba queriendo hacer aquello desde que la había visto frente la puerta del granero, y más todavía cuando discutían. Callar aquella retahíla de alaridos y reproches. Pero, cuando tuvo su boca entreabierta capturada entre sus labios, no pudo razonar más. El sentido común hizo *puenting* sin cuerda por el barranco del deseo.

El sabor a ginebra y a limón rancio no le pareció tan horrible porque se trataba de Jocelyn.

Todavía se sentía atraído. Por eso la había contactado, porque la extrañaba a niveles insospechados y no quería seguir indagando para no salir herido. Su cuerpo se prendió como quien enciende una antorcha cubierta con un trapo húmedo de gasolina. Ella pareció reaccionar del mismo modo. Se acercó a él respirando fuertemente por la nariz, como si su cercanía fuese una forma de castigarlos por la discusión de rato antes.

Jocelyn fue la primera en alejarse para coger aire. Él hizo lo mismo, pero se sintió huérfano de oxígeno tan lejos de su boca.

—¿Y esto? —preguntó ella mordiéndose la boca y mirándolo entre las pestañas. Seguían sujetándose. Él la abrazaba por la cintura y ella lo sostenía por las solapas de la chaqueta.

La miró unos segundos en la penumbra del aparcamiento. La niebla empezaba a asentarse entre ellos. Le pareció que era un espíritu, una visión. Sin embargo, el beso que acababan de compartir había sido tan verdadero como que el sol saldría al día siguiente por encima de las nubes y de la lluvia.

Se sintió morir porque, pese al odio que quería sentir hacia ella, pese al resentimiento que amargaba cada célula de su ser, mataría por tener una sola noche a su lado. Solo una. Para reencontrarse, para olvidar lo sucedido y conocer de nuevo su cuerpo, sus gemidos y sus sonrisas exhaustas.

No podían hacer aquello. Lo dicho no podía retirarse. El dolor que se habían causado no podía perdonarse con un simple beso y un montón de disculpas. El sexo tan solo empeoraría las cosas entre ellos dos, lo cual ya parecía complicado.

—Una despedida —musitó mientras se obligaba a soltarla para que pudiera irse.

Ella dudó y mantuvo las manos bien ancladas en su abrigo. Cuando lo soltó, sus dedos parecieron flexionarse como los de un robot inseguro al que acababan de configurar.

—Otro error —susurró Jocelyn.

Luke chasqueó la lengua y cerró los ojos. Dos palabras habían sido suficientes para dar razón a su instinto. Acostarse, dar rienda suelta a aquel ardor que los consumía a ambos, solo hubiera servido para ensanchar el precipicio que los separaba.

La dejó marchar preguntándose por qué había querido poner a aquella mujer en su camino. Bastante solo estaba como para seguir boicoteándose a sí mismo trayendo fantasmas del pasado.

Su plan se iba a poner en marcha esa misma tarde. Aquel pensamiento era como una inyección de dopamina. Terminó de recortar las letras del periódico de los días anteriores. Siempre los guardaba para la chimenea, iban bien para prender los primeros troncos. Y también para hacerle llegar el mensaje a Harper Blossom.

Esa asesina de tres al cuarto iba a descubrir lo que era el verdadero terror. Miró el sobre entreabierto y sonrió como solo lo haría una hiena. Había estado mucho tiempo en la sombra, mordiéndose la rabia, mas ya no tenía motivos para contenerla.

Todo estaba bien trazado y no había lugar a cabos sueltos. Empezaría provocando mucho dolor emocional a esa criminal sin alma. Iba pavoneándose por allí con la alegría a cuestas, bien cogida de la mano, como si tuviera derecho a ser feliz. No era así. Se lo mostraría despojándola de lo que más amaba. Luego, iría a por ella y le daría el golpe de gracia.

De hecho, le suplicaría que la matase para detener el sufrimiento que la carcomía y retorció su oscuro corazón.

Así sabría lo que era morir en soledad, como le había pasado a Aaron.

La diferencia era que a Aaron le lloró todo el mundo. A esa zorrilla, apenas unos pocos acudirían al funeral. No era nadie. Solo un incordio, un recuerdo de que el sistema judicial estaba podrido y obsoleto.

Lo guardó todo en el sobre y lo cerró con la barra de pegamento que había comprado expresamente para la ocasión. No iba a dejar ni una gota de su saliva en él. Incluso lo tocaba todo con guantes. No quería que le arrestasen todavía. Hasta que no tuviera a Harper a cinco metros bajo tierra, no podían descubrir sus planes o los frustrarían.

Después de esconder su nuevo ataque en un lugar seguro, cogió el coche y se plantó frente la clínica. Sabía que no había cámaras de seguridad, pero, antes de usar su última baza, quería asegurarse de que no habían instalado algunas tras lo del grafiti. Sonrió más todavía cuando se dio cuenta de los Blossom eran unos ingenuos. No habían reforzado la seguridad. Tal vez la vida de Harper tampoco les importaba tanto.

*H*arper sonrió al ver el mensaje de Emmett. Estaba con Donald en la casa familiar de los Blossom, había ido a poner en marcha el coche a su mejor amigo, ya que la batería del todoterreno de Don había muerto por el frío y el abuso de calefacción. La invitaban a comer. Lo cual era de agradecer.

Su padre estaba de ronda por las granjas y se había llevado a Maggie con él. De tanto en tanto lo hacían. Llevaban una cesta para comer en el coche y pasaban el día juntos aunque ella no entendiera apenas lo que hacía y solo se dedicara a mirar la dedicación de su esposo hacia los animales. Era una manera de mantener viva la llama y tener citas a solas, por más que extrañas que pudieran parecer. Connor estaba con Carly y Donald no había podido ir a dar clase por el problema con el coche. El resto de sus hermanos estaban en la finca dedicándose a las vacas y a los caballos.

Accedió a escaparse un rato porque no quería comerse un bocadillo de la máquina expendedora rodeada de olor a antiséptico, como los dos días anteriores donde apenas había tenido diez minutos de descanso en nueve horas de trabajo. Así no estaría sola.

Sandy y el resto de las compañeras le daban la espalda todavía, lo cual se hacía más evidente si su padre no rondaba por el hospital. Llevaba un mes en el pueblo y seguía siendo la asesina de Aaron O'Malley.

Cuando bajó del coche, miró el cielo. Esa mañana había caído un gran diluvio, pero, a la hora del almuerzo, se habían abierto las nubes y ahora era todo de un color azul brillante. El sol calentaba lo suficiente como para querer bajar la cremallera del abrigo. Era curioso, se sentía como el tiempo. Ya no había en su pecho esa opresión que había notado cuando llegó. Recordaba perfectamente el camino desde el aeropuerto y, pese la conversación animada de Pete, se había ido apagando con cada milla que la acercaba al pueblo. Nada de aquello la atosigaba ya. Se sentía liberada, ya no había tinieblas a su alrededor cuando pensaba en rehacer allí su vida. Había aceptado su destino y Emmett le había ayudado muchísimo a darse cuenta de que Texas ya no iba a volver.

La ansiedad solo estaba presente en su respiración cuando pensaba en Milo.

Ojalá su hermano quisiera acercarse a ella o le contestase a alguna de las pocas llamadas que le había hecho. Apenas había visitado a sus padres desde que Harper vivía con ellos. Por eso estaba acelerando la búsqueda de un lugar donde mudarse, aunque, con su historial, nadie quería alquilarle ni una triste mini casa con ruedas. Estar limpia legalmente porque el juez así lo había determinado, no cambiaba lo sucedido y todos creían que tenía antecedentes penales suficientes como para vetarle la entrada a sus propiedades.

Decidió que ya pensaría en eso luego. Llevaba varios días dándole vueltas al asunto, aunque siempre terminaba desechando la idea porque le daba miedo irse sola. No había vuelto a pasar nada tras el grafiti, respiraba más tranquila. Seguramente, habían sido unos jóvenes vándalos que

querían ponerla algo nerviosa. Así que solo era excusa más, pero bastaba para echarse para atrás en la decisión de independizarse.

Cuando entró en la casa, Donald estaba hablando por teléfono. Parecía enfadado. Cuando la vio, la saludó con la mano y subió a su dormitorio para no molestarla. Ella se quitó la chaqueta, preguntándose quién había despertado al dragón que habitaba en Donald

Los brazos de un hombre la cogieron por la cintura y la arrastraron a la cocina. Quiso gritar. Se contuvo porque la colonia de Emmett la envolvió también y le chivó que se trataba de él.

Emmett cerró la puerta de la cocina de un puntapié y la hizo girar entre sus brazos como si fuera una bailarina que se dejaba guiar. La besó con una urgencia que la mareó.

—¿No vas a saludarme? —susurró cuando pudo respirar impresionada por el recibimiento.

—No tenemos tiempo para eso. —Emmett la besó otra vez mientras abarcaba su trasero con las manos y la atraía hacia su bragueta endurecida—. ¿Te apetece...?

Con Emmett siempre se sentía deshecha, húmeda. La tocaba y era como acercarse a un bidón de gasolina. Ardía como una pira. En esos momentos no era diferente. Aquel beso lleno de pasión la había hecho temblar.

Casi quiso resoplarse porque la pregunta era muy estúpida, aunque agradecía que cada vez que quisiera hacerle el amor buscara su consentimiento.

Volvió a besarla sin darle opción a responder y Harper se convirtió en gelatina bajo su tacto. Sabía bien cómo convertirla en un manojito de barro moldeable. Le encantaba que Emmett ya conociera qué teclas tocar y cómo besarla para dejarla temblorosa y deseosa de más.

—Donald puede bajar en cualquier momento... —se oyó decir mientras sus manos surcaban su jersey para poder acariciar el torso fornido de su amante.

—Pues deberemos darnos prisa.

—Me voy a arrepentir de esto —se burló ella dándole un beso esquimal.

Emmett le guiñó un ojo y la arrinconó contra un mueble alto de la cocina. Sentirse atrapada entre la madera y su imponente cuerpo hizo que aumentara su deseo de que le hiciera el amor allí mismo. Saber que estaba duro contra su ingle le provocaba más escalofríos y más acaloramientos.

Quién se lo iba a decir, que Emmett era un hombre tan descarado... y que ella reaccionaría con la misma ferocidad ante una situación así. La Harper de hacía seis meses se hubiera llevado las manos a la cabeza ante su atrevimiento. Eso era lo bueno de estar juntos. Que se volvían impredecibles.

Harper casi jadeó cuando rodeó su cuello con los brazos. Emmett buscó por debajo de la falda del vestido de lana sus braguitas y rompió sin miramientos las medias para acceder a la ropa interior.

—Estamos locos. —Se tragó una carcajada traviesa—. Nos va a pillar.

—Shhhh, buhita. —Le dio un beso rápido que culminó en un mordisco en el labio inferior, cuya punzada de dolor fue directa a su entrepierna, provocando que su bajo vientre aullara.

Emmett casi rugió cuando apartó la tela del tanga y notó que Harper estaba más que dispuesta. Aquella mujer le cortocircuitaba los sentidos e inhibía sus reparos. Nunca había hecho lo que estaba a punto de hacer. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Pero desde que se había levantado, estaba ansioso por notar su cuerpo contra el de él. No podía describirlo con palabras; por más que quisiera razonar consigo mismo, no encontraba explicación para aquel deseo incontrolable que convertía sus neuronas en mantequilla fundida.

Las manos femeninas le apartaron el cinturón con torpeza. Cuando pudo desabrochar el botón

del pantalón y bajarle la bragueta, Emmett notó que su corazón dejaba de latir.

La besó en el cuello y ella se agarró a su pelo ahogando un gemido. Emmett le dio la vuelta para apoyar su busto contra el armario de dos metros. Buscó su entrada y la penetró de una estocada que les hizo morderse los labios. No podían hacer ruido. Donald le partiría la cara a Emmett si los encontraba así, en su propia casa, en la cocina.

Le tapó la boca a Harper con la mano cuando se dio cuenta de que no podía controlar las respiraciones entrecortadas. La mujer se agarró a la otra mano, que la sujetaba por el vientre, para que sus estocadas fueran profundas y mortales.

Ella fue la primera en llegar al orgasmo, tal vez urgida por el pensamiento de que podían cazarlos. Emmett no tardó mucho más. Los espasmos internos de Harper estaban provocándole oleadas de dolor que, sumadas al éxtasis que notaba en cada terminación nerviosa, pronto lo hicieron saltar por el abismo del placer.

Se recompusieron como pudieron, entre sonrisas robadas y cómplices. Emmett no podía creerse que hubiera cometido tal locura. Harper tampoco terminaba de asimilar lo que acababa de hacer. ¿De verdad había perdido el miedo y la cordura en menos de diez minutos para tener el orgasmo más arrollador de su vida?

Cuando Donald entró en la cocina, quejándose, trató de no mirarlo directamente a los ojos. Notaba que la piel de su rostro ardía por la vergüenza. Era un milagro que no los hubiera oído o visto.

Todavía tenía dificultades para respirar y estaba segura de tener el pelo algo despeinado. Rezando porque no se diera cuenta del gesto, trató de mesarse los mechones para que quedasen lisos sobre los hombros.

Con la excusa de que los hombres servían en la mesa, subió a su dormitorio.

—Pero ¿dónde vas? —protestó Donald, que ya estaba de malhumor—. ¡La comida se enfriará!

—Voy al baño. No tardo ni tres minutos.

Se puso unas braguitas limpias y unas medias nuevas y las otras las tiró en la papelera junto al escritorio. Se miró al espejo unos momentos. Sí, estaba ruborizada. Y sonriendo como una boba. Le encantaba haber perdido la cabeza de aquel modo aunque fuera una vez en la vida. Bastante encorsetada estaba ya la vida como para no aflojar los nudos de tanto en tanto.

Regresó a la cocina y encontró a Emmett y a Donald discutiendo sobre el resultado de un partido de hacía dos noches. Uno decía que la victoria era merecida, el otro que el árbitro estaba vendido. Se apoyó en el marco de la puerta mientras se bajaba con disimulo la falda del vestido.

Emmett había pasado en aquella casa innumerables horas y días. Era el mejor amigo de Donald de toda la vida y ella le había visto crecer, del mismo modo que Emmett la había visto a ella. Si de jóvenes les hubieran dicho que aquello iba a suceder, en aquella misma cocina o en su futuro, posiblemente, se hubieran reído con incomodidad. Pero la vida a veces planea para ti cosas que creías imposibles, ¿no es cierto? A ella la había tomado por sorpresa mandándole a semejante hombre para que caldease sus noches y endulzase sus días. No querría estar en otro sitio con otra persona.

—¿Por qué te quedas ahí parada? —Su hermano terminó de servir los platos y le señaló su sitio, entre Emmett y él—. ¿No tienes hambre, buhita?

—Perdón. Ya voy, ya voy.

—Hoy estás muy rara. —Su hermano arrugó la nariz y le dirigió una mirada a Emmett en busca de apoyo—. ¿No la ves tú extraña? Este comportamiento en Harper no es normal.

—Supongo que estará liada con la clínica —carraspeó Emmett disimulando mejor que ella.

—Mi caballero de la brillante armadura —le susurró al oído al pasar por su lado, antes de tomar asiento. Emmett se tragó una sonrisa para que Donald no sospechase nada. Harper le sacó la lengua antes de sentarse—. Estoy bien, Donald. Solo que no suelo comer aquí. ¿Y tú? —Le dio un codazo—. ¿Con quién hablabas? Tú no sueles ponerte así cuando hablas por teléfono.

—¿Así cómo?

—Cómo si hubieran amañado un resultado —replicó Harper aleteando las pestañas con rapidez como si flirtease.

Donald gruñó y empezó a contarle que le habían ofrecido entrenar a su viejo equipo en la capital, lo cual implicaba dejar de enseñar y regresar a la vida que había llevado. Había puesto una única condición: quería que los mejores médicos de la ciudad trataran la enfermedad de su padre, se fiaba más de ellos que los de la capital de Michigan. No querían aceptar su única cláusula, como si realmente no importase su opinión.

Y Harper se encontró sonriendo. Donald era tan familiar como ella. Tenía ética, principios y sería capaz de renunciar a sus sueños con tal de contentar a sus padres y hermanos. Pese no estar unidos por sangre, tenían los mismos valores y eso los acercaba más que la genética.

—Donald... —le supo mal cortarlo. Le puso la mano en el brazo—. Te echaré de menos.

—No he aceptado, Harper.

—Pero ellos cederán y tú terminarás marchándote —lo susurró como si aquella verdad dicha en voz alta fuera más dolorosa que en balbuceos.

*E*mmett observó a Jocelyn con ternura. Jugaba con Sherry y Manny, se reía. Parecía más joven de lo que era. ¿Cuándo su niña se había hecho tan mayor? ¿Cuándo Jocelyn se había convertido en una mujer? A veces, todavía esperaba encontrarla con dos coletas, enfurruñada porque no le gustaba que lloviera.

—¿Y si dejas de mirarme así y me traes una taza de esas? —preguntó ella sin alzar los ojos—. Huelo a café desde aquí.

Tenía un olfato especial. No solo para las comidas, sino para saber qué hacía cada persona en cada momento. Aún con los ojos cerrados, lograba adivinar movimientos como si fuera bruja. Emmett casi sonrió. Había sido un iluso al pensar que podría preparar una cafetera y hacer solo una taza.

—¿Has desayunado?

—Te estaba esperando. —Le sonrió sin dejar de mover la mano por la barriga de los perros—. Es mi última semana aquí. No sé cuándo podré volver. —Se levantó y lo abrazó—. Déjame desayunar con mi hermano mayor aunque eso signifique levantarme más temprano por unos días.

A Emmett no le gustaba pensar en que Jocelyn se marcharía en pocos días. Le dolía. Ahora que la había tenido allí un tiempo, aunque fuera corto, se había acostumbrado de nuevo a su presencia. Lo llenaba todo como cuando la luz del sol se colaba por la ventana. Sí, eso era Jocelyn. Un rayo de sol radiante. Aunque tenía sus manías y a Emmett le enloquecían: como encontrar pelos en el baño, alguna que otra prenda de ropa en las escaleras o, incluso, ver que la leche no se reponía de la despensa a la nevera cuando era Jocelyn quien la acababa. Sin embargo, extrañaría ese desorden. Su hermana era como un vendaval. Podía llegar a ser insufrible cuando estaba a tu lado, pero, luego, su ausencia era inabarcable.

No dijo nada. A Jocelyn también le hacía daño marcharse y dejarle allí solo. Lo sabía porque siempre lloraba cuando se despedían en el aeropuerto. Sería injusto echarle en cara que volviera a Nueva York, dejándolo solo en la graja familiar, cuando allí tenía una vida que la llenaba tanto como a él cuidar de la hacienda y los animales.

—Yo te pongo una taza si tú me ayudas con...

—He preparado bizcocho —lo cortó ella antes de pasar por su lado e ir a la cocina—. ¿Estás resfriado? Huele toda la cocina.

Abrió el horno que estaba apagado, pero conservaba la calidez del cocinado. Emmett cogió aire y le llegó aquel olor característico del bizcocho de limón que preparaban su abuela y su madre. Jocelyn se había quedado con su recetario para hacer copias digitales y tener siempre en su ordenador los platos que preparaban sus antepasados. Decía que era una forma de recordarlos y de pasar su legado.

—Madre mía, vuelvo a tener cinco años. —Se le hacía la boca agua.

Ella se rio y sacó el bizcocho del molde. Sirvió dos generosas porciones mientras él servía otra

tanda de cafés. Desayunaron charlando de los proyectos que Jocelyn tenía entre manos. Parecía haber uno especial, muy ambicioso.

—Te saldrá bien.

—Eso espero o estoy jodida —se quejó ella rascándose la cabeza.

—No hables así. —La señaló con la mano que sostenía la taza de café—. Si mamá te oyera, te daría un par de azotes.

—Cómo te gusta exagerar —se carcajeó.

—Sabes que no.

—Hablando de saber. ¿Eres consciente de que ya que estás enamorado hasta las trancas de Harper Blossom? —Cuando Emmett bufó, puso los ojos en blanco—. No finjas. Estás colado como cuando eras joven, que se te caía la baba por ella.

—¿Cómo?

Jocelyn se rio. Que Emmet no se hubiera dado cuenta que su atracción por la hermana pequeña de Donald venía de lejos, le pareció adorable. Pero lo cierto era que Emmett siempre había estado pendiente de Harper. Siempre andaba preocupado de que no se metiera en líos en el instituto, alguna que otra vez se había ofrecido para ayudarla cuando Donald se fue, como si fuera el jugador de fútbol americano el que la ayudase con los deberes de química. Y cuando había vuelto de la universidad, había estado semanas dudando si pedirle una cita. Hasta que el destino se había interpuesto con la muerte de Aaron O'Malley.

—Harper Blossom es tu destino. Ha estado ahí todo este tiempo, Emmett. —Le cogió la mano—. Tal vez todavía no estás preparado para enfrentarte a ello, yo siempre lo he visto en tus ojos. Cuando hablabas de la familia de Don, se te iluminaban los ojos. Pero cuando la mencionabas a ella, algo en ti cambiaba. Sufrías una transformación. Te brillaba el rostro del mismo modo que a papá cuando miraba a mamá. Incluso ellos se dieron cuenta.

Emmett se quedó a cuadros. ¿De verdad había algo que lo unía a Harper desde hacía más de una década? ¿De verdad sus padres habían sido capaces de ver algo que a él aún le costaba imaginar?

—Jocelyn, no tiene gracia.

—No te tomo el pelo. —Jocelyn alzó las cejas cuando oyó el timbre de la puerta principal que interrumpió la conversación profunda y trascendental para los hermanos—. ¿Esperas visita?

Que alguien llamase a la puerta de los Turner, no era habitual. Y menos a esas horas de la mañana en pleno invierno. Solo un loco iría hasta allí con el frío que hacía.

—No. He quedado con Harper esta noche para ir al pub a tomar algo, pero voy a ver. —Dejó a un lado el desayuno y fue hacia la entrada. Cuando abrió la puerta, se encontró con ella. Harper estaba en su porche, con la nariz roja y las manos metidas en los bolsillos del plumón. Se balanceaba sobre los pies, inquieta—. Harper, hey. ¿Qué haces aquí tan pronto? —Apenas salía el sol—. Pasa, pasa. ¿Ha ocurrido algo?

—¿Puedes salir tú? —parecía que le costaba hablar. De seguro era por el frío. Estaban a un grado bajo cero—. Quisiera hablar en privado y...

No quería que Jocelyn estuviera alrededor. Tal vez se trataba de Luke. Esos dos habían tenido una cita fallida y quizá Harper tuviera algo que contarle que él no sabía.

—¿Vamos a tu coche? —Dejó la puerta encajada. Si había una urgencia, no quería perder tiempo buscando la chaqueta. Entraron en el automóvil de Harper. La calefacción encendida fue como el abrazo de una abuela. Emmett lo agradeció. La miró y se encontró con que estaba mirando con fijeza un punto de la nada, entristecida—. ¿Harper? ¿Estás bien?

No solía mostrarse tan apagada. Jamás la había visto así, tan gris, tan acorde con el tiempo.

—No puedo seguir con esto —lo soltó de golpe, mirando el volante con los ojos bien abiertos. Cuando lo miró, parecía ser un autómatas. A Emmett se le paró el corazón—. No puedo seguir contigo.

—¿Por qué dices eso?

No entendía a qué venía aquel cambio. La última vez que se habían visto ella estaba bien, risueña, sensual, como de costumbre. Habían hecho el amor en su cocina con el peligro pisándoles los talones por la presencia de Donald.

Algo debía haber ocurrido en su cabeza para que, en un par de días, todo se fuera al traste.

Quiso tocarle el pelo, apartárselo del rostro, pero Harper ladeó la cabeza para evitar contacto. Le rehuía. Emmett se sintió mal por tal rechazo, como una bola de fuego impactando en su columna vertebral y provocando fuertes quemaduras en su sistema nervioso.

—¿Harper?

—En Dallas no acarrea lo de Aaron sobre mis hombros. Allí no era nadie y mis errores no me perseguían —empezó ella sin pestañear. Parecía hacer verdaderos esfuerzos por mantener los ojos bien abiertos—. Vivía tranquila. La Harper que soy cuando estoy contigo, es la que siempre era ahí. En Texas era libre.

—¿Vas a irte?

—No —Tragó saliva cuando se le rompió la voz. Era el primer rastro de emoción desde que habían entrado en el coche.

—¿Entonces? Si conmigo estás bien, ¿por qué alejarte de esa versión tuya que tanto te gusta?

—Mi ex me ha llamado —susurró mirando sus manos.

Parecía avergonzada. Aquellas cinco palabras fueron como un disparo para Emmett. Sabía que Harper había tenido relaciones en Dallas y en la universidad, pero no había creído que ningún hombre fuera muy importante para su corazón. Nunca los había mencionado, nunca le había explicado las historias.

—Dice que me echa de menos, que está dispuesto a llevar una relación a distancia hasta que encuentre un trabajo por aquí cerca que le permita estar conmigo.

Emmett se mordió la cara interna de la mejilla mientras notaba que una ventisca de hielo invisible golpeaba cada pulgada de su cuerpo. Harper era su acompañante en el camino de la vida porque así lo habían decidido los dos de forma tácita y, ahora, le dejaba solo en medio de una tormenta. Se encontró desorientado.

—¿Tan importante es para ti ese hombre? —se encontró preguntando—. Nunca me hablaste de él, de tus sentimientos.

—Creí haberlo dejado atrás —aclaró ella parpadeando con rapidez para alejar las lágrimas—. Pero cuando me llamó, noté algo. Algo fuerte.

—Más fuerte que lo nuestro.

Harper pareció dudar. Cerró los ojos un momento. Emmett la conocía lo suficiente como para saber qué estaba haciendo: se estaba llenando de valor para decir algo que producía heridas.

—Sí.

Emmett apenas pudo contener una mueca. Se sentía usado, utilizado. Supuso que era por el dolor de lo que estaba por venir, no dejaba de ser una ruptura. Se pasó una mano por el rostro, quiso morderse el dorso para asegurarse que aquello era real. Que estaba sucediendo.

—Lo siento tanto, Emmett. —Ella quiso tocarlo, pero él se hizo a un lado. Por poco chocó con la portezuela del coche. La miró—. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes.

Alzó la mano para interrumpirla. Sus palabras dolían, dolían más de lo que había imaginado cuando le pidió en el aparcamiento que fueran a cenar.

—No puedes mandar sobre los sentimientos —balbuceó Emmett.

Bajó del coche sin opción a decir nada más y cerró la puerta del coche como si fuera borracho. Estaba ebrio de incredulidad y sufrimiento. La ruptura había sido tan repentina como punzante. No creía que tuvieran que seguir aquella conversación, así que regresó a su casa sin más. No había nada que reprochar, nada que pelear. Ella sentía más hacia un ex que hacia él y prefería zambullirse en el pasado que atreverse a mirar al futuro con Emmett. Era la decisión de Harper y era respetable.

Cuando entró en casa, no se percató del cambio de temperatura de la exterior a la interior. Estaba entumecido, por encima y debajo de la ropa.

—¿Emmett? —Su hermana se asomó desde la cocina con un paño en la mano. Frunció el ceño al verse sentarse en el sofá con una torpeza atípica en él—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Emmett miró a Jocelyn sin verla. Solo sabía que se había arrodillado frente a él porque le había cogido las manos que estaban entrelazadas con fuerza sobre los muslos.

—¿Emmett? Me estás preocupando. ¿Qué sucede? —insistió Jocelyn. Nunca había visto así a su hermano. Emmett era un lobo solitario, pero siempre tenía una sonrisa colgada de los labios, siempre tenía un brillo especial en el rostro. Era vigoroso e intenso. Ahora estaba frío, como en trance. Incluso sus ojos estaban vidriosos.

—Harper... ella...

No pudo seguir, la lengua se le trababa. Su cerebro estaba embotado y su corazón caminaba al ralentí. No sabía cómo explicarse. Siempre que había roto con una pareja, había sido de mutuo acuerdo y por motivos tan banales que sus pocos amigos se reían de que aquello fueran razones suficientes como para abandonar una relación. Ahora era distinto. Se sentía tan diferente esa vez. No sabría decir por qué, tal vez porque había conectado con Harper.

—¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Me ha dejado —su voz sonó grave y rasposa.

Jocelyn se desinfló al momento, incluso jadeó. Aquello la había tomado tan de sorpresa como a Emmett.

No era de extrañar. Harper estaba bien los días anteriores. Era feliz, estaba siempre sonriendo y aseguraba que ya no le daba miedo el pueblo. Su acosador parecía haber entendido que Sherman estaba cambiando de parecer y no se había vuelto a manifestar desde el grafiti en la clínica.

Observó, como si no fuera con él, cómo su hermana le abría las manos, se estaba clavando las uñas en las palmas. Estaba rabioso. Sentía que le habían echado de una parte importante de su vida y de la de Harper solo porque un tipo había aparecido tras meses de ausencias y silencios.

—¿Qué ha pasado?

—Sigue enamorada de un ex que ha aparecido en su vida tras no sé cuánto tiempo —musitó.

Le gustaría saber quién era ese tipo. Ir hasta Dallas y agarrarlo del cuello. Por haberse entrometido, por haber reaccionado tarde a la marcha de Harper y, sobre todo, para amenazarle. Si no la hacía feliz, se las vería con él. Harper había sufrido demasiado por lo de Aaron, no merecía otra cosa que hallar la paz.

Jocelyn suspiró y se levantó para sentarse a su lado. Lo abrazó. Emmett se dejó acunar, todavía en *shock* por lo que había pasado minutos antes.

—No sé quién dijo una vez que el amor es cómo una brújula. Es incontrolable e indomable, solo podrás saber dónde está el norte porque allí es donde está tu camino. —Le besó el hombro

—. La brújula de Harper ha cambiado su rumbo. La flecha ya no te señala a ti y no es culpa de ella. Tampoco es culpa tuya.

—Supongo que tienes razón. —Le pasó un brazo por sobre el hombro y le dio un beso en la frente. Suerte que Jocelyn se quedaba unos días más. Si estuviese solo, el silencio sería demasiado denso para ser soportable—. Como siempre, hermanita.

—Pero que esas cosas pasen, no significa que duelan menos.

Dolía a horrores. Si tan solo se permitiera poner voz a aquel sufrimiento que le punzaba el pecho y le helaba la respiración, el grito que escaparía de su garganta sería tan desgarrador que provocaría cataclismos.

—Antes... no lo he sabido ver, pero no mentías, ¿sabes? —susurró Emmett. Jocelyn alzó el rostro, esperando que continuase hablando—. Lo mío con Harper estaba escrito desde hace mucho tiempo.

Aquella revelación lo acababa de alcanzar como un rayo. Incluso su piel temblaba y quemaba. Había negado aquellos sentimientos desde el principio y desconocía por qué había querido dejarlos rezagados. Sin embargo, estaban ahí. Latiendo y pulsando contra sus costillas.

La había querido y siempre lo haría aunque se marchase de su vida o volviera a abandonar el pueblo. No importaban las barreras interpuestas, su corazón guardaría todos los latidos por Harper Blossom.

—Llevo enamorado de ella desde hace tanto que no sabría decir cuándo pasó. Quizá, no me atreví a ponerle etiquetas por no perder a Don, no sé. —Estaba tan confuso por el descubrimiento de sus emociones como herido por el adiós de Harper—. No sé cómo he podido estar tan ciego. No sé cómo no me he dado cuenta antes de que era el amor de mi vida.

Quizá, no estaba solo porque las mujeres de Sherman le despreciasen por ermitaño o arisco. Tal vez, era cosa de él y solo de él. ¿Era posible que Emmett hubiera estado boicoteando todas sus oportunidades de ser feliz porque sabía que, a la larga, todo se iba a torcer? ¿Había sabido la verdad todo aquel tiempo y había hecho caso omiso?

—Y, ahora... no somos nada. ¿Si se lo hubiera dicho, crees que las cosas hubieran ido diferentes?

—No te martirices pensando eso, Emmett. El amor, el amor a veces no es suficiente como para mantener una relación a flote. —Le dolía pensar que aquella cita era válida para Emmett y también para ella. Luke y Harper eran los desgarros de sus corazones.

Parecía que había una especie de maldición y que los Turner y los Blossom no podían estar juntos.

*H*arper siguió con la mirada a Emmett mientras regresaba a su casa. Se sentía enferma solo con verle así, cabizbajo y confundido. Acababa de hacerle daño. Romperle el corazón también la había hecho pedazos a ella. Muchos creerían que no tenía alma, que hacer sufrir así a alguien como Emmett la convertía en carroña, en una insensata. Sin embargo, aquel era el único camino. Seguir con aquella relación solo hubiera causado más dolor. No quería más desdichas sobre sus hombros.

Se apoyó unos momentos en el volante con los ojos cerrados. Se permitió llorar unos minutos. Mantenerse firme frente a él mientras le decía que lo suyo no tenía futuro, le había costado la vida misma.

Secándose las lágrimas, se dijo que había hecho lo correcto. Aquel pensamiento era un consuelo, pero no había manera de quitarse de encima aquel olor a traición que le llegaba de su propio cuerpo. Encendió el motor y sintió que su corazón rugía con él. Enfadado por su decisión, dolorido por sus propias grietas.

Condujo hasta su casa diciéndose que no podía llorar ni permitir que los sentimientos le nublasen la razón. Cuando estaba en el coche, necesitaba tener todos los sentidos puestos en la carretera. Un descuido podría suponer otra muerte.

Si había podido controlar la maraña de histeria que la había atosigado de camino a la finca de los Turner, tenía que soportar el camino de vuelta. Así que se forzó a no apartar los ojos de la carretera, a pensar en las operaciones programadas el resto de la semana. Era el mejor modo de estar concentrada.

Pasó de largo al llegar a la clínica. Iría más tarde. Sandy tomaría sus citas de la mañana encantada. Siempre deseando ser de ayuda, siempre intentando destacar y ser más que Harper. Le iría de maravilla que estuviera en crisis.

Envenenada por sus propias acciones y pensamientos hacia el resto, golpeó el volante cuando aparcó frente la casa familiar.

Bajó de un salto del coche y caminó hasta la casa. Dejó la chaqueta en el perchero de la entrada y fue directa hasta el sótano. Una vez allí, se quitó el jersey y los botines. En sujetador y pantalones, empezó a golpear el saco. No llevaba guantes ni se había protegido los nudillos. El dolor físico de las manos eran punzadas rápidas e intensas que le hacían olvidar el sangrado de su corazón.

La adrenalina y la rabia se escaparon de su cuerpo como si hubieran pinchado un globo y el aire escapara en mitad de una fuerte explosión. En cuestión de segundos, se quedó agotada. Quizá, porque ya estaba exhausta en lo más hondo de su ser.

Estaba cansada de pelear contra el mundo, estaba cansada de pelear contra sus sentimientos y contra su propia felicidad. Todo lo que hacía salía mal y no sabía explicar el motivo.

—¿Buhita?

—Ahora no, Donald —siseó mientras se recuperaba de otro puñetazo. Fue a golpear de nuevo aquel pedazo de tela armada cuando su hermano mayor la tomó del codo—. Suéltame.

—¿Te has visto las manos? —la riñó—. Eres una descerebrada. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —Harper trató de resistirse, más él no la soltó—. Ni siquiera yo dejo que mis alumnos sean tan irresponsables cuando hacen deporte. ¡Sabes las reglas para darle al saco, joder! ¿Tienes diez años?

Ella consiguió liberarse de su agarre. No dijo nada. Don era un muro de granito al que no podría vencer, ni con golpes ni con palabras. Era inútil tratar de discutir con él. Así que subió hacia su dormitorio tras recoger la ropa.

—¡Harper! —Fue tras ella.

—Quiero estar sola —le espetó tras dejar de cualquier manera la ropa sucia en el cuarto de la lavandería—. ¿De acuerdo?

Por supuesto, hubiera sido maravilloso que Don se quedase en el gimnasio. No. Tenía que seguirla, llamándola cada pocos segundos para que le hiciera caso. Parecía no captar la indirecta.

Le odió por ser tan insistente, por no dejarla tranquila con sus demonios. ¿No tenía derecho a regocijarse en la autocompasión unas horas? Solo pedía eso. Un poco de soledad para asimilar lo que acababa de hacer y las consecuencias que iba a traer.

Trató de cerrarle la puerta de su dormitorio en las narices, pero, como jugador de fútbol americano, su fuerza era desmesurada en comparación con la de Harper. Detuvo la puerta con la palma de la mano abierta. El golpe sonó fuerte, como un bofetón. Sin embargo, no le había hecho ni el mínimo daño. Donald la abrió sin suavidad, molesto porque lo estaba tratando como si fuera invisible.

—¿Recuerdas las chicas populares del instituto que miraban a todo el mundo por encima del hombro? —le preguntó con la ceja enarcada—. Las odiabas porque decías que iban de superiores cuando no eran más que simples animadoras.

—Sí, ¿y qué?

—Que me estás recordando a ellas.

—Por favor. —Harper abrió su armario y sacó una sudadera. Se la puso. Se hubiera duchado, pero Donald estaba muy pesado y se hubiera quedado sentado en la taza el inodoro esperando que hablase desde el otro lado de la cortina de la ducha—. No me puedes comparar con esas arpías.

—Te estás comportando igual de loca que ellas. ¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —Se cruzó de brazos después de cerrar la puerta para que la conversación fuera privada y no se enterasen Maggie o Connor que estaban en la cocina desayunando animadamente.

—He roto con Emmett —se lo soltó a bocajarro, del mismo modo que le había dicho a Emmett que no quería seguir con él. Fue sin anestesia y a quemarropa, sin dar opción a réplica—. Eso es lo que ocurre.

—¿Qué? —Don parpadeó, noqueado—. Pero si estabais genial. Anteayer, cuando comimos, se os veía en vuestro mejor momento. ¿Qué ha pasado?

Harper miró a su alrededor mientras intentaba buscar las palabras. Se vio rodeada de telas de araña. Ella era la presa de aquella red de mentiras. Estaba atrapada, atada de pies y manos. Tan solo podía seguir peleando por escapar de aquel bicho venenoso y mortífero que la acechaba.

—Ha aparecido alguien de mi pasado que todavía quiero y vamos a intentarlo de nuevo.

Sabía que Don se iba a enfadar con ella. Le había dicho que le rompería el corazón a Emmett, y así había sido. Ironías del destino. Qué fastidio tener que admitir que Donald había tenido

razón. Ojalá le hubiera escuchado aquella mañana y hubiera dejado las cosas como estaban, antes de que las emociones involucradas entre Emmett y ella fueran a más hasta el punto de quemarlos y devorarlos.

Esperó con paciencia a que su hermano dijera algo. Su silencio era tan doloroso como un puñal, pero sabía que tenía que mantenerse erguida y con la guardia alta. Pronto explotaría. Como un volcán en erupción que provocaba terremotos antes de implosionar y vomitar su magma.

—¿Te refieres a un exnovio de Texas? —preguntó Donald casi sin dar crédito.

—Sí. —Harper se cruzó de brazos, a la defensiva.

—¿Has estado saliendo con Emmett mientras andabas enamorada de otro?

Hizo una mueca porque aquella acusación fue directa a la parte más profunda de su corazón.

—Sí, Donald, es lo que estoy diciéndote.

—Joder, buhita. ¡Te lo dije! ¡Te dije que fueras con cuidado! —Se mesó el pelo, frustrado—. Emmett es un hombre reservado, no imaginas cuánto le cuesta abrirse al mundo. ¿Sabes cuánto tardará en atreverse a confiar en otra mujer?

Solo de pensar en Emmett con otra, le atravesaba un puñal de pecho a espalda, pero intentó que ni su lenguaje corporal ni su expresión la delatasen. Tenía que continuar con aquello hasta el final o no habría servido de nada.

No había tenido en cuenta que iba a decepcionar a su familia. Donald solo era el primero en sentirse desilusionado. Todos los demás también se llevarían un chasco al descubrir que la pareja no estaba junta; su madre ya soñaba con un vestido de novia y su padre había dejado caer un par de veces que habría que ahorrar para cuando tuvieran nietos. La diferencia entre los Blossom y Donald era que solo a este último iba a decirle lo que realmente pensaba.

Esperó el chaparrón. Aquello era el prelude de lo que estaba por venir. No obstante, su hermano la tomó por sorpresa respirando hondo y diciendo:

—Necesito un momento para asimilar todo esto y no mandarte a freír espárragos, buhita.

—Donald... —Al ver que iba a la cama a sentarse, entró en pánico. Su hermano enarcó las cejas de nuevo al ver un montón de fotografías junto a la almohada. Las tomó entre las manos—. Dame eso.

—¿Qué es todo esto? —Las observó mientras una extraña luz llenaba su mirada. Harper se pasó una mano por el rostro. Había empezado a sudar—. ¿Quién ha tomado estas fotografías?

Ojalá lo supiera. Ojalá tuviera un nombre y apellido que rastrear.

—No lo sé —reveló.

—Buhita, son fotografías tuyas con Emmett. Y de él con Jocelyn. —Las ojeó todas. Estaba igual de escandalizado que ella cuando las encontró en el limpia parabrisas de su coche, hacía dos tardes—. ¿Qué cojones está pasando?

Harper dejó caer la cabeza hacia delante. La habían descubierto. ¿Ahora cómo iba a cumplir? Donald era el mejor amigo de Emmett, podría irle con la verdad en cualquier momento y su magnífico ardid se iría por el desagüe.

Cuando volvió a encarar a Donald, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Yo no quería... te lo prometo. No he tenido otra opción. —Se secó las lágrimas de un manotazo. Fue hasta su mesilla de noche y tomó el sobre que había guardado en el cajón. Sacó un papel amarillento—. Las fotos venían con esto.

Se lo tendió con dedos trémulos. Donald lo cogió y se sentó en la cama para leer el pedazo de papel. Con recortes de periódico habían formado palabras que, a su vez, formaban frases muy

concisas y claras. Se le descompuso el rostro. Harper sabía lo que estaba sintiendo en las entrañas mientras procesaba la información.

—¿Te han amenazado? ¿Cuándo? —Sus ojos eran dos llamas.

—El día que comimos juntos. Cuando salí de la clínica, por la noche, me lo habían dejado en el coche.

Donald soltó una serie de exabruptos en voz baja.

—Harper, puedes ir a la policía con esto y...

—¡No! No. —Intentó serenarse—. Lo pone bien claro. Tenía que romper mi relación con Emmett si no quería que a él o a su hermana les pasase nada malo. —Se sentó a su lado y buscó su mano. Donald no la retiró y aquello la reconfortó. La distancia que se había creado entre ellos los pasados minutos estaba desapareciendo. Justo lo que necesitaba para no sentirse más miserable—. Si acudo a la poli, no habrá servido de nada. Los matarán.

—Harper, esto lo ha hecho un loco. No tienes garantías de...

—Donald, entraron en la clínica para amenazarme con un escrito. Luego, me encuentro con esto en mi coche. Créeme, sea quien sea el que está detrás de mí, se ha tomado muchas molestias para hacerme llegar el mensaje.

Harper se obligó a respirar con normalidad para que la ansiedad no la afectase mientras hablaba. Había sufrido de insomnio por esa idea. Los últimos días se había relajado muchísimo, pensando que quien la había acosado aquel día con el grafiti se había aburrido de hacerla sentir pequeña y en peligro. Nada más lejos de la verdad. Debería haber estado más atenta, tal vez hubiera captado quién la había estado persiguiendo.

Hizo grandes esfuerzos por seguir hablando:

—Si ha sido capaz de seguirme a Emmett y a mí, de seguir a los Turner, es que no es un simple loco que pretende asustarme. El próximo gesto de dedo que haga puede no ser el de una cámara, sino el de una pistola. —Solo de pensarlo, se le revolvía el estómago y sentía arcadas—. No quiere que viva aquí. Y si me quedo, debo ser infeliz para que esté satisfecho —suspiró y se obligó a no llorar—. Donald. Por favor. Te necesito, esta vez no puedes ser más amigo que hermano.

Él cogió aire y miró al techo. Tenía un dilema interno. ¿Debía hacer caso a su hermana y mantenerse callado aún sabiendo que su mejor amigo estaba hecho polvo? ¿O debía acudir a él para que se diera cuenta en realidad de que Harper solo lo estaba protegiendo? Cerró los ojos.

Harper cogió el anónimo. Se lo sabía de memoria. Eran cuatro simples líneas. Escuetas, poca cosa. Pero contenían un mundo de posibilidades, todas ellas oscuras y dolorosas.

—¿Así que esa es la mentira que le has vendido a Emmett? ¿Que un ex de Dallas y tú vais a intentarlo de nuevo?

—Sí. Mi idea era irme a la capital el próximo fin de semana que tuviera libre y hacer que el pueblo entero creyera que me iba a Texas para verle. —Lo tenía todo planeado. No podía permitir que nadie tirase de los cabos sueltos y descubrieran lo que acababa de ver Donald—. Así Emmett vería verdad en mi despedida.

—Pero ¿y ese tipo? ¿Existe?

—Tuve parejas en Dallas, pero ninguno me marcó tanto como para renunciar a Emmett ahora. Y, por supuesto, ninguno ha contactado conmigo para decirme que Texas se le antoja árido sin mí. —Enterró el rostro en las manos antes de suspirar—. Mi idea era que todos los creyeráis. En dos meses, fingiría que él no había podido con la distancia y me había dejado por teléfono. Muchos dirían que era el karma, otros que me lo tenía merecido por buscona, y quedaría en paz

con Emmett.

—Lo tenías todo bien pensado.

—Si no le daba a Emmett un motivo para odiarme, ¿crees que me hubiera dejado marchar así cómo así?

Donald le acarició la nuca después de apartarle el pelo del rostro con mimo. Le sonrió con ternura.

—Emmett siempre respeta las decisiones de las mujeres. Quizá yo me hubiera enfadado, quizá hubiera puesto en duda tus sentimientos. Pero él, —meneó la cabeza con suavidad—, Emmett no es de esos. Tiene buen temple. No necesita odiarte para dejarte marchar si realmente quieres alzar el vuelo.

Lo sabía bien. Era respetuoso; había aceptado su ruptura de forma limpia y elegante, sin querer alargarla demasiado, sin ruegos, sin preguntas innecesarias que solo causaban más cicatrices e infecciones.

—¿Dónde vas? —Entró en pánico cuando su hermano se levantó y caminó hacia la puerta.

—Voy a por el botiquín. Necesito curarte las manos. —Se sacó el móvil del bolsillo del tejano y se lo enseñó antes de dejarlo sobre la cómoda—. Aquí tienes mi promesa de que no abriré la boca.

Harper soltó el aire que había estado conteniendo hasta el momento. Tenía a Donald de su parte y aquello era suficiente por el momento. Se miró las manos. Sus nudillos estaban enrojecidos y había algún arañazo. Seguramente, al día siguiente, vería las estrellas cuando operase. Había sido irresponsable e inconsciente, pero volvería a ir a por ese saco para descargar toda la ira y el terror que acumulaba en su interior.

Deseaba tener un arma. Ella no era una asesina, no se sentía como tal. Pero por defender a Emmett, por defender a Jocelyn o a sí misma, no dudaría en apretar el gatillo. Si tan solo supiera quién era el valiente que se escudaba en el anonimato para provocar sismos en su vida.

¿Cómo había podido alguien entrometerse así en su rutina? ¿Cómo podía alguien guardar tanto rencor a raíz de un accidente? ¿De verdad estaba condenada a ser desgraciada en Sherman? Ganas de irse no le faltaban. Desde que vio esas imágenes, había estado tentada de llamar a su casero para preguntar si ya había alquilado el apartamento. Pero no podía irse. Su padre y la clínica la querían allí. Tenía palabra aunque no lo pareciera.

Donald entró con el botiquín. Se sentó en el suelo y le curó sin mediar palabra. Solo le pidió disculpas en un murmullo cuando la escuchó respirar entre dientes. Acababa de desinfectarle el rasguño del meñique.

—He estado pensando, buhita.

Ella alzó el rostro con una arruga cruzándole la frente. Su hermano la miró entre las pestañas.

—Sola no vas a poder mantener esta mentira. Es demasiado rebuscada para alguien que se lo cuenta todo a sus hermanos. —Donald chasqueó la lengua—. Necesitas apoyo.

—Te tengo a ti, ¿no?

—Con un solo Blossom no basta. Necesitas a toda la familia involucrada en esto.

Era una idea pésima. Nefasta, de hecho. Y así se lo hizo saber.

—Papá enloquecería.

—Papá confía en tu criterio más de lo que crees —le aseguró Donald cerrando el pequeño maletín con la medicación de primeros auxilios—. Si de verdad quieres que el pueblo entero crea que estás con un antiguo novio, papá y mamá han de hacerlo oficial diciendo que saben de él y que lo han visto por videoconferencia un día de estos. La gente les preguntará. Y nadie pondrá en

duda a Pete y Maggie Blossom. —La sonrisa ladeada de su hermano era digna de un villano—. Mientras tanto, nosotros nos encargaremos de buscar a este hijo de puta.

*H*arper terminó la castración y pidió a su auxiliar que cerrase la herida. Salió del quirófano y se quitó la bata para tirarla. Hizo lo mismo con los guantes, la mascarilla y el gorro. Cuando se miró al espejo, se vio más desmejorada que esa mañana. Tras la reunión con su familia, había creído estar de mejor ánimo, pero ahora le parecía tener unas décimas de fiebre. Era demasiada la tensión acumulada.

Necesitaba alejarse de la Harper Blossom que veía en el reflejo. Se tomó un analgésico y ordenó su mesa. Avisó en recepción de que se iba, su turno acababa ahí. Todos la miraron con sorpresa. Nunca solía irse antes de su hora, al contrario. Bien, algún día debía ser el primero.

Cogió el coche dejando a Sandy a cargo del cierre de la clínica. Tenía el geolocalizador activado por órdenes del patriarca, para que se quedase tranquilo, así que, si querían buscarla, la encontrarían en el *pub* de Douglas. Ir a casa o al Isabella Lake no era una opción. Hacía frío, pronto anochecería y quería estar lejos de las miradas compasivas de sus hermanos.

Esta vez, nadie se quejó cuando la vieron entrar. Fue directa a una mesa. La camarera le preguntó qué quería sin dejar de mascar el chicle que parecía caracterizarla.

—Un café, por favor. Bien cargado.

—¿Has pedido un café? —La chica se rio de mala gana—. Sabes que esto es un *pub*, ¿verdad?

Harper no pudo contenerse y esa vez sí puso los ojos en blanco. La chica era tan molesta como una mosca. Sin embargo, trató de no canalizar los pensamientos y sentimientos negativos hacia ella. La pobre chica bastante tenía con trabajar en aquel antro y para alguien tan desagradable como Douglas.

—Ponle un chorrito del alcohol que creas que irá mejor con la cafeína.

Eso pareció satisfacer a la muchacha que se fue a la barra. Harper quiso golpearse la frente con la mesa, pero se obligó a mantener los ojos fijos en la pared.

Todos le habían pedido que pensase en quién podía querer hacerle daño, cómo si no hubiera intentado buscar nombres cuando lo de la amenaza en la clínica. No se le ocurría nadie. El pueblo era una comunidad pequeña y la mayoría la consideraba una forastera. Siempre había sido así. Su origen mestizo y su posterior accidente con O'Malley solo les había dado más motivos para que la vieran como una persona que no encajaba en el patrón de sus vecinos. La pregunta era: ¿quién estaba tan loco como para ir tan lento y atreverse a ir más allá de las palabras?

Pensó en Milo. Deseó tenerlo de su lado, aunque Donald no le había hecho venir al desayuno familiar. Si su hermano mayor no creía conveniente apoyarla cuando todo iba bien, ningún Blossom lo quería allí cuando las cosas se ponían feas. Podía entender esa postura, pero necesitaba que estuviera con ella.

Supuso que era mejor dejarlo al margen. Al fin y al cabo, Harper le era indiferente, ella no podía hacer nada más que mantenerse en silencio y hacer ver que la emoción era recíproca.

—Aquí tienes. —La chica le trajo el café.

—Gracias.

Se lo tomó en dos sorbos. Se despejó del todo y fue más consciente del dolor que encerraba entre las costillas.

Rememoró las expresiones de incredulidad y dolor de Emmett al explicarle que le dejaba. Se había sentido tan rastrera rompiendo así sus diques y fortificaciones, pero se había mantenido firme porque sabía que si no, el peligro dejaría de estar en un papel. Sin embargo, en ese mismo instante, desearía que todo fuera una pesadilla y poder estar entre sus brazos.

Quiso gritar y arrancarse la piel y mucho más. Estaba llena de recuerdos. Desde insignificantes, como la noche en que planearon dar una vuelta en lancha motora al lago, junto a la casa de los Blossom, a más importantes, como la primera vez que habían hecho el amor sin saber qué aquellas caricias no serían las últimas.

Estaba enamorada de Emmett. Lo sabía desde que había visto aquellas fotografías y se había dado cuenta de que dejarle era la única manera de salvarle la vida. El dolor que había sentido en ese momento la había derribado de rodillas. No sabía cuánto tiempo había pasado frente a su coche llorando por lo que estaba obligada a sacrificar.

Se había enamorado antes de tipos corrientes que creían que una relación no tenía que trabajarse. ¿Cómo no iba a enamorarse de Emmett, que era atento, amable, generoso, gracioso, cariñoso e inteligente? Solo una idiota lo dejaría escapar.

Ella era esa idiota.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Jocelyn. —No la había visto venir. Notó que una mano le agarraba la tráquea y se preguntó si su acosador la estaba observando en esos momentos—. Yo... claro.

Tenía que alejarse de los Turner, tenía que mantenerlos lejos de ella y de su familia. Era lo que decía el anónimo. Sin embargo, en esos momentos deseaba que Jocelyn le dijera lo malvada que era por haber dejado a su hermano mayor. Aquello la haría ver que había tomado el camino correcto. El doloroso, sí, pero el correcto para mantenerlos a salvo.

—No tienes buen aspecto, Harper —no lo dijo con retintín. Jocelyn fruncía el ceño como si de veras estuviera preocupada por su salud—. Deberías ir a casa a descansar, no estar aquí.

—La casa se me cae encima.

—Ya. —Levantó el brazo para que la camarera fuera a atenderla—. Nunca sé qué es mejor: que te rompan el corazón o rompérselo tú a alguien.

Harper parpadeó. No podía creerse que Jocelyn acabase de decirle aquello, como si le quitase importancia a lo que había sucedido ese amanecer en la casa de Emmett. La observó pedir una cerveza sin alcohol.

—¿Sin alcohol? —La camarera quiso hacer una pompa de chicle, pero falló—. ¿Estás segura?

Qué manía tenía la chica con cuestionar las decisiones de la clientela. ¿Acaso Douglas le pagaba más por convencer a la gente de consumir bebidas alcohólicas?

—Estoy segura, sí. ¿O vas a responder civil y penalmente por mí si tu cerveza con alcohol me deja algo tocada y termino estrellándome?

La chica cerró la boca como si el chicle fuera pegamento que le había unido los labios. Se fue con un golpe de melena mientras Harper la aplaudía para sus adentros. La chica tenía carácter. Guardaba dentro a una leona que sabía cuándo y cómo arañar; seguramente, la gran ciudad la había curtido para hacerla invencible ante gente que incordiaba a la mínima.

—Disculpa, no pretendía ofenderte con lo de... —Jocelyn se quedó lívida.

—No te preocupes. Lo que pasó hace cinco años fue cosa mía. No hubo cervezas de Douglas de por medio ni camareras sin dos dedos de frente —la calmó Harper. Se calló cuando la chica trajo la lata y se marchó sin añadir nada más. El rapapolvo de Jocelyn la había hecho enmudecer—. Brindaría contigo, pero me terminé el café antes de que llegaras.

Ambas se dieron cuenta de que la gente las miraba. Por algún motivo que desconocían, los rumores de ruptura entre el heredero de los Turner y la única hija de Maggie y Pete Blossom ya circulaban. Esa gente tenía oídos en todas las paredes del pueblo, ya fueran coches, casas o establecimientos. Y se preguntaban qué planeaban la hermana del afectado y la causante de su desazón.

Jocelyn enarcó una ceja y Harper juraría que estaba musitando números del uno al diez, enumerándolos, para aplacarse.

—Está bien. —Ella le dio un trago y luego dejó la lata sobre el posavasos que había encontrado en una esquina de la mesa—. Solo quería decirte que no tienes que justificarte.

—¿Cómo?

—Las rupturas se dan. Siempre hay uno que asume el papel de malo, el que lo deja todo y la gente se pregunta por qué hizo algo así si lo tenía todo. ¿Verdad? —Su risa estaba desnuda de emociones; Jocelyn no pareció humana—. Esta vez te ha tocado a ti. Solo quería decirte que has sido muy valiente. Es mejor luchar por lo que quieres en realidad aunque eso cause dolor a otros, que vivir en una mentira donde el otro terminará por ser infeliz.

—¿De verdad crees eso? —Harper estaba en *shock*. No contaba con que Jocelyn fuera tan comprensiva, ni tan sabia, y mucho menos que estuviera de su lado. Contaba con que iba a insultarla, a amenazarla con que no se acercase más a Emmett si recapacitaba.

—Cada pareja es un mundo, pero creo que es tu caso. —Le dio otro trago a la cerveza—. No pienso ponerte verde, ni de frente ni a tus espaldas. Emmett tampoco, él no es así. Mi padre lo educó en una rectitud que ya quisieran muchos adolescentes de hoy en día.

—Me quedaría más tranquila si te metieras conmigo, la verdad.

—Ojalá pudiera, Harper.

Se sonrieron. Una estaba agradecida por la comprensión, que en esos momentos le iba genial a su autoestima desgarrada; la otra quería ofrecerle apoyo, sin olvidar que Emmett era su pilar fundamental y que iba a estar a su lado a muerte.

El teléfono de Harper sonó.

—Disculpa, es de la clínica... —contestó a la llamada. Escuchó a su padre y cerró los ojos. ¿De verdad el destino era tan cruel? ¿El azar tenía algún motivo en concreto para ensañarse con ella?—. ¿No puedes ir tú? —Siguió escuchando a su padre, que se quejaba de que ese día temblaba más de lo habitual y que su auxiliar ya empezaba a sospechar que algo no iba bien—. Muy bien. No, no te preocupes. Voy para allá ahora mismo.

—¿Tienes material en el coche? —preguntó su padre.

—Siempre —susurró antes de colgar. Miró el móvil unos segundos mientras el café se le revolvía en el estómago y amenazaba con hacerla correr al baño—. Jocelyn, tengo que ir a la granja de tu hermano. Emmett ha llamado a la clínica: tiene una emergencia.

—Voy contigo.

—Invito yo. —Harper sacó un billete de diez y lo dejó sobre la mesa.

Cuando pasaron junto a la barra, un anciano quiso escupirle. No le dio porque la falta de dientes le hacía tener mala puntería. Harper quiso increparlo, pero Jocelyn la hizo continuar. Sin embargo, la chica le mostró el dedo corazón.

—Gracias —musitó Harper.

—Este pueblo me tiene frita. No tienen educación. —Jocelyn se abrochó la chaqueta con enfado—. Si no se comportan con decencia, yo tampoco. Estoy cansada de poner la otra mejilla. ¿Tú no?

Harper quiso contarle la verdad. Parecía buena chica, sin mal fondo. Pero supo que haría como Emmett. Defendería poder decidir con quién se juntaba y por qué sin importar las consecuencias. No podía arriesgarse así.

Jocelyn iba primera en la carretera y Harper la seguía con el coche. Cuando aparcó tras el coche de Emmett, que la muchacha había tomado prestado, envió un mensaje a sus hermanos para que supieran donde estaba. Clive iría con una vieja moto hasta la finca de los Turner y luego la transportarían en el todoterreno de Harper para regresar a casa juntos. Así no volvería sola y no sería blanco del lunático. Hasta que no lo localizasen o encontrasen un hilo del que tirar, se negaban a dejarla sola más de lo necesario.

Se quitó la chaqueta y se puso el mono por encima de la ropa. Solo cuando vio que estaba a semiabrochar, se quitó el jersey. Iba a sudar. Siempre le pasaba cuando trabajaba con animales tan pesados y llevaba muchas capas, el ejercicio físico la hacía arder.

Se calzó las botas, cogió su maletín y siguió a Jocelyn hasta la granja. Emmett salió al encuentro. Contando que hacía solo unas horas que se habían visto para terminar su relación, Harper quiso dar media vuelta y salir corriendo. Pero tenía un código. Un animal estaba sufriendo y no podía marcharse sin más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intentando que la voz no le temblase como lo hacía su corazón. Quería lanzarse a sus brazos, pedirle perdón y contarle toda la verdad. Sin embargo, no podía hacerlo. Debía mantener su mentira hasta que sus hermanos encontrasen algo, un nombre o una pista.

—Una vaca ha parido hace un rato. El ternero está genial, pero se le ha salido el útero y no consigo...

—Tiene un prolapso —terminó por Emmett comprendiendo lo que ocurría—. ¿Cuánto lleva así?

—Por lo menos, hora y media.

Todos los conocimientos que sabía sobre prolapsos en todo tipo de animales pasaron ante sus ojos. Los apuntes de la universidad, las explicaciones de sus profesores, lo vivido en Dallas y lo que había hecho con su padre nada más llegar en la granja de los Winnie.

—Vale. —Fue hasta donde estaba la vaca. Estaba tirada en el suelo y efectivamente, tenía el útero fuera del cuerpo. No era agradable ver aquel tipo de situaciones. Se desinfectó las manos—. ¿Y dices que has intentado introducirlo de nuevo?

—Sí, pero no he conseguido nada. Creo que lo he empeorado, Harper.

Ella no dijo nada. Vio que el útero tenía restos de cuando la vaca había estado tirada en el suelo.

—Necesito que me traigáis agua fría en cubos.

Se puso guantes. Se acercó al animal, cuyo útero colgaba fuera del cuerpo, susurrándole palabras tranquilizadoras. Revisó el útero para asegurarse que estaba en perfectas condiciones para reintroducirlo dentro del cuerpo de la ternera adulta. Maldijo por lo bajo cuando vio que estaba rasgado por un lateral. Lo primero era coserlo. Se concentró en reparar esa fisura mientras Jocelyn y Emmett le traían dos cubos de agua fría.

Emmett se puso al otro lado del útero para ayudarla en lo que fuera necesario.

—Cuenta con mis manos —susurró cuando se arrodilló.

Ella le lanzó una mirada rápida de agradecimiento. En esos momentos no eran dos personas que tomaban senderos diferentes, sino dos humanos preocupados porque otro ser vivo saliera adelante. Harper sabía que Emmett también tenía esa capacidad, la de dejar los sentimientos, ya fueran buenos o malos, a un lado. Eso decía mucho de él como granjero.

El tiempo jugaba en su contra, siempre era el puñetero tiempo el que la ponía contra las cuerdas.

—Esto pesa. ¿Puedes ayudarme a sostenerlo? —le preguntó.

Él asintió. Se puso los guantes que Jocelyn le tendió del maletín de primeros auxilios de la granja y aguantó con estoicidad el peso del útero de la res. Era admirable que el amor por sus animales fuera tan inmenso como para soportar el dolor de brazos que aquello debía estar causándole.

—Lo tengo —lo dijo más para sí misma que para el dueño de la granja. Lavó las costuras y se cercioró de que el trabajo era impecable. Si había otra rotura, no sería a raíz de un mal uso con agujas—. Bien. Ahora viene lo más complicado.

Con el agua, lavó los restos de paja y excremento seco que se habían adherido al tejido. Estaba rosado, por lo cual no había problemas de circulación. Aquello era buena señal y animó a Harper a seguir. Se limpió el sudor de la frente con la manga del mono.

—¿No se le ha necrosado nada? —preguntó Emmett tras ver cómo inspeccionaba cada ángulo del útero.

—No. Todo está en perfectas condiciones para hacer una reposición manual. No creo que tenga que intervenirla —le aseguró.

Lo miró a los ojos, por más de cinco segundos esa vez, mientras se lo contaba. Vio que en ellos había esperanza por el animal, admiración por su profesionalidad y dolor por su presencia. Deseó tanto que fuera su padre quien estuviera tratando aquel prolapso, pero entendía que no era un caso apto para sus temblores de manos.

—¿Por qué sigues echándole agua fría? —preguntó Jocelyn al cabo del rato. Estaba frente al animal, hablándole con suavidad y una delicadeza envidiable para que no se pusiera nerviosa. Si daba una coz, podría alcanzar la cabeza de Emmett o de Harper.

Quizá le incomodaba el silencio que había entre ellos. Sin duda, a Harper le lastimaba la tensión que notaba entre Emmett y ella, tan eléctrica que le erizaba el vello de la nuca.

Harper ya había eliminado cualquier elemento que pudiera infectar el organismo del animal, pero seguía echando agua sobre el tejido.

—El agua fría hará que su volumen disminuya y será más fácil volverlo a introducir en su interior —le explicó como cuando en Dallas tuvo que enseñar el mismo caso a un estudiante en prácticas. Solo que en aquella ocasión fue una yegua. Los prolapsos de aquel estilo eran más sencillos en animales pequeños, pero si se daban en terneras o caballos las cosas se ponían más complicadas—. ¿Cómo va el ternero?

—Ya se ha levantado. Pero quiere ir con su madre.

—Pronto —musitó Emmett echando un ojo a la cría por encima del hombro.

Harper estuvo unos minutos más mojando el útero. Lo miró de nuevo para corroborar que no pasaba nada por alto y se dispuso a introducirlo con ayuda de una pomada que contenía antibióticos. También lubricaba. Eso ayudaría a que la reposición no fuera tan dura para la veterinaria. Todo era presión manual. Por suerte, había pinchado una epidural de baja intensidad para poder hacer su trabajo sin estar pendiente constantemente de si recibía una patada.

Con cuidado, empezó a trabajar con el útero. Regresarlo a su lugar fue duro. En más de una ocasión tuvo que decirse que en una hora estaría en el coche, de copiloto, descansando la musculatura, mientras Clive era el encargado de dirigir el volante con esos bíceps tan relajados.

—¿Estás bien? —Emmett tragó saliva. Se había dado cuenta de que Harper cada vez se quedaba más pálida y de que le era más difícil hacer presión manual.

La fiebre había regresado. Se notaba caliente y con sudores fríos lamiéndole la espalda. Estar a la intemperie junto a Emmett solo agravaba sus síntomas.

—Sí. Esto ya casi está...

Tardó diez minutos más en asegurarse de que todo estaba en la posición que tocaba. Harper casi gimió de gusto por ver que había hecho todo bien.

—¿Por qué cosas? —preguntó Jocelyn, asomándose un poco y ver que Harper seguía con hilo y aguja.

—Para evitar que vuelva a expulsar el útero. —Terminó la sutura y respiró tranquila—. Terminamos, amiga. —Le palmeó el lomo—. Menudo susto nos has dado. Por suerte, todo está arreglado y ya puedes estar con tu bebito.

Los observó juntos. El vínculo entre madre e hijo era increíble sin distinción en especies. Incluso esas que los humanos insistían que no sabían qué era el amor materno, siempre demostraban que tenían un espacio para estar con sus crías, limpiarlas, darles de comer y enseñarles a ser autosuficientes.

Se quitó los guantes con un chasquido. Los últimos días se había atrevido a fantasear en formar una familia con Emmett. No se lo había dicho a nadie. Sin embargo, esa idea se había implantado en su cabeza. Ahora, arrancarla de cuajo le provocaba estremecimientos, así que lo mejor sería desterrarla.

—¿Harper? —La voz de Clive la hizo apartar la mirada. Estaba en un extremo, junto a la casa. La esperaba.

Ella asintió en su dirección. Se soltó el pelo tras recoger todo el instrumental y lavarlo en el cubo de agua fría que había quedado pendiente. Lo desinfectó antes de guardarlo. Se volvió hacia Emmett que también la miraba con fijeza.

—Hemos de hablar de honorarios, Harper.

Que la llamase por su nombre con tanta sequedad y distancia fue como un puñal en su estómago. Estaban cerca a la par que lejos. Era tan desagradable ver que se habían reducido a simples profesionales, como si no hubieran compartido orgasmos o besos...

—A final de mes, Emmett. Como siempre —le informó.

—Espera. —quiso cortale el paso, si bien ella enarcó las cejas para dejarle claro que no le gustaba sentirse acorralada—. Quería agradecerte que hayas venido. —Su tono cambió, se suavizó. A Harper le sangró el corazón; prefería que fuera el hombre de acero que uno tierno—. Es muy importante para mí que estés aquí, echándome una mano con la granja. Yo solo no hubiera podido solucionar todo esto.

Ahí estaban de nuevo las ganas de abrazarlo, de pedirle disculpas.

El anónimo apareció ante sus ojos, flotando como una aparición infernal. No podía decaer ahora. Debía adoptar la postura más fría, distante y borde que hubiera en su interior.

—Solo hago mi trabajo.

—Podría haber venido tu padre o Sandy.

Sabía por dónde iba, así que no entró en su juego. Se agachó para coger el maletín y cargárselo al hombro. Levantó la mano para despedirse de Jocelyn, quien le devolvió el saludo. Fue hacia

su hermano sin mirar atrás. Se dijo que no podía girarse. No quería saber si Emmett la estaba ignorando o miraba su espalda en busca de respuestas que no podía darle.

Clive le quitó el maletín, la abrazó con un brazo y le besó la sien.

—Buhita... —Cuando vio que ella hacía un aspaviento como saludo, frunció el ceño—. Tienes fiebre. —Volvió a poner la boca sobre su frente—. Esto no me gusta. Vamos a casa.

—Me parece bien.

Durmió parte del trayecto. Tuvo pesadillas, pero la mano de Clive en su rodilla cuando se inquietaba apartaba los fantasmas de dientes puntiagudos y ojos brillantes que la acechaban. Rosemary la ayudó a meterse en la bañera caliente que le había preparado. Todos la trataban como si fuera de porcelana. No tenía fuerzas para recordarles que no era una inválida. Harper se dijo que aquel día podía dejarse mimar. Al fin y al cabo, estaba llena de grietas y su familia solo quería ponerle tiritas con atención y mucho amor.

A partir del día siguiente, se mantendría de pie ante las adversidades.

No era una niña.

Era una luchadora. Había superado cosas peores. Se repondría a un corazón roto, a haber resquebrajado otro, y ganaría al terror de que ese loco, que iba tras ella, la encontrase. No pensaba permitir que la ansiedad y el miedo vencieran la partida. Ya no. Nunca más. Era Harper Blossom y no estaba dispuesta a seguir recibiendo golpes de aquí y allá. Era el momento de defenderse, de empezar a tomarse la vida con otra filosofía. La de Jocelyn o la de Donald, por ejemplo.

Cuando se levantó al día siguiente, ya no había rastro de fiebre. Otro analgésico antes de dormir junto la sopa casera y tibia de Maggie Blossom habían ayudado a que sus defensas volvieran a subir. Bajó hasta el sótano y se puso los auriculares. Sentía la energía brotar de cada milímetro de su organismo, como pequeñas explosiones que servían para quitar la pereza a las células que restaban dormidas.

Empezó a golpear el saco como si fuera el tipo que iba tras ella y tras Emmett. Lo golpeó con puños y pies. Fue certera, letal. La adrenalina que debería liberar se guardó en su interior, burbujeante, a la espera de ser usada.

Porque iba a tener que recurrir a ella.

En algún momento, la persona que la estaba persiguiendo iba a personarse ante sus narices y Harper debería hacerle frente. Estaba en su poder ganarle la batalla o permitir que le hicieran jaque mate.

Maeve O'Malley había desaparecido. No se encontraba en la finca. Su marido dio la voz de alarma a la policía y a los vecinos, que congelaron sus actividades para ponerse a ayudar. Era martes, a media tarde. Pronto caería la noche, el sol en invierno se escondía antes. El frío entonces sería peor que ahora y Bern creía que solo vestía con un batín y unas zapatillas de andar por casa. Ante el aviso de tormenta inminente, la policía temía perderla, en todos los sentidos, si no la hallaban antes del alba del miércoles.

Cuando la noticia llegó a los oídos de los Blossom, Pete y Harper decidieron cerrar la clínica y quedarse de guardia a través del móvil. Fueron a echar una mano en las tareas de búsqueda. El pueblo entero la fulminó con la mirada al verla aparecer, pero se mantuvo estoica en su sitio.

Los agentes creían que, dada la hora aproximada de la desaparición y la desorientación de la mujer, no podría haber ido muy lejos. Les daba miedo que hubiese ido al lago. Por más que se hubiera helado, la capa de hielo era muy fina y se resquebrajaría ante el peso de una persona adulta si se mantenía mucho rato en el mismo sitio. Dada la depresión en la que estaba sumida, aunque los psiquiatras intentasen tenerla bajo control, temían que hubiera cometido una locura.

Cuando la gente se dispersó, Harper se quedó paralizada. ¿Maeve de verdad había ido hacia el lago? Para ello debería haber caminado un buen tramo de carretera y haber cruzado la finca de los Scott. Aquel tipo de trayecto a paso normal podría tardar en hacerse en cuarenta minutos. Al paso de una mujer drogada, quizá, el doble. ¿Nadie la había visto?

Miró hacia atrás, hacia la finca de los O'Malley. Se erigía como un lugar aterrador ahora que la desgracia volvía a cernirse sobre la familia. Maeve sentía aquel su hogar. De querer suicidarse para reunirse con Aaron, lo haría allí. Cerca de donde su hijo había crecido hasta...

¿Y si...? ¿Sería posible...?

—¿Harper? —Su padre le tocó la mano y tironeó de ella—. Vamos, hija. La policía nos ha pedido que vayamos en coche por el camino del Águila, a ver si la vemos por allí. Dudo que Maeve conozca ese atajo, pero...

—Papá, ve tú. Tengo que comprobar algo. —Le tocó el hombro con suavidad antes de caminar hasta Bern, que estaba sentado en un banco de madera, al lado de la puerta principal de su casa. Su hermano y su cuñada estaban a su lado, tapándolo con una manta y susurrando palabras tranquilizadoras—. Bern...

—¡Tú! —Su cuñada se incorporó y la señaló con un dedo—. Tú, maldita asesina. Tú eres la culpable de todo lo que está pasando.

—Nathalie... —protestó su marido intentando apartarla de Harper.

—No pienso callarme más. ¡Estoy harta! —gritó llamando la atención de los pocos que quedaban por allí. Harper miró de reojo hacia los coches y vio que su padre estaba con un pie dentro del automóvil, observándolos. Estaba esperando para actuar si la cosa se ponía fea. Mierda—. Durante semanas te has pavoneado por Sherman como si nada hubiera pasado, pero

aquí no eres bien recibida. ¡Mataste a Aaron!

—El juez dijo lo contrario, Nathalie —intentó defenderse con la voz más calmada que encontró en sus cuerdas vocales.

No le tembló la voz, un punto a su favor. Intentó agarrarse a esa seguridad. Si flaqueaba, se habría vendido.

—El juez, el juez. ¡El juez no sabe de dolor, de familia! —chilló, casi fuera de sí, la otra mujer. Harper se preguntó si la abofetearía. Ganas parecían no faltarle—. La muerte de Aaron cayó sobre tu conciencia. Y también caerá sobre ti la de Maeve si...

Pretendía herirla y lo consiguió durante unos segundos, mas se serenó. No. Ella podría haber causado la muerte de Aaron, pero la decisión de quitarse la vida recaería sobre Maeve si no la encontraban viva.

—¡Basta! —Bern alzó la voz, dejando a todo el mundo sin aire en los pulmones—. Encontraran a Maeve sana y salva, estoy seguro. En cuanto a Harper, no voy a permitir que le hables así en mi casa, Nathalie.

—¡Ella asesinó a tu hijo!

—Bern. —Ignorando a la cuñada sobreprotectora del hombre, se arrodilló frente a él y le tomó la mano con las suyas. Estaba helado. Vibraba todo su cuerpo por la desesperación. Se miraron a los ojos como dos almas heridas, una por el pasado y otra por un temor renacido de perder todo cuánto le quedaba—. No creo que Maeve haya ido al lago.

—¿Por qué dices eso, Harper?

—¿De verdad vas a escucharla? —Su cuñada no daba crédito. Se giró para mirar su esposo, quien parecía incómodo por lo que estaba viendo—. Di algo. ¡No te quedes ahí mirando!

—Nathalie, confío en mi hermano —fue todo cuanto dijo.

—Bern, sí creo que Maeve ha perdido el juicio y que su intención es... —se atragantó y no pudo terminar. Bern le palmeó con la otra mano—. Pero no en el lago. El lago no es apuesta segura con todo el hielo.

—Entonces, ¿dónde? —le preguntó. Se agarraba a cualquier nueva opción, a otro camino que nadie hubiera tenido en cuenta y que fuera a llevarlo a su mujer.

—Donde ocurrió todo —farfulló.

Él cerró los ojos y suspiró. Ambos sabían lo que quería decir Harper. Allí donde Aaron había perdido la vida por su culpa. Allí donde Bern colocaba un ramo de flores cada aniversario de aquella fatídica mañana.

—Con el hielo y la nieve acumulada en el campo, no podrá llegar ningún coche —comentó el hermano de Bern—. Es imposible. Solo podemos ir a pie para comprobar si está allí.

—Con el frío que hace, tardaríamos el doble que si fuera verano. Y ella nos llevaría ventaja —suspiró Bern volviendo a notar el sabor metálico de la desesperación en la lengua.

Harper se levantó y se pasó una mano por el pelo, que estaba frío a causa de la humedad del ambiente. Miró a su alrededor buscando en algún rincón la inspiración que la ayudasen a avanzar. Los O'Malley tenían razón. A pie tardarían horas en llegar hasta el punto exacto donde Harper se llevó por delante la vida de Aaron. Y, para entonces, la noche ya habría caído y sería demasiado tarde. Todo parecía ir en contra de la vida. Como si Maeve hubiera decidido hacerlo aquel día para que nadie se lo impidiera.

—Quizá si piden algún helicóptero —empezó a decir Nathalie algo más calmada, refiriéndose a la policía.

Con aquel aparato solo la localizarían. Llegar hasta ella sería muy complicado. Debía haber

algún otro medio para rastrear el perímetro y darle alcance con rapidez.

Y entonces lo vio claro. Se miró a sí misma y supo que podía hacerlo. De un salto bajó las escaleras del porche y fue directa hasta su coche. Abrió el maletero sin hacerle caso a su padre que empezó a seguirla mientras rodeaba el automóvil.

—¿Qué pasa, Harper?

—Papá, Maeve no está en el lago. Estoy convencida de que la policía está equivocada. Creo que sé dónde ha ido... —Cogió del maletín una jeringuilla y un bote. Lo guardó en su bolsillo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Si la encuentro, no va a querer venir conmigo. —Tomó un rifle donde ponían los dardos anestésicos para tratar a los animales más tercos y salvajes que sus clientes tenían en las granjas y ranchos. Lo cargó al hombro—. Esta es la única manera.

Cogió la linterna y una manta térmica.

—¿Y si es una trampa? —preguntó su padre. Hacía una semana que habían recibido el anónimo y no saber quién podría haberlo enviado escamaba a Pete.

—Eso es absurdo, papá.

—Pero podría ser, hija...

Suspiró. Le enseñó el móvil.

—Tendré el geolocalizador activado. Si veis que en dos horas y media no estoy de vuelta, rastreadlo y encontradnos.

—¡Harper! —Su padre trató de impedirle que fuera hacia Bern, pero ella regresó sobre sus pasos.

—¿Dónde vas con esa arma? —cuestionó el hermano de Bern, barrándole el paso.

Ella lo empujó y todo el mundo lanzó exclamaciones al aire.

¿Por qué todo el mundo la cuestionaba? ¿Por qué todos la trataban como si fuera a encontrar a Maeve para rematarla? Por el amor de Dios. ¿Nadie podía olvidar el pasado unos segundos y centrarse en el presente? Aaron estaba muerto, su madre no. ¡El tiempo corría en su contra! ¡Y todo estaban pendientes de sus pasos!

—¡Cada minuto que pasa, las probabilidades de encontrar a Maeve viva disminuyen! —vociferó—. Yo sé dónde y cómo encontrarla. Si os interponéis en mi camino, ¿sobre la conciencia de quién caerá su pérdida? —Esa vez miró a Nathalie que se encogió sobre sí misma.

—Dejadla, por favor. Este odio tiene que terminar —ordenó Bern entre disgustado y exasperado. Le hizo un gesto para que se acercase y Harper respiró hondo. Por fin. Alguien confiaba en ella.

—Bern, necesito que me dejes a Pirata.

Tras asegurarse de que el rifle no heriría de muerte a su esposa, aceptó y la acompañó a las cuadras.

Entre ambos ensillaron a Pirata. Sería el más dócil, el más fácil de llevar. Parecía que Harper le había caído bien. Thor parecía recordar que ella le había abierto en canal, pese a estar dormido, y todavía le bufaba con recelo.

Pusieron tras la silla la manta térmica y con unas cintas de cuero, Bern le ató a la cintura el rifle, así lo tendría sobre su regazo en todo momento. Se ató la linterna a la muñeca. Por ahora, podría tenerla apagada, pero pronto la necesitaría. Dudaba haber regresado antes del crepúsculo.

Se montó sobre Pirata y, cuando se encontró a semejante altura, con tal musculatura bajo el trasero y entre los muslos, tragó saliva. Llevaba sin montar a caballo un año. Pero podría hacerlo. Si había vuelto a conducir tras el accidente, con la ansiedad que eso le había generado los

primeros meses, tras un año sin practicar equitación podía ponerse al galope por el bosque. Era de Michigan. Llevaba las granjas y los ranchos en la sangre.

El animal se dejó conducir hasta el exterior, donde los pocos que quedaban acompañando a Bern estaban expectantes. Su padre se había apoyado en el morro del coche y le dirigió una sonrisa pequeña. Le daba ánimos. Le decía que ella podría con todo y más. Estaba orgulloso de su ímpetu, de su iniciativa.

—¿Por qué dejas que ella vaya, Bern? —preguntó una voz.

Harper gruñó, cansada.

Parecían odiarla, pero todo apuntaba a que se fiaban de ella para llevar a cabo la búsqueda en solitario porque no querían ir en su lugar ni acompañarla. Era fácil criticar, pero no movían un dedo por impedir que fuera donde el hijo de Maeve murió. Era crispante.

—¿Acaso alguien se ofrece voluntario para ir a buscarla? —Harper los miró a todos, desafiante, pero nadie respondió—. Entonces, cerrad la boca.

—Tráeme a Maeve viva, Harper —le suplicó O'Malley con su mano en el muslo. Ella lo tocó con los dedos.

—Daré lo mejor de mí para que así sea.

Él asintió y se apartó de su camino para que pudiera marcharse en dirección contraria a donde se habían dirigido los vecinos.

Harper puso al caballo al galope en cuanto lo tuvo en terreno plano, lejos de las edificaciones de la familia O'Malley. El frisón disfrutaba de la velocidad del mismo modo que el corazón de Harper detestaba la adrenalina que le provocaba taquicardias. Era manejable y parecía que no le importaban las condiciones del suelo.

Cruzó el bosque. Recordaba el punto en el que se había encontrado a Aaron aquella mañana. Encontrarlo iba a ser difícil con tanto árbol, pero sabía que, haciendo la línea más recta posible entre la casa y aquel lugar junto a la carretera que pasaba junto a la hacienda, llegaría.

No supo cuánto tiempo estuvo sobre el caballo, tensa, sabiendo que al día siguiente no podría moverse de la cama del dolor que tendría bajo cada milímetro de la piel. Solo era consciente de la caída del sol, de que cada vez había menos luz en aquel bosque, frondoso y húmedo. Pronto pudo ver su respiración escaparse en forma de vaho. Las temperaturas estaban bajando estrepitosamente.

Detuvo al caballo cuando se encontró frente una leve cuesta. En lo alto, estaba la carretera. Un pedazo de hielo cortante se colocó en su garganta, a la altura de la clavícula. Respirar se convirtió en algo doloroso. Su corazón latió aún con más fiereza que antes. Había evitado ese camino desde que regresó a Sherman, dando rodeos largos para no tener que enfrentarse a ese lugar. Si alguien se había atrevido a decir que el dolor emocional no puede sentirse como físico, es que jamás había conocido el verdadero sufrimiento: el que rompe la piel, desgarrar músculos y resquebraja tu ser para convertirte en una carcasa rota y hueca.

Respiró hondo. Azuzó a Pirata para que subiera la cuesta. Echó la espalda hacia atrás para facilitarle la tarea y cuando se encontró en lo alto de la carretera, notó cómo se le revolvía el estómago. Una ráfaga de imágenes, olores y sensaciones la asaltaron. Fue como volver a vivir lo que ocurrió aquella mañana. Se sintió igual de desorientada que entonces.

Recorrió el lugar con la vista y se detuvo en el punto exacto donde los O'Malley habían clavado una cruz en memoria de la vida de su único hijo.

—No puede ser —susurró.

Recordó las palabras de su padre. Recordó que ella lo había mirado como si la preocupación le

nublase el juicio.

—Has tardado menos de lo pensado. Sin duda, los Blossom adoptaron a una niña muy lista y espabilada —la alabó el hombre—. Y, tal como pensaba, eres tan independiente que has venido sola. ¿O quizá todos te han dado la espalda?

—¿Qué demonios estás haciendo? —Harper se temía lo peor.

—Baja del caballo, Harper.

—Marlon. —Puso la mano sobre la escopeta. Recordó que no llevaba balas. No estaba preparada para ellas. Solo contenía un dardo anestesiaste que había guardado junto a la manta. Creía que en caso de tener que usarlo, podría prepararlo dada la lentitud de Maeve. Sin embargo, quien estaba allí no era una mujer enferma, hinchada de medicación. Era un hombre fuerte, rudo y cuyo motor era la venganza, bien alimentado por el odio y sed de sangre—. Suelta a Maeve.

Sí, todo había sido una maldita trampa.

Marlon había secuestrado a Maeve y la había llevado arrastras monte a través. La había dejado a un lado, cubierta de tierra y hojas húmedas. Como si fuera un despojo. La mujer lloraba abrazada a la cruz en memoria de su hijo. No podía escapar. Aunque le quedasen fuerzas, aunque la adrenalina hubiera vencido a todo lo que el psiquiatra le había recetado, estaba atada de pies y manos. Llevaba un pedazo de cinta en la boca que le impedía gritar.

—He dicho que bajas. —Marlon sacó de la cinturilla de sus pantalones una pistola. Apuntó a Maeve—. Si no estás en el suelo cuando cuente tres, la mato aquí mismo.

—Marlon, esto no...

—¡Uno! —gritó.

—Estás cometiendo un error —insistió notando cómo el corazón amenazaba con hacerla vomitar a causa de los nervios. No se atrevería...

—¡Dos! —Quitó el seguro del revolver y apuntó a la cabeza de Maeve.

—¡Está bien, está bien! —exclamó ella alzando las manos. Pirata quiso moverse al verse libre de alguien que ejerciera presión en las riendas—. Tranquilo, amigo.

Harper bajó del caballo mientras miraba el cielo. No podía deducir cuánto tiempo había pasado hasta encontrar la carretera, así que tampoco sabía cuánto tardarían en dar la voz de alarma en cuanto a su desaparición. De todos modos, había dado un margen muy grande a su padre. Si Marlon disparaba, para cuando las hallasen, estarían muertas.

Porque ese era su objetivo.

La locura que había en su expresión solo podía desembocar en un fin: quería que Harper muriera como Aaron lo había hecho cinco años atrás. La diferencia era que ella no había disparado a nadie. No había cometido un asesinato. No había querido herir a nadie. Él sí. Él iba a matarla a sangre fría tras mucho planear la forma de lograr que estuviera sola y desamparada.

Y no dejaría testigos. Maeve estaba condenada también.

—¿Puedo atarlo en un árbol? —preguntó alzando las riendas.

—Sí. Y deja el rifle sobre la montura —le ordenó. Ahora la apuntaba a ella.

Caminar con una pistola apuntándote a la cabeza no era tarea sencilla, menos para alguien que sufría de ansiedad. Como pudo, llegó hasta un árbol que estaba a la misma altura de la carretera. Ató al animal con torpeza. Las manos le temblaban por el terror y el frío del anochecer.

Se volvió hacia Marlon. Él le indicó con el arma que se deshiciera del rifle. Fue entonces cuando Harper se percató de algo: Marlon creía que era un rifle real. Que estaba cargado. Y que podía ser un peligro para su plan si se atrevía a ponerse a su nivel.

—De acuerdo —dijo irguiéndose.

Se desató las cuerdas de cuero que se lo ataban al pecho y lo tomó entre las manos. Cogió aire mientras fingía que estaba dejándolo en la silla de Pirata. Cuando vio que Marlon bajaba un ápice su propio revolver, confiado de tenerla donde quería, se volvió hacia él y quitó el seguro de la escopeta.

—¿Estás loca? —Volvió a apuntarla con las cejas contraídas en una expresión de disgusto y desconcierto. No contaba con que Harper fuera a rebelarse. Bien, si iba a morir, al menos intentaría sobrevivir con trucos o ganaría tiempo hasta que llegase su padre—. No puedes enfrentarte a mí.

—Yo creo que sí puedo —espetó mientras apretaba los dedos alrededor del rifle. De verdad creía que estaba cargado y que podría dispararle como él quería hacer con ella.

—Baja el rifle.

—No —se mantuvo firme y avanzó un paso, sintiendo que ganaba un poco de terreno y que Marlon lo perdía. No había contado con aquello. El plan se le desmoronaba. Todo era caótico y aquello lo desconcertaba, pues todos los hilos que había preparado se estaban cortando a causa de las decisiones de Harper—. Parece que estamos en igualdad de condiciones, Marlon

—Te equivocas. —Marlon cogió del pelo a Maeve y la usó de escudo ignorando sus gritos y lloros. Harper tragó saliva y se aferró a su arma. Aunque estuviera descargada, era su única oportunidad. Casi flaqueó cuando Marlon le puso la pistola bajo la barbilla y apretó contra su delicada piel—. Sigues estando en desventaja... Harper.

—**M**aeve, ¿estás bien? —preguntó a la mujer, mirándola a los ojos.

Ella asintió. Fue la primera vez que la veía más lúcida que ida, quizá porque la situación era demasiado incluso para sus fármacos. Hubo entendimiento entre ambas: no eran rivales esa vez, pues estaban siendo amenazadas por el mismo hombre.

—No hables con ella. ¿Cómo te atreves siquiera a compartir el mismo aire que Maeve después de lo que hiciste?

—Si tan seguro estás de que no nos une nada, ¿por qué secuestrarla y atraerme hasta aquí? Pudo venir otro a ver si la encontraba. O pudiste venir tú a la clínica. Muchas veces estoy sola cuando es hora de cierre.

—¿No sabes que a veces la simbología pesa más que las facilidades?

Era un lunático. Maeve había perdido la cabeza tras la muerte de Aaron, pero había buscado ayuda de profesionales. Marlon también había enloquecido por la muerte de su mejor amigo, aunque él había decidido intoxicarse con su propio veneno, fingir ante el mundo que estaba bien, para luego dejar ir toda la locura hacia una sola dirección.

La vida de Harper.

—Siempre te creí extraño, pero jamás loco —le siseó.

—Ni soy extraño ni estoy loco —empezó diciendo él—. Soy un hombre justo. Tú mataste a Aaron y, como la justicia no consideró oportuno condenarte, he venido a cumplir con su deber.

—Ojo por ojo, vaya.

—Exacto. —Él sonrió, nervioso pero satisfecho con su teoría—. Pocos lo entenderán, pero muchos estarán de acuerdo conmigo cuando encuentren tu cuerpo. Sherman llorará tu muerte por respeto a tu familia, pero en sus casas brindarán con champán porque por fin te estarás pudriendo en el infierno recibiendo tu merecido.

Las palabras dolieron. Siempre había pensado que el pueblo entero hubiera preferido que Aaron se salvase y ella perdiera la vida. Al fin y al cabo, a ese muchacho lo habían visto nacer y crecer. Ella llegó a la comunidad algo crecida y sin encajar del todo en el colegio, se sentía como si fuera una forastera. Siempre la habían considerado como tal.

Que otra persona lo dijera en voz alta, que admitiera que así era, lo hacía tan real que le arrebató el oxígeno de los pulmones por unos momentos.

—¡Lo que pasó fue un accidente! —se defendió. Tosió. La garganta se le estaba quedando seca por el miedo. El terror era un enemigo letal. Era una bola pesada y tóxica, negra, que se escurría por la garganta y bloqueaba las vías respiratorias, el sistema digestivo. Lo ponía todo del revés. Provocaba temblores, ganas de orinar y de llorar. la mente se contraía en miles de ideas y ninguna era válida para superarlo y pensar con claridad—. Yo no quise matar a Aaron. No quería herir a nadie.

—El aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo por completo, Harper. ¿Qué no

entendiste cuando decidiste coger el coche esa mañana? —le espetó él, histérico, perdiendo los nervios.

—Había pasado operando un prolapso de madrugada, Marlon. Estaba agotada y solo quería llegar a mi casa. No pensé en qué pasaría si me subía al coche.

—¡Los Julen te invitaron a dormir en su casa como agradecimiento por haber estado con ellos toda la noche! ¿Crees que no lo sabemos todos? Fue lo primero que dijeron cuando se enteraron del accidente —le explicó. Por supuesto, eso Harper ya lo sabía. Los Julen se habían horrorizado al darse cuenta de que no insistir en que Harper se echase una siesta había supuesto un destino tan fatal.

—Tenía veintidós años, por el amor de Dios. Yo quería mi cama, mis sábanas, mi colchón. Era la primera vez que hacía un prolapso sola, sin profesores que me guiasen. Ni siquiera mi padre estaba ahí. Necesitaba la seguridad de mi hogar —intentó defenderse, hacerse entender. Tal vez, si convencía a Marlon de que no había maldad en sus actos, pudiera irse libre—. ¿Por qué no puedes comprenderlo?

—Porque a esa edad ya eras una adulta. Habías vivido lejos de casa, habías follado con tíos y tenías tu propio sueldo. Eso te convierte en una adulta.

Ella avanzó otro paso y el revolver de Marlon se movió en su dirección. Harper se detuvo y trató de mantener la respiración regular. Cada vez le resultaba más cansado hablar o moverse.

—¡Quieta! ¡Quieta o te vuelo los sesos!

—Marlon, admito que fue un error. ¿Es eso lo que quieres oír? —preguntó bajando el arma para hacerle ver que podían tener una tregua—. De acuerdo. Sí, me equivoqué. En vez de coger el coche tras veinticuatro horas sin dormir, debí quedarme en la granja de los Julen.

—Que amable por tu parte aceptar que tomaste una mala decisión.

—Exacto, fue una mala decisión. Cogí el coche pensando que, si atajaba por las fincas de los Julen, los O'Malley y los Birdshell, usando las carreteras rurales, llegaría antes a casa. Así no cogería carreteras principales y ganaría diez minutos.

—¿Te estás oyendo? ¿Tú la oyes, Maeve? —le preguntó a la rehén volviendo a colocar el arma bajo su mentón—. Era una egoísta. Por ganar diez minutos de mierda, mató a tu hijo.

Al ver que volvía a apuntar a Maeve, Harper subió el rifle y se ganó una mirada de desdén. Si él no estaba dispuesto a ceder, ella tampoco lo haría. Aunque fuera un arma medicinal, aunque no infligiera daño real, Marlon todavía se pensaba que era una escopeta normal y corriente, con cartuchos listos para ser disparados.

—Yo no contaba con que Aaron estaría paseando con un perro por aquí. Apenas acababa de amanecer. —Esa vez miró a Maeve. La madre de Aaron había estado en casa durante el juicio, sedada para soportar el dolor que aquella pérdida le causaba. Necesitaba que ella también entendiera aquello. Visto lo que podía ocurrir, quizá Harper jamás podría volver a contarle su versión—. Se suponía que debía estar en su casa, desayunando mientras decidía qué casa comprar junto a su prometida.

—¿Cómo te atreves a mencionar a Adelaida? —gritó Marlon haciendo que ella volviese a mirarlo.

Se encogió cuando él disparó contra un árbol, enrabiado. Pirata se encabritó y, al estar mal atado por culpa de sus manos temblorosas, se escapó. Harper se irguió con el cuerpo convulsionando mientras miraba a su alrededor. Sabía que el arma estaba cargada, mas oír aquel tiro le había contraído el corazón. La tarde se había ido apagando, así que apenas podía ver dónde había disparado. En cuestión de minutos se haría de noche y, con la penumbra más

absoluta, su verdugo podría ejecutar su condena para luego huir sin ser visto, camuflándose en la misma oscuridad que recubría su alma.

A Marlon no le temblaría la mano al dispararle. Aquel tiro había sido un simple aviso. Una advertencia de que sabía bien lo que hacía.

Maeve lloró y quiso deslizarse hasta el suelo, histérica y aterrorizada, si bien Marlon la sujetó bien fuerte contra su pecho.

—¿Sabes que Adelaida tuvo que irse de Sherman por tu culpa? Todo le recordaba a él. Aaron y ella llevaban juntos desde los quince años. —El hombre parecía estar al borde del llanto—. Habían superado peleas, dudas y años separados por su carrera universitaria. ¡Y tú se lo quitaste todo!

—¿Crees que lo hice queriendo? —Volvió a levantar el rifle—. ¡Me quedé dormida! ¡No di un volantazo expresamente para llevarme a Aaron por delante! ¡Me dormí y no pude controlar lo que pasaba en el coche!

¿Por qué los habitantes de Sherman no podían entender eso? ¿Por qué seguían juzgándola por algo que le podría haber pasado a cualquiera?

—¿Estás acusando a Aaron de ponerse en medio a propósito?

—Claro que no, Marlon. Solo digo que me dormí y no lo vi aparecer. Para él fue muy tarde.

Los ojos le escocían mientras Marlon seguía ejerciendo de juez, jurado y verdugo.

—Lo atropellaste como si fuera un perro.

—¡Fueron una serie de infortunios! ¡Una suma de errores que se me fueron de las manos! —vociferó. Notó las lágrimas en las mejillas y miró a Maeve. Se calmó al punto. Estaba ante la madre del hombre al que había atropellado y había matado en el acto—. Nunca quise hacer daño a nadie. De verdad. Nunca quise matar a Aaron. No fue mi intención.

—¡Pero lo mataste!

—¡Fue un jodido accidente, Marlon! —repitió y alzo el rifle. Por un momento, deseó que estuviera realmente cargado y poder devolver sus presiones en forma de disparo. Marlon la estaba llevando al límite, reabriendo heridas y haciendo que volviera a sentir que estaba en el banquillo de los acusados.

—¡Los accidentes se evitan si uno actúa correctamente! ¡No debiste depender de esa serie de infortunios que mencionas, idiota! —Marlon empujó a Maeve al suelo y la apuntó, sujetando ahora el arma con ambas manos.

Harper supo que ambos se habían llevado al límite de lo permitido y que él era quien tenía el poder. La mataría con ira mientras ella se iría con un lazo de tristeza estrangulándola.

—Podría haberlos evitado, sí. Pero en ese momento no creí que pudiera quedarme dormida de camino a casa o que alguien estuviese en esta carretera a las seis y media de la mañana. Joder, ni siquiera fue mi golpe lo que lo mató —lloró ella—. Lo eché a un lado y se dio un golpe en la nuca. ¡Yo no puse ahí esa maldita roca tampoco! —Cayó de rodillas y se abrazó al rifle mientras un torrente de emociones se desprendía a su alrededor.

La autopsia lo dejó bien claro: el impacto del automóvil solo le había fisurado la cadera y una costilla. La causa de la muerte vino por un mal golpe en la nuca. Por eso el jurado había determinado que Harper Blossom no era culpable de homicidio. Si esa piedra no hubiera estado allí, la vida de Aaron seguiría como si nada, tan solo hubiese retrasado un mes su enlace matrimonial. Pero, en vez de quedarse en un susto, terminó en tragedia.

Ella no había sido la culpable.

Al quedarse dormida, no había dominado el volante y su pie había aflojado el acelerador.

Aaron O'Malley debió aparecer en la cuesta y se vio golpeado por el lateral del capó o eso determinó la científica. Ni siquiera pasó por encima del coche. Simplemente, salió despedido hacia un lado, pero la parte baja de su cráneo golpeó con una piedra. Para cuando Harper bajó del coche, espantada y llorosa, apenas había pasado un minuto desde el impacto. Se había despertado al notar el peso sobre el coche, el golpe seco. Para cuando se arrodilló junto a Aaron, ya estaba muerto.

No pudo hacer nada. Por más que pidió ayuda, por más que trato de reanimarlo, por más que gritó y lloró, ya no había vida en aquellos ojos abiertos. Llamó a la policía con las manos llenas de sangre y el llanto ahogándole las cuerdas vocales.

Enfrentarse a los padres de Aaron fue duro. Que la detuvieran frente a los suyos, fue peor, aunque en esos momentos había creído merecerlo y alejarse con las esposas puestas le parecía lo más sensato y justo.

Había obrado mal. Lo sabía. Y lo había aceptado gracias a la terapia. Ojalá pudiera volver atrás y decirle a la Harper del pasado que no cometiera esas tonterías, que nunca debía conducir estando cansada. Era como ir borracho. Creías controlar lo que ocurría dentro y fuera del vehículo, pero no era más que una falacia estúpida que podría terminar en un accidente fatal.

Aún ahora, pensaba que retirarle el carné un año, hacer un curso de seguridad vial y pagar una multa no eran suficientes. Si hubiera podido cambiarse por Aaron, lo hubiera hecho de buen grado.

Marlon dudó. Parecía que su tono, de repente roto y cansado, hacían mella en su rabia contenida. Sin embargo, a los pocos segundos regresó a su postura inicial. Estaba dispuesto a llevar a cabo su misión.

La apuntó a la cabeza. Contando que ella estaba de rodillas en el suelo, sería una muerte fácil y limpia para su agresor.

—Admitir los errores no van a devolver la vida a Aaron, zorra.

Aunque apenas había luz ya, vio como el dedo del gatillo empezaba a afianzarse en aquel pedacito de metal. Harper no quería rendirse así como así. Tenía que haber alguna manera de retrasar lo inevitable, de ganar algo de tiempo.

—Me has amenazado y humillado frente al pueblo, Marlon. Porque has sido tú, ¿verdad? Tú eres el que pintó en la clínica y el que me mandó el anónimo.

—Claro que sí. Cuando quieres, eres muy lista, buhita.

—Dejé a Emmett por ti. ¿No te basta con eso? —Sabía que no, claro. Marlon la quería muerta. Provocarle sufrimiento antes de su ejecución solo alimentaba su lado psicópata.

Pensar en Emmett y el daño que le había causado le provocó un fuerte dolor en el pecho que amenazó con hacerla llorar de nuevo.

—Solo estaré en paz cuando te mate.

—Milo también era su amigo, Marlon. Y no me ha querido matar jamás —puntualizó, en otra maniobra de ganar tiempo. Estaba desesperada.

Recibió un chasquido de lengua como contestación.

—Estúpida. Claro que tu hermano jamás hubiera sido capaz de planear como citarte en un sitio apartado para ejecutarte. —Se rio como si no fuera obvio—. Milo es tu hermano. Por más que diga odiarte, una parte de él todavía te quiere. Solo que todavía no se ha dado cuenta de que ya te ha perdonado.

—En eso tienes razón.

La voz atronadora de Milo los hizo volverse a los dos. Milo había emergido de entre los

árboles y cargaba un rifle con linterna. Venía de la casa de los O'Malley.

—Amigo, ¿qué haces aquí? —la voz de Marlon parecía la de un cachorro herido. No esperaba que Milo lo descubriera y, mucho menos, que dirigiera un arma de fuego en su dirección. A sus ojos, Harper era el enemigo.

—Evitar que cometas el error de tu vida. —Miró unos segundos a Harper, cerciorándose de que se encontraba bien—. E impedir que mates a mi hermana.

—Es la única manera de restablecer el equilibrio. Un alma buena se marchó y una malvada debe dejar este mundo.

¿Ahora se ponía místico? Sin duda, ese hombre no tocaba de pie en el suelo. Estaba ido, loco.

—Pues vas a tener que llevarte a varios por delante para cumplir con tu cometido. —Una voz femenina emergió también del bosque.

Montada sobre un precioso caballo de pelo claro, Jocelyn Turner terminó de subir la cuesta. Llevaba una escopeta en la mano y la cargaba de tal manera que estaba apoyada en el hombro. Parecía una vaquera de pura cepa. Hubiera encajado muy bien dos siglos atrás, en el viejo oeste, enfrentándose a enemigos del sheriff. Sonrió con repulsión hacia Marlon mientras Bern aparecía tras ella con dos linternas.

—Somos demasiados contra ti, Marlon. Esto se te ha ido de las manos.

La voz de Emmett surgió tras la cruz, acelerándole el pulso a Harper y provocándole una sensación de seguridad que no fue suficiente para contrarrestar la ansiedad, pero sí para que bajase el arma. Estaba allí. Quería protegerla.

Había rodeado a los demás para aparecer por la espalda. Con una mano, sujetaba las riendas de Thor y las de Pirata mientras, con la derecha, usaba una pistola contra Marlon.

—¿No veis que ella es la única aquí que molesta? —Parecía sorprendido de ver que había tantos defensores de Harper.

Y la chica pensó que quizá no estaba tan sola como creía. Que tal vez tenía apoyos en Sherman de los que había contado en un principio.

Un coche apareció en la carretera y frenó con tiempo, pues empezaba a formarse una fina capa de hielo alrededor del arcén. Harper se levantó cubriéndose los ojos con una mano, cegada por los faros. Al principio, no reconoció el modelo, pero supo de quién se trataba cuando el conductor bajó de un salto y gritó:

—Estás apuntando a mi hija, cerdo.

—Señor Blossom...

—No debiste llegar tan lejos, Marlon —le rebatió Pete, entornando los ojos—. Es hora de detener esto. Baja el arma y ven aquí. —Le enseñó la cuerda que llevaba colgada del cinturón.

—¡No! —La apuntó de nuevo y Harper retrocedió.

El rifle estaba en el suelo, así que ya no podía intimidarlo. Supo que estaba vendida. Estaba rodeado por al menos tres armas de fuego y a Marlon no le importaba llevársela por delante. La mataría. Nada lo impediría.

Cerró los ojos. Fue curioso, una especie de manto de paz la envolvió en un abrazo. Un solo pensamiento le llegó a la cabeza: todo se había acabado. Le temía a lo desconocido, al más allá, si bien no le tenía miedo a la muerte. La acogería como a una vieja amiga y se dejaría arrastrar por ella donde creyera conveniente.

Recordó todos los buenos momentos que atesoraba en su alma como oro en paño. Como cuando Luke la había llevado al baile de graduación. Se había reído mucho mientras bailaban juntos, realmente, dudaba poder haber disfrutado más de aquella noche si hubiera ido con algún

compañero de clase. También recordó el primer partido profesional de Donald, al que habían acudido sin que lo supiera para no presionarlo. Ganaron. Su papel fue bestial, aunque apenas jugó unos minutos. O cuando Connor se presentó en Texas justo después de cumplir dieciocho años. Estuvo con ella un fin de semana entero conociendo la ciudad y cenando las mejores chuletas de cerdo del mundo. Recordó que su primera cerveza se la tomó con Milo, en el sótano, escuchando música de los cincuenta y a escondidas de sus padres. Recordó lo paciente que fue Clive el día que la enseñó a montar a caballo en la granja de los Blossom; ella hacía poco más de tres meses que vivía allí y querían que entendiera la vocación familiar.

Y sus padres. Nunca olvidaría el día que los vio en el vestíbulo del centro de acogida. Estaban incluso más nerviosos que ella. Pete le sonrió con calidez en cuanto tomó su pequeña maleta y Maggie le prometió que nunca más estaría sola mientras le regalaba una vaca de peluche. O cuando Maggie le había enseñado a nadar en el lago. Nunca había protestado por las horas malgastadas hasta que Harper fue capaz de dar una brazada sola. También le vino a la mente el primer día que su padre le enseñó a bailar, en el porche trasero, una noche de verano que celebraban sus bodas de oro.

Emmett no iba a ser menos. Él le había devuelto la sonrisa, la fe en los sentimientos. En pocas semanas, le había regalado tantas ocasiones llenas de luz que no sabría cuál elegir para quedarse para sí. Todas eran únicas a su manera. Incluso cuando le pidió salir en un aparcamiento a oscuras con el frío lamiéndoles las botas.

Ojalá no se hubieran peleado, ojalá no hubiera ahora odio donde antes había una conexión especial. Daría lo que no tenía para poder decirle que le quería, que estaba enamorada de él.

Marlon los había alejado, pero ¿cómo acercarse ahora a él para explicárselo?

Sonó un tiro y Harper contrajo cada músculo de su cuerpo, incluso los que no sabía ni que existían. Era la hora. Iba a pagar el precio más alto exigible por un error, por un terrible y horroroso error.

Se atrevió a abrir los ojos cuando no sintió dolor. Si había habido un tiro, ella no había sido la destinataria. Rezó para que no hubiera impactado en su padre, en su hermano, en Emmett o su hermana, en Maeve.

Retrocedió algo más al encontrarse con Milo forcejeando con Marlon. Su hermano había perdido el arma y pronto pudo desarmar a su amigo.

—¡Milo! ¡Es lo justo! ¡Ella...!

—¡Cállate, bazofia! —Se sentó encima y le asestó una bofetada que le arrancó una mueca a Harper.

—¡Ella es la asesina aquí! ¿No te acuerdas?

Aquellas palabras se añadieron a la culpabilidad que la estrangulaba desde hacía cinco años.

—¡Tú eres el asesino! —Lo zarandó—. ¿Me oyes? ¡Tú! ¡Tú planeaste todo esto para matarla! ¡Harper tuvo un accidente!

Lo retuvo bajo su cuerpo y le lanzó un puñetazo al rostro. El golpe fue seco y el sonido de oír la nariz de Marlon romperse bajo sus nudillos le provocó náuseas. Harper apartó la vista unos segundos.

—¡Nunca más te acerques a mi hermana!

Otro puñetazo, y otro y otro más. Era una ráfaga constante en la que su hermano volcó toda la ira y todo el sufrimiento que sentía. Escuchar cómo la carne de su mano encontraba la del rostro de su agresor era desquiciante. A Harper dolía como si fuera dirigido a su propia mandíbula.

—¡Hijo! ¡Para! —Oyó gritar a Pete—. Lo vas a matar. ¡Milo!

Mirando al suelo, estremeciéndose ante cada nuevo golpe, se acercó a Milo. Lo abrazó por detrás y hundió el rostro en la curva de su cuello. Ante aquel contacto, su hermano mayor se quedó quieto con el puño alzado. Respiraba con la misma dificultad que Harper.

—Déjalo —le susurró—. Por favor.

Milo asintió. Harper le ayudó a apartarse de Marlon. Se abrazó a él mientras Pete y Emmett ataban las manos del hombre y le confiscaban el arma; Jocelyn, que había desmontado con alguna dificultad, ayudó a Bern a desatar a Maeve.

—¿Estás bien? —Milo le tocó la cara en busca de algún corte o hematoma.

—Sí. —Temblando, se pasó una mano por el pelo—. Es la primera vez que hablamos desde que he regresado.

—No debería haber sido así, no aquí. —Su hermano la abrazó y ella notó un picor en el lagrimal. Contener el sollozo hacía que los parpados escocieran—. Perdona que haya sido tan orgulloso. Siempre quería acercarme a ti, pero no sabía cómo. He necesitado estar a punto de perderte para darme cuenta de que no quiero que sigamos alejados.

Que Milo, el hombre de hierro, quien apenas mostraba sus sentimientos, susurrara aquellas palabras con tanta emoción, la conmovió. Porque sabía que su hermano jamás diría aquello de no sentirlo de veras. Así que era honesto.

—Te quiero.

—Y yo a ti, buhita.

Lloró al oír que la llamaba así. Y una vez derramó la primera lágrima, fue imposible contener las demás. Porque había creído que Maeve se había perdido, que la hallaría muerta; porque habían estado a punto de matarlas; porque había revivido la muerte de Aaron en el lugar exacto donde pasó todo; porque su hermano la había perdonado y se había disculpado. Era un torrente de sentimientos imposible de dominar.

—Cariño.

Su padre le tocó los hombros y le secó las lágrimas cuando volteó la cabeza para mirarlo.

—Tenemos que ir a comisaría.

—Quiero ir a casa, papá —sollozó.

—Lo sé, buhita. Pero tenemos que hacer las cosas bien.

La policía le prometió que Marlon pasaría el resto de sus días en la cárcel y en un hospital psiquiátrico; se vería en el juicio, pero ningún jurado popular lo consideraría inocente. El abogado de oficio no iba a poder defenderle de todos los cargos que se presentaban contra él. Por no decir que el abogado de Pete era uno de los mejores, así que conseguiría que ese tipo no se acercase a ningún Blossom nunca más.

Los agentes de policía fueron muy amables con ella cuando le tomaron declaración. Incluso le ofrecieron una bebida caliente y algo para cenar; Harper lo había rechazado todo, tenía el estómago revuelto. Solo se había bebido un vaso de agua porque su hermano le había pedido por favor que lo hiciera. Según le había contado el abogado, Harper era una heroína a ojos de los policías. Ya no era la chica que había matado a Aaron O'Malley por quedarse dormida al volante; ahora era la mujer que había encontrado a Maeve tras ser secuestrada, la mujer que se había enfrentado a un loco con un arma que podría ser de juguete.

Así que había pasado de ser la villana a ser la buena de la historia. Marlon, en cambio, era el hombre malvado que sería repudiado por medio estado antes de que amaneciera al día siguiente.

Tras dar su versión de los hechos, le dieron permiso para irse. Después de cuatro horas allí dentro, Harper se había dado cuenta a que los policías escupirían en la comida de Marlon si pudieran. Sin duda, lo que había hecho iba a suponerle el repudio de medio estado. A ella, en cambio, parecían querer extenderle la alfombra roja para que se marchase.

Ella no quería reconocimientos. Ni siquiera los agradecimientos de Bern. Rememorar lo sucedido el día que Aaron había muerto había echado ácido a sus cicatrices y estaba resentida consigo misma por volver a sentirse como cinco años atrás. Culpable y manchada.

Maeve se acercó a ella. Los sanitarios le habían dado primeras curas en la ambulancia y había acudido a comisaría con los Blossom. La denuncia entre ambas familias sería conjunta.

—Gracias por encontrarme.

—En realidad, siento que, si no hubiera llegado a la carretera, nada de esto hubiera pasado.

—Vamos, Harper, ambas sabemos estoy viva por ti. No sé si eso nos hace estar en paz, pero sí ha estrechado la brecha que nos separaba.

—Sigo pensando que te hubiera dejado ir si yo no...

—Marlon me hubiera matado si su plan hubiera fracasado —le aseguró. La policía y los abogados también lo veían así—. La gente cree que está loco, pero yo pienso que está más cuerdo de lo que parece. Tan solotiene el alma poseída por el maligno y se ha echado a perder. Pero pagará por sus pecados.

Harper no dijo nada. No sabía si había una fuerza oscura que envenenaba el corazón y la mente de las personas, solo sabía que había muchas de ellas más propensas al mal que al bien y que aquello hacía que nadie estuviera a salvo. Ni siquiera en su pueblo, en su propia casa. Porque la sed de sangre, la sed de dolor, solo se alimenta hiriendo la piel, el alma y la mente de otros. Y

Marlon llevaba mucho tiempo esperando su momento para alimentarse del sufrimiento de Harper.

—Siento haberte tratado como si fueras una apestada —susurró la mujer tomándole la mano. Había pedido que las dejaran solas y todo el mundo estaba en el aparcamiento, esperando. Harper y ella se encontraba en el vestíbulo del pequeño edificio—. Es la primera vez que estoy lúcida en mucho tiempo, así que... —Cogió aire—. Mi rencor, mi dolor y la medicación se convirtieron en una tríada de odio que solo me convirtió en un fantasma. Creo que he mandado al infierno mi matrimonio y mi vida al completo por querer condenarte a ti.

—Es normal que te sintieras así tras lo que pasó, Maeve. No tienes que disculparte. Lo hice muy mal. Debí quedarme en casa de los Julen. Fue una irresponsabilidad por mi parte creer que el sueño no me vencería —se lamentó—. La multa que me puso el juez, pese a creer que no fui culpable de lo sucedido, la encuentro una verdadera gilipollez. Desearía haber terminado en prisión.

—No. Tú misma lo dijiste: tu golpe fue insignificante. —Le apartó el pelo de la cara con mimo. Harper tragó saliva. Le resultaba chocante verla tan suave con ella, sobre todo cuando Maeve debería estar en *shock* por lo sucedido esa tarde—. Pero me era más sencillo culparte a ti que aceptar que mi niño ya no estaba. Siento haberte dicho todo aquello la noche que viniste a visitar a Thor.

—Está bien, Maeve. De veras. —Cogió sus manos y las apretó—. Por mí no tienes que preocuparte más, te lo prometo. Todo está olvidado. Si tú me perdonas a mí por haberme dormido al volante.

—No fue tu culpa. Así que... —vaciló—. ¿Puedo darte un consejo, Harper?

—Claro.

¿Cómo iba a negarse?

—No hagas como yo. No cometas mi error. Deja atrás lo que pasó, no te hundas en la miseria y sigue adelante. Yo he roto mi matrimonio, mi cuerpo y mi paz mental. Sé feliz: enamórate, cástate y ten una familia si es lo que quieres. —Respiró hondo y se secó una lágrima—. Eres joven. Tienes que vivir. Ya ves, a veces una serie de infortunios pueden quitártelo todo.

Harper la abrazó y Maeve se dejó acunar contra su pecho. Estaba agradecida por aquel consejo, por haber tenido esa conversación. Había sido corta en el tiempo, pero inmensa en emociones. Que le dijera todo aquello fue como cuando Bern se sentó en la cuadra y le dijo que Aaron solo había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado: liberador. Sintió un pedacito de sí misma despegarse de su corazón y echar a volar para no regresar jamás.

Cuando salieron a la calle, Harper le dio un beso en la mejilla y la vio caminar hacia su marido. Estaba comprobando las medicinas que había comprado mientras Maeve declaraba contra Marlon y explicaba cómo se había colado en casa para sacarla contra su voluntad sin que pareciera, precisamente, un secuestro. Al ver a su mujer, sonrió y la abrazó besándole la cabeza.

Maeve estaba equivocada. Había perdido cinco años de su vida por la medicación, que la había enterrado en una neblina de sedantes y le había impedido superar su dolor como debiera. Ahora, debería pasar el luto con la única fuerza de su mente o eso le había dicho mientras bajaban las escaleras que daban al aparcamiento. Pero estar cinco años ausente, no había roto su matrimonio. Bern seguía enamorado de ella. Lucharía por su recuperación y estaría a su lado en cada bache, en cada recaída, en cada pesadilla. Superarían juntos el camino que tenían por recorrer. Le sostendría la mano hasta el final.

—¿Buhita?

Milo le pasó un brazo por el hombro. Ella se apoyó contra su costado y levantó la mano como despedida cuando Bern hizo lo mismo en su dirección.

Tenía la sensación de que el pasado quedaba enterrado para siempre. Que en Sherman no habría más insultos velados ni más miradas furibundas. Su familia ya no tendría una oveja negra. Ahora eran otros quienes sufrirían aquella pesadilla. Y los padres de Marlon no tendrían tanta facilidad como los Blossom; ellos habían tenido suerte porque Pete era un pilar de la comunidad, con su dedicación a los animales, tan propenso a perdonar un mes el pago de las intervenciones si no había dinero. Deseó que la gente no fuera tan dura con la familia de Marlon. Bastante tenían con saber que su hijo había intentado cometer un asesinato a sangre fría. Ojalá la gente entendiera que cada uno es responsable de sus acciones y que el resto no tenía por qué verse salpicado por ellas.

—¿Nos vamos? —insistió su hermano.

—Sí.

Fueron hasta el coche. Su padre esperaba en el automóvil que quedaba justo enfrente. Les permitió ir juntos en el todoterreno de Milo porque supo que era justo lo que sus hijos necesitaban.

—¿Cómo tienes las manos? ¿Podrás conducir? —preguntó una vez dentro del coche.

—Sí. Solo son unos rasguños. —Con un botiquín de comisaría, Milo se había arreglado las heridas de las manos causadas por los golpes que le había dado a su examigo.

—¿Y cómo estás? Marlon te importaba.

—No puedo creer que sea el monstruo que vi, buhita. Necesito procesarlo, pensarlo bien. —Se rio con amargura—. Si no lo hubiera presenciado, no hubiera creído que fuera capaz de algo así. Siempre le vi tan cuerdo. Y cuando oí que te había defendido en el *pub*...

—Solo fingía para que nadie pensase que él era el del grafiti.

—La jugada le salió bien —Milo suspiró y luego le sonrió—. Pero no te preocupes. Soy fuerte. Lo superaré. Solo necesito algo de tiempo.

El recorrido fue corto, pero fue bastante para ambos. Hablaron de lo que había pasado esos últimos años: de cómo Piper y Milo habían intentado tener hijos, de lo doloroso que suponía cada prueba negativa que les daban desde la clínica después de las fecundaciones.

—Cuando las analíticas salieron alteradas y le dijeron que tenía cáncer, quise llamarte —le informó deteniendo el coche frente el porche de la casa—. Es curioso. No quise contárselo a papá o a mamá. La primera persona que me vino a la cabeza fuiste tú.

Harper esperó a que dijera algo más, a que se explicase. Milo era un hombre hablador, siempre tenía algo que decir, pero le costaba abrirse a los demás. Era muy reservado para sus asuntos, todo lo que implicase al corazón no era fácil de compartir. Se le tenía que dar espacio para que decidiera cómo y cuánto mostraba.

—Sentí que era lo que necesitaba. Contártelo, que me tranquilizases, que me aconsejases para tratar a Piper. No sabía qué hacer; me daba miedo hacerla sentir menos mujer durante el proceso. —Milo echó la cabeza hacia atrás y se frotó los ojos.

—Supiste hacerlo muy bien sin mí. —Le acarició la nuca alargando el brazo. Él la miró—. Eres un buen marido, Milo. Has estado allí para ella, a su lado. Has sido su fuerza cuando flaqueaba y no has permitido que tu papel como cuidador aniquile vuestros sentimientos.

—Si la quimio y las operaciones no hubieran bastado, yo...

—No pienses en ello —lo interrumpió—. Por ahora, las analíticas dicen que el bicho no ha vuelto y debemos mantenernos ahí.

—Tienes razón.

Ambos miraron al frente y vieron a su madre salir al porche en batín. Pete la abrazó para tranquilizarla y pedirle que les diera un momento más de intimidad. Después de tanto tiempo alejados, creía que Harper y Milo necesitaban unos minutos para solucionar sus diferencias.

Pero tenían toda la vida para ponerse al día, perdonarse las distancias y retomar el sentimiento que habían dejado en pausa por un lustro.

—¿Sabes lo que haría yo? —preguntó Harper cogiendo el bolso de sus pies y abrochándose la chaqueta. Milo enarcó una ceja hacia ella—. Volvería a casa y le haría el amor hasta que se durmiera entre mis brazos.

—¿Desde cuando eres una cursi?

Desde que había conocido a Emmett. Pero no podía decirlo. No sería justo para él.

—Yo necesito que estés aquí, conmigo y con todos los demás. Pero también quiero que estés con tu mujer y superes a tu manera, a tu ritmo, lo que has visto esta noche.

—Eres demasiada buena persona, buhita.

—Creo que hoy he acaparado demasiado la atención. Ahora te toca a ti.

—¿Seguro que está bien si me marchó? —Milo dudaba, miraba la casa y el coche de forma alterna sin saber qué camino coger. Tan maduro, tan grandote y vacilón a veces, pensó Harper—. No quiero dejarte sola...

—Somos una gran familia. Sola no estaré. Anda. —Lo empujó hacia el coche sonriendo—. Vete.

—Te quiero, Harper.

—Yo también te quiero, hermano. —Se puso de puntillas y le besó la mejilla unos segundos en los que notó que el vínculo entre ellos se restauraba—. Gracias por venir a por mí.

Lo vio subir al coche y no se sintió rechazada. Milo no tenía que estar allí esa noche. Esperó a que las luces del coche se encendieran y su hermano retrocediera marcha atrás antes de caminar hacia la puerta. Su madre le salió al encuentro y Harper se obligó a seguir andando con rodillas temblorosas. Quería huir de ella, de sus abrazos, porque sentía que había hecho algo malo enfrentándose a Marlon. Pero Harper necesitaba el refugio de su calidez para notar que estaba en casa, a salvo.

—Mamá... —Se escondió en su pecho. Intentó no llorar, pero saber que Maggie estaba conteniendo el llanto no se lo ponía nada fácil. Había pensado que no volvería a verla y saber que todavía tenían tiempo por delante, le llenaba el cuerpo de una tibieza relajante.

—Menos mal que estás bien —se le quebró la voz, pero logró mantener la compostura.

Se dejó acompañar hasta el interior de la casa. La chimenea estaba encendida. Pete estaba tranquilizando a la familia. Rosemary fue la primera en verla. Se levantó del sofá como empujada por un resorte. Corrió hasta ella y por poco la hizo caer al abrazarla.

—Ay, ay. —La miró y le tocó la cara, los hombros, las manos—. ¿Estás bien?

Quiso mirar a su padre. Estaba viva gracias a él. No le había gustado que se fuera sola, así que había hablado con Milo y con Emmett para ir a buscarla antes del tiempo máximo que ella había establecido. Gracias a Dios, había seguido el instinto de padre, el de hombre que sabe que su hija no está a salvo. Habían rastreado el móvil y habían decidido ir cada uno por una vía, para ver quién la hallaba antes. Las alarmas saltaron cuando, en la lejanía, se había oído un disparo, el que Marlon había lanzado contra el árbol para avisarla de que aquello no era un juego.

Emmett había confirmado que algo no iba bien cuando Pirata apareció frente a él sin jinete y visiblemente asustado. La policía estaba muy lejos de allí, buscando en el lago a Maeve, así que

estaban solos. Por suerte, iban armados y Bern también se había unido a ellos, quizá, movido por la empatía hacia Pete al verle desesperado porque su hija se había adentrado en el bosque a poco tiempo del anochecer.

Si no fuera por ellos, no estaría donde estaba. Les debía la vida. Incluso a los Turner, pues Jocelyn se había sumado al plan de rescate improvisado y se había enfrentado a Marlon como toda una amazona.

—Cansada —admitió, notando que los nervios y el frío a los que había estado expuesta empezaban a hacer mella en ella—. Creo que voy a hacerme un té.

Sin ayuda no conseguiría dormir. Esperaba levantarse más sosegada al día siguiente. Llamaría a su terapeuta. Estaba segura de que necesitaría varias sesiones para superarlo, pero no lucharía contra la histeria y el miedo que se adueñaban de ella. Eran sentimientos comprensibles tras haber visto la muerte tan de cerca.

—Voy yo —Maggie se ofreció y voló hacia la cocina. Pete fue al mueble que quedaba junto al televisor y cogió licor. Se sirvió un vaso.

—Ven, siéntate junto al fuego. —Su mejor amiga la ayudó a acomodarse en el sofá y se hizo a un lado para que sus hermanos pudieran mirarla. Clive se sentó a su lado y la retuvo contra su cuerpo sin decir nada, solo tenía la boca apoyada en su pelo—. ¿Te traigo una manta? ¿Qué necesitas?

—Estoy bien, Rosemary. Gracias. —Le tendió una mano y se la estrechó. Aquel gesto habló por ellas y apaciguó sus corazones.

—Toma. —Pete no se había puesto *whisky* para él, sino para Harper—. Te hará entrar en calor y, sí, te ayudará a dormir tanto o más que la tisana.

—Papá, no sé yo si...

—Bebe —fue una orden. Así que decidió no protestar y cogió la copa.

—Voy a matar a ese cabrón. —Donald quiso golpear la repisa de la chimenea, pero una mirada de su padre le detuvo. Tosió e hizo un par de inspiraciones para relajarse—. Perdón... —Se arrodilló frente a ella, junto a Connor, que estaba allí tocándole la rodilla, como si de aquel modo pudiera cerciorarse de que Harper estaba viva y no era un espejismo—. ¿Qué podemos hacer por ti, buhita?

—Quiero que os tranquilicéis —lo pidió con la voz más lineal y tierna que encontró. Le guiñó un ojo a Connor—. Tenéis Harper para años, así que no os agobiéis.

Connor le sonrió entre lágrimas. Era el más pequeño, el más sensible. Aquello lo había dejado tocado. No dejaba de ser un crío, así que Harper iba a tener que fingir ser fuerte frente a él para no asustarle bien.

—Marlon nos engañó a todos —musitó Luke entre dientes. No había dejado de pasear por la sala como forma de aplacar sus nervios—. Qué hijo de puta. Si lo tuviera delante...

—De eso se ha encargado Milo —susurró Pete con orgullo.

—Espero que le haya roto cada hueso del cráneo —susurró él.

—Luke... —su madre le riñó, aunque con des gana.

Maggie se hizo hueco entre sus hijos y le entregó la taza de tisana que le había preparado. Harper vio cómo temblaba su madre y cómo fulminaba con la mirada a su esposo por haberle dado licor. Ella contentó a ambos quedándose la copa y la taza. Con semejantes cuidados, cualquiera se rebelaba.

Los miró, a todos y cada uno de ellos, y se sintió amada. La verdad era que verlos tan preocupados por ella la ponía nerviosa porque no quería que sufrieran. Pero, saber que la querían

tanto, la hacía sentir relajada. Se sentía a salvo con ellos a su alrededor. Del mismo modo que se había sentido acompañada cuando vio a Milo y a Emmett en el bosque; o cuando su padre le había sujetado la mano en todo momento mientras el policía recogía su testimonio.

Pensar en Emmett la entristeció. Miró un momento lo que sujetaba entre las manos y deseó que los objetos no existieran y que, entre sus dedos, estuvieran los de él. Entrelazados, dándole confianza.

—¿No vas a bebértelo? —preguntó Connor con la ansiedad agrandando sus ojos.

—Eh...

—Creo que todos debemos dejar respirar a vuestra hermana. —Su madre hizo aspavientos con la mano para que se separasen de Harper, como si fueran palomas y tuviera que apartarlos—. Ha vivido por una situación muy traumática y necesita espacio.

—Estoy bien, mamá. Solo... ¿podéis dejar de mirarme? Hablad de otra cosa —pidió.

Clive se lo tomó al pie de la letra y empezó a explicar que se le había averiado la ranchera por la mañana. Por supuesto, lo teatralizaba todo para ser el centro de atención. Harper se mordió el labio inferior y casi sonrió; era agradable verle hacer tantas tonterías solo para concederle algo de espacio. Su padre, enseguida, fingió interés cuando era obvio que tenía un ojo puesto sobre su hija. Maggie se sentó junto a Rosemary, a palmearle la mano y a susurrarle que estaba asustada pero más tranquila de ver que Harper no tenía ni un solo rasguño. Connor se sentó junto al fuego haciendo verdaderos esfuerzos por prestar atención a Clive y no estar todo el rato pendiente de Harper. Luke continuó con sus paseos, más sosegados que hacía unos minutos.

Donald fue el único que parecía no hacerle caso a su gemelo. Se sentó en el brazo del sofá, a su lado. Le puso la mano sobre el hombro y allí la dejó mientras la miraba de soslayo desde las alturas. Ella levantó los ojos tras haber echado parte del *whisky* al té.

—¿Te lo tomas por mí? —preguntó con un hilo de voz tendiendo la copa en su dirección. Apenas quedaba un dedo—. No me gusta mucho *el whisky*.

—Sí, creo que lo necesito...

Aceptó la copa y se la bebió de un trago. Harper pestañeó y se centró en tomarse la tisana. La infusión tenía que ser de utilidad.

—Me voy a dormir —anunció diez minutos después con el té a medio acabar. Se había quedado frío y el gusto que tenía no era de su agrado. Nadie le cuestionaría que lo dejase a un lado. Clive lo tomó entre sus manos y la ayudó a levantarse del sofá—. Gracias.

—Te acompaño a tu dormitorio, cielo —se ofreció su madre levantándose.

—No, mamá. —Le sonrió y le besó la mejilla antes de hacer que se sentase de nuevo—. Puedo sola. ¿Por qué no te quedas aquí y descansas un poco junto al fuego? Seguro que no has cenado, y Connor puede ir a por un poco de comida a la nevera. ¿A que sí, renacuajo?

—¡Sí, claro! —Como si fuera un militar, se levantó y, cuadrado de hombros, caminó a pasos agigantados hasta la cocina seguido de cerca de Rosemary.

—Buenas noches —le susurró a su madre. Luego le dio las gracias a su padre con un asentimiento de cabeza que Pete interpretó justo como debía. Donald insistió en ir tras ella y subía las escaleras dos peldaños por debajo que Harper—. Donald, puedo sola, te prometo que no necesito que nadie me arrope.

Cuando llegaron a la puerta de su dormitorio, él le impidió abrirla poniendo su mano sobre el pomo.

—Sé que físicamente estás bien y a salvo —comentó—. Pero no sé cómo está tu interior. Las heridas que Marlon te ha hecho no son visibles porque no se hacen sobre la piel.

—Estoy bien, de verdad. Solo algo impresionada, pero se me pasará. Sé cómo dominar la ansiedad —le prometió.

Él se rio y le acarició las mejillas.

—Si no puedes pegar ojo, ven a buscarme.

—¿Como cuando tenía pesadillas? —Se rio Harper. Recordaba que Donald y Luke siempre se enfadaban porque, cuando Harper tenía malos sueños, se metía en la cama de Luke a dormir y Donald se ponía celoso—. Creo que iba a por Luke.

—Luke siempre fue tu favorito, pero hoy necesito ser yo quien te consuele. —Le besó la frente mientras le acariciaba el pelo porque sabía que aquello la adormecía. Esa noche no iba a conseguirlo—. Te queremos, Harper. Nunca has estado sola, aunque estoy seguro de que muchas veces lo has creído. No siempre lo hemos hecho bien, no siempre hemos estado ahí para ti como queríamos o como necesitabas, pero estamos aquí.

—Lo sé. —Se puso de puntillas y le besó la mejilla antes de entrar en su cuarto.

Allí se sintió algo más desprotegida, la soledad era mala compañía tras sentir el arropamiento de sus hermanos y sus padres. Comprobó que la ventana estuviera bien cerrada por mera paranoia.

Oyó el motor de un coche y miró hacia abajo. Luke se marchaba. Quizá necesitaba ir al *pub* a desahogarse con alcohol aunque en el sótano había grandes cantidades de él.

Se quitó la ropa como si fuera venenosa y la dejó en un cubo que había puesto tras el espejo de pie. Ir al baño a dejar la ropa sucia ya no le parecía tan cómodo, así que allí lo tenía más cerca. Cogió de la cómoda una camisa larga y vieja que usaba para dormir, heredada del primer novio que había tenido en Texas y que jamás había regresado a por la poca ropa que había en su apartamento. Se enfrentó al reflejo y vio todas las sombras que había en las paredes y rincones. Eran como fantasmas al acecho.

Se encontró con sus ojos en el espejo. Donald tenía razón. Marlon no había herido su piel, ni siquiera los arañazos de sus rodillas eran causados por él y su odio. Las heridas que le había infligido eran emocionales, había reabierto las que ya tenía y les había echado sal para reavivarlas. Sin embargo, contaba con el perdón de los O'Malley, de Sherman al completo en pocas horas y de la persona más importante de todos ellos: Milo. Aquello la ayudaría a coser sus desgarros y a enfrentarse a la realidad un día más y otro, y así hasta encontrarse lista para volver a ser la Harper que era cuando regresó de Texas.

En realidad, no sería la misma, se corrigió.

Ahora tenía una afinidad más madura con sus hermanos. Incluso con Milo; ya no habría más distanciamiento entre ambos. La gente confiaría más en ella y eso la ayudaría a no ir todo el día pendiente de malas miradas o malas palabras. Sobre todo, en la clínica.

Y se había enamorado.

Se vistió y se sentó en la cama.

Se preguntó si había alguna oportunidad para recuperar todo lo que había tenido junto a Emmett. Si iba a tener la opción de recuperarlo. ¿Podrían perdonarse? ¿Podría él aceptarla de vuelta? Y, sobre todo, ¿podría Harper estar con un hombre sabiendo que su amor era unidireccional? Porque romperle el corazón como lo hizo tras el anónimo, tenía sus consecuencias. Él no tenía por qué seguir interesado en Harper. ¿Podría ella estar enamorada por los dos? ¿Sería suficiente? Tal vez se trataba de una pérdida de tiempo. ¿Querer aguantar para estar más tiempo con Emmett era un pensamiento tóxico que debía eliminar de raíz y tratar de superar como pudiera aquel cúmulo de sentimientos?

Se tumbó y se abrazó a la almohada. Cerró los ojos y se imaginó frente al saco de boxeo que tenían en el sótano. Le encantaría bajar, ponerse los guantes y ver el rostro de Marlon en la saca. Pero dudaba que pudiera descargar todo lo que guardaba dentro. Estaba demasiado aterrorizada por lo sucedido esa tarde. Mirar al pasado a los ojos, improvisar un plan de supervivencia y verse acorralada por un hombre que hubiera disparado a su cabeza sin dudar, era demasiado. Harper no era un robot o una superheroína.

Llamaron a la puerta. Seguro que era su madre que quería cerciorarse de que estaba relajada, intentando dormir.

—Pasa, mamá —suspiró.

Harper se incorporó y Emmett se asomó por la puerta.

—Hola... ¿Puedo?

La mujer notó que se le secaba la boca al verle aparecer. Con el corazón acelerado, le hizo un gesto para que entrase.

*E*mmett entró en el dormitorio después de que ella le diera permiso para hacerlo. Ver a Harper sentada en la cama, pálida y temblorosa, le hizo preguntarse si aún estaba inquieta por lo de esa tarde o si era su presencia la que la había alterado.

Estaba nervioso. Cuando Pete había asegurado que su hija estaba en peligro, que no creía que Maeve hubiera desaparecido por casualidad, teniendo en cuenta que el acosador de Harper había dado señales de vida hacía poco, había notado que el corazón le daba un vuelco. Tras una semana lejos de ella, los sentimientos que albergaba en su interior no se habían desvanecido. Así que imaginarla herida o muerta había supuesto una puñalada desgarradora en su pecho que le había quitado la respiración por unos segundos. Hallar al caballo sin jinete le había hecho pensar que quizá no llegaría a tiempo y aquello tan solo lo había angustiado. Luego, al encontrarla con Marlon, había luchado con todas sus fuerzas por mantener la compostura. Hubiera deseado romper cada hueso de su cuerpo. Si Milo no le hubiera desfigurado el rostro a ese bastardo, él se habría encargado de ello personalmente.

Ella se había marchado a comisaría con su familia y con los O'Malley. Jocelyn y él habían ido a alertar a policías y vecinos para que detuvieran la búsqueda de Maeve. Todo había terminado.

Estar separado de Harper aquellas horas le había servido para ordenar sus pensamientos. Que Donald le contase la verdadera razón por la cual Harper se había alejado de él, había dado esperanzas a su maltrecho corazón. Tal vez, aún tenía alguna posibilidad con Harper. Que lo hubiera dejado por temor a que lo matasen quizá significaba que le importaba más de lo que jamás se había atrevido a decir en voz alta.

Jocelyn le había instado a ir a verla porque estaba dando tumbos por la casa, sin pegar ojo. Le perseguían las imágenes de aquella tarde. Si hubieran llegado cinco minutos tarde, el final hubiera sido muy distinto. Marlon se hubiera salido con la suya. Estar allí para hablar con Harper le ayudaba a hacerse a la idea de que estaba bien. Estaba viva. Sana y salva a cobijo de su casa, abrazada por su familia.

Podía respirar tranquilo.

—¿Molesto? —preguntó.

A fin de cuentas, era muy tarde y Harper debería estar exhausta. Maggie le había dicho que había tomado unas hierbas para dormir mientras que Pete había insistido en que subiera a ver si seguía despierta. Suerte la suya que así era.

—No, no. —Ella se guardó un mechón tras la oreja y trató de sonreír. Estaba incómoda. Reconocía aquel mohín en la curva de su boca—. No puedo dormir.

—¿Estás nerviosa?

—Si cierro los ojos, veo a Marlon apuntándome con la pistola —admitió ella encogiendo un hombro. Suspiró por la nariz—. Gracias por venir con mi familia y con Bern a buscarme. La verdad es que Jocelyn y tú imponíais.

—No tienes nada que agradecer, buhita. —Se sentó en el borde de la cama.

La observó. Estaba pálida y ojerosa. Temblaba levemente, el susto todavía seguía en su cuerpo y parecía no querer abandonarla. Estaba algo más delgada que la última vez que la vio, en la granja. Esos siete días pendiente de si el acosador regresaba le debían haber quitado el apetito.

Ella también lo miraba a él. Harper quería desgranar por qué Emmett estaba allí a esas horas de la noche. Tenerle a tan pocos centímetros de distancia, con su calidez y su olor corporal llegando hasta su cuerpo, le provocaba escalofríos y taquicardias.

Pero, para conseguir su redención, Harper debía confesar primero. Cerró los ojos y llenó los pulmones de aire. Detestaba abrirse en canal ante una persona, por eso las primeras sesiones con su terapeuta habían sido un fracaso. Por fortuna, Emmett tenía una especie de don. Le inspiraba tal nivel de confianza con su sola presencia, que el filtro entre el cerebro de Harper y sus cuerdas vocales desaparecía. Confiaba en poder decirlo todo sin tropezarse con sus miedos y la vergüenza.

—Tengo algo que contarte, Emmett. —Se rascó el cuello—. Lo de la semana pasada...

—Lo sé.

—¿Qué?

Emmett buscó su mano por encima de la colcha. La miró a los ojos y se enamoró de cómo sus pupilas se dilataban, convirtiéndose en pozos negros y húmedos a causa de la emoción que guardaba en su interior.

—Que lo sé todo, buhita. Don me ha contado lo de la amenaza y las fotografías mientras prestabas declaración.

Harper no esperaba aquello. Su hermano no había dicho ni pío mientras estaban juntos en el salón. Se había dedicado a observarla sin explicarle que había decidido contarle a Emmett lo sucedido con el anónimo. ¡Ni siquiera se lo había confesado cuando estaban solos en el pasillo! ¡Se había mostrado cariñoso, encantador y comprensivo, pero se había callado lo que había hecho!

—Traidor —susurró entre dientes. Se pasó las manos por la cara, frustrada. Emmett se tragó una sonrisa. Era tan expresiva que la encontraba preciosa. Un libro abierto. No podía engañar a nadie porque sus expresiones hablaban en su lugar—. Emmett, me encantaría que te hubieras enterado por mí.

—No pasa nada —le aseguró—. Lo importante es que lo hiciste para protegernos a Jocelyn y a mí. Gracias.

Ella negó con la cabeza. No tenía que agradecerle nada. Había hecho lo que hubiera hecho cualquiera en su situación.

—¿Entonces no existe ese ex de Dallas?

—Lo que pasó en Texas, se queda Texas. —Harper meneó la cabeza—. Todo fue una invención mía. Luego mi familia se enteró, me apoyó en la mentira y, en dos días, lo supo todo Sherman. Siento que te señalaran.

—No pasa nada. Jocelyn iba a la compra por mí, así que no he visto a nadie. Si me han criticado, no he oído ni una palabra. —Le guiñó un ojo y ella le sonrió con ternura, agradecida.

Harper se mordió el labio inferior. Tenía muchas ganas de pedirle que la estrechase entre sus brazos, de acortar la distancia y notar sus labios en el pelo, besándole la cabeza. Allí se sentía segura. Emmett era su refugio. Había estado perdida tras lo de Aaron y había necesitado regresar a Michigan, encontrarlo y enamorarse de él para encontrarse a sí misma. Quizá la psicología tenía algo que decir sobre aquello, pero a Harper no le importaba si su terapeuta tenía algo que

objetar. Aella, el amor romántico le había enseñado que no había problema en apoyarse en otra persona, en permitir que tirase del carro cuando a uno no le quedaban fuerzas.

—Emmett...

—Buhita...

Hablaron al mismo tiempo. Se rieron por lo absurdo que parecía aquella nimiedad tras lo vivido en el bosque.

—Siento haberte hecho daño el otro día. Si pudiera volver el tiempo atrás, si tan solo pudiera cambiar ese instante, daría todo lo que tengo y todo lo que soy por enmendar mi error.

Emmett se acercó un poco más y su otra mano le acarició la mejilla. Harper parpadeó al darse cuenta de que le acababa de secar una lágrima. No la había notado caer.

Para él era muy importante lo que Harper estaba diciéndole. Quería que continuase hablando, si bien quería confesarle allí mismo que estaba tan enamorado de ella que le daba igual el tiempo perdido si podían recuperarlo juntos. Una semana separados no era nada si podían pasar la vida al lado del otro. Eso era lo que sus padres le habían enseñado.

—Espero que puedas perdonarme.

—Claro que te perdono, buhita. Lo hiciste por mi bien. —Cogió la mano que sujetaba y le besó los nudillos, uno a uno, demorándose en cada hueso hasta notar que le dolían los labios—. Y que me rompieras el corazón, me hizo darme cuenta de que te pertenecía.

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Necesité que me dejaras para darme cuenta de que no quería que lo nuestro acabase. Fue ahí cuando me percaté de que eras más de lo que creía. Estabas dentro de mí, debajo de mi piel, de una forma que ya no podía seguir obviando. —La misma mano que acababa de besar, la llevó hasta su pecho. Por cómo le latía el corazón de fuerte y de veloz, estaba convencido de que Harper era capaz de notar cada pulsación a través de la ropa—. Solo entonces me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Así que yo no cambiaría ese momento. Me dio una lección.

Harper se soltó de su mano y se la llevó al pelo, a la cara, a la barriga. Incluso se levantó. Empezó a caminar por la habitación y le preguntó si tenía calor. Que eso fuera todo cuánto tuviera que decir, desinfló a Emmett. Podría haber leído mal las señales. Harper podría no estar enamorada de él y que todo se viera reducido a un gran afecto y a un torrente de deseo innegable entre ambos. La idea de que fuera solo eso lo que pasaba entre ellos le dolía, si bien, de nuevo, aceptaría el rechazo. Las emociones no tenían dueño ni la razón mandaba sobre ellas.

Quiso abrir la ventana, pero no pudo porque fuera hacía frío y las bajas temperaturas habían bloqueado las bisagras. Estaba nerviosa. Su confesión la había tomado por sorpresa.

—Buhita, escucha...

—Es que no me lo puedo creer. —Se quitó la parte de arriba y se quedó en sostén. Luego, cogió un montón de páginas en blanco del escritorio y se abanicó con ellas—. De verdad que no. Vaya sofoco me está dando.

—¿No crees que pueda enamorarme de ti? —No sabía cómo tomar esa reacción. Era la primera vez que veía a Harper comportarse de aquel modo.

—Es que... —Se rio mientras se golpeaba el pecho con el puñado de folios—. Antes de que llegaras, me preguntaba si podríamos estar juntos aunque solo yo te quisiera. Pensé que en tan poco tiempo no te habría dado tiempo a quererme del modo en que yo te quiero a ti. ¡Y ahora me dices que estás enamorado! —Se volvió a reír al borde del ataque de nervios.

Emmett cogió aire. Notaba que el corazón le trepaba por la garganta y temía que se le escapase por la boca. Harper estaba enamorada también de él. Lo quería. Lo acababa de admitir. Sin

embargo, no era el momento de hacer caso a sus palabras. Se levantó y se plantó frente a ella. Le quitó las hojas y las dejó en su sitio, luego la tomó por los hombros para que dejase de caminar por el cuarto.

—Tienes que serenarte, buhita. Te está dando un ataque de ansiedad.

—No.

—Sí.

—No.

—Te digo yo que sí —insistió Emmett. Tenía calor, se tambaleaba y hablaba de forma atropellada quedándose sin aire. Estaba al borde del histerismo porque se había visto sometida a mucha presión a lo largo de la semana, explotando por completo aquella tarde ante las fauces de Marlon y, ahora, ante la declaración de Emmett. Estaba más sensible de lo habitual y necesitaba expulsar todo lo que guardaba dentro.

—No tengo un ataque de ansiedad, Emmett.

—Sí —repitió él paciente.

—No —Harper tuvo que coger mucho aire para poder responderle.

—¿No? —decidió cambiar de táctica.

—¡Sí!

—Lo sé, buhita. Tienes que respirar conmigo, ¿vale? —le enseñó a seguir su ritmo, a inhalar y exhalar al mismo compás que lo hacía él. Aquello solo hizo que marearla, pues estaba hiperventilando, así que la acompañó hasta la cama. La abrazó susurrándole palabras tranquilizantes y haciendo hincapié en que tratase de respirar pausadamente—. Yo estoy contigo.

—¿No te vas?

—No me voy a ninguna parte —le prometió mientras la apretaba contra más fuerza contra su pecho. Se odiaba a sí mismo por no haber estado junto a ella. Si tan solo la hubiera acompañado a buscar a Maeve, Marlon no hubiera llegado tan lejos—. Me quedo contigo. Si tú me dejas...

—Te quiero —musitó Harper—. Es lo único que sé ahora mismo. No me preguntes quién soy, qué ha pasado esta tarde o cómo me siento al respecto. Pregúntame si te quiero y te diré que sí.

—Harper Blossom enamorada —intentó distraerla tiñendo su voz con gravedad para que pareciera un reportero de telediario—. Menudo descubrimiento. La hija menor de los Blossom se ha enamorado del mejor amigo de su hermano.

—Creo que tú tienes algo que decir —le pinchó ella apartándose. Parecía hablar sin tanto esfuerzo y se atrevía a sonreír.

—Te quiero. —Le tomó el rostro con las manos y la besó. Fue un beso de reencuentro. No hubo fuegos artificiales ni una explosión de colores a su alrededor, solo un halo caliente y lleno de ternura y emociones resistentes a todo que los envolvía en un abrazo. Fue un beso sincero, tierno, que nacía desde lo más profundo de su ser. Era el reflejo de dos personas que se querían y que no querían volver a separarse ni a mentirse nunca más—. Te quiero, buhita.

—¿De verdad? —casi lo susurró—. Me cuesta creer. ¿No estoy soñando?

—Te juro que mis sentimientos son reales y que yo estoy aquí, sosteniéndote.

Ella lo miró como si acabase de descubrirlo. Le sonrió como si acabase de iluminar el mundo entero sin necesidad de salir el sol.

—¿Puedes repetirlo?

—Estoy enamorado de ti, Harper. Te quiero desde hace tanto tiempo, que desconozco cuánto exactamente. Algo me dice que me enamoré de tu forma de reír, de caminar o de tratar a los animales hace años. —Ahora que sabía que no la iba a perder, que el sentimiento era mutuo, no

tenía miedo a expresarse. Se mostraría tal cual era porque con Harper su amor estaba a salvo—. Y, ahora que sé que tú me quieres, no puedo explicarte la felicidad que noto aquí. —Se tocó el pecho.

Ella se derritió contra su torso y se acurrucó mejor contra él. Emmett cogió un extremo de la funda nórdica de la cama y la tapó con ella porque solo llevaba unos pantalones y el sujetador. No quería que cogiera frío.

—No me dejes. Por favor... —Sintió el sollozo en su voz—. Me da miedo quedarme sola. Quédate esta noche.

—Me quedaré. —La tumbó, obligándola a meterse bajo la cama. Ella se deshizo del sostén porque se le clavaban los aros en la delicada piel. Él se quitó los zapatos para estirarse a su lado. La tapó bien mientras la arrimaba contra su cuerpo para abrazarla—. Me quedo contigo. Velaré tu sueño. Marlon no podrá llegar a ti ni siquiera mientras sueñes. Te prometo que nadie te herirá, buhita.

—Lo sé. Contigo a mi lado soy más fuerte —balbuceó Harper.

La cercanía de Emmett, con aquel abrazo lleno de amor y promesas por cumplir, le estaba desatando la rigidez del cuerpo y de la mente. El ataque de ansiedad había hecho que pudiera echar todo el temor que había sufrido esa tarde a manos de Marlon y ahora la muerte solo era una idea lejana que apenas la acechaba. Junto a Emmett no sentía que hubiera peligro. Del mismo modo que le confiaba sus pensamientos, le confiaba su vida. Cerró los ojos. Momentos antes había temido no poder pegar ojo, le daba miedo admitir que la soledad de su dormitorio no era sanadora, sino amenazante. Ahora, se sentía como en casa.

Jocelyn había decidido trabajar un poco. Después del remolino de emociones que había vivido esa tarde, no podría acostarse como si nada. Se notaba alterada. Apenas había podido probar bocado de la cena que se había preparado, notaba que hasta el estómago le temblaba de la impresión.

Su empresa había reformado una casa de Long Island para un político y su prolífica familia. El lugar era espectacular. Con vistas a la bahía, la casa estaba rodeada de terreno verde que permitía tener privacidad y desconectar de la realidad de Nueva York. Contando que la mansión tenía más de cien años y se conservaba la fachada original, así como las ventanas, poder decorar los cinco dormitorios, los cuatro baños, la cocina, el salón con chimenea y el comedor para grandes eventos sociales, era todo un caramelo para cualquier interiorista.

Antes de coger el vuelo hacia Detroit, su jefa la había llamado a su despacho y le había asignado el proyecto. Era la primera vez que tenía ante sí una decoración tan importante: no solo porque tenía que ser sofisticada y seguir la línea de la casa o porque tuviera un presupuesto de lo más abultado; si al cliente no le gustaba lo que escogía para su segunda residencia, la iban a echar.

Y si la despedían, ninguna empresa de Nueva York la querría.

Así que aquella era su prueba de fuego. Su jefa le había comentado que quería avisarla para que se mentalizase y buscase inspiración durante los días que tenía libres. Cuando volviera de sus pequeñas vacaciones, debería ponerse a ello. Tendría una semana para escoger todos los muebles y tres días para colocarlos con el equipo.

No quería que la pillasen desprevenida, así que había pedido a sus colegas de construcción que le pasasen el vídeo digital en tres dimensiones que habían realizado con las reformas. Así podría ver como era cada habitación con sus anotaciones: tamaño exacto, lugar donde estaban las ventanas y puertas, y los comentarios de los clientes sobre lo que querían hacer con cada espacio.

Ya tenía en su libreta lo que creía que podría quedar bien en la cocina según lo que habían hecho Wayne y sus chicos. Ahora estaba con el salón. Tenía una chimenea en una de las esquinas y una de las paredes, que era de cristal, conducía al porche con vistas al agua. Así que debía optimizarlo todo bien para aprovechar la luz en verano y que fuera acogedor en el invierno.

Llamaron a la puerta. Emmett no podía ser. Se había ido a ver a Harper y debería haber llegado a la residencia de los Blossom como mucho hacía diez minutos. ¿Quién habría ido hasta allí a esas horas de la noche? Cogió el atizador de la chimenea encendida y fue hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó. Si era una persona peligrosa, no respondería. Pero si contestaba, era de fiar.

—Soy Luke.

Ella respiró hondo y fue hasta la chimenea sintiéndose como una tonta por ser tan insegura. Lo que le había ocurrido a Harper esa tarde no tenía por qué pasarle a ella. Dejó el atizador y se

arregló la ropa, como si la tuviera arrugada cuando sabía que no era así. Volvió a la puerta y la abrió con una disculpa.

—Siento haber tardado tanto —dijo.

—No te preocupes. ¿Está tu hermano?

—No. —Ella se apoyó en el borde de la puerta—. Ha ido a ver a Harper. Debéis de haberos cruzado en la carretera.

—¿Pasarás la noche sola? —Pareció no gustarle la idea. La verdad era que a ella tampoco. Manny y Sherry antes eran perros guardianes, pero la vejez pasaba factura y ahora se dedicaban a dormir y a comer. No aspiraban a nada más. Desde su llegada, Jocelyn no dejaba de pedirle a Emmett que adoptase un perro grande que vigilase la granja; los Turner siempre habían vivido lejos y podía ser fácil robar.

—Depende de si hacen las paces. —Le sonrió.

Ella confiaba en que sí.

Creía que Harper y Emmett encajaban muy bien. Le daba mucha pena que su relación se hubiera roto cuando Jocelyn creía firmemente que estaban hechos el uno para el otro. Quizá ninguno de ellos se había dado cuenta aún de que estaban enamorados. Pero lo estaban. Saltaba a la vista.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Se hizo a un lado. El corazón le dio un vuelco cuando su colonia le llegó a la nariz y fue directa a los pulmones quemando todo lo que hallaba a su paso. Cerró un segundo los ojos. Luke todavía la afectaba; supuso que siempre lo haría.

Cerró la puerta y se giró para preguntarle qué hacía allí, no era normal que Luke se presentase entre semana, a altas horas de la noche, en la casa de su familia. El hombre no le dio opción. La cogió por la cintura, le sujetó el rostro con suavidad y abordó a su boca.

La acorraló entre su fuerte cuerpo y la puerta. Jocelyn no opuso resistencia. Deseaba aquel beso, pero jamás iba a confesarlo en voz alta. Gimió y buscó sus brazos para sujetarse.

Cada célula de su ser empezó a implosionar y a gritar ante el deseo que le provocaba su beso. Incluso sus caderas buscaron la pelvis de Luke de forma inconsciente. Quería acostarse con él.

Para él, el lenguaje corporal era suficiente. Para Jocelyn tampoco hacían falta las palabras. No utilizaban la voz, pero esa necesidad de acercarse con pasión el uno al otro expresaba todo lo que guardaban dentro.

Luke la ayudó a subir las piernas y a envolverle las caderas con ellas. Así le fue más fácil caminar hasta el sofá. Allí la tumbó. Se rieron sin apartar las bocas y las manos, él por poco la aplastó.

Ella buscó el bajo de su jersey y coló las manos bajo la tela gruesa. Notó la piel y los músculos duros por el trabajo físico. Jadeó. El Luke de veinte años ya se cuidaba yendo al gimnasio a menudo, pero, ahora que trabajaba en la granja, podría ser una deidad griega esculpida en mármol.

Prácticamente le arrancó la chaqueta, que estaba húmeda por el frío. Él se apartó con los ojos dilatados como profundos pozos oscuros. Se quitó el jersey y la camiseta térmica que llevaba debajo. Jocelyn tenía que admitir que la imagen que tenía ante sí era mucho más erótica de lo que había osado imaginar.

Luke volvió a besarla largamente antes de quitarle la parte superior del pijama de franela. Jocelyn tragó saliva. No llevaba sujetador porque, para estar por casa, no lo encontraba cómodo.

Aunque todavía tenía unos pechos bonitos, ya no estaban tan turgentes como con diecinueve años. Quizá a Luke no le gustaran.

—Eres preciosa. —Bajó la cabeza, pero se detuvo a medio camino. Su rostro se contrajo—. ¿Esto está bien, Jocelyn?

Que no dudase por su aspecto, sino porque se cuestionaba si era correcto dado su doloroso pasado, dado su yermo presente y su futuro imposible, la relajó.

—Luke Blossom, cállate y hazme el amor —masculló.

Él gimió y volvió a su boca para saquearla con la lengua y los dientes provocando que la sangre de Jocelyn se convirtiera en lava. Apenas tenía tiempo de pensar. El sentido común no tenía cabida cuando había tal desesperación. No había forma de expresarlo ni de explicarlo, las palabras se desvanecían de su mente a toda prisa. Todo ocurría con una velocidad vertiginosa.

Era increíble el rumbo que había tomado la noche en un pestañeo. Hacía cinco minutos, Jocelyn estaba sola, preocupada por su futuro laboral, y ahora se encontraba semidesnuda en el sofá.

Luke le quitó los pantalones e hizo lo mismo con los suyos. Jocelyn se mordió el labio inferior mientras se apoyaba en un brazo para mirarlo. Era un hombre muy apuesto. Más que antes, las facciones de niño que tanto le habían gustado de adolescente, ahora eran más aceradas y masculinas. Envejecía bien, como el buen vino, aunque todavía no había llegado a la década de los treinta.

—¿De verdad quieres que...?

—Creo que eres tú el que quiere echarse atrás —susurró Jocelyn mirándolo de arriba abajo. La cabeza de Luke no dejaba de pensar. Pero su cuerpo ansiaba aquello tanto como el de ella. Solo hacía falta mirar su erección, imponente y vibrante—. ¿Qué ocurre, Luke?

Jocelyn cogió la manta que había en un extremo del sofá y se tapó con ella. Él se sentó en el borde y se pasó una mano por las mejillas.

—Después de todo lo que pasó entre tú y yo...

—Luke, eres tú quien ha venido y me ha besado nada más llegar —le recordó Jocelyn, cruzándose de brazos por encima de la manta—. Sabías lo que querías. Por eso has venido aquí, ¿no? Para acostarte conmigo.

—No. Sí. ¡No! —Frustrado, se levantó y se paró frente al fuego con las manos en las caderas.

Le daba la espalda a Jocelyn. Cuando se habían desnudado, tan solo había visto su imponente físico por delante, ahora tenía un paisaje perfecto de su espalda. Tenía los músculos marcados, un tatuaje de un dragón japonés en el hombro derecho. Se mordió el labio cuando sus ojos se clavaron en el trasero. Parecía mucho más respingón y duro que cuando eran más jóvenes. Si no estuviera tan molesta con Luke, se acercaría a él para darle un sensual azote en aquellas tersas nalgas.

¿Qué hacía allí? Se había presentado en su casa para besarla y desnudarla. ¿Y ahora dudaba? Estaba en su derecho de detener el encuentro cuando quisiera, pero a Jocelyn la confundía su comportamiento.

—¿Qué ocurre, Luke?

—Vine porque quería darte las gracias. —Se volvió para mirarla. Jocelyn se obligó a no mirar su erecto miembro—. Te has enfrentado a Marlon esta tarde por mi hermana y no todo el mundo haría esto. También sé que no es la primera vez que das la cara por ella y te lo agradezco.

Luke se sentó de nuevo en el sofá con los codos apoyados en los muslos. Parecía atormentado y Jocelyn se obligó a relajarse. Al fin y al cabo, eran humanos que habían estado enamorados en

el pasado. Quedaban cenizas tras la hoguera, la prueba era que se deseaban con el mismo anhelo que hacía años. Cualquiera de ellos dos podía sufrir un desliz.

—Pero luego te vi aquí, en pijama, y me acordé de lo bien que lo pasábamos juntos. Fuera y dentro de la cama. —La miró con una sonrisa tierna—. A pesar de la ruptura, a pesar de no tener edad para beber cerveza, fuimos felices, ¿verdad?

Jocelyn suspiró y se sentó a su lado. Se sentía extraña yendo sin ropa bajo la manta y viéndolo a él desnudo a su lado.

—La universidad fue toda una experiencia, sí. —Ella le dio un amistoso golpe con el hombro—. Tú la hiciste mejor.

—Te odio, Jocelyn —susurró Luke. La miró y aquel fuego la hizo tragar saliva. No iba a negar que le dolían aquellas palabras. Eran escasas, dichas con poca voz, pero el agujero que provocaron bajo sus costillas fue abismal—. Lo teníamos todo y lo redujiste a nada.

—Buscábamos cosas diferentes.

—Teníamos veinte años —le recordó él—. Me dejaste por teléfono, incapaz de decírmelo mirándome a los ojos. Me dejaste y yo no pude defender lo que teníamos.

—Tenía que irme a París. Era una oportunidad única —intentó defenderse.

Pero sabía que él tenía razón. Era un cobarde. No le había dicho que se había presentado a la beca europea y se había sentido liberada cuando le anunciaron que se la habían dado. Amaba mucho a ese chico y decirle a la cara que no podían seguir juntos porque el amor no bastaba le había resultado, simplemente, insoportable. Había obrado mal. Pero, tras tantos años, ¿cómo disculparse? ¿Cómo redimirse por las decisiones que había tomado una Jocelyn inmadura y temerosa?

—Podríamos haberlo hablado. Yo iba a dejar la universidad ese verano. Si tú hubieras hablado conmigo, si hubieras expresado tus planes de futuro, tal vez podría haber hecho un curso de un año extraoficial para trabajar de cualquier cosa contigo mientras tú perseguías tu sueño en Nueva York.

—Tú querías estar aquí, Luke. La granja, tus padres y tus hermanos son el motor de tu vida. Yo no quería arrebatarte eso. —Le quiso coger la mano, pero él se apartó. Cerró los ojos unos momentos mientras Luke empezaba a recoger su ropa y a vestirse—. Si me hubieras seguido, hubieras sido infeliz.

—Eso no lo sabes, Jocelyn.

—Claro que lo sé. Te conozco. —Se levantó sujetándose a la manta—. Llevas la ganadería en la sangre. ¿Crees que ser ebanista, cocinero o administrativo hubiese sido suficiente?

—Por ti, sí.

—¡No! —Ella le cogió el rostro para que la mirara a los ojos—. Estar lejos de la familia y trabajar en algo que no te gusta, te carcome por dentro. Te intoxica hasta que todo es negro a tu alrededor y tu amargura hubiera terminado matando nuestra relación. ¡Me hubieras odiado!

—¡Eso no lo sabemos! ¡Maldición, Jocelyn! —Se apartó y lanzó el jersey contra el sofá—. ¡No sabemos cómo estaríamos ahora mismo porque nos privaste de ello! ¡Yo quería vivirlo todo contigo y tú me lo negaste!

—Era nuestra mejor opción.

—¡Nos queríamos!

Jocelyn se sentó de nuevo en el sofá y se echó la melena a un lado. Sí. Se habían querido con locura. Incluso, habían fantaseado con matrimonio e hijos. Ella había soñado con ver a Luke arrodillado y con un anillo en la mano. Pero, pronto, se había dado cuenta de que aquel futuro era

demasiado oscuro y doloroso, sobre todo después de su visita a la doctora Davis-Steeler. Había preferido dejarlo antes de terminar destrozada. No había pensado en que dejaría a Luke en ruinas y que la odiaría de todos modos.

Lo miró entre las pestañas mientras él terminaba de vestirse. Estaba enfadado porque ella no había respondido. Jocelyn no sabía que buscaba Luke con todo aquello. Ya habían removido el pasado días atrás y ¿de qué había servido? Para sacar a la luz todo el sufrimiento que habían vivido.

Se dio cuenta de que ella había pasado página porque se había obligado a ello. Luke no. Se había quedado anclado en aquel capítulo de su vida porque no había podido cerrarlo bien. Porque la ruptura no había sido lo exigible en una relación seria.

—No era suficiente —dijo. Él la miró—. Siempre me echarías en cara que habías dejado Sherman por mí y yo siempre tendría miedo de herirte con cada logro que consiguiera lejos de aquí.

—No te importé. —Esa fue la conclusión que sacó.

—Eras todo para mí, Luke.

Quiso decir que todavía lo era. Se sintió morir al darse cuenta de que seguía enamorada de él como el primer día, cuando se sentó a su lado en las gradas del instituto para estudiar en plenas vacaciones. Y dolía horrores saber que lo suyo era imposible porque cada uno tenía estilos de vida distintos, en estados separados por más de seiscientas millas.

—Permíteme dudar, Jocelyn. Yo hubiera renunciado a todo por ti, pero tú no confiabas en mi capacidad de ser feliz solo contigo. —Ajeno al remolino de emociones que asaltaba a Jocelyn, pasó por su lado y se detuvo—. No sé por qué te contacté. No sé por qué quise saber de ti para que regresases a mi vida.

Se marchó, dejándola sola en medio del salón, con el calor de la chimenea calentando un alma helada que no podía caldearse con algo tan simple como el fuego. Se vistió con los ojos anegados de lágrimas. No entendía por qué Luke y ella se habían tenido que reencontrar. Solo había servido para hacerse daño y reavivar viejas heridas.

Heridas que ella creía cerradas y cicatrizadas. Nada más lejos de la verdad. Seguía enamorada de Luke a pesar de saber que no se convenían, que no tenían nada en común. Era terrorífico darse cuenta de que iba a tener que volver a rehacer su vida cuando volviera a Nueva York, que volvería a echarlo de menos, por más que sus encuentros hubiesen sido escasos, cortos y llenos de palabras ponzoñosas.

Se miró las manos porque notó algo sobre ellas, como si un fantasma las acariciase con el tacto de una pluma. Hacía mucho que no sentía esa sensación. No es que creyera en lo paranormal, era un recuerdo sensorial. Jamás olvidaría a la doctora sosteniéndolas después de las pruebas que le habían hecho.

—Lo siento mucho, Jocelyn.

—Pero... —Ella había hecho verdaderos esfuerzos por no llorar—. ¿Está segura de ello? Quizá algo ha salido mal y...

—Cielo, hemos hecho todas las pruebas que han sido necesarias tras ver el resultado de tu analítica. Sé que fue muy duro físicamente pasar por todas ellas, pero ahora te toca ser fuerte aquí, —y había tocado su frente—, y aquí. —Luego la clavícula, haciendo referencia al corazón—. Porque no hay lugar a dudas.

—Es imposible.

Cerró los ojos y se obligó a desterrar aquella conversación de su mente. Se había obligado

cientos de veces a dejarla en un cajón y a fingir que no había existido jamás, algo que era difícil. Sobre todo, teniendo en cuenta que la doctora seguía siendo su médico y cada año en la revisión le preguntaba cómo lo llevaba.

Decretó que lo mejor que podía pasarles era que Luke la odiase tanto que no quisiera saber nada de ella y se olvidase para siempre de lo que habían tenido. Quizá así nunca volverían a buscarse y sería más sencillo olvidar lo que habían vivido y sentido.

Miró su ordenador. Estaba olvidado en un rincón del sofá. Lo cerró con un golpe seco mientras caía la primera lágrima. En esos momentos odiaba Nueva York, ser interiorista y haber pensado que Luke Blossom podría haber sido el amor de su vida.

Los días siguientes al ataque fueron muy extraños. Harper siempre los recordaría en una nube, como si la hubieran drogado y todo pasase tan rápido que su cerebro no pudiera procesar toda la información de golpe.

La familia de Marlon empacó lo poco que tenía, puso la finca a la venta, así como la pequeña casa a orillas del lago donde vivía Marlon, y dejó los animales a cargo de un vecino. A diferencia de los Blossom, su apellido no bastaba para que los aceptasen por encima de los actos de su hijo. Habían huido para no ser tratados del mismo modo que a Harper durante cinco años. Ella no estaba contenta con el resultado. ¿Por qué la gente tenía la manía de culpar a los familiares de los actos de una sola persona? ¡Ellos no habían pensado por Marlon! Era un hombre adulto, consciente de sus acciones y de sus formas de pensar; no necesitaba que nadie le dijera qué era el bien o el mal o qué camino tomar para llevar una vida tranquila y sin complicaciones.

Toda la comunidad se volcó con ella. La mayoría de vecinos se pasó por la clínica con el único fin de disculparse. Sandy, incluso, lo hizo trayéndole una cesta de fruta. Recibió ramos de flores de la familia de Maeve y también de Nathalie, la cuñada de Bern.

Aquello le parecía demasiado. Se lo regaló todo a su madre, a sus cuñadas y a Jocelyn. No quería nada. La redención no llegaba por ese camino. Harper la había encontrado ella sola, por su cuenta, sin tener que llevarse por delante a Marlon ni otras personas. La liberación de su culpa y sus pecados lo peleaba a diario gracias a su fuerza mental, no porque hubiera salvado a Maeve de un loco exponiendo su propia vida.

—Ya sabes cómo son los pueblos —intentó justificar su madre esa tarde mientras comprobaba que el pescado al horno no se estuviera quemando—. Olvidan tan rápido como juzgan. En el fondo, son buena gente.

—No todos los pueblos son así, mamá.

—En eso Harper tiene razón. —Donald apareció por la puerta, cargado con una bolsa del supermercado. Sacó cervezas, patatas y una botella de refresco—. Todo depende de las personas. Las hay más buenas que otras, mamá. Si te encuentras con alguien que se regodea en el dolor, hallarás el odio. Si crees en el perdón, terminas dejando pasar la vida.

Maggie sonrió. Había criado a unos hijos muy inteligentes y sabios. Quería pensar que había sido una buena madre, que había basado la educación en los buenos valores de los hombres y de la fe.

—He oído que has aceptado entrenar a tu equipo... —canturreó la matriarca.

Harper, que estaba preparando la ensalada, se giró con una lechuga en la mano como impulsada por la velocidad de la luz. Aquello era nuevo. No contaba con esa noticia y se había quedado atontada.

—¿Te marchas?

Donald había asegurado que el club pecaba de soberbio, que no tenía en cuenta sus deseos y

que, si no cedían, no se iría con ellos por más millones que pusieran sobre la mesa. Prefería enseñar a los jóvenes de Sherman los valores del deporte, lo beneficioso que era para la salud física y mental. ¿Qué había ofrecido el club en las últimas cuarenta y ocho horas? ¿Qué había cambiado para que Don se lanzase a la piscina y regresase a la vida que había dejado atrás? Nadie podía negar que el fútbol profesional era su vocación, si bien Harper estaba convencida de que había encontrado un buen sustituto allí.

Su hermano se sentó en la mesa y la ayudó a cortar las lechugas..

—Han accedido a tratar a papá. Lo hará el médico del club y varios doctores más del UPCM Shadyside. Es uno de los mejores hospitales de Pennsylvania.

—¿Y el tratamiento? Michigan y Pennsylvania...

—Somos casi vecinos, buhita. En avión es una hora. Solo tendrían que conducir hasta Detroit. —Por la mirada que Donald dirigió a su madre, era algo que estaba más que hablado.

Lo observó unos segundos, tratando de asumir que su hermano se marchaba de nuevo. Una parte de ella esperaba que así fuera, no podía engañarse a sí misma. Don no era feliz allí. Si tan solo hubiera encontrado el amor en el pueblo, si tan solo hubiera encontrado un lugar donde echar raíces junto a los suyos, otro gallo cantaría. Sin embargo, su destino no era aquel. Y Harper siempre lo había sabido, solo hacía falta conocer a Don para saber que era especial y que no encajaba en el molde de la comunidad. Ella lo había roto por matar a Aaron O'Malley, pero eso no significaba que fuera distinta a los demás. Él sí. Sus aspiraciones siempre habían ido más allá de las fronteras de Michigan.

Harper suspiró y abrazó a su hermano, que no pudo corresponder porque tenía las manos llenas de comida.

—Los Pittsburgh Steelers vuelven a llevarse la joya de la corona del fútbol americano. Tendré que volver a sacar mi camiseta del armario.

—¿Todavía la guardas? —Donald la miró—. Te la compraste la primera temporada que estuve con ellos.

—Pues no he comprado ninguna más. Es mi bien más preciado —confesó orgullosa.

—Y de eso hace tantos años que apenas se ve tu número y tu nombre en ella —corroboró su madre. Le puso una mano en el hombro y le guiñó un ojo—. Pídele a ese club tuyo que meta una equipación para tu hermana pequeña. Al fin y al cabo, aunque no esté afiliada al club de fans de Donald Blossom, es la número uno.

Harper intentó no llorar. Don era valiente. Seguía sus sueños sin importar qué dejaba atrás porque sabía que viviendo la vida a través de los ojos del resto no encontraría la realización personal.

—¿Cuándo te vas?

—Oficialmente, anunciarán mi fichaje como entrenador, después de la NFL Draft, aunque quieren que esté ya presente para ver qué jugador elegimos para jugar el año que viene.

—Me encanta este tipo de pretemporada —suspiró su madre—. Coger a los mejores jugadores universitarios del momento y que los equipos elijan a uno para tenerlo en plantilla la temporada siguiente.

—Así fue cómo entraste tú en la liga nacional. —Harper recordaba a la perfección aquel día. Los Pittsburgh Steelers no se fijaron en Donald por aquel entonces, pero solo tardaron dos años en echarle el ojo, ofrecerle un contrato blindado y tenerlo consigo hasta que se retiró—. Espero que ganes la Superbowl el año que viene o te prometo que te arrepentirás.

—Había olvidado lo agresiva que te pones cuando se trata de fútbol americano —bromeó Luke

entrando en la cocina—. Entonces ¿es oficial que vuelves a Pittsburgh?

—Sí. En una semana ya no me tendréis por aquí.

—¿Es esto una cena de despedida? —protestó Harper—. ¿Por eso estamos todos invitados?

—En parte. —Piper entró con una bandeja de pastel de atún que había traído de la granja. La dejó sobre la encimera y le retiró el papel transparente que la conservaba—. Milo quiere contarnos algo a todos.

—¿No sabes de qué va el tema? —Maggie hizo un mohín de desconfianza con la boca.

—Dice que lo mejor es que se entere toda la familia al mismo tiempo.

—¿Y Emmett ya es de la familia? —pinchó Luke, dándole un codazo a Harper, quien se levantó y le metió una rodaja de tomate por el cuello de la camisa—. ¡Buhita! —Su hermano aulló y empezó a bailar como si tuviera un hula-hop en la cintura para que cayera el tomate—. ¡Eh!

—No te metas con él y no me meteré contigo. —Se rio Harper volviendo a sentarse para terminar la ensalada. Don le dio el último toque añadiendo aceite de oliva, vinagre y una vinagreta de frutas que Maggie preparaba para ocasiones especiales.

—Pero es de la familia —aseguró Donald enarcando una ceja—. Creí que siempre lo había sido. Es mi mejor amigo desde niño.

—Estáis todos fatal.

Harper salió de la cocina con el rastro de la sonrisa en los labios. Cuando vio a Emmett jugando a cartas con Connor, Carly y su padre junto a la chimenea encendida, notó un ramalazo en su interior. Era un sentimiento encontrado: había ganado el amor de Emmett, pero perdía el de Donald.

Emmett la vio, dejó sus cartas un momento y fue a abrazarla. A Harper todavía le parecía tiernísimo que aquel hombre se diese cuenta de que necesitaba su refugio en momentos en los que no sabía ni cómo dejar entrever sus sentimientos.

—¿Sabías que Donald se va a entrenar a los Steelers? —le preguntó sin separarse de su cuello.

—Me lo ha contado hace un rato. —La estrechó con más fuerza contra sus costillas—. Mira el lado bueno: podremos ir más a menudo a Pittsburgh. Ahora tendremos una segunda casa.

—Hoy estáis todos tontos. —Se rio ella haciéndole cosquillas.

—Y tú estás más bonita que ayer —la alabó Emmett cogiéndola de la mano y haciendo que diese una vuelta sobre sí misma, como si bailasen.

—¿Me estás haciendo la pelota?

—Apenas —ironizó Emmett. Ella se carcajeó mientras él agachaba la cabeza para poder susurrarle al oído—. Me gustaría que vinieras a dormir esta noche a casa. Jocelyn quiere prepararte un bizcocho para desayunar.

A Emmett le gustaba que su hermana aceptase a Harper. Se caían bien. Había una especie de afinidad entre ellas. Dio gracias al cielo de que así fuera. No quería ni imaginar qué hubiera pasado si no se soportasen.

—¿Y tú? ¿No quieres hacerme el desayuno?

—Yo quiero hacerte el amor, buhita. —La intensidad de su confesión la convirtió en vapor—. Pero eso puede esperar a que mi hermana esté en su dormitorio. No quiero escandalizarla. —Le dio un beso rápido en los labios.

Maggie, ajena al calor que desprendía la piel de Harper a raíz de la declaración de intenciones de Emmett, pidió que todos fueran a la mesa. Nadie iba a pedir un poco más de tiempo, así que dejaron a medias lo que estaban haciendo para obedecer. Harper fue a la cocina a por el bol de

ensalada. Cuando regresó, su padre estaba decretando donde debían ir sentados Emmett y Carly, lo cual implicaba que el resto también se moviera.

Harper se sentó junto a su chico. Sonrió. Qué bien sonaba eso. Le besó el hombro y se tragó una carcajada cuando vio que las mejillas del hombre se sonrojaban ligeramente.

Pete bendijo la mesa como cada noche y, cuando atacaron la comida, Milo carraspeó.

—Tengo algo que comentaros. Era necesario que estuviéramos todos porque creo que nos interesa como familia —empezó diciendo dejando a un lado sus cubiertos. La mayoría lo imitó mientras el silencio se hizo presente en el comedor, algo tan inusual como los días en que los termómetros rozaban los treinta grados en verano—. Esta mañana ha venido a verme Bern O'Malley a la granja.

Harper se irguió más en la silla. Notó que muchos de sus hermanos le echaban un ojo para ver si sabía algo. Rosemary fue más descarada y le dirigió una mirada que le preguntaba de qué iba todo aquello. Harper le respondió encogiendo un hombro y volviéndose a mirar a Milo.

—Al parecer, van a cambiarle la medicación a Maeve y han decidido venderlo todo para empezar de cero lejos de aquí.

—¿Se marchan? —Maggie se llevó una mano a la boca. La noticia había tomado a todos por sorpresa.

—A Costa Rica —Milo asintió—. Dicen que han mirado una casita cerca de la playa. Con todo lo que saquen por la casa y la granja, sumando el plan de jubilación, esperan poder vivir sin tener que trabajar hasta sus últimos días.

Harper recordó a Maeve en la comisaría. Le había dicho que no creía poder salvar su matrimonio tras un lustro ausente por el dolor. Ella había segura de que el amor que sentía esa pareja era indestructible, todo lo vivido juntos no podía debilitar aquel sentimiento, sino fortalecerlo. Se alegraba que se hubieran recuperado y que hubieran decidido alejarse de todo para ser felices.

En Sherman había recuerdos felices. No obstante, si mirabas más a fondo, si indagabas en la parte fea, el sufrimiento se imponía a la infancia y a los logros académicos de Aaron por su trágico y repentino adiós.

—Bien hecho —decretó Pete sirviéndose más vino para darle un buen trago a la copa, brindando por la decisión de sus amigos.

—Me han ofrecido a mí el negocio —anunció Milo. Las exclamaciones se sucedieron unas a otras—. Si nos lo quedamos los Blossom, nos lo dejan más barato. No mucho más, pero sí lo bastante como para que la oferta me haya resultado atractiva.

—Nuestras granjas crecerían y también nuestros beneficios anuales —rumió Luke echándose hacia atrás en la silla.

—Pero el trabajo se multiplicaría y quizá nosotros solos no podamos con ello. ¿Cuánto supondría tener más gente de la que ya tenemos? Los sueldos pueden hundirnos. —Pete no parecía tan contento. El dinero era tan importante como la salud, porque si no podías pagar los hospitales, de nada servía trabajar de sol a sol.

—A mí me interesa. —Luke levantó la mano—. No quiero vivir siempre en el viejo granero. Como casa de invitados está bien, pero si alguna vez quiero una familia, no es viable estar allí. No hay espacio, funcionalidad y estoy muy cerca de Piper y Milo. Seríamos un incordio —aclaró—. Con la casa de los O'Malley, tendría mi propio espacio.

Harper vio como Clive ponía una mano sobre la de Rosemary.

—Podríamos hacer un estudio de cómo quedan los terrenos si unificamos el de Bern al nuestro.

Así nosotros también podríamos construirnos una casa. —Entrelazó los dedos con los de Rosemary—. Mamá, papá, no queremos dejaros solos, pero...

—Tenéis que hacer vuestra vida, hijo. —Su madre lo comprendía y sonrió para aplacar sus dudas y sentimiento de culpabilidad.

Así que, de momento, había dos hermanos en el barco. Pete y Milo parecían más precavidos. Donald lucía aburrido, las granjas jamás le habían interesado. Harper y Connor estarían más inquietos si las dudas tuvieran relación con la clínica. Proponer una expansión, por ejemplo, sí haría que se removieran en sus asientos. No obstante, eran una familia. Decidían entre todos porque aquellas decisiones afectaban al patrimonio de Pete y Maggie.

—¿De cuánto hablamos? —preguntó Harper.

—Por ser nosotros... ochocientos mil por la casa. Dos millones por las tierras y las granjas. —Maggie se abanicó, Harper por poco perdió el conocimiento y Rosemary se mordió el labio inferior—. Nos dejan los animales y se hacen cargo de los los contratos con los proveedores, acreedores y clientes. Los gastos de cambio de nombre corren por su cuenta.

Eran prácticamente tres millones de dólares, una cantidad importante de dinero. Las tierras eran caras, lo sabía, y las casas al puro estilo de rancho eran también costosas, tanto de adquirir como de mantener. Sin embargo, desembolsar semejante cifra le parecía una locura.

—¿Cuánto piden en realidad, Milo? Si fuera otra persona la interesada por las tierras, como yo, por ejemplo —se interesó Emmett. Harper casi quiso mirarlo como si estuviera loco, mas se contuvo.

—Cuatro millones por todo. Supongo que rebajarían si negocias, pero no bajarán más de doscientos mil pavos.

—Si vamos a tener en cuenta la oferta de Bern, quiero una tasación —dijo finalmente Pete tras mantener contacto visual continuo con su mujer. Era increíble que se entendieran sin necesidad de hablar—. Estoy seguro de que todo lo que tienen vale cuatro y hasta cinco millones. Sus tierras son de las mejores y sus animales tienen un sello de calidad que les avala como ganaderos. Sin embargo, no quiero sorpresas. Si voy a lanzarme a la piscina, quiero asegurarme de que hay agua.

—Ya le he pedido que me dé tiempo para contactar con el banco y la inmobiliaria.

—Bien —Pete suspiró—. ¿Quién está interesado en las tierras de los O'Malley?

Luke y Clive alzaron la mano. Para sorpresa de Piper y Harper, Milo hizo lo mismo.

—Yo puedo dejaros dinero —comentó Don mientras se acomodaba mejor en la silla y levantaba la mano.

—Al final resultará que es culpa nuestra por tener tantos hijos. —Se rio Maggie mientras recuperaba su tenedor y empezaba a pinchar ensalada.

—¿Y vosotros? —su padre se dirigió a los más pequeños de la familia.

—¿Es necesario? —Harper puso los ojos en blanco—. Ya sois mayoría. Vais a aumentar el patrimonio familiar aunque eso merme las reservas de dinero y os haga rehipotecaros.

—El préstamo puede venir de mí y no del banco. Se hace ante notario y tendría intereses del cero por ciento —anunció Donald ganándose una mirada de júbilo por parte de sus hermanos.

Estaba dejando a Harper sin objeciones.

—Vuestras opiniones son igual de importantes y válidas —aseguró Pete.

—Yo no tengo nada que ofrecer. Ni mano de obra ni dinero. —Todos asintieron ante lo que dijo Connor—. No voy a dedicarme a la granja. He hablado con Carly y hemos decidido que mientras ella esté estudiando, yo estaré en la recepción de la clínica. —Por la mirada que le lanzó

su padre, era algo que ya estaba hablado entre ellos—. Me dará tiempo a ahorrar y comprar algo para nosotros dos. Pero será lejos de las granjas. Ese no es mi mundo. Así que voto en blanco. Lo que decida la mayoría estará bien.

—¿Buhita? —Milo enarcó las cejas dándole pie.

Ella se levantó para coger la botella de vino que su padre tenía al lado. Volvió a sentarse mientras se llenaba la copa que, hasta entonces, había estado vacía.

—Cuando papá se jubile, la titularidad de la clínica será de Connor y mía. Es nuestro territorio. Si alguna vez hay que tomar decisiones sobre ella, espero que nuestra palabra tenga más peso. —Bebió un poco—. Al fin y al cabo, somos nosotros quienes trabajamos allí a diario y sabemos qué hará que los servicios mejoren. Nos gustará saber qué pensáis, pero la última palabra será nuestra. Me gustaría que esto fuera igual.

—Estamos de acuerdo —aceptó Milo—. Pero tienes que comprender que, si el dinero que papá y mamá tienen en el banco baja, también lo hará la herencia.

—Yo estoy con Harper. —Connor también cogió vino y no dejó que Donald le quitase la botella—. Las fincas están a su nombre. Se repartirán a partes iguales en su momento, del mismo modo que haremos con la clínica. Pero una cosa es lo que digan los papeles y, otra, quienes estemos dando el callo cada día.

A Harper se le hinchó el pecho de orgullo. Connor ya no era un niño. Era un hombre que pensaba por sí mismo y que tomaba decisiones. No siempre serían las adecuadas, pero esa noche a Harper se le antojó mucho más mayor de lo que era en realidad. Hablaba como un adulto seguro de sí mismo y nadie debería robarle jamás esa confianza. Y así se lo hizo saber asintiendo de forma leve cuando la miró en busca de su aprobación.

Harper volvió la cabeza para mirar a Emmett. Él era el granjero de los dos, sabía mejor que ella cómo funcionaba el negocio de las vacas. La mano callosa del hombre se puso en su muslo y le dio un suave apretón. Creía que conseguir los terrenos de Bern podía ser una buena maniobra de expansión, no solo para los beneficios, también para que cada hermano pudiera desarrollar su presente y futuro sin cuestionarse si eso molestaba a los demás.

—Yo os doy carta blanca —comentó cogiendo su tenedor.

Milo le guiñó un ojo agradeciendo el apoyo. Harper no estaba segura de aquella transacción fuera tan beneficiosa, pero estaba en la misma posición que Connor. Las granjas no eran asunto suyo.

Cuando terminaron de cenar, insistieron en bajar al sótano a tomarse una copa y a bailar, pero ella subió a por la chaqueta. Iba a dormir con Emmett. Tras su reconciliación, nadie se opuso. Cogidos de la mano, salieron al porche.

—¿Crees que he hecho bien siendo tan repelente? Les he puesto muchos palos en las ruedas.

—Has hecho de hermana, simplemente.

—¿Tú qué harías si fueras ellos? —preguntó tras subir al coche de Emmett y abrocharse el cinturón—. Con las tierras de O'Malley, digo.

—Yo estoy solo en mi granja y apenas abarco todo lo que tengo que hacer. Supongo que me iría mejor si contratase algún ayudante a tiempo parcial, pero tengo el dinero justo para ir sobreviviendo —explicó Emmett encogiendo un hombro—. Los Blossom tenéis prestigio y apellido, por no decir que sois la familia que más empleos da a Sherman. No me parece tan mal que quieran ser más ambiciosos. Además —añadió mientras tomaba la salida a la carretera principal—, Don tiene razón. Tus hermanos necesitan donde vivir y en estos pueblos cada vez es más complicado encontrar un lugar en condiciones.

—Ya eres uno más de la familia —le picó ella acariciándole la nuca.

—Hablando de eso, sé que quieres mudarte. —Emmett la miró una milésima de segundo. Sabía que no le gustaba que apartase la vista de la carretera ni las manos del volante—. Quizá sea una tontería, sobre todo porqué está lejísimos de la clínica, pero puedes venir conmigo a casa.

—¿A la finca de los Turner?

—Sí. Estamos juntos, ¿no? Puedes vivir conmigo. —Le sonrió con mimo. Emmett sabía que, pese a la oscuridad, Harper estaba viéndolo. Ella siempre podía ver sus expresiones, incluso con los ojos cerrados. Lo conocía demasiado bien.

Harper se encontró sonriendo. Sí, tenía razón. La finca de Emmett estaba tan lejana a la civilización que, cada día, haría un buen trayecto en coche para ir y venir al trabajo. Pero ¿no lo estaba haciendo ya? Para visitarle y estar con él. Era absurdo plantearse si era buena idea hacerlo a diario cuando, prácticamente, ya lo hacía.

Se mordió el labio inferior.

—¿Y qué hay de la adopción?

—Ya te dije que me había echado atrás —le recordó.

Por supuesto, Harper no había podido olvidar aquella conversación. Lo habían hablado la noche que siguió a la timba de póquer. Harper había aceptado su negativa a presentar la solicitud, pero le había costado entender sus motivos. Para ella, el miedo no era motivo suficiente para rendirse. Sabía bien de lo que hablaba. Si hubiera dejado que el pánico mandase sobre su vida, jamás habría vuelto a Sherman y hubiera terminado saliendo con él. Creía que era momento de abordar de nuevo el asunto.

—Creo que no deberías. Reconsidéralo, Emmett. —Le acarició la mejilla haciendo círculos—. Eres buen hombre, serás un padre estupendo y ahí fuera hay niños que necesitan amor y una figura que les guíe en las primeras etapas de su vida. No imagino a nadie mejor para acoger a un crío.

—No sé yo...

—¿Has hablado con Jocelyn?

—Sí. Se echó a llorar y me dio una buena colleja. —Se rio casi con amargura—. Luego me dijo que era un idiota y que, si no entregaba la solicitud, me obligaría a punta de pistola.

—Su método parece efectivo.

—Buhita...

—Es broma, es broma. —Volvió a masajearle la nuca. Estaba muy tenso. El tema no le gustaba y sus músculos formaban un bloque para alzar la coraza de hombre indestructible—. Hagamos un trato. Piénsalo bien, ¿de acuerdo? Valora pros y contras. Y yo pensaré eso de vivir contigo.

Lo que Emmett no tenía por qué saber era que ya tenía claro que se iría con él. No necesitaba que se lo pidiera dos veces. Con los ojos cerrados se lanzaría a sus brazos. Después de todo lo sucedido, después de todo lo que habían tenido que pasar, había necesitado unas pocas semanas en Sherman para encontrar al amor de su vida. No pensaba dejarle escapar. La felicidad estaba ahí, como un halo de luz. E iba a acariciarla, a enrollársela en la muñeca para no dejarla volar. Merecía ser amada y amar de aquel modo.

—¿Me estás sobornando?

—Elijas lo que elijas, te seguiré queriendo igual y eso no afectará a la decisión que tome sobre vivir en tu granja —musitó Harper—. Y si decides adoptar, si tú quieres, ya no tienes que hacerlo tú solo.

Emmett se colocó en el arcén con un volantazo muy sutil y frenó tan de golpe que los cinturones de seguridad se bloquearon. Hasta las ruedas chirriaron. Encendió la luz interior del coche para mirarla con ojos abiertos como naranjas.

—¿Estarías conmigo? ¿Te lanzarías a la aventura conmigo?

—¿Por qué te sorprende?

—Porque es algo que une para toda la vida. Serías madre, Harper.

—Si creyera que lo nuestro no va a funcionar, no estaría aquí. Lo nuestro no es una pérdida de tiempo, cielo. —Se desató el cinturón para inclinarse y darle un largo beso. Fue como tomar un buen tazón de chocolate caliente en Navidad—. Me encantaría que me tuvieras en cuenta para la adopción. Me haría un honor inmenso ser la madre de tu hijo o hija. Pero todo está en tu mano, Emmett. Puedes hacerlo con tu nombre o con el de los dos. —Le guiñó un ojo—. No importa qué hagas, yo no me pienso ir.

*E*mmett tapó a su hermana con la manta e hizo un pequeño gesto hacia Manny y Sherry. Los perros levantaron las orejas y, en silencio, trotaron hasta el sofá, subieron de un salto y se pusieron a sus pies, dándole calor y compañía. La apoyaron de aquel modo. Emmett casi creyó que en sueños ella suspiraba por notar a los labradores ahí.

Estaba exhausta. Había llorado hasta dormirse acunada en los brazos de Emmett. No había sido sencillo explicar su historia, mostrarse tal cual era. La vida perfecta de Jocelyn Turner se había desmoronado. No obstante, el amor que Emmett sentía por ella se había multiplicado si es que eso era posible.

Antes de ponerse la chaqueta y coger las llaves del coche, comprobó la chimenea y la calefacción.

Salió de allí con la convicción de que era el momento de posicionarse. Su hermana había sufrido demasiado si echaba la vista atrás, pero no tenía por qué sentirse igual si miraba hacia el futuro. Y Emmett sabía cómo ayudarla. Se montó en el coche diciéndose que estaba haciendo lo correcto. Quizá ella no le hablase en una temporada, se estaba metiendo donde no le habían llamado, pero ¿qué podía hacer? No estaba dispuesto a ver cómo se consumía.

Detuvo el coche frente la granja de los Blossom cuarenta minutos más tarde. Cuando el motor dejó de rugir, recordó toda la conversación que había mantenido con Jocelyn. Sintió todo su dolor, toda la compasión y el odio que había guardado contra sí misma sin que él se diese cuenta.

Cuando descendió del auto, Luke salió a su encuentro. Justo a quien estaba buscando. Lo interpretó como una señal del destino que fuese él, y no el primogénito de los Blossom, el que hubiera oído el motor del coche y hubiera salido a ver quién les visitaba antes de cenar.

—¿Emmett? —Luke se recuperó pronto de la sorpresa, sonrió y le tendió la mano. Emmett apenas podía creer que aquel chico, que él consideraba un amigo más del pueblo, hubiera estado con su hermana. Nunca lo hubiera supuesto. Lo habían mantenido muy bien en secreto y ahora se sentía como un estúpido por no haberse dado cuenta de que algo había pasado entre ellos—. ¿Qué tal?

—Hola, Luke. —Le estrechó la mano y trató de sonreír. Se sentía tan frío tras la charla con Jocelyn que creía que nunca dejarían de castañearle los dientes—. Me gustaría hablar contigo. —Vio a Piper Blossom salir al porche, llena de curiosidad—. ¿Crees que podría ser en privado?

Luke se volvió con disimulo y vio a su cuñada. Levantó el brazo como saludo y le pidió a Emmett que lo siguiera. Lo llevó hasta el granero. Ahora era su casa. Lo había arreglado para que fuera un hogar funcional; debía admitir que el lugar era acogedor y que Luke había hecho un buen trabajo.

—¿Quieres beber algo? —ofreció después de que colgasen las chaquetas en un colgador.

—Agua, si puede ser.

Él fue a la cocina y volvió con un vaso. Se lo tendió y Emmett lo apuró. Notaba el sabor

metálico de la sangre en la lengua desde que había salido de casa, aunque no sabría decir por qué.

—He venido porque necesito hablar contigo sobre Jocelyn.

Luke se tensó de pies a cabeza mientras le señalaba los sofás. Había una chimenea falsa encendida y, frente a ella, tomaron asiento. Saltaba a la vista que el granjero no quería hablar de ella, pero que iba a ser respetuoso hacia su invitado e iba a escuchar.

No entendía bien qué quería Emmett ni por qué creía que a él podía interesarle hablar de Jocelyn. Tras cuatro días pensando en lo que había sucedido en el rancho de los Turner, Luke había decidido que debía volver a dejar atrás aquel romance adolescente. No debería haberla contactado por redes sociales ni haber cenado con ella cuando había regresado a Sherman. Pero no podía cambiar lo que había hecho. Sí lo que iba a hacer. E iba a fingir que no había sucedido nada de eso. Había superado a Jocelyn antes, lo lograría de nuevo.

—Emmett, supongo que sabes lo qué pasó entre Jocelyn y yo hace años, pero...

—No lo sabía. Me lo ha contado hoy —admitió Emmett, cortándolo—. Cuando estaba en la universidad, yo era muy protector. Siempre la llamaba, siempre me interesaba por todo lo que hacía. —Luke lo sabía. Él había estado ahí siempre que la llamaba a la residencia. A veces le había molestado que ella fingiera estar sola, luego había comprendido que Jocelyn solo quería esperar a afianzar su romance para hacerlo público—. Me preocupaba que, estando lejos de casa, le hicieran daño. Créeme, perdí más de diez quilos el verano que pasó en Europa.

—Me pasaba lo mismo con Harper —musitó Luke—. Solo nos llevamos un año, pero siempre he tenido un ojo sobre ella. A veces, creo que le he fallado.

—No tanto como yo a Jocelyn. —Emmett cogió aire y cerró ojos unos segundos—. Mi hermana no te ha contado toda la verdad.

Luke frunció el ceño. ¿Qué quería decir Emmett con eso?

—No te dejó solamente porque creyera que vuestros caminos serían distintos o porque le diera miedo que sus decisiones terminasen por matar el amor que sentías por ella, Luke —siguió diciendo Emmett visiblemente afectado—. Hay algo más.

Era imposible. Lo habían hablado al volver a verse en el pueblo y la última vez que se vieron en la hacienda de su familia. Si hubiera otro motivo, ella lo hubiera dicho. Habían zanjado el tema con la verdad por delante, incluso, él había vomitado todo lo que había guardado en su coraza y que no había mostrado a nadie en casi una década.

—Aunque estamos en el siglo que estamos, no quiero pensar mucho en la vida sexual de mi hermana. Pero cuando estabais juntos, fue a una doctora para que le mirase qué anticonceptivo podría irle mejor porque no quería preservativo.

Luke enarcó una ceja. Recordaba haber tenido aquella conversación un par de meses antes de que Jocelyn lo dejase. Decía que el profiláctico le molestaba, así que iba a barajar otras opciones como la pastilla o un dispositivo interno. Había olvidado por completo aquella charla en su cabeza y ni siquiera recordaba como se habían protegido después al hacer el amor.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros?

—La doctora quiso hacerle pruebas rutinarias antes de decidir qué anticonceptivo le iría mejor y vieron algo raro. —Emmett miró el vaso de agua y Luke creyó que era porque deseaba que hubiera licor en él—. Siguieron haciéndole pruebas.

—¿Qué salió mal?

Solo de pensar que Jocelyn hubiera pasado por algún tipo de tratamiento sin él sujetándole la mano o alguien de su familia, lo enfermaba.

—Luke, mi hermana... ella... —Emmett estaba al borde del llanto y aquello provocó que a Luke le recorriera un sudor frío por la espalda—. No puede tener hijos.

Aquellas cuatro palabras lo golpearon como si una grúa de demolición se lanzase contra un edificio ya destruido. La base tembló, las columnas apenas se sostuvieron y el tejado se derrumbó. Así de hundido se notó Luke en cuanto procesó la información.

Luke sabía la de veces que habían hablado de formar una familia. Él siempre había dicho que quería seguir el ejemplo de sus padres. Tener una familia de sangre y también pensar en la adopción. Era su sueño: ser como su padre en todos los aspectos. Por aquel entonces, era joven e ingenuo; ahora, sabía que, con hijos o no, lo que contaba era tener el amor y respeto de tu pareja. Lo demás venía rodado.

Si Jocelyn se lo hubiera contado, la hubiera elegido a ella frente a todas las mujeres que pudieran asegurarle descendencia.

Una garra le agarró el corazón y se lo estrujó hasta convertirlo en un sollozo desgarrador y sangrante. Se sintió culpable. Culpable por haberle hecho creer que todo cuanto ansiaba era quedarse en Michigan y formar una extensa familia, como si aquel objetivo fuera todo cuanto le daba felicidad. Detestó haber puesto al límite a una joven Jocelyn y haberla puesto al límite, también, hacía cuatro días.

—¿Nunca os lo dijo?

—No. —Emmett se reclinó en el sofá—. Jamás nos contó lo de las pruebas ni sus resultados. Lo ha llevado ella sola todo este tiempo.

Luke se levantó y fue hacia el mueble donde guardaba los licores. Quiso servirse una copa y bebérsela de un trago. Sin embargo, sabía que aquello no era buena idea. Beber no era la solución, nunca lo era. Se volvió hacia Turner.

—¿Puedo ir a verla?

Emmett se levantó y sacó las llaves de la casa del bolsillo del pantalón.

—La he dejado durmiendo en el salón.

Él tomó las llaves atropelladamente, casi tartamudeando un agradecimiento y salió disparado hacia el coche. Milo salió a su encuentro preguntándole qué ocurría porque Piper le había comentado que Emmett estaba en la finca. Le ignoró. Se montó en el coche y, una vez estuvo en marcha, se dio cuenta de que no había cogido la chaqueta ni se había abrochado el cinturón de seguridad. Solo lo último tenía arreglo. Se lo ató y condujo con los ojos puestos en la carretera mientras su cabeza era un hervidero. Se sucedían recuerdos del pasado lejano y del más reciente.

¿Cómo había podido Jocelyn guardarse algo así? ¿Acaso se avergonzaba de ello? La sociedad, definitivamente, apestaba. Siempre empujando a las mujeres a tener hijos, siempre preguntándoles cuándo iban a ser madres. Y eso solo lograba hacerlas sentir poco válidas si su cuerpo no podía albergar otra vida. ¿Él había sido así también? ¿Por eso Jocelyn se había alejado de él sin ser sincera?

Todo el odio que había dirigido hacia Jocelyn los pasados días, se volvió en su contra. Todo el rencor acumulado porque se había ido de su vida, sin dignarse a avisarlo en persona, explotó en sus venas aniquilando cada célula y provocándole ardor de estómago. Y hacía cuatro días le había dicho cosas horribles. Siendo honesto consigo mismo, ella había tenido razón. Al fin y al cabo, cuando estuvieron juntos, eran unos críos. Las decisiones que puedes tomar entonces no son igual de objetivas que las que toma un adulto. Quizá, sí la hubiera odiado de haberla seguido a ciegas. Pero por estar lejos de los suyos y ser infeliz con un trabajo que no le interesaba, no porque no pudiera darle hijos biológicos.

Cuando entró en el rancho de los Turner, notó una mano estrangularlo y retorcer su tráquea. Intentando llenar los pulmones de tanto aire como pudo, abrió la puerta con manos temblorosas. El salón encerraba una calidez que le golpeó las mejillas.

Jocelyn estaba incorporándose en esos momentos en el sofá, con los ojos soñolientos e inyectados en sangre. Estaba aturdida. Sonrió con los restos de Morfeo en la boca; acarició a los perros y luego recorrió el salón con la mirada, sin duda, en busca de su hermano o de algo que le dijera por qué había estado durmiendo hasta entonces si era media tarde.

Luke notó un escozor tras los párpados. Estaba arrebatadora con la naturalidad cubriéndola por entero. Lo peor fue verla tan sola. Ahora veía lo solitaria que se había vuelto, lo introvertida que era la chica de sonrisa ladeada y ojos vivaces.

Estaba enamorado de ella. Nunca había dejado de estarlo. Por eso la había contactado de nuevo tras casi una década. Por eso se sentía traicionado por su ruptura pese al paso del tiempo y por eso había querido devolverle todo el sufrimiento que había vivido por sus decisiones. Y por eso estaba ahora resquebrajado. Porque podía imaginar lo mal que lo había pasado haciéndose pruebas sin contárselo a nadie, asumiendo que era estéril sin apoyarse en un ser querido y guardándose aquello para sí durante años. Era terrible. Ojalá pudiera protegerla del mundo aunque Jocelyn tenía tanto arrojo que lo apartaría de un empujón para encargarse ella misma de sus problemas.

Había sido un estúpido creyendo que ya no sentía ese amor visceral. Siempre que la recordaba, se decía que había creído que era el amor de su vida. Que había tenido claro que se casarían desde el momento en que se sentaron juntos en aquella grada. Y todavía se decía aquello porque seguía creyendo que su destino era estar juntos. Porque aún creía que era la mujer que su corazón había elegido.

Sus ojos se encontraron. Luke la conocía lo suficiente como para saber en qué momento todas las piezas encajaron en su mente. Su mirada se oscureció y sus mejillas perdieron todo color. Se sentó en el sofá mientras se tapaba todavía más con la manta, como si fuera un escudo.

—Emmett te lo ha contado. —Fue una acusación. El fuego en su mirada daba miedo. Luke se las arregló para que el destinatario de aquella ira fuera Emmett y no él.

—Sí. —Entró y cerró la puerta con cuidado.

—No tiene derecho a ir aireando mi vida privada —bufó ella apartándose el pelo de la cara y echándose a un lado—. No importa lo que te haya explicado, Luke. Eso no cambia nada.

—En realidad, creo que lo cambia todo.

Hablaba como si fuera a asustarla. Se acercó hasta un extremo del sofá a paso lento, del mismo modo que se acercaría a un animal asustado.

—Por favor, Luke. —Jocelyn puso los ojos en blanco—. Las cosas entre tú y yo llevan claras desde hace tiempo. Lo que pase con mi cuerpo no afecta en absoluto.

—Si no hubieras descubierto que no podías tener hijos, ¿me hubieras dejado?

—Claro que sí —ella estuvo en silencio unos segundos, pero no dudó. Habló con seguridad—. Rompí contigo porque buscábamos cosas diferentes y porque creía que era lo mejor para ambos. No te menté en eso.

—Creo que tienes razón.

—¿Cómo? —Ella parpadeó—. Disculpa, creo que no te he oído bien. ¿Me estás dando la razón?

Luke buscó su mano, pero ella se alejó y él lo respetó. Después de lo mal que la había tratado, no merecía menos.

—Sí. Tal vez los primeros años hubieran ido bien, pero, posiblemente, sí hubiera terminado culpándote de mis problemas. La verdad es que no puedo imaginar el ritmo de vida que llevas en Nueva York y no estoy seguro de que me guste.

Se quedaron en silencio. Luke no sabía qué pensaba Jocelyn de todo aquello porque solo hacía que mirarlo como si quisiera desgranar cada palabra. Supuso que estaba decidiendo si le creía o si aquella conversación se daba porque Luke sentía compasión por su situación.

—Si has venido para disculparte, entonces de acuerdo —terminó diciendo ella aspirando por la nariz.

Luke era orgulloso. Si decía que, tras darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que ella había llevado razón, es que era así. Sin embargo, tenía que admitir que le había pellizcado el corazón que aceptase que quizá hubiera terminado detestándola por vivir con ella en Nueva York.

—Jocelyn —empezó Luke aclarándose la garganta—. Solo quiero que sepas que jamás pretendí herirte ni presionarte.

—¿Qué estás diciendo?

—Yo hubiera estado ahí contigo, sosteniendo tu mano —le aseguró. Se la buscó y, en esa ocasión, Jocelyn no fue lo suficientemente rápida para apartarse. Se la sostuvo—. Puedo llegar a entender por qué jamás has contado lo que descubrió tu doctora, pero no tienes que llevarlo tú sola.

—Es algo mío, Luke. No tengo por qué ir aireando mis intimidades por ahí. —Quiso soltarse, pero él no la dejó—. Luke...

—Sé que dije cientos de veces que mi sueño era casarme contigo y tener muchos hijos, pero lo cierto es que te quería más a ti que al hecho de tener descendencia. —Se acercó un poco sin dejar ir su mano. Jocelyn no podía moverse. No le quedaba más sofá para huir. Luke deseaba que una parte de ella no quisiera seguir apartándose—. Si lo hubiera sabido, me hubiera dado igual si hubiera podido estar contigo hasta ser ancianos.

—Tú mismo lo has dicho. Era tu sueño. No sería justo pedir que sacrifiques algo así solo porque yo...

—Harper y Connor son adoptados, Jocelyn. ¿Crees que soy tan cerrado de mente que solo aceptaría un hijo biológico? Hay muchas maneras de ser padres y, también, está la opción de no serlo en absoluto. —Le acarició la mejilla.

—Lo sé. Estoy informada de todas ellas. —Intentó contener las lágrimas y se mordió el labio superior unos segundos mientras apartaba la cara. Jocelyn detestaba que le tuvieran compasión. Apenas había podido sostenerle la mirada a Emmett mientras le explicaba el diagnóstico de la doctora. Por eso no lo contaba, porque no quería que la gente la señalara con el dedo—. Luke, entiendo que esto te ha tomado por sorpresa, pero ya no es problema tuyo. Quizá sí, saber que no puedo tener hijos, precipitó nuestra ruptura, pero es agua pasada. No hay que mirar a los ojos al pasado; puede consumirte.

—Esto no es cosa del pasado, Jocelyn.

—Esto es cosa mía —remarcó ella alzando la barbilla.

—No quiero que sea solo cosa tuya. —Luke apoyó su frente en la de Jocelyn—. No mentía cuando te he dicho que te quería más a ti que a la idea de tener hijos. Y lo sigo manteniendo.

Aquellas palabras fueron como flechas certeras que golpearon cada nervio de su cuerpo provocándole escalofríos. El corazón de Jocelyn se aceleró y la garganta se le secó. Se iba a desmoronar de un momento a otro. Tuvo que tragar diversas veces para hallar la voz, aunque

apenas logró articular palabra:

—¿Qué...?

—Te quiero. —Luke le cogió el rostro entre las manos para poder mirarla a los ojos—. Te quiero, Jocelyn. Podemos no tener hijos o mirar todas las opciones legales que hay para ser padres, es algo que ahora mismo no me preocupa. Me da igual la distancia que hay entre Sherman y Nueva York, me da igual no haber estado contigo durante años. Quiero conocerte de nuevo para volver a enamorarme de ti cada mañana sin tener en cuenta nada más. Por mí, el mundo puede explotar ahí fuera si estás conmigo.

Deseaba creerlo con todas sus fuerzas. Ojalá aquella fuera una verdad a la que aferrarse, pero Jocelyn estaba segura de que aquellas palabras nacían de la misericordia.

—No sabes lo que dices.

—Sí, lo sé. No he estado más seguro de esto en toda mi vida. Y si tú también me quieres, te prometo que hallaremos la manera de ver cómo unir tus ganas de ser una gran interiorista y las mías de estar cerca a mi familia. —Quiso besarla, pero se quedó a un centímetro de sus labios. Ella estaba rígida aunque la barbilla le temblaba con ligereza—. Juntos lo conseguiremos, Jocelyn.

—¿Qué, —tragó saliva—, conseguiríamos?

—Ser felices —musitó Luke—. Todo —añadió.

Ella alzó las pestañas sin apartar el rostro. Se miraron a los ojos mientras la temperatura subía y nada tenía que ver con el fuego, la calefacción, las mantas y los perros que los rodeaban y miraban con curiosidad.

Quería pensar que Luke estaba siendo sincero. Por eso eligió sostenerle la mirada. Siempre había sabido qué pasaba por su cabeza solo con mirarlo, quizá porque era una de las personas más expresivas que había conocido. Vio la desesperación, las ganas de que confiase en su historia. También pudo encontrar la ternura, el amor y el deseo, unidos en una tríada de emociones que la hizo temblar de pies a cabeza por debajo de su piel.

Luke la amaba, de verdad que sí. Y parecía ser honesto cuando decía que las ganas de estar con ella eran más grandes que la de ser padre. Quizá era pedir que sacrificase mucho, pero Jocelyn quería ser egoísta por una vez en su vida. Quería ser amada y deseada incondicionalmente. No merecía otra cosa. No por no poder concebir un hijo era menos mujer o estaba condenada a no saber qué era el amor.

Sus manos buscaron el rostro de Luke. El hombre cerró los ojos unos segundos ante su contacto.

—Te quiero —balbuceó.

Él abrió los ojos y su sonrisa le provocó unas arruguitas alrededor que enternecieron mucho más su mirada.

—Al fin lo reconoces.

Jocelyn casi se rio. Era un cretino. Pero era el cretino del que llevaba enamorada casi diez años.

—Creo que caminaremos siempre entre el odio y el amor.

—Pero te la vas a jugar. —Sus narices se rozaron—. ¿Verdad, Jocelyn?

Ella lo besó tomando la iniciativa. Fue un beso cargado de sentimientos, de disculpas, de promesas. Iba a ser un camino difícil de recorrer, ambos eran conscientes de ello. Buscaban cosas distintas y vivían en ciudades alejadas, pero compartían valores y la emoción más intensa que puede existir. No había sido suficiente cuando eran estudiantes, ahora eran adultos y

pelearían para que, en esa ocasión, el final no llegase.

Nadie podía saber lo que les deparaba el futuro, pero lo primero era intentar construirlo.

—¿Por ti? No sé por qué, ni siquiera sé por qué me enamoré de ti, pero... ¡por supuesto! —
aseguró en un susurro casi tartamudado.

Volvió a reír mientras Luke le secaba las lágrimas.

*H*arper se sentó en el columpio del jardín trasero de sus padres. El cielo amenazaba con nevar de un momento a otro, aquel color en sus nubes no dejaba lugar a dudas. Seguramente, sería la última nevada de la temporada. Se avecinaba tiempo de lluvias y días con claros donde el sol apenas calentaría. Deseaba que llegase verano. No se asaría como en Texas, pero las temperaturas no serían tan bajas como en primavera.

Ya no echaba de menos la vida que había llevado hasta entonces. Las pocas personas que había jurado extrañar a su regreso se habían ido difuminando en los recuerdos. Supuso que no se trataba de hipocresía, sino de ser adulto. La vida iba y venía y cambiaba perspectivas y prioridades. No era que sus amigos se hubieran olvidado de ella, sino de que, al no formar parte de su rutina, ya no tenían nada en común que ir comentando.

Ella ahora tenía una nueva vida en Michigan. Nunca hubiera imaginado que se llegaría a sentir bien viviendo en Sherman, trabajando en la clínica de su padre. Tras la muerte de Aaron, había creído que allí solo le esperaba ser infeliz. Y se había equivocado. Se había reencontrado con su vocación, estaba disfrutando del tiempo con su familia y había encontrado el amor.

Pensó en Emmett. Todavía le costaba creer que estuvieran juntos, que recorrieran camino de la mano mirando hacia delante sin dudar. Incluso ahora constaba su nombre en los formularios de acogida. Él había decidido seguir con sus planes de adoptar un niño, pero con ella como figura materna. Para Harper era un honor. Rosemary le había preguntado si estaba segura, si no le parecía precipitado, pero creía que todo iba a su tiempo.

Se conocían de toda la vida y algo en su interior le decía que no se enamoraría de nadie más porque era el elegido. Era Emmett. Se trataba de él y siempre sería así. No era que se obligase a quererle siempre, a no fijarse en otro hombre mientras estuvieran juntos. Era una sensación que le susurraba al oído que lo amaría hasta el fin de sus días. Y si alguna vez sus emociones se emborronaban por el paso del tiempo, la forma de ser de Emmett, la forma en que la trataba, le haría recordar por qué perdió cabeza y alma por él y volvería a enamorarse. Así que había firmado la solicitud y, junto a Emmett, se habían presentado en las oficinas gubernamentales para entregar los formularios.

Ahora todo dependía de la burocracia y de sus *tempos*, pero esperaban tener pronto a su hijo junto a ellos.

—¿Disfrutando de tu último día en casa? —le preguntó Emmett apareciendo por detrás.

—No me puedo creer que vaya a mudarme contigo. —Ella sonrió todavía sin abrir los ojos. Los brazos del hombre la envolvieron en un abrazo y noto el abdomen de Emmett haciendo de almohada a su nuca—. Llevaba tanto tiempo esquivando el tema para no irme de casa y ahora...

Como iban a solicitar acoger a un niño juntos, habían tomado la decisión de vivir en la misma casa. Para que Emmett pudiera seguir trabajando en la granja aunque para Harper supusiera un desplazamiento más largo hasta la clínica, lo mejor era quedarse en la finca de los Turner. Allí

habían llevado todas las cosas a lo largo de la semana: la ropa, las cajas, que todavía estaban enteras y sin abrir de cuando volvió de Texas; incluso muebles.

Maggie había derramado alguna que otra lágrima al enterarse de que su hija volvía a irse, pero saber que la tenía más cerca que antes la consolaba. Su padre no había parecido sorprendido. Después de lo sucedido con Marlon, esperaba que Harper quisiera vivir la vida al máximo y no perder tiempo con Emmett.

—En dos semanas, ya sois dos los hijos los que os marcháis. —Emmett seguro que estaba sonriendo—. La semana pasada fue Don. Ahora tú.

—No se quedan solos. Connor seguirá aquí una buena temporada. Y hasta que el papeleo de la compra de la finca O'Malley no esté listo, Clive y Rosemary no se irán muy lejos. —Alzó la cabeza y elevó las pestañas. Emmett la observaba desde las alturas. Sonreía con ternura mientras una fría brisa le cortaba las mejillas—. ¿Por qué me miras así?

—Porque me pareces preciosa.

El corazón se le derritió. Quizá en el exterior hacía frío, pero en su pecho era verano. De hecho, junto a Emmett, el clima era tropical y por eso toda ella se convertía en líquido cuando estaban cerca y la miraba así, con los ojos dilatados y una sonrisa que le acentuaba las patas de gallo.

—Tú sí que eres guapo. —Frunció los labios para reclamar un beso. Él obedeció bajando la cabeza—. Mmmmm. Si siempre vas a recompensarme así si te digo cosas bonitas, te diré muchas, ¿eh?

—Si intentas copiarme la frase de aquella tarde en el *pub*, creo que no fue exactamente esa. —Se carcajeó Emmett. Ella quiso sacarle la lengua, mas solo pudo pegar un grito cuando Emmett agarró el sillín del columpio y lo echó hacia atrás con ella todavía encima—. Agárrate.

La empujó y el columpio empezó a mecerse. Harper se cogió a las cadenas y se rio como si tuviera cinco años. Se sentía liberada y llena de júbilo cuando estaba con Emmett, quizá, porque la ayudaba a ver lo bonito de la vida y a esconder lo oscuro que una podía encontrar si hurgaba en la sociedad.

No pedía nada más que alargar ese momento. Por más bajas que fueran las temperaturas, por más incómodo que fuera un columpio para niños frente un cuerpo de mujer, lo que notaba en esos momentos en el pecho la llenaba. Emmett era un comodín que mejoraba cualquier situación, por absurdo que pareciera.

Lo seguiría al fin del mundo si hiciera falta, porque no estaba dispuesta a vivir sin él.

—Te recuerdo que te prometí una cita en el lago.

—El Isabella Lake está helado. —le recordó ella, riendo—. ¡Esto es Michigan! Hasta mayo o así, olvídate.

—Bueno, pero te debo una cita. No se te vaya a olvidar porque para mí es una fecha importante aunque no la hayamos marcado en el calendario. —Emmett también se rio.

—No se me va a olvidar, te lo prometo.

Cerró los ojos y se fundió con el universo como si fuera un copo de nieve que une al resto y cuaja. Había encontrado su lugar. Por fin, había encontrado su verdadero hogar pese al caos que había supuesto aterrizar allí. El universo había conspirado para darle de bruces en la nariz con una realidad que no contaba. Estaba encantada con ese ciclo de la vida donde todo era inesperado.

—Parece que la primavera te esté besando el rostro.

Ante el elogio de Emmett, Harper sonrió aún más. Ese hombre siempre tenía la frase perfecta.

Quizá porque siempre iba más allá, filosofando en un mundo que iba tan deprisa que la gente no se paraba a contemplar una abeja sobre una flor o una chica sonriéndole al cielo mientras su pareja la columpiaba.

—Me das paz —se oyó decir—. No tiene nada que ver con la primavera porque va a nevar.

Emmett tomó las cadenas del columpio y detuvo su balanceo, pero no fue brusco. Harper abrió un ojo y se lo encontró mirándola con tanta ternura, que su corazón estalló en mil colores llenando su pecho de diversas tonalidades.

—Merecías encontrar paz, buhita. Me alegra haberte ayudado a encontrarla.

Harper se levantó y rodeó el columpio para abrazarlo. Emmett la estrechó entre sus brazos y le besó el pelo.

—¿Sabes que toda tu familia nos está mirando a través de la ventana? —preguntó Emmett intentando no mover demasiado la boca.

Ella se carcajeó y escondió la nariz en su pecho con más fuerza, como si tratase de colarse en su cuerpo para fundirse en él.

—Mírame.

Cuando Harper lo hizo, Emmett le besó el lunar que tenía sobre el labio. Ese hombre amaba todo lo que era, pese a sus defectos y sus errores. Era como un milagro del cielo. Con su mano sosteniendo la suya, Harper ya no se sentía perdida.

Epílogo

Cinco años después

Yelena era un terremoto. Aunque era una niña muy tranquila y angelical, también era muy independiente. No le gustaba que los adultos le dijeran qué hacer. Con otros disimulaba y se comportaba, pero con Harper era distinto. Cogía rabetas. Por supuesto, su madre apenas se lo tenía en cuenta. Era justo lo que debía hacer una niña de siete años que quería descubrir el mundo, tocarlo y saberlo todo. Con Emmett el cuento era distinto. Yelena lo adoraba. La pequeña, de ascendencia rusa, se quedaba embobada mirándolo. Se pasaba horas observando como trabajaba con los animales o como cultivaba el pequeño invernadero que habían montado para ella, para que viera crecer fresas y zanahorias y algún que otro tomate. Sentía auténtica devoción por su padre. Cuando Emmett le había dicho que les daban el permiso para adoptarla y darle su apellido de forma legal, la pequeña se había pasado media hora abrazada a él. Solo había llorado cuando se aferró al cuello de Harper, quien la había acunado contra su cuerpo otra media hora para calmar su ataque de ansiedad, fruto de una felicidad tan infinita que había descontrolado sus pensamientos y su respiración.

En esos momentos, padre e hija estaban frente al fuego encendido. Leían un libro infantil, como cada sábado por la noche. Yelena era una de las niñas más inteligentes de su clase, leía con una rapidez asombrosa. Los perros estaban a su alrededor. Sherry y Manny habían fallecido, pues, incluso para los perros, la edad no perdonaba. Ahora tenían un pastor alemán llamado Hawk y un perro que era mitad lobo al que Yelena llamaba Fuffy. No era un nombre adecuado para un perro de tal envergadura, si bien Harper no pensaba quitarle ilusión a su niña.

Se derretía viendo a esos dos diamantes en bruto que eran su marido y su hija. Nunca había creído que le cupiera tanto amor en el pecho, pero así había sido. Amaba a esas dos personas con tanta locura que daría su vida por ellas.

A veces tenía miedo, pues lo vivido con Marlon le había hecho darse cuenta de que había gente con el alma podrida. Sin embargo, en el mundo había más bondad que maldad, lo cual era tranquilizante. Si se pasaba el día preocupada, se perdía la vida. Emmett siempre lo había dicho: centrarse en el terror te paralizaba y te convertía en su prisionero. No quería desperdiciar sus días en aquellos pensamientos y los dedicaba a disfrutar de Yelena y Emmett.

Había decidido formar una familia con ese hombre y había acertado de pleno. Eran lo mejor que le había pasado nunca.

No echaba de menos las noches en que Emmett y ella cenaban entre luces de velas y terminaban haciendo el amor en cualquier rincón de la casa. Ahora sus rutinas eran otras y no las cambiaría por nada del mundo.

Emmett la miró mientras Yelena releía la frase para que Fuffy la entendiera. El perro apenas le prestaba atención. Y le dedicó una sonrisa radiante. Le encantaba verlo tan feliz. Emmett ya no

era el hombre tosco y solitario que había conocido. Había hecho bien decidiendo adoptar porque estaba lleno de amor que entregar y ahora lo desbordaba.

Su marido se levantó mientras Yelena, entre bostezos, les leía a los perros el capítulo final. Harper estaba recogiendo los juguetes para guardarlos. Emmett le acarició la nuca aprovechando que tenía el pelo recogido en un moño. Una corriente eléctrica erizó todo el vello de su cuerpo.

—Siempre se te cae la manga de este jersey —susurró Emmett con voz ronca mientras agachaba el rostro para besarle el hombro—. Y muestras parte del sostén. Me vuelves loco.

La mirada de Harper habló por ella y Emmett supo leerla a la perfección.

—Pregúntamelo, buhita.

—Mmm... —ella ronroneó antes de pasar por su lado disimulando una sonrisa digna de una pantera.

Él la agarró del codo para impedir que se marchase y la acercó a su cuerpo en un abrazo íntimo. Harper noto que se le humedecían las braguitas cuando Emmett pegó sus caderas a las de ella y le hizo notar el bulto de sus pantalones.

Estaban deseosos de que Yelena se durmiera para expresarse el amor que sentían entre caricias, pues a veces las palabras se quedaban cortas.

Porque el sentimiento que les unía iba más allá de toda explicación posible. No había forma de describir la inmensidad del amor que se profesaban. Ni siquiera el símbolo infinito bastaba.

—Pregúntame si te quiero.

—Y me dirás que sí...

—Quizá la respuesta sea otra esta vez —intentó pincharla.

—Sabes que ya no necesito preguntarlo porque sé que me amas, ¿verdad? —musitó ella mordiéndose los labios y acariciando su mejilla.

—Los dos sabemos que no podemos vivir el uno sin el otro, pero podrías seguirme la corriente un poquito —bromeó Emmett fingiendo que ella había herido su sensibilidad.

—¿Me quieres, Emmett Turner?

—Con todo lo que tengo, Harper —susurró él antes de besarla con toda la ternura que albergaba en su interior.

© 2021, Helena Pinén

Primera edición en este formato: agosto de 2021

© de esta edición: 2021, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-123812-1-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.